

LEOPLÁN

REVISTA POPULAR ARGENTINO



edición número:

GUY MANNERING

FAMOSA OBRA DE WALTER SCOTT

y

LA REINA DE ESPADAS

5 julio 1944

30

CRÉDITOS DE
TODO EL PAÍS

Cursos de DIBUJO



DIBUJO DE CARICATURAS E HISTORIETAS

GRÁTIS

Llene y envíenos el cupón y de inmediato le será despachado el interesante libro la "GUIA DE ENSEÑANZA" de 92 páginas ilustradas.

Si no desea recortar el cupón, mándenos su nombre y dirección mencionando esta revista.

HOY MISMO

Reciba este curso completo hasta GRATIS Y SIN COMPROMISO, la "GUIA DE ENSEÑANZA", interesante libro de 92 páginas ilustradas, con los detalles completos de los cursos que enseñamos por correo desde el año 1923. **SABER LEER Y ESCRIBIR** es suficiente para estudiar cualquiera de los cursos Comerciales, Técnicos y Especiales, gúste nuestros textos, exclusivamente preparados para la enseñanza por correo, con de fácil comprensión. Usted estudiará en su casa en sus **MOMENTOS LIBRES**, hasta llegar al final de sus estudios y recibir su **DIPLOMA**.

NUESTRA ORGANIZACION, moderna y perfecta, instalada en **EDIFICIO PROPIO**, con un cuerpo de profesores competentes, numerosos servicios técnico y administrativo y elementos mecánicos, que permiten a las **ESCUELAS LATINO-AMERICANAS** ofrecer una enseñanza práctica, útil y eficaz a un costo reducido. **PIDA USTED**, gratuitamente, la "GUIA DE ENSEÑANZA". **Hágalo AHORA MISMO.**

PRECIOS DE LOS CURSOS EN MONEDA ARGENTINA

SECCION COMERCIAL	\$	SECCION INDUSTRIAL	\$
Técnico de Comercio	45	Técnico en Industria Lechera	70
Librero	45	Técnico Avícola	70
Técnico Comercial	80	Técnico Alfarero	70
Técnico de Libros	65	Perito Enólogo	70
Técnico Mercantil	80	Técnico Alfarero	70
Técnico de Puerto	80	Técnico Curtidor	70
Administrador de Estaciones	100		
Técnico de Banco	50	SECCION QUIMICA	
Técnico de Ventas	80	Técnico Químico	70
Técnico Comercial	200	Químico Industrial	70
		SECCION IDIOMAS	
		Inglés	70
		Francés	70
SECCION TECNICA			
Técnico Mecánico	85	SECCION DIBUJO	
Técnico Mecánico Diesel	85	Dibujo Artístico	70
Técnico Diesel	85	Dibujo Lineal	70
Técnico a Explosión	85	Dibujo Mecánico	70
Técnico de Automóviles	85	Dibujo Arquitectónico	70
Técnico Torpedo	85	Cartografía e Historias	70
Técnico Frigorífico	85	Dibujos Animados	70
Técnico de Máquinas de Vapor	85	Dibujo Comercial	80
Técnico de Ebanistería	70		
Técnico Electricista	85	SECCION PLENINENA	
Técnico de Carpintería	70	Profesora de Corte y Costura	30
Técnico Artística	85	Labores	30
Técnico de Ventilación	100	Colección de Sombreros	30
Técnico de Ventilación	100	Arte de Tejer	30
Técnico de Ventilación	120		
Técnico de Ventilación	100	SECCION ESPECIAL	
		Periodismo	60
SECCION TEXTIL		Tanografía	40
Técnico en Hilados	100	Artemática	20
Técnico en Tejidos	120	Artemática Comercial	30
Técnico en Tejidos de Punto	85	Algebra	40
		Geometría	40
SECCION RADIO		Artemática y Ortografía	25
Técnico en Radio	85	Caligrafía	30
Técnico en Radio F. M.	100	Caligrafía	30
Técnico de Radio	100		



DIBUJO COMERCIAL



DIBUJO ARTISTICO

OBSEQUIOS A LOS ALUMNOS

Como obsequio a los alumnos de las ESCUELAS LATINO-AMERICANAS recibimos los siguientes obsequios:

- VELOCIGRAFIA** "el nuevo método para poder escribir y leer rápido". Regalamos el obsequio de la VELOCIGRAFIA. Es suficiente un día para poder escribir y leer rápido.
- RADIO F. M.** (Frecuencia Modulada) enseñanza superior para los criptos en el curso de Radio Frecuencia Modulada por su invento de Armstrong, de Estados Unidos.
- DICCIONARIO** 512 páginas de palabras.
- CARNET DEL ESTUDIANTE** para el alumno con letras doradas y...

LAS MAS ACREDITADAS
ESCUELAS LATINO-AMERICANAS
 Director de las ESCUELAS LATINO-AMERICANAS
 Avda. Rivadavia 892 - Buenos Aires
 Este curso completo gratis por correo, cuando se
 completa el cupón que se encuentra en esta revista.
 Cupón para la revista

\$5 POR MES SON SUFICIENTES PARA ESTUDIAR EN LAS **ESCUELAS LATINO-AMERICANAS**
 AVENIDA RIVADAVIA 892 BUENOS AIRES

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N.º 138.577

Págs.

GUY MANNERING, primera parte de la famosa novela de Walter Scott	34
LA REINA DE ESPADAS, texto íntegro de la famosa novela de Alejandro Puchkin	4
PAUL GAUGUIN DEJO UN HIJO EN TAHITI, en torno a la vida azarosa del gran pintor francés, por Leslie Taylor	8
LA MISA DE LAS SOMBRAS, cuento fantástico, por Anatole France	12
ACTUALIDADES GRAFICAS	14
UN VIAJE AL ARCO IRIS, crónica saliente, por Dinorah Olmos	16
EL BANDIDO MUDO DE CALABRIA,	

Sumario

Págs.

cuento humorístico, por Cami	20
RUBEN DARIO Y LA ARGENTINA, semblanza del poeta, por Arturo Capdevila	22
LO QUE LEEN LOS SOLDADOS, al margen de la guerra, por J. H. B. Peel	24
LA BUHARDILLA, cuento dramático, por Jacinto Octavio Picón	26
CINÉ, por Amelia Monti	28

Págs.

LA ULTIMA "COLEADA", cuento cómico, por Enrique Montú	30
5 ANECDOTAS DE BENITO JUAREZ, por Ethel Kurat	32
PARA MATAR EL TIEMPO, sección recreativa	98
AQUI LE CONTESTAMOS, correo de LEOPLÁN	98

*

Ilustraciones de: PREMIAI, ARTECHE, RAUL VALENCIA, LISA, M. ALFONSO y VALDIVIA. Historietas de: CAO, VILLAFARNE, TOONDER, HALEBLIAN y DEL CASTILLO, GONZALEZ FOSSAT, BARTA, TIM y J. CHRISTIE M.

En el próximo número:

GUY MANNERING, conclusión de la famosa obra de WALTER SCOTT

LA PENSION VITALICIA, TEXTO INTEGRO de la célebre novela de LUIS PIRANDELLO

y trabajos de: PEDRO ANTONIO DE ALARCON, MARK TWAIN, CLAUDE FARRERE, HECTOR PEDRO BLONBERG, NICETÓ ALCALA ZAMORA, etc.

LEOPLÁN aparece el 19 de julio * Treinta centavos en todo el país



PRUEBA.—A quien pensara, escéptico, que la fotografía no es un arte que campea por sus cobaltes, bastaría esta sola prueba para convencerlo de lo contrario: la presente foto decidió a los directores de Hollywood a dar un papel importante a la bella actriz y hoy Marilyn Maxwell — que así se llama ella — es uno de los grandes estralitos en el firmamento cinematográfico.

LA REINA DE ESPADAS

TEXTO INTFGRO de la famosa novela de

Alejandro Dumas

ILUSTRACIONES DE ARTECHO

La reina de espadas es señal de una oculta melancolía.
(Del libro cabalístico más reciente).

Y los días de lluvia, reuníanse a menudo; doblaban las esquinas a las cartas. ¡Dios! los perdones! Jugaban ciento contra cincuenta, y ganaban, y anotaban sus posturas con tiza.



EN la casa del oficial de la guardia, Narumov, jugábase a las cartas. Hora tras hora, transcurrió la larga noche invernal; a las cinco de la madrugada nos sentamos a la mesa para cenar. Los gananciosos lo hicieron con excelente apetito; los otros, en su preocupación, permanecieron sentados delante de sus platos vacíos. Pero, al aparecer el champaña, animóse la conversación y todo el mundo tomó parte en ella.

—¿Qué tal, Surin? — preguntó el anfitrión.

—He perdido, como siempre. Tengo una pata horrosa. Por más que juego con la mayor sangre fría, sin irritarme y sin perder la cabeza, jamás consigo ganar.

—¿Y Hermann, qué dice? — preguntó uno de los invitados designando a un joven oficial de ingenieros —. Jamás toca una carta, no juega nunca un pároli, a pesar de lo cual permanece hasta las cinco con nosotros siguiendo nuestro juego.

—El juego me interesa muchísimo — respondió el aludido —; pero no quiero exponer al azar el producto de mi honrado trabajo.

—Hermann, como buen alemán, es económico — observó Tomsy —. A la que no comprendo es a mi abuela, la condesa Ana Fedorovna.

—¿Cómo? ¿Qué? — exclamaron los invitados.

—No puedo comprender — replicó Tomsy — por qué mi abuela no juega.

—¿Qué tiene de particular — dijo Narumov — que no juegue una vieja ochentosa?

—Pero acaso ignoras...!

—Yo no sé nada.

—¡Ah! Entonces, escuchad. Mi abuela, hace unos sesenta años, había ido a París, donde adquirió gran reputación. El público agolpábase para ver a la Venus Moscovita. Richeleu le hacía el amor y aseguraba que ella que era precisa levantarse la tapa de los sesos a causa de sus rigores. En aquel tiempo, las damas jugaban al faraón. Una vez, jugando con el duque de Orléans, perdió, bajo su palabra, una suma fabulosa. Cuando regresó a su casa, después de arrancarse los lunares y deshacerse el rodete, confesó lo que había perdido a mi abuelo y lo conminó a pagar. Si no recuerdo mal, mi difunto abuelo venía a ser una especie de mayordomo de mi abuela, a la que tenía un miedo atroz. Pero el anuncio de una pérdida tan considerable asustóle; echó sus

cuentas, halló que habían gastado en medio año medio millón que no poseían en los alrededores de París ni dominios, y se negó en absoluto a pagar. Mi abuela le dió un bofetón para hacerle comprender su disgusto, cenó sola aquella noche.

"Al día siguiente hizo llamar a su marido, con el fin de que aquel castigo hubiese producido en él efecto, pero halló inconvencible. Por primera vez en su vida razonó y trató de convencerle de que es preciso distinguir unas de otras, de la misma manera que no puede confundirse el cohero con un príncipe...

"—¡Basta! — exclamó mi abuelo, colérico —. ¡Ni una libra más!

"Mi abuela no sabía lo que hacer. Hallábase en relación con un hombre notable. Sin duda habréis oído hablar de San Germán, de quien tantas maravillas se han dicho, séis que se las da de Judío Errante, y se jacta de haber cubierto la piedra filosofal, el elixir de larga vida, etc. etc. ridiculizado, tratándolo de charlatán, y Casanova, en sus memorias, lo califica de espía.

"Por lo demás, San Germán, a pesar del misterio de que rodeaba, procuraba en sociedad hacerse agradable a todo hoy día delira por él mi abuela; se enfurece cuando ella habla mal de él en su presencia.

"Sabía que San Germán podía disponer de sumas considerables y resolvió dirigirse a él. Escribió una esquelita que pasase por su casa lo más pronto posible. El conde, llamado pillito acudió presuroso a la cita y encontró a la abuela sumida en la mayor aflicción. Pintóle ésta con los más vivos colores la crueldad de su marido, y acabó por decirle que confiaba en su amistad y en su benevolencia.

"San Germán se tornó pensativo.

"—Puedo adelantaros la suma — contestóle —, pero consta que no gozaréis de un momento de tranquilidad tras no me la devolváis, y por nada del mundo os acordéis de este nuevo tormento... Hay otro medio de conseguirlo.

"—Pero ¿querido conde — respondió mi abuela — que carezco en absoluto de dinero.

"—No hace falta dinero — replicó San Germán — el favor de escucharme.

"Y le reveló un secreto que cada uno de nosotros nos ríamos a buen precio".

Los jóvenes jugadores redoblaron su atención. Tomsy encendió su pipa, echó algunas bocanadas de humo y prosiguió:

—Aquella misma noche, hizo mi abuela su aparición en las salles, en el juego de la reina. El duque de Orléans era el árbitro. Mi abuela se excusó brevemente de no haber traído el faraón, pretextando no sé qué aventura, y se puso a apuntar al él. Eligió sucesivamente tres cartas, y las tres ganaron la puerta, con lo que a los pocos instantes quedó saldada la deuda.

—Una casualidad! — dijo uno de los invitados.

—Una fábula — observó Hermann.

—Es posible que estuviesen marcadas las cartas — replicó un tercero.

—No lo creo — respondió Tomsy, dándose importancia —. ¡Cómo! — dijo Narumov —, ¿tienen una abuela que gana tres cartas seguidas y no has hecho que te revele el secreto?

—¡No, por vida del diablo! Tuvo cuatro hijos, uno de ellos mi padre, y a pesar de ser todos jugadores empeoró ninguno reveló su secreto, que tan provechoso hubiera sido para ellos y para mí. Pero he aquí lo que me ha dicho el conde Iván Iliitch, dándome su palabra de honor. El conde Tehaplitzky, el mismo que murió en la miseria después





haber disipado millones, perdió una vez en Zoritch cerca de trescientos mil rublos; me acuerdo perfectamente. Estaba desesperado. Mi abuela, tan severa con las calaveradas de la juventud, compadecióse de él. Indicóle tres cartas con la condición de que las eligiera una detrás de la otra, consecutivamente, y le hizo jurar que no volvería a jugar de aquel modo. Volvió Tchaplintzky a casa del que le había ganado el dinero y se pusieron a jugar nuevamente. Apuntó a la primera carta cincuenta mil rublos y le dió tres golpes seguidos, sin retirar la ganancia, con la cual hizo la paz y aun ganó...

—Vámonos, que ya es hora de acostarse. ¡Son las seis menos cuarto!...

En efecto, el día comenzaba a clarear. Los jóvenes vaciaron sus copas y marcháronse.

II

—Parece que sentís decidida aflicción hacia las doncellas.

—¿Qué queréis, señora! Son más frescos.

(La Conversación de la gente.)

La vieja condesa *** hallábase sentada delante de un espejo, en su cuarto tocador.

Tres doncellas rodeábanla. Una le tenía el frasco del carmin, la otra una caja de alfileres, y la tercera una cofia con lazos color de fuego. La condesa no tenía la pretensión de parecer bella, convencida de que su hermosura había desaparecido para siempre desde muchos años atrás; pero había conservado las modas y costumbres de su juventud, y dedicaba a su persona y vestidos el mismo tiempo y cuidados que sesenta años antes. Próxima a la ventana, bordaba una joven noble, pupila suya, inclinada sobre un bastidor.

—Buenos días, abuela — dijo, al entrar, un joven oficial —. Buenos días, señorita Lisa. Abuela, tengo que dirigiros un ruego.

—¿De qué se trata, Pavel?

—De que me permitáis que os presente a un amigo mío y que lo traiga el viernes al baile.

—Tráelo al baile y allí me lo presentas. ¿Estuviste ayer en casa de ***?

—Ciertamente, y a fe que se pasó bien el rato. Se bailó hasta las cinco. ¡Qué hermosa estaba Elezkaïka!

—¿Qué te admira tanto en ella, hijo mío? ¡Si hubieses conocido a su abuela, Darya Petrovna!...

—¡Por cierto que debe ya ser viejísima! — replicó distraído Tomsy —; ¡si hace ya siete años que ha muerto!

La joven levantó la cabeza e hizo a Tomsy una seña, y éste se mordió los labios recordando que se ocultaba a la anciana la muerte de las personas de su edad. Pero la condesa acogió la noticia con la más perfecta indiferencia, diciendo:

—¡Ah! ¡conque ha muerto! ¡Y yo que nada sabía! Fuimos elegidas damas de honor al mismo tiempo, y, cuando nos presentamos a la emperatriz...

Y por centésima vez refirió a su nieto la anécdota.

—Ahora, Pavel — dijo luego —, ayúdame a levantarme... ¿Dónde está mi tabaquera, Lisita?

La condesa retiróse con sus doncellas detrás de una mampara para concluir su tocado. Tomsy se quedó con la joven.

—¿A quién queréis presentar? — preguntó Lisa Ivanovna en voz baja.

—A Narumov; ¿le conocéis?

—No. ¿Es militar o paisano?

—Militar.

—¿Ingeniero?

—No, de caballería. ¿Por qué le creáis ingeniero?

La joven sonrió sin responder ni una sola palabra.

—Pavel —gritó la condesa, desde detrás de la mampara— enviame otra novela; pero que no sea moderna.

—¿Qué queréis decir, abuela?

—Quiero decir que sea una novela cuyo héroe no mate a sus padres, en la que no haya ahogados. Me caen horror los ahogados.

—Por el momento, no hay las novelas que decís. ¿No veis esas novelas rusas?

—Pero hay novelas rusas?... ¡Enviámelas! ¡Ya lo creo!

—Dispensadme, abuela, tengo prisa... Excusadme, Lisa Ivanovna... ¡Por qué creáis ingeniero a Narumov?

Y Tomsy abandonó el tocador.

Al quedarse sola, Lisa abandonó el bordado y se puso a mirar por la ventana, no tardando en descubrir en la esquina un joven oficial.

Sus mejillas cubriéronse de vivo rubor; tomó el bastidor nuevo e inclinó sobre el bordado la cabeza. En aquel instante volvió a entrar la condesa ya vestida.

—Haz que preparen el coche, sí — dijo —; iremos a dar un paseo.

Lisa levantó la cabeza, mas no prosiguió su labor.

—¿Qué es eso, niña! ¿Eres sorda?

—exclamó la condesa —. Dejadlos enganchar en punto.

—¡Ahora mismo! — respondió clemente la joven.

Y salió de la habitación.

Entró un criado y entregó a la condesa unos libros de papeles del príncipe Pavel Alexandrovitch.

—¡Muchas gracias! — dijo la condesa —. Lisita, Lisita, ¿dónde están de prisa?

—A vestirme.

—Tiempo tienes de vestirme, ven a sentarte aquí.

La joven tomó el libro y comenzó a leer.

—¿Más alto! — dijo la condesa —. ¿Qué te pasa, hija mía? ¿Has hecho la voz?... Espera... ¿Por qué ese escabel... ¡Más cerca!

Lisa leyó dos páginas más.

—Tira al demonio ese libro, ¡vete al fin! — ¡Qué tejido de mentiras! Devuélveselos al príncipe, ¡vete de mi parte!...

—¿Pero, y el coche?

—Está listo — respondió Lisa —. ¡Vete!

—¿Cómo!, ¿todavía no está listo! — exclamó la condesa —. ¡Vete!

—Siempre te has de quejar. Esto es intolerable.

—¿Pero, y el coche?

—Está listo — respondió Lisa —. ¡Vete!

—¿Cómo!, ¿todavía no está listo! — exclamó la condesa —. ¡Vete!

—Siempre te has de quejar. Esto es intolerable.

—¿Pero, y el coche?

—Está listo — respondió Lisa —. ¡Vete!

—¿Cómo!, ¿todavía no está listo! — exclamó la condesa —. ¡Vete!

—Siempre te has de quejar. Esto es intolerable.

—¿Pero, y el coche?

—Está listo — respondió Lisa —. ¡Vete!

—¿Cómo!, ¿todavía no está listo! — exclamó la condesa —. ¡Vete!

—Siempre te has de quejar. Esto es intolerable.

—¿Pero, y el coche?

—Está listo — respondió Lisa —. ¡Vete!

—¿Cómo!, ¿todavía no está listo! — exclamó la condesa —. ¡Vete!

—Siempre te has de quejar. Esto es intolerable.

—¿Pero, y el coche?



Lisa corrió a su cuarto; pero no habían transcurrido dos minutos, cuando la condesa empezó a tirar del cordón de la campanilla con todas sus energías, acudiendo inmediatamente tres doncellas por una puerta y un criado por otra.

—¿Qué significa esto? ¡Por lo visto, aquí es inútil!

—gruñó mal humorada la condesa —. Decid a Lisa Ivanovna que la espero.

Lisaveta Ivanovna entró poco después con el señor Tomsy.

—¡Por fin, hija mía! — exclamó la condesa —. ¡Por fin! ¡A quién te propones flechar?... Vámonos, ¿cómo es el tiempo? Me parece que hace mucho viento afuera.

—No lo crea, señora — observó el criado —. Hace un día magnífico.

—¡Vos no sabéis jamás lo que decís! Abrid los ojos, ¡ya lo creo que hace viento! ¡Y qué frío!... Que desentendidos! Lisita, no saldremos; no valia la pena de que te hubieses quejado.

—¿Qué triste vida! — pensaba Lisaveta Ivanovna.

Lisaveta Ivanovna era, en efecto, una criatura en degeneración. Muy amargo es el pan del extraño, dijo.

Los escalones de la casa ajena son duros de subir; y podría sentir más la sujeción que la pupila pobre de la vieja noble?

Cierto que la condesa no tenía mal fondo; pero era caprichosa como toda mujer mimada por el mundo; era, además, avara, egoísta y fría, como todas las viejas que han amado en la juventud y desconocen el presente. Tomaba parte en todas las fiestas del gran mundo y se exhibía en los bailes, donde se sentaba en un rincón, vestida a la antigua usanza, como un fantasma monstruoso y necesario a la sala del baile; los invitados, al llegar, se acercaban a ella, le hacían un profundo saludo y nadie se ocupaba más de ella. Recibía en sus salones toda la ciudad, observando una rigurosa etiqueta, y sin reconocer rostro alguno.

Una numerosa servidumbre engordaba en la antecámara, haciendo cada cual su santa voluntad y robando cuanto podían de la antigua moribunda.

Lisaveta Ivanovna era la mártir de la casa. Si le servía el té, le reprendía por haberle puesto demasiado azúcar; si le decía novelas en voz alta, le imputaba las faltas del autor; si acompañaba a la condesa en sus paseos, hacía la responsabilidad de la lluvia y del buen tiempo. Habíasele asignado un cuarto que no cobraba jamás íntegramente; pero, eso sí, se exigía que se vistiese como todo el mundo, o, por mejor decir, como muy pocas personas.

Su papel en sociedad no podía ser más humilde. Todos la reconocían, pero nadie le hacía el menor caso. Bailaba sólo cuando era necesario completar alguna pareja, y las señoras se tomaban del brazo cada una vez que tenían que ir al tocador. Estas humillaciones ocasionábanle continuos sufrimientos, y por eso buscaba sin cesar en torno suyo un salvador.

Pero los jóvenes, calculadores bajo su fingida apariencia de inocencia, no se dignaban fijar en ella su vista, a pesar de que Lisaveta Ivanovna era cien veces más bonita que las otras y descocadas jóvenes alrededor de las cuales mariposeaban. ¡Cuántas veces, abandonando furtivamente el lujoso salón que se le hacía insostenible, se iba a llorar a su miserable cuarto, en el cual no había más muebles que una mampara recubierta de papel, una cómoda, un pequeño espejo y una cama pintada, deficientemente alumbrados por una mala lámpara en un candelero de cobre!

Una vez, dos días después de la noche de que hemos hablado al principio de este relato, y ocho antes de la escena últimamente descrita, hallábase Lisaveta bordando junto a su ventana, miró a la calle y descubrió un oficial inmóvil, con la vista fija en ella. La joven bajó rápidamente la cabeza y prosiguió su labor. Al cabo de cinco minutos, miró por segunda vez: el oficial continuaba allí.

Como no tenía la costumbre de paliquear con los oficiales que pasaban, no volvió a mirar hacia afuera, y continuó su labor por espacio de dos horas sin levantar la cabeza. Cuando le avisaron que la comida estaba servida, levantóse Lisaveta y empezó a recoger su labor, y una nueva ojeadita hacia la cámara mostróle al oficial en el mismo sitio. Aquello parecióle muy extraño. Después de comer, aproximóse nuevamente a la ventana, no sin cierta emoción; pero esta vez no vió a nadie.

Habíase ya olvidado del oficial, cuando, dos días después, al salir con la condesa para subir al carruaje, sus ojos lo vieron de nuevo. De pie al lado mismo de la escalinata, cubriéndose el rostro con su cuello de castor y sus ojos negros brillaban debajo de su sombrero.

Lisaveta, sin saber por qué, sintió miedo y se sentó en el carruaje temblando. Una vez de regreso en su casa, acudió apresuradamente a la ventana y vió al oficial en su puesto, con la vista fija en ella, retirándose, atormentada por la curiosidad, presa de un sentimiento enteramente desconocido para ella.

Desde entonces, no transcurrió un solo día sin que el joven se presentase a una hora fija debajo de su ventana, entablándose entre ambos tóxicas relaciones. Lisaveta sentábase delante de su labor, levantaba la cabeza y contemplaba al joven cada día con más detenimiento; él parecía agradecerse a ella, y un intenso rubor coloreaba sus mejillas cada vez que sus miradas se encontraban. Al cabo de una semana, Lisaveta le conocía...

Cuando Tomsy pidió autorización a la condesa para presentarle un amigo, el corazón de la joven latió con inusitada violencia. Pero al saber que Narumov no era ingeniero, sino de la guardia montada, arrepintiéndose de haber delatado su secreto al frívolo Tomsy con su indirecta pregunta.

Hermann era hijo de un alemán naturalizado en Rusia, el cual le había legado una pequeña fortuna. Penetrado de la necesidad de asegurar su independencia, Hermann vivía de su sueldo únicamente sin tocar para nada su renta, sin permitirse el más insignificante capricho. Dotado, sin embargo, de un exagerado amor propio, raras veces daba a sus camaradas ocasión de reírse de su economía. Poseía grandes pa-

siones, una ardiente imaginación; pero su energía salvó de los errores ordinarios de la juventud. Por eso, a pesar de sentir por el juego una decidida afición, jamás tocaba una carta, porque (como él decía) no quería exponer al azar el producto de un honrado trabajo. Pero esto no era obstáculo para que permaneciese las noches enteras sentado delante de las cartas, siguiendo, con nervioso temblor, las diversas fases del juego.

La anécdota de las tres cartas impresionó visiblemente su ardiente imaginación; y toda la noche estuvo pensando en ella. —¡Ah! — se decía, a la mañana siguiente, errando a la ventura por las calles de San Petersburgo — ¡Ah, si la vieja condesa quisiera revelarme su secreto o indicarme las tres cartas fatídicas! ¿Por qué no probar fortuna?... Hacer que me presenten en su casa, tratar de congraciarme con ella, hacerme amigo suyo... Pero para esto se precisa tiempo y tiene ya ochenta años. Puede morirse en una semana... ¡en dos días!... ¿Pero es creíble esa anécdota?... ¡No!, la economía, la moderación, la laboriosidad... ¡esas son mis tres cartas fatídicas, las que triplicarán, septuplicarán mi fortuna, dándome independencia y reposo...

Rozonando de esta suerte, llegó ante una casa de antigua arquitectura situada en una de las calles más bellas de San Petersburgo. La vía encontrábase obstruida por lujosos y magníficos trenes. Los carruajes iban avanzando en fila hacia la iluminada escalinata, abríanse sus portezuelas y salían de su interior ya el pie diminuto y torneado de una joven, ya una

(CONTINÚA EN LA PAGINA 84)



HAGALO TODOS LOS DIAS
Y GANARA EN SALUD



SI LO NECESITA
TUL AL ACOSARSE Y
BUEN DIA AL LEVANTARSE

Para mantener siempre esa alegre y cordial disposición de ánimo, usted debe cuidar que su intestino marche todos los días con la regularidad debido. Si no es así, tome TUIL.

El efecto eficaz de TUIL para el estreñimiento es porque facilita el movimiento intestinal.



LABORATORIOS DEL GENIOL

PAUL GAUGUIN DEJO UN

VIVE ENTRE LOS NATIVOS, Y POCO SABE DE LA GLORIA DE SU PADRE.



Un retrato de Paul Gauguin, pintado por él mismo en 1896.



Emil, hijo de Pihuru y de Gauguin, poco sabe de la gloria de su padre. No entienda la mentalidad de los hombres blancos y su única pasión es la raza de gallos. Aquí lo vemos con uno de sus animales de pelo.

espuma que forman olas al romperse en barreras de coral y playas, es la primera impresión del visitante se acerca a Tahití, briagado por la brisa de tierra suave de perfumes que suavemente desde ta. Tahití es una isla más romántica del Pacífico. Subyugante desde el primer momento, y en muchas oportunidades lo cautiva siempre con el encanto de su belleza y gracia genua.

Roberto Luis Stevenson, el autor de "El tesoro", fué el primer habitante célebre de Tahití. Había llegado a la isla en busca de un lugar allí vivió durante años, cerca de 1870 hasta que se trasladó a Samoa en 1899, para minar el resto de su vida en Upolu, algún tiempo después. Algunos

JUNTO con Nueva Caledonia, Tahití no tuvo la menor vacilación en adherirse a los "franceses libres" cuando se inició el movimiento patriótico encabezado por el general Charles De Gaulle. Y por su situación geográfica — es equidistante de San Francisco, de las Galápagos y de las islas Marshall — pronto se transformó en uno de los puntos vitales de la estrategia aliada en el Pacífico. El hermoso puerto de Papecte es hoy una importante base naval y aérea de las Naciones Unidas, y, sin duda alguna, será una importante etapa de los grandes aviones comerciales que cruzarán el océano entre América y Australia después de la guerra.

Aunque la avalancha nipona no llegó hasta sus costas, el rigor de la guerra se hizo sentir también en Tahití, cuyos habitantes carecieron de manteca, harina y azúcar durante varios meses, al iniciarse las hostilidades. La isla paradisíaca produce bananas, cocos, ananás y algunas hortalizas; pero nada más. Manteca y harina llegaban a la isla desde Nueva Zelandia en tiempos normales, cuando el abastecimiento de las tropas de MacArthur no era aún la misión exclusiva de la agricultura australiana y neozelandesa. La situación ha mejorado desde entonces, pero la vida sigue siendo dura en Tahití, donde solamente el consumo del pescado no está sometido al racionamiento.

Stevenson, Gauguin y otros

Una isla de esmeralda en un mar de zafiro, rodeada por un cinturón de perlas de



Nadie reconocería en este tahitiano arrugado y ocnico a Pihuru, la modelo favorita de Gauguin, que figura en numerosos cuadros de "Kald", como llaman al gran pintor los nativos de la isla.

HUERTO EN TAHITI

...RE, EL GRAN PINTOR FRANCÉS

...os se acuerdan aún del melancólico "Hospital" — escritor de cuentos, en tahitiano —, quien vivía cerca de la casa del gran jefe de Taravao y solía regalar panes y dulces a los niños.

Pablo Gauguin, el extraordinario pintor francés, por cuyas telas pagan sumas fabulosas ahora, pasó los años más fecundos de su vida artística en Tahití, en la última década del siglo pasado. Llegó a la isla en 1891, y vivía entre los nativos, completamente divorciado de la civilización de los franceses, cuando Stevenson arribó a las playas de la "isla del ensueño". Gauguin estuvo en Tahití durante más de diez años, produciendo una enorme cantidad de obras extraordinarias, la mayoría de las cuales se perdieron para siempre. Abatido por una enfermedad incurable y perseguido por los franceses de la isla, abandonó Tahití y se refugió en las Marquesas, donde murió en el año 1903.

Después de la primera guerra mundial, un joven aviador norteamericano se estableció en Tahití. Llegó como turista, pero se enamoró de una muchacha nativa y se casó con ella. Y mientras trabajaba como pescador entre los nativos, comenzó a escribir cuentos para los niños blancos.

...hijo, hijo de Emil y nieto de Gauguin, es uno de los hombres más inteligentes, cultos y hermosos de la isla.



Peisaje típico de Tahití. En estas playas pasó algunos años Roberto Luis Stevenson, el autor de "La isla del tesoro", y también Gauguin. En Tahití viven Nordhoff y Hall, que se hicieron famosos con su "Motín a bordo".



Luego llamó a un amigo y ex compañero de armas, y entre los dos formaron una sociedad literaria, que no tardó en ser famosa en el mundo entero. Eran Nordhoff y Hall, autores de "Motín a bordo" y otras obras célebres. Los dos están viviendo aún en la isla y sus residencias son las más lujosas de Tahití. Más tarde, otro escritor, el inglés Robert Keable, edificó su refugio en la isla, y, lo mismo que Nordhoff y Hall, alterna su actividad literaria con la pesca.

Emil, el hijo de Gauguin

Nada queda ya en Tahití de las obras de Gauguin. Los turistas blancos hicieron un verdadero rastreo en la isla, bus-

cando ávidamente alguna tela o trozo de madera pintada por el "recluso del Pacífico". Muchos de los cuadros estaban tirados entre trastos viejos, y si estaban pintados sobre madera, muchas veces se les encontraba formando parte de algún chiquero u otra construcción semejante.

Lo que pocos saben es la existencia de un hijo de Gauguin en Tahití. La mayor parte de las biografías del atormentado pintor francés ni siquiera lo

mencionan. Emil, el hijo de Gauguin, es un hombre de unos cincuenta años de edad, pero aparenta tener muchos menos. Posee la nariz característica de "Koké", como llamaban a Gauguin los nativos, y sólo la pigmentación de su piel le distingue de los demás tahitianos de raza pura. Su madre, Pahura, la modelo favorita del pintor, vive aún. Sin embargo, nada señala ya en la arrugada y anciana nativa, que fuma incesantemente, la cautivadora be-

lleza que hizo célebres los cuadros de Gauguin.

Emil no conoció a su padre. Pocos saben de la gloria del gran pintor francés y no comprende por qué lo exaltan tanto.

—Si era tan grande como dicen, ¿qué lo perseguían y lo dejaban morir de hambre? — pregunta a los que se tratan de sonsacarlo por "algún detalle interesante".

Pese a la cantidad de sangre fresca



Uno de los cuadros famosos de Paul Gauguin, pintado en Tahití.

Tahití ha sentido apenas la morejada de la guerra mundial. Y aunque los habitantes carecen de algunos alientos, la vida en sus playas paradisíacas continúa siendo opacible y serena, para blancos y nativos.



cesa que corre por sus venas. Emil no entiende la mentalidad de los blancos. Pero tampoco la entendía su padre. Su única pasión es la riña de gallos, y posee numerosos animales de pelea. Es, además, un buen padre de familia. Su hija, Apollina, es una de las jóvenes más hermosas de la isla. Es inteligente y culta, y le gusta mirar los cuadros que reproducen obras de su abuelo... *

VALIDO

Por un Mes solamente
A menos de la mitad de su valor!



21⁹⁰

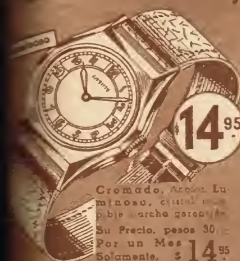
Cromado, varnido Al.
una y Rubia, metal
pibre, varnido
Su Precio, pesos 40.
Por un Mes
Solamente, \$ 21.⁹⁰



78⁹⁵

Platino y
Diamantes

Su precio
Por un Mes
Solamente \$ 78.⁹⁵



14⁹⁵

Cromado, Acero Lu.
miposo, metal
Pibre varnido
Su Precio, pesos 30.
Por un Mes
Solamente, \$ 14.⁹⁵



44⁹⁵

Sumergible

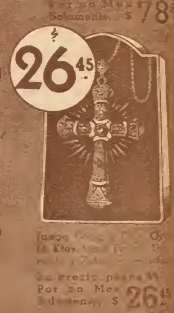
Todo Cromado, Acero
miposo, metal
Pibre varnido
Su Precio, pesos 97.
Por un Mes
Solamente \$ 44.⁹⁵



89⁵⁰

ORO
18 Kilates

Acero 18 Rebles
Su Precio, pesos 170.
Por un Mes
Solamente \$ 89.⁵⁰



26⁴⁵

Cruz

Su precio
Por un Mes
Solamente \$ 26.⁴⁵



11⁹⁵

Kilates

Acrodrilo, metal
Su Precio, pesos 24.
Por un Mes
Solamente, a \$ 11.⁹⁵



14⁴⁵

Plata 900, metal
Su Precio, pesos 45.
Por un Mes
Solamente a pesos 14.⁴⁵



22⁹⁵

ORO
18 Kilates

Su precio
Por un Mes
Solamente \$ 22.⁹⁵



18⁴⁵

ORO
18 Kilates

Su precio
Por un Mes
Solamente, a pesos 18.⁴⁵



9⁹⁰

Gemelos

Su precio
Por un Mes
Solamente \$ 9.⁹⁰



22

Neceser

Su precio
Por un Mes
Solamente, a \$ 22

RELOJES DE
FAMA MUNDIAL

**LONGINES
CROTON
ZENITH
ELECTION**

Surtido Completo
Precios convenientes



18⁴⁵

Regio

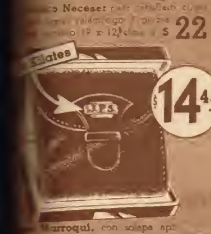
Su precio
Por un Mes
Solamente, a pesos 18.⁴⁵



11⁹⁰

Gemelos

Su precio
Por un Mes
Solamente, a pesos 11.⁹⁰



14⁴⁵

Moramos Oro

Su precio
Por un Mes
Solamente, a \$ 14.⁴⁵



15⁹⁵

Alfiler

Su precio
Por un Mes
Solamente, a \$ 15.⁹⁵

Oro 18 Kilates
MACIZO



CADA
UNA \$ 13.⁹⁵

Amplio surtido en Juegos de
Alfileres y Cintillo, de Platino
con Brillantes puros (hasta
hasta pesos 2000.-



12⁴⁵

Estilografo

Su precio
Por un Mes
Solamente, \$ 12.⁴⁵

Al interior
enviarlos
pedidos
Contra
Reembolso

Moramos Oro

SUCURSAL
CONSTRUCCION
Brasil 1050
Buenos Aires

Palmieri hnos.

JOYERIA - RELOJERIA
CASA CENTRAL LAVALLE Eq. MAIPO Bn. Aires

SUCURSAL
AVELLANEDA
Avenida
Mitre 117

REMITA ESTE CUPO

Envie PALMIERI Hnos. - C. de Correo 1322 - Bn. A.

Survamos recibir GRATIS CATALOGO

Nombre _____ Calle _____ Ciudad _____ Provincia _____

LA MISA DE LAS

H E aquí lo que me ha contado el sacristán de la iglesia de Santa Eulalia, en la Neuville d'Aumont, bajo el parral del Caballo Blanco, una hermosa noche de verano, mientras bebía una botella de vino añejo a la salud de un muerto, muy a sus anchas, al que había llevado esa misma mañana al cementerio, con honores, cubierto por un paño sembrado de bellas lágrimas de plata.

—El finado mi padre (el sacristán es quien habla) fué en vida sepulturado. Era de genio alegre, a causa seguramente de su oficio, pues se ha visto que las personas que trabajan en los cementerios están siempre de buen humor. La muerte no los asusta, no se preocupan nunca de ella. Este que ve usted aquí, señor, entra en un cementerio de noche, tan tranquilamente como en el empujamiento del Caballo Blanco, por casualidad, luego a encontrarme con un aparcido, esto no me da ningún cuidado, porque pienso que bien puede andar él en sus ocupaciones como yo en las mías. Conozco muy bien las costumbres de los muertos y el carácter de ellos. Sobre esto sé cosas que los mismos curas no saben. Y si fuera a contar todo lo que he visto, se quedaría usted pasmado. Pero no todas las verdades son para dichas, y mi padre, a pesar de que era aficionado a contar historias, no alcanzó a revelar ni la vigésima parte de lo que sabía. En cambio, siempre estaba repitiendo las mismas cosas, y, que yo sepa, lo menos conté cien veces la aventura de Catalina Fontaine.

Catalina Fontaine era una señorita ya de edad, que mi padre recordaba haber conocido en sus tiempos de muchacho. No me admiraría que hubiera todavía por estos lugares hasta tres viejos que recordasen haber oído hablar de ella. Porque Catalina Fontaine, aunque pobre, era muy conocida y gozaba de buena fama. Vivía en la esquina de la calle de las Monjas, en la torrecilla que usted puede ver allí todavía, y que forma parte de un viejo palacio medio arruinado que da sobre el jardín de las Ursulinas. Hay en esa torrecilla figuras e inscripciones casi borradas. El finado cura de Santa Eulalia, el padre Levesseur, aseguraba que está escrito allí en latín, que "el amor es más fuerte que la muerte". Se entiende, agregaba, que se trata del amor divino.

Catalina Fontaine vivía sola en ese pequeño departamento. Era encajera. Como usted sabe, los encajes en nuestra comarca fueron en otro tiempo muy famosos. No se le conocía a la señorita ni parientes ni amigos. Se decía que a los dieciocho años había amado al joven caballero de Aumont-Clérvy, de quien había sido novia secretamente. Pero la gente de bien no quería creer nada de esto, y afirmaba que todo no era más que una invención, porque Catalina Fontaine tenía más aire de dama que de obrera. Se decía también que se podían ver bajo sus cabellos blancos los restos de una gran belleza, que su semblante tenía siempre una expresión triste y que llevaba constantemente en el dedo uno de esos anillos en los cuales el orifice pone dos manecitas enlazadas, de esos que, en el tiempo antiguo, acostumbraban trocar los novios en los esposales. Va a saber usted en seguida lo que había de verdad en todo esto.

Catalina Fontaine vivía santamente. Frequentaba las iglesias, y todas las mañanas, hiciera el tiempo que hiciera, iba a oír la misa de seis en Santa Eulalia.

Ahora bien: una noche de diciembre, estando ella durmiendo en su cama, se despertó al oír tañer las campanas; creyendo que estuvieran llamando ya a la primera misa, se vistió apresuradamente y bajó a la calle. La noche era tan oscura que no se distinguían las casas y ni una sola claridad se veía en el cielo negro. Y era tal el silencio en me-

dio de esas tinieblas, que ni siquiera se oía ladrar un perro a lo lejos, y que se sentía como aislado de todo ser viviente. Catalina Fontaine, que conocía el camino a la iglesia por piedra, y que habría podido ir a la iglesia con los ojos vendados, llegó sin dificultad a la esquina de la calle de las Monjas de la calle de la Parroquia, donde estaba de madera que tiene un árbol grande del Cristo esculpido sobre una gruesa columna. Al doblar la esquina vio que las puertas de la iglesia estaban abiertas y que salía por ellas un gran resplandor de cirios. Siguió el camino, y en cuanto franqueó el pórtico, se encontró en medio de una numerosa concurrencia.

Pero se sorprendió al ver que no había ninguno de los fieles, y que todos estaban vestidos de brocado y terciopelo, con sombreros de plumas y con espada, y que era una concurrencia muy antigua. Había señores con altos bastones de puño de oro, y damas con cofias de seda sostenida por una peineta en forma de corona. Caballeros de San Luis daban la mano a esas damas, que cubrían con el abanico los rostros pintados, de los que no se veía más que las sienes empolvadas y un lunar en el ángulo del ojo. Y todos iban a colocarse en sus sitios sin hacer el menor ruido; no se oía más que el rumor de sus pasos sobre las losas del pavimento, ni el crujir de sus vestidos. Las damas iban llenándose de una multitud de jóvenes artesanos, de cascaca obscura, de bombas y medias azules, que se cubrían con el brazo la cintura de mozas hermosas, rosadas y de ojos bajos. Y, cerca de ellas, niñas de agua bendita, paisanas de sabanas blancas prendidas con cordones, se cubrían el suelo con la tranquilidad de los animales domésticos, mientras los mucroneros se acomodaban, de pie detrás de ellas, cubriendo grandes los ojos y daban vuelta al rostro entre sus manos. Y todos esos rostros blancos parecían eternizados en el momento del nacimiento, dulce y triste.

Arrodillada en su sitio de costumbre, Catalina Fontaine vio que el sacerdote se acercaba al altar, precedido por dos arciprestes que conocía al sacerdote ni a sus ayudantes. Catalina Fontaine se adelantó y empezó la misa. Era una misa silenciosa, que no se percibía el rumor de los vestidos, ni el retintín de la campana, ni se movían, ni el retintín de la campana se agitaba en vano. Catalina Fontaine se movió bajo las miradas y la influencia de los cirios; lo miró de reojo, y reconoció al joven caballero de Aumont-Clérvy, que había amado y que había muerto hacía treinta y cinco años. Lo reconoció por su propia señal que tenía debajo de la nariz, y, sobre todo, por la sombra de largas pestañas negras hacia sobre sus ojos. Estaba vestido con un traje de caza, un chaleco de oro, el mismo que lleva-



SOMBRAS

Por ANATOLE FRANCE

ILUSTRACIONES DE LISA

que, al encontrarla a ella en el bosque de Leonardo, le pidió de beber y se tomó besos. Conservaba su juventud y su semiente agradecida. Su sonrisa dejaba ver siempre sus dientes de lobo joven. Catalina le dijo por lo bajo:

— ¡Monsieur, que fuiste mi amigo, y a quien hace va tiempo, lo que una joven tiene más valor. ¡Dios os tenga en su santa gracia! Quiera El inspirarme, al fin, el remordimiento del pecado que he cometido con... Porque es lo cierto que, llena de caridad y a un paso va de la tumba, no me arrepiento aún de haberos amado. Pero, amigo mío, ¡oh, qué bello señor, decidme, qué gente está, a la moda antigua, que ha venido a aquí esta misa silenciosa?

El caballero de Aumont-Cléry respondió una voz más débil que un soplo, y, sin embargo, más clara que el cristal:

— Catalina, estos hombres y estas mujeres ahiens del Purgatorio que han ofendido a Dios, pecando como nosotros por el amor humano, pero que no están separadas de Dios a pesar de eso, porque su pecado fué, como el nuestro, sin malicia. Separados ahora de ellos a quienes amaron sobre la tierra, se purifican en el fuego lustral del Purgatorio, sufren los padecimientos de la ausencia, sentimiento que es para ellos el más terrible. Son tan desgraciados, que un ángel del Cielo se compadece de la pena de amor que los consume; y, con el consentimiento de Dios, hace una vez todos los años, por la noche, durante una hora, al amigo y a la amiga, en la iglesia parroquial que les corresponde. Tal es la verdad. Si me es dado verte aquí, Catalina, antes de tu muerte, sólo puede ser porque Dios lo ha permitido.

Y Catalina Fontaine dijo:

— ¡Cuánto deseo morir para volver a ser como en los días en que, mi difunto señor, te daba de beber en el bosque!

Mientras los dos hablaban así en voz baja, el canónigo muy anciano hacía la colecta, presentando un gran plato de cobre a los concurrentes; y éstos dejaban caer en él, unos unos otros, antiguas monedas, de esas que no valían desde hace va mucho tiempo: escudos de seis libras, florines, ducados de oro y plata, jacobos, nobles, y las piezas chocan en silencio. Cuando le llegó el turno, el canónigo dejó caer un Luis que, como las demás piezas de oro o plata, no sonó absolutamente.

Luego, el viejo canónigo se detuvo delante de Catalina Fontaine, que se registró los bolsillos sin encontrar un centavo. Entonces, queriendo dejar de hacer su ofrenda, se

sacó del dedo el anillo que el caballero le había dado la víspera de su muerte, y lo echó en el plato de cobre. Al caer, el anillo de oro sonó como el pesado badajo de una campana, y, en medio del resonante ruido que hizo, el caballero, el canónigo, el oficiante, los acólitos, las damas, los señores, desaparecieron; los cirios se apagaron, y Catalina Fontaine se quedó sola en las tinieblas.

Después de terminar en esta forma su relato, el sacristán se bebió un trago de vino, meditó y prosiguió en estos términos:

— Le he contado esta historia tal como me la ha contado a mí mi pobre padre una infinidad de veces, y creo que es verdadera, porque está de acuerdo en todo con lo que yo mismo he observado con respecto a las costumbres y hábitos particulares de los difuntos. Yo he andado mucho con los muertos desde mi infancia, y se que tienen por norma aparecerse al objeto de sus amores. Por eso que los muertos avariciosos vagan, por la noche, junto a los tesoros que escondieron en vida. Hacen bien la guardia alrededor de su oro; pero este trabajo que se toman,

lejos de serles de provecho, redundan en su propio daño, desde que no es raro encontrar dinero enterrado cuando se registra el sitio frecuentado por un fantasma. De la misma manera, los maridos difuntos van a atormentar por la noche a sus mujeres casadas en segundas nupcias, y podría citar varios que, muertos, han cuidado mejor a sus esposas que cuando estuvieron en el mundo. Esta práctica es condenable, porque, según justicia y razón, los muertos no deberían mostrarse celosos. Pero yo no hago más que contarle lo que he observado. Y lo que puedo decir es que convendría que tuvieran eso muy presente los que se casen con viudas. Por otra parte, la verdad de la historia que le he contado, está probada por eso:

A la mañana siguiente, después de esa noche extraordinaria, se encontró a Catalina Fontaine muerta en su cama. Y el portero de Santa Eulalia halló en el plato de cobre que servía para las colectas un anillo de oro con dos imprecaciones enlazadas. Además, yo no soy hombre capaz de contar cuentos para hacer gracia... ¿Qué le parece?... ¿Pedimos otra botella de vino? *



CON SIGNIFICATIVOS ACTOS CELEBROSE EL DIA DE LA BANDERA



El presidente de la República, acompañado por el coronel primado Maseiro Copello y por sus ministros, en la presencia desde el pórtico oficial la ceremonia de la jura de la bandera.

Auténticos testimonios de hondo fervor patriótico, los actos con los cuales se celebró el país el Día de la Bandera, fueron cabal expresión de los sentimientos que animan a la patria por igual a las autoridades y al pueblo de la República. En coincidencia con las tradiciones, es ya tradicional que los elementos incorporados al Ejército durante el día de la jura de la bandera, ocasión que pone de relieve la confraternidad de civiles y militares. Si en el interior del país los diversos actos realizados sirvieron para reafirmar el vigoroso mantiene el pueblo su sentimiento de argentinidad, los que tuvieron lugar en la Capital Federal — actos a los cuales prestó un significado especial la concurrencia de los altos mandos de la Nación — hermanaron al pie de los mástiles a las autoridades Ejército y pueblo, que confundieron en un solo sentimiento de patria su orgullo en el pasado y su fe en el porvenir. El acto central tuvo lugar en la histórica Plaza de Mayo donde, en la mañana del 20 de junio y en medio de la extraordinaria concurrencia que le brindó el público, el presidente de la Nación, general Edelmiro J. Farrell, rodeado por sus ministros y otras altas autoridades, procedió a izar al tope del mástil la bandera nacional. Las fotografías muestran diversos aspectos de la brillante ceremonia realizada en la Plaza de Mayo y de otros actos efectuados en la Capital.



La cámara fotográfica ha captado el instante en que el presidente saludó a la enseña patria, que acaba de izar solemnemente.



Un aspecto del acto realizado en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario, donde medió el discurso de bienvenida a los docentes de la zona a o los documentos referentes al general Belgrano. En el momento de la lectura de los discursos, el rector del establecimiento, profesor don Bruno González, el Sr. P. López y el Sr. Castellón.



El presidente de la República, general Edelmiro J. Farrell, se dirige, acompañado por el ministro de Guerra, coronel Juan D. Perón, y demás altas autoridades de la Nación, hacia el mástil ubicado en la Plaza de Mayo.

En el curso del homenaje rendido al creador de la bandera nacional, oficiales del Regimiento 3 de Infantería colocan una ofrenda floral al pie del mástil del general Belgrano.



GRAFICAS



MAJERO. — En viaje de negocios partió rumbo a los Estados Unidos de Norteamérica el conocido industrial señor José A. Ferradás, quien aparece aquí, momentos antes de partir, acompañado por el señor Dalmiro Grejo, de la firma Manufactura de Tabacos Particular, familiares y altos empleados de su empresa que acudieron a despedirlo al aeropuerto de Morón.

EXPOSICION VILADRICH



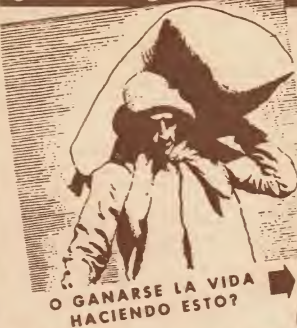
Por tercera vez en el transcurso de estos últimos años afronta en Buenos Aires el juicio de la crítica, con un conjunto de cuadros inspirados en temas argentinos, el conocido pintor español Miguel Viladrich. La técnica magistral de Viladrich, de cuyo arte dijera Pérez de Ayala que "De todos los pintores nuevos es el más permanente y preñado de futuro", se muestra, si cabe, más depurada y segura en esta colección de motivos bucólicos que ahora expone en la Galería Müller y que los elogios comentarios está suscitando entre el público y la crítica. En la foto vemos al artista cotejar junto a su obra "Los tocates", con nuestros compañeros de torcos Ortiz Barili y Olivares.

CONFERENCIA. — Invitado por las autoridades de la Asociación Tucumana, pronunció una conferencia que versó sobre el tema "Viaje de vuelta lineal", el conocido escritor y periodista Valentín de Pedro. En la fotografía aparece el orador rodeado por los miembros de la comisión directiva de la citada entidad.



RECITAL DE PIANO. — La concertista Lydia Negri, quien recientemente un recital de piano en el salón de la Biblioteca del Consejo de Mujeres, ejecutando obras de Bach, Liszt, Chopin, Debussy, etc.

¿Qué prefiere Ud. ser...



O GANARSE LA VIDA HACIENDO ESTO?

ESTO DURANTE TODA SU VIDA



APRENDA RADIO Y GANARA MAS

En Radiodifusión, Radiomecánica, Cine Sonoro, ofrecen ocupaciones lucrativas en Radiotelefonía

Televisión y otras numerosas ramas de la Radiotelefonía que bien preparada.

Además del Receptor Superheterodino recibirá GRATIS con su Curso:



Altoparlante Dinámico



Laboratorio de Medición



Herramientas con su Estuche de Metal



Auditores

Aprenda en forma rápida y eficaz mediante el sistema teórico-práctico por correspondencia de esta acreditada institución, que por 38 años ha venido preparando a millares en carreras técnicas con gran éxito. Logre su independencia económica con una profesión lucrativa.

GRATIS: Con nuestro ensayo recibirá Potente Receptor Superheterodino; Equipo completo de Herramientas y un Moderno y Valioso Laboratorio de Medición.

ENVÍE HOY MISMO ESTE CUPON

NATIONAL SCHOOLS. (De los Angeles, Calif.)

Sucursal: Victoria 1556, Depto. Núm. RC 7-380 Buenos Aires, Argentina.

Sírvase enviarme sin compromiso de mi parte, su Libro con datos para ganar dinero en la Radiotelefonía.

Nombre Edad

Dirección Localidad Prov.

También impartimos enseñanza en Clases Prácticas sobre Radio Superior, Radiotelefonía, Armado y Operador Radiotelegrafista en nuestro Sucursal. CURSOS DIURNOS Y NOCTURNOS. Visite nos.



ARTISTICAS.

— El pintor argentino Carlos Heism, que en el curso del presente mes inaugurará, en la Galería Van Riel, una exposición de sus cuadros, el mayor de los cuales revela aspectos pintorescos del paisaje cordobés.



Este indigena sostiene en sus manos la "caja" y la "chipo". La primera, como es sabido, es un instrumento musical, y lo segundo es una red de cuero donde se conservan frescos los frutos.



Escondido en la espesura duerme el lago, como ogros se estremecen apenas con la caída de una hoja o una flor. Quizá en sus quietos aguas se haya mirado un día la bella princesa Quiray...

POR TIERRAS DE SALTA

UN VIAJE

El dintel luminoso

Somos tres los de la partida. Esta tarde ha llovido en Salta. Sin embargo nuestro optimismo olvida el mal tiempo y nos disponemos a subir al San Bernardo.

Recorremos las calles mojadas. El coche cobra velocidad. De pronto al doblar una esquina enfrentamos el cerro, y de mis labios se escapa una exclamación:

—¡Maravilloso!

Es sorprendente. Un arco iris anchísimo circunda la montaña. Sobre el cielo gris perla se destacan nitidamente las fajas de colores. El arco es perfecto y parece flotar a pocas cuadras. De pronto una idea insensata nos domina: pasar bajo el arco iris.

El coche vuela hacia el dintel luminoso; vamos ascendiendo el cerro.

—¡Ápure que se desvanece!...

—En el lugar que toca tierra hay un tesoro escondido...

—¡Más ligero... más rápido!

Las ruedas patinan en el barro, las curvas se vuelven peligrosas.

Ganamos altura. La ciudad de Salta va hundiéndose en un valle profundo, y de pronto...

—¿Dónde está el arco iris?

—Se ha desvanecido...

—No; debemos estar debajo en este mismo instante, sólo que no lo vemos.

—Así sucede a veces. ¡Con cuánta frecuencia vivimos y pensamos bajo el arco iris sin advertirlo!...

—¿Filosofías? —dice nuestro compañero riendo.

—¿Y por qué no? Alguien ha dicho que es el hilo de oro para tejer la prosa diaria.

—Pero no conviene recargar el adorno

—dice el otro—. Por otra parte, la ilusión que hemos sustentado me permite recordarle que, científicamente considerado, el arco iris es...

—¡Hombre al fin!

Curvas y más curvas. Luego un paisaje de leyenda a nuestros pies.

La "maquette" de una ciudad

Llegamos a la cumbre. Viento puro y brillo de perlas de cristal sobre la espesura. Allí abajo, una ciudad de juguete.

Techos que brillan, una cúpula de oro y otra de turquesa; calles como cintas de plata y la senda de los ríos serpenteante y tortuosa. Más allá el abrazo azul de los montes.

Luego torrentes, diluvio de rayos que escurren entre nubes desde un cielo escuro, un cielo con lagos celestes y puma de mares fabulosos.

En la cumbre una cruz y un Cristo de San Bernardo. Contemplando surgen los recuerdos.

Un salón amplio, la alfombra roja y rias siluetas infantiles que juegan a del fuego. Sobre la alfombra un espejo en el plano una ciudad de cartón.

—Algún día me llevarás a una casa así, ¿verdad?



Paraje de Tartagal. Uno de los caracteres distintivos de Salta es la riqueza de su vegetación. Esoredaderas, helechos y arbustos forman verdaderas paredes de verdor y bosquecillos casi impenetrables, cuando se eschecho, sin precisar la distancia, el canto de los aguat.



Los "coyitas" han bajado a la ciudad en un día patrio. Al golpe de la caja, estos niños indígenas, hermanos nuestros, desfilan cantando el Himno Nacional.

AL ARCO IRIS

Por
Dinorah Olmos
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

—Algún día verás una ciudad igual; yo lo prometo.
—¿Dentro de mucho?
—No... mañana.
Y hoy, en la cima del San Bernardo... mañana.

telón de polobras ante el peligro - Los misochicos

La luz languidece; el cielo se cierra.
Es mejor apresurar el descenso.
La noche se hace en pocos minutos. El

fogonazo de magnesio de los relámpagos nos deslumbró. Las ruedas giran en el camino resbaloso.

—¿No patinaremos?
—Patinaremos... pero llegaremos.
Ponemos nuestra confianza en las dos manos morenas y firmes que sostienen el volante.

Bajo la lluvia pasa un emponchado a lomo de mula. Es un "coya" que avanza paso a paso bajo el agua, con el estoicismo de su raza. A los dos costados de la mula lleva arganas.

—¿A dónde irá?
—Vaya a saber.
—He oído decir que de los montes bajan los indios de vez en cuando.
El rostro inteligente y espiritual del in-

geniero Solá se anima al hablar de las cosas de su tierra.

—Usted se refiere a los misachicos.
—¿Los qué?
—Los misachicos. En el aniversario del santo familiar o del que pertenece a varias familias, los indios bajan, en procesión y a pie, del cerro. Llevan en andas al santito y tocan la caja, la flauta y el violín. A golpes de parche acompañan los cantos y así llegan a la ciudad donde casi siempre van a la iglesia de la Virgen. Allí rezan y se entregan a sus devociones.

Mientras Guillermo Solá habla, olvidamos el peligroso descenso a través de la noche y de la lluvia. Las palabras son telón ante el peligro.

—Me han contado algo curioso de un pueblito del norte de nuestro país—digo entonces—. Dicen que los indios encargan al sacerdote, además de las misas, las víperas con sus salmos. Los familiares llevan una cantidad de bombas de estruendo y a cada salmo que reza el señor cura, alguno del grupo sale afuera y enciende una y... ¡guay! si les sobran bombas a final.

—Estas gentes tienen una fe sencilla y simple—dice Solá—. Poseen también culto del camino. Dos leños en cruz o una canchero son causa suficiente para que se detenga la mula y se depositen flores y moneditas. La fe de esta gente no pregunta, no insiste; acepta.

El magnífico escenario del Norte tiene la ventaja de ser demasiado variado. Los cerros de colores, los arroyos y los manglares peludos o cubiertos de vegetación, como si fueran un teatro se desfilan de cuadros siempre vivos y siempre fecundos en belleza.

La noche nos absorbe. Allí abajo está la ciudad con sus luces parpadeantes que brillan como fuegos fatuos en una ciénaga negra.

El deslumbramiento pálido de los relámpagos nos muestra un mundo fúguz, un mundo primitivo que no nos pertenece, un mundo que fué de otra raza de ojos largos y de cara de bronce. El viento extiende su venda mojada sobre nuestro rostro y parece traer de lo profundo de la noche milenaria el eco de una voz. Paramos el motor, y en el silencio espeso, palpable, sólo interrumpido por el sordo tronar, creemos escuchar...

Velay... qué tronido más fuerte en los cerros.
Es que Tata Inti se quiere enojar.
Y el lomo del monte es el bombo grande,
Que su santa mano se ha puesto a tocar.

San Lorenzo

Cae la tarde con agonía de oro sobre violáceo. Para hoy tenemos la promesa de un paraíso verde.

La carretera nos interna en las montañas. Aquel borrón obscuro, aquella nube paralizada en el horizonte se abre en insospechadas perspectivas. Contemplamos al pasar ermitas y cruces.

—¿Qué son esas columnas ascendentes de vapor que se ven allá en la falda? Parece que el cerro ardiera.

—Son simplemente nubes...

Entramos en San Lorenzo. Por todas partes sendas boscosas, árboles trepados de enredaderas y helechos, arroyitos revueltos, saltos de agua y entre aquella fragante arcadía, casas grandes, nobles, antiguas. Nos internamos aún más.

—¿Cómo es posible—pregunto a nuestro amigo salteño—que ustedes se hagan tan poca propaganda? Jamás hablan de su tierra ni de las bellezas en medio de las cuales viven.

—Ellas hablan por nosotros. Pero no crea, cuando nos atacan nos defendemos, y entonces las palabras brotan y el corazón se descarga—termina riendo.

Bajamos. Aquello es maravilloso. No recuerdo haber encontrado en mis correrías nada tan fecundo, tan grávido en poesía como el cuadro que contemplo.

El bosque asalta la montaña, se escucha el rodar del arroyo entre las piedras y caminamos bajo un dosel de verdor, mientras bajo nuestros pies se deslizan las piedrecillas de colores.

En una vuelta del camino enfrentamos el arroyo. Desmenuzado y revuelto, blanco de espuma, se desliza a pocos pasos. Y sentimos el anhelo de ser chiquillos de nuevo y de dejar correr el agua sobre los pies desnudos o entre la mano abierta. Callamos. Y de pronto, toda esa belleza... duele. Volvemos. Desde un rincón oculto se escucha el reclamo de un pajarito.

—¿Cómo se llama?

—¿No siente lo que dice?

—Distingo tres notas diferentes...

—Es el Qui-tu-py..., el Quitupy.

Una flor que viaja - Leyenda de la princesa india

Hemos llegado a una confitería perdida en la espesura. Nuestra mesa está situada bajo una acacia frondosa. La luz ilumina débilmente nuestros rostros. En el vaso que tengo ante mí, la bebida parece oro líquido.

A pocos pasos habla el arroyo. Nos cuenta lo que ha visto de sus velas y revueltas.

Quizá serpenteando llegó hasta el cementerio oculto en la montaña donde, entre flores de amancaes, duerme la princesa india de las trenzas negras que murió de amor por el espasmo

de ojos azules que conquistó a tierra y su corazón.

En aquel rincón de la selva, abierta de helechos y bajo un árbol que llora sus flores de sangre sobre la corriente, descansará en contacto, por raro conjuro, su cuerpo de bronce.

Desde la espesura le llegará el reclamo doliente, la voz del arroyo que la amara sin esperanzas.

Y esa voz, que es la voz de un ave, pronunciará su nombre en tres sílabas, su nombre dulce que una vez fué beso entre los labios viriles. Porque la princesita de mi leyenda se llama Quitupy.

—¿En qué piensas?

—En los caprichos del arroyo. Bebemos en silencio. Junto a nosotros se dibujan en la sombra figuras de leyenda. Son guardianes con guardamonte, vestidos a la usanza regional, que se internan en la noche por la huella blanca de los caminos. Saludan con un beso el ala del sombrero y desaparecen seguidos de su cruzada casera.

—¿Es realmente de cabra?

Guillermo Solá ríe mirando al mozo.

—Me parece una cabra grande— dice con su voz lenta.



La "cayo" de la foto está tocando lo "coja". Acaso haya bajado a la ciudad integrando la comitiva de un mischico en acción de gracias, o para concurrir a la fiesta de Nuestro Señor del Milagro.





Moliendo maíz en forma primitiva. Las manos curtidas manejan con destreza lo pesado piedra. "Así lo hicieron mis antepasados y así está bien hecho para mí", parece decir la anciana que se ve en la foto.

Emprendemos la vuelta.

—Vamos a cruzar el arroyo.

—¿Dentro del coche alguien pregunta ansioso:

—Pasaremos?

—Y claro...

El coche se para en medio de la correntada. El silencio del

arroyo aumenta la voz del agua que se riza de espuma.

—Saco la mano y a escondidas dejo caer en ella un nardo. Es...

—mi recuerdo para la princesita de las trenzas negras.

—¿Qué destino más hermoso para una flor? Viajar en el abrazo

del viento por selvas y valles, a través de cascadas blancas de

nieve... Viajar bajo la rosada claridad del alba y quedar prisionero entre unas manos pálidas a la vera del arroyo.

... desde San Lorenzo

—Tal vez. Perfume de trébol y resina. Secretos dormidos en la quietud de las aguas. Árboles silenciosos, con sus garras hundidas en el suelo y su vértigo de ramas altas y trágicas, donde se anda el viento fresco, y, en lo profundo de la noche, intimidad y ternura de los nidos poblados de avecitas ciegas.

—El coche nos devuelve a las cosas de costumbre, a las cosas raras y sensatas y al panorama vulgar de todos los días.

—De pronto me niego a pensar; deso reaccioner del encanto

de la noche me envuelve, de la callada expectativa de la espesura y de la romántica belleza del cielo.

—Huyo... Huyo de mí misma. De la angustia de sentir y del dolor de hundir hasta la entraña conmovida el puñal azul del sentimiento. *

... de la Quebrada del Toro en Salta. El paisaje es tan extenso, que los ojos se cansan si se cierran; y despierto en los que recorren aquellas regiones un profundo sentido de amor a lo argentino.



EL ESTUDIO...



LA HIZO más atractiva!

Las amistosas relaciones que muchas de nuestras ex alumnas siguen manteniendo con sus profesoras, nos permite conocer muchos casos donde la enseñanza por correo de la UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER ha tenido una influencia decisiva en el triunfo de una joven!

Lo que con más frecuencia destacan estas triunfadoras es que la atención personal que prestamos a toda alumna es de importancia vital, porque hace que el estudio se convierta en tarea agradable y fácil. Además, de tal manera la joven estudiante no gana solamente conocimientos, sino también confianza en sí misma. Y cuando muy pronto logra obtener una posición envidiable, su modo de ser cambia de tal manera que sus amigas se asombran al ver que el estudio, a la vez que más próspera, la ha hecho más atractiva!

— Ud. también puede lograr resultados tan maravillosos sin grandes sacrificios! Todo lo que necesita es: decirse y enviarnos el cupón adjunto! Estas líneas le señalan el camino!

UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER

IMPORTE DE LOS CURSOS PALADIEROS EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES

Corte y Confección	\$ 3 por mes	Secretaría	\$ 10 por mes	Teqno-Mecanografía	\$ 10 por mes
Laborers	\$ 3	Contabilidad General	\$ 10	Mec. Arg. Comercio	\$ 20
Laborers y Artes Decorativas	\$ 3	Teqnografía	\$ 6	Defensa Industrial	\$ 10
Cosmética	\$ 3	Mecanografía	\$ 5	Prep. p/la Farmacia	\$ 10
Higi y Bacteriología	\$ 4	Mis. y Oficina	\$ 4	Química Analítica	\$ 4
Tecnología de Libros	\$ 4	Emp. de Comercio	\$ 7	Química Industrial	\$ 10
Contabilidad Mercantil	\$ 10	Emp. de Bancario	\$ 6	Arquitectura	\$ 10
Letras	\$ 7	Caligrafía	\$ 3	Teografía (con diccion.)	\$ 15
Contabilidad	\$ 6	Redes y Ortografía	\$ 4	Radiofonografía	\$ 15
		Aritmética	\$ 4	Teqno (te. diccion.)	\$ 15

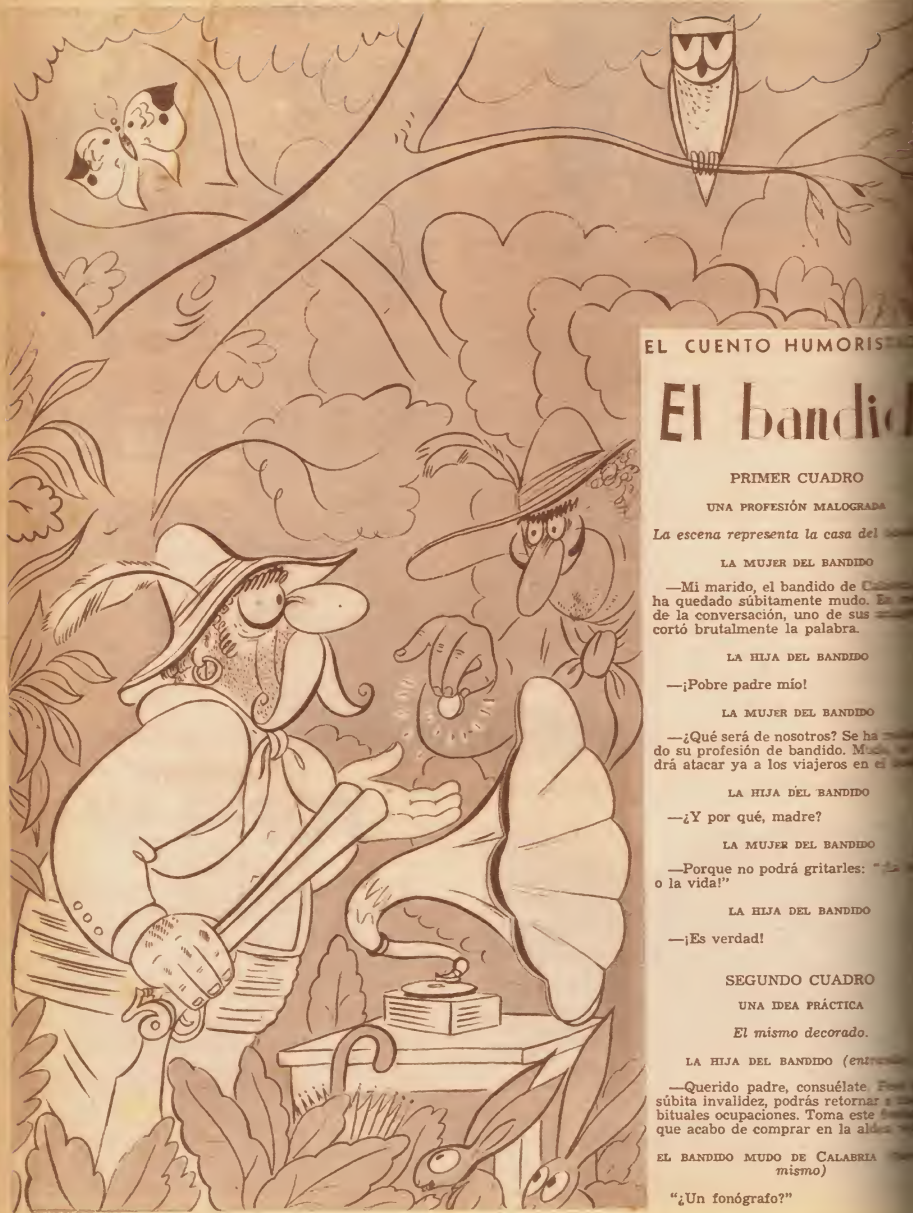
REPRESENTANTES EN

COLOMBIA	BOLIVIA	PARAGUAY
Alfonso Fernández Quiñero	Calle Belisario Díaz Romero	Ramón Ortiz Cabrera
Edificio Olano, Medellín	(Miraflores) 411, Casilla de Correo 1307, La Paz	Brasil 142, Asunción

Muestranos este cupón GRATIS y sin compromiso el siguiente: COMO LA BARRERA DE UN POZUELO que le permitirá a cualquier mujer en el mundo

NOMBRE
DIRECCION
LOCALIDAD

Sra. Directora de la UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER
Barranca 2445 (R. 251) - Buenos Aires



EL CUENTO HUMORISTAS

El bandido

PRIMER CUADRO

UNA PROFESIÓN MALOGRADA

La escena representa la casa del bandido.

LA MUJER DEL BANDIDO

—Mi marido, el bandido de Calabrería ha quedado súbitamente mudo. Es un día de la conversación, uno de sus días cortó brutalmente la palabra.

LA HIJA DEL BANDIDO

—¡Pobre padre mío!

LA MUJER DEL BANDIDO

—¿Qué será de nosotros? Se ha perdido su profesión de bandido. Mucho me temo que habrá que atacar ya a los viajeros en el camino.

LA HIJA DEL BANDIDO

—¿Y por qué, madre?

LA MUJER DEL BANDIDO

—Porque no podrá gritarles: "¡Adios, o la vida!"

LA HIJA DEL BANDIDO

—¡Es verdad!

SEGUNDO CUADRO

UNA IDEA PRÁCTICA

El mismo decorado.

LA HIJA DEL BANDIDO (entrando)

—Querido padre, consuélate. Desde que he sufrido súbita invalidez, podrás retornar a tus habituales ocupaciones. Toma este fonógrafo que acabo de comprar en la aldea.

EL BANDIDO MUDO DE CALABRERÍA (mismo)

"¿Un fonógrafo?"



mudo de Calabria

Por **CAMI**

ILUSTRACIÓN DE RAÚL VALENCIA

LA HIJA DEL BANDIDO

—Está provisto de un disco en el que he grabado mi grito profesional: "¡La vida o la vida!" Cuando se aproximen los autos, pondrá usted en marcha el aparato que hablará en su lugar.

BANDIDO MUDO DE CALABRIA (para sí mismo)

"Qué magnífica idea! (abrazo a su hija). Amada criatura, gracias a su ingenio puedo continuar ejerciendo mi profesión! No, no perdamos más tiempo, partamos rumbo al bosque vecino".

LA MUJER DEL BANDIDO

—Leo en tu mirada que buscas tu escopeta y tu paraguas. ¡Helos aquí!

LA HIJA DEL BANDIDO

—Padre, lleve consigo esta mesa para poner el fonógrafo y no olvide su asiento de cuero. Hasta luego, padre. ¡Buena noche! (El bandido mudo de Calabria sacando sobre sus brazos el fonógrafo, la mesa, la silla plegadiza, la escopeta y los paraguas.)

TERCER CUADRO

¡LA BOLSA O LA VIDA!

escena representa la carretera que atraviesa el bosque.

BANDIDO MUDO DE CALABRIA (para sí mismo)

Desde hace siete horas estoy instalado

en el borde del camino. Tengo mi paraguas abierto por encima de mi cabeza, pues llueve torrencialmente. Mi fonógrafo se halla sobre la mesa, conservo la escopeta sobre mis rodillas y estoy sentado en mi silla plegadiza. Ningún viajero ha pasado todavía. Pero, no me engañe. He aquí uno que viene hacia mí. Se aproxima. Hagamos funcionar el fonógrafo".

EL FONÓGRAFO (chillando)

¡La bolsa o la vida! ¡La bolsa o la vida!
¡La bolsa o la vida!

EL VIAJERO (al ver el fonógrafo)

—¡Caramba, un fonógrafo! (Dirigiéndose al bandido mudo de Calabria.) Pobre mendigo, hace funcionar en vano su fonógrafo. Yo soy sordo. Acepte por lo menos esta moneda que le doy por caridad, pobre miserable. (Le da una moneda y se aleja tranquilamente.)

EL BANDIDO MUDO DE CALABRIA (para sí mismo)

"¡Qué suerte la mía! Después de más de siete horas de espera bajo una lluvia torrencial, tropiezo con un viandante que me toma por mendigo y me entrega una moneda por caridad. Claro está que era sordo. No podía imaginar que soy un bandido, pues no oía chillar el fonógrafo: ¡La bolsa o la vida!" (Cargado con sus administrativos emprende tristemente el regreso a su morada.) *

APRENDA MECÁNICA DENTAL

LE ENSEÑAREMOS EN POCOS MESES. CLASES DIURNAS Y NOCTURNAS.

Toda persona tarde o temprano necesitará colocar dientes artificiales; que los mecánicos para dentistas ejecuten para los profesionales. HAY GRAN DEMANDA.

No hace falta experiencia mecánica previa; ¡ABRASE CAMINO EN LA VIDA! GRATIS. — Pida inmediatamente el interesante folleto explicativo, o mejor pase a conversar personalmente. — Escríbanos hoy mismo.



Profesión Invernal para ambos sexos.

Escuela de Mecánica Dental de Buenos Aires

2021 - RIVADAVIA - 2021

NO SE DICTAN CLASES POR CORRESPONDENCIA

Nombre

Calle

Localidad L. 743



REPASADORES ORO y PLATA
COLORES FIRMES GARANTIZADOS

Envíe su nombre y dirección a las Escuelas Latinoamericanas, Boyacá 932, Capital, y a vuelta de correo recibirá GRATIS y SIN COMPROMISO la "GUÍA DE SERVICIOS" de 52 páginas ilustradas, con detalles de los cursos que enseñamos por correo.

Ver primera tapa interior.

Pildoras DE WITT

(aumentan la cantidad de orina)

y para las vías urinarias



EN VENTA EN FARMACIAS EN FRASCOS DE 40 Y 100 PILDORAS

de acción diurética



Un retrato del gran poeta, que firmó Cao, hecho en 1916, cuando todos los Argentinos estaban de luto por lo perdido irreparable.

¿Cómo no había de amar a esta patria argentina Rubén Darío si empezaba verificando ser su bandera la misma que la nicaragüense?

Por eso sería que gozaba como un niño los veinticinco de Mayo. Le llama a ese día, "gran día, sonoro de músicas y florecido de banderas". Le agrada recorrer las calles de la ciudad, "hirvientes de muchedumbre vestida de fiesta", oír "las fanfarrias que pasan", o, simplemente, "mirar la plaza de Mayo y su vieja pirámide".

De parecidas emociones le nacieron en 25 de Mayo o un 9 de Julio (el que esto escribe lo supo de labios de Ricardo James Freyre), los versos realmente únicos de la *Marcha Triunfal*: eterno augurio de victoria para esta Argentina ya tan suya y tan amada, si alguna vez tuvieren que salir para la guerra sus paladines.

Porque mucho de lo fundamental lo hizo en Buenos Aires y porque para toda ent-

presa suya encontró aliados argentinos, suspiraba siempre con amor:

*¡Mi segunda patria de encanto
en donde soñó el soñador,
en donde he sido triunfador
y en donde se me quiere tanto!*

Y todavía más entrañablemente:

*¡Juventud, dichoso tesoro!...
canta a veces mi lengua grata
cuando en ciertas tardes de oro
pienso en el Río de la Plata...*

Por Año nuevo, hallándose lejos de su Buenos Aires, compuso estos otros versos de bendición:

*En estos versos de Año nuevo
a mis gentiles argentinos
mis viejos cariños renuevo.
¡Qué Dios les dore sus destinos!*

En *Prosa Política*, ese libro panorámico de la América de habla española, es la Argentina el país que abre la serie. ¿Y qué

RUBÉN

estampa allí? Esto que es algo: "Entre acontecimientos que la historia ha de contar de modo principal en los principios del siglo XX, está el surgir ante el mundo la nueva y gloriosa nación". La cual gloriosa nación no surgió para secundar un cargo, sino para entrar en el concierto de los pueblos superiores "por el trabajo y riqueza pacífica". Más aún: "para salvar el espíritu de la raza".

Así nos amaba.

Llega a su Nicaragua, tras largos días de ausencia, y qué le dice a sus compatriotas, como no sea, entre muchos otros, de Simbad, de qué manera arribó él a la Argentina y cómo la halló metida de qué modo le renovaba el pabello y blanco, nostalgias y venturas de patria. Que lo supiesen todos. Mister Rowe, cuando especialmente por los Estados Unidos la República Argentina para observar un foco latino, había vuelto maravillado con él otros prohombres de su continente ante "la crisis mágica labor" que ha nacido del Río de la Plata un hogar del mundo.

Sólo de lo que abunda el corazón es el espíritu. Y él nos cantó. Ahí *Canto a la Argentina* en la ocasión de las fiestas seculares. Ahí la *Marcha Mitre* en la muerte del insigne varón y en otro canto hay voces entrañables de las que no se pueden confundir.

Mitre era uno de sus cultos. Ahí en el patricio al militar de serenos al historiador y al humanista. ¡Y cómo clara su fervor por el héroe! Precedida un lauro y una palma, es como habrán to las Parcas llegar al alma del escopo la eternidad. Cineinato sabio y Catón presente: así le llama por sus virtudes de gobernante. Pero hay algo más aun le enforziza. Y es que Mitre el varón continental. El amado Patria continental.

¡Patriarca

que conservó en sus nobles canchales
[La primaveras]

Patriarca cuyo corazón estaba "hecho patrio fuego y universal amor".

Yo sólo sé decir que cuando se canta se ama mucho, y que la *Oda a Mitre* a ser como el preludio del *Canto a la Argentina*, que elevaría pocos años después bajo las estrellas del Centenario de Mitre. ¡Qué voces las de Darío en la memorable! Fué entonces cuando gran

¡Argentina! ¡Argentina!

¡Argentina! El sonoro viento arrebatía la gran voz de oro.

Es una letanía de amor lo que "¡Argentina, región de la aurora!... barea augusta, de proa triunfante, de das velas!"

La exaltación del poeta se vuelve rante, reveladora:

*¡Hay en la tierra una Argentina
He aquí la región del Dorado.
He aquí el paraíso terrestre,
he aquí la cuneta esperada,
he aquí el Vellocino de Oro,
la Atlántida resucitada!*

DARÍO Y LA ARGENTINA

Por

ARTURO CAPDEVILA

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

Malta algo por decir. Como quien saca un hilo de felicidad para la ciudad que tan amaba, quiso Darío, poco antes de deparar en su primera larga estada, meditar acerca de la leyenda de San Martín. Y fué él el feliz intérprete de los signos del santo argentino. (Con qué recogimiento y unción se acerca Darío al jardín hagiográfico en busca de sus flores para hacerle un ramo con ellas a la gran ciudad argentina! Le place que fuera Martín desde que sus pupilas vieran el sol, un niño del Señor, que ya mozo jamás conociera el miedo, que, militar poderoso en airosa capa entallada, a la súplica de un desvalido, partiera una hermosa capa y le diese la mitad al pobre. (Al pobre que, como siempre, resultó era Cristo.)

Bajo esta imagen quería Rubén Darío que nunca fuese consentida el Hambre en su dulce segunda patria.

¿Qué más? Osvaldo Bazil, en su excelente semblanza *Cómo era Rubén Darío*, recuerda el té que en honor del poeta dió en Barcelona — año de 1912 — nuestro congresal general D. Alberto Gache y la conmovedora expansión de aquél en un momento dado de la fiesta: que era su voluntad y el lugar y la oportunidad revestían una palabra de solemne intención) que sus cenizas descansaran en Buenos Aires. ¿Poco le place que legarle a la ciudad amada? Le gustaba sus cenizas.

Y de pronto, la guerra: la Guerra Mundial de 1914. Toda Francia hecha un solo cuerpo. ¿A dónde ir? Desde luego pensó en España, y allá se lanzó con sus cansadas y ya graves, con sus anuncios ya hoscos de decadencia y de muerte. En todo caso se está de nuevo en Barcelona, a la es-



Verdaderamente grandioso fué la celebración del 25 de Mayo en ocasión del Centenario. Rubén Darío, exaltado el espíritu, compuso entonces su "Canto a la Argentina". Se ve aquí una vista de la avenida de Mayo en aquella ocasión.

pera del destino. Y el destino se le ofrece a esa hora de relámpagos en la forma de una invitación a dar conferencias de paz en la tierra de los Estados Unidos. La empresa tiene mucho de quimérico, abusan de su candor, pero él consiente. ¡Ay! ¡Si en lugar de ese mundo extraño de los Estados Unidos le hubieran brindado ese otro tan suyo de la ribera argentina! Mas ya giraban los astros sólo para perderle... Y debió marchar, enfermo y caduco, hacia donde le llevaban.

Enfermedad en Nueva York. Y en todos

sus momentos lúcidos, este solo deseo: que le llevaran a Buenos Aires. Allá un amigo le brindaría su estancia. Y los vientos de la pampa le devolverían la salud. ¡A Buenos Aires! ¡A Buenos Aires! ¡A sanar!

No fué así, y antes bien por sus justos escalones geográficos fué a morir en León de Nicaragua. Bien lo supo él a su partida guatemalteca. "Me alejo de Guatemala — dijo con sombría adivinación — en busca del cementerio de mi pueblo natal".

No al humilde camposano de su aldea, sino a otro mayor le llevarían sus cansados pasos. ¿Y quién duda que junto a sus últimas palabras y postremos pensamientos, bendiciones para su Argentina le venían solas a sus labios?

Así debió de ser: que tanto y tan hondamente nos amó. ☩

Mitre era uno de los cultos del bando nicaragués. Admiraba en el patricio el militar de serenos laureles, al historiador y al humanista. Su "Oda a Mitre", compuesta en ocasión de la muerte del insigne varón, está llena de veces entrañables.



LO QUE LEEN LOS SOLDADOS

J. H. B. PREL, CONOCIDO NOVELISTA Y POETA BRITÁNICO, HA ESCRITO PARA "LEOPLÁN" EL PRESENTE ESTUDIO SOBRE LA FORMA EN QUE LLEGA MATERIAL DE LECTURA A LOS COMBATIENTES Y EL GENERO DE LITERATURA QUE PREFIEREN HOY LOS HOMBRES QUE LUCHAN POR EL REINO UNIDO

Una ininterrompida corriente de libros va desde los hogares británicos a manos de los soldados. Este comión, que oficia de biblioteca, acaba de llegar a un puesto avanzado en el desierto, donde inmediatamente es recibido por los combatientes.

Los marinos tienen su propia biblioteca de guerra, y los tripulantes de las naves que se encuentran en servicio activo reciben libros y revistas desde los comandos costeros. Tendido en su hamaca, este marino saborea un cigarrillo y se deleita con su lectura favorita.



HAN cambiado mucho los tiempos desde que Rudyard Kipling el vigoroso escritor, dió al mundo sus vividas descripciones de Tommy, el combatiente británico. Por regla general el soldado británico, el marinero o el aviador de hoy, no se contenta ya con una recreación superficial, sino que exige en su ocio una suma de entretenimientos más serios.

Nada ilustra mejor el cambio experimentado que un estudio de lo que actualmente leen los miembros de las fuerzas armadas. Pero surge también una pregunta al respecto: ¿de dónde obtienen su material de lectura?

La central del departamento de libros para el ejército en Finsbury Barracks, Londres, es una vasta organización creada por el mayor Donovan Jackson, secretario del City of London Territorial Army y de la Air Force Associations.

Con la ayuda voluntaria, en materiales y dinero efectivo,

organización envió no menos de 225,000 libros a Francia durante las primeras semanas de la guerra mundial N° 1. En su totalidad alcanzan a varios millones los libros y revistas enviados a los combatientes, incluso en puntos lejanos como Islandia y Palestina.

La Marina tiene su propia biblioteca

La Marina tiene su propia biblioteca de guerra para la Armada Real, y por supuesto, las Reales Fuerzas Aéreas también. Se dan en forma sostenida abundante material de lectura. El mayor parte donaciones de la población civil. En todo el Reino Unido hay personas que se prestan voluntariamente a donaciones de libros destinados a los combatientes, tanto en grandes ciudades como en el más pequeño caserío.

Naturalmente, la lista de preferencias abarca la gama de los distintos temas, pero se nota un marcado favoritismo cuanto sea ficción. En un 60 % los hombres se inclinan a las novelas de amor romántico o los relatos espeluznantes. La

rente, y probablemente la verdadera, que desean y necesitan algo que los ayude a olvidar los horrores reales y siempre presentes de la guerra moderna.

Luego, en orden de preferencias, vienen los libros que se refieren, en un sentido u otro, a la primera guerra mundial, y a continuación los que tratan de los planes para crear un mundo mejor, después de la victoria aliada.

También son populares los libros de viajes y las biografías. Es interesante señalar entre los hombres que están en los frentes de lucha, o cerca de ellos, de cada libro que se lee, sesenta son novelas. De los frentes en actividad se trueca el porcentaje, alcanzando las novelas solamente a un 40 %, mientras que el resto son libros de temas más reales. Claro que los hombres en el frente leen cuando tienen tiempo... si lo tienen.

Otro aspecto interesante es que los hombres se deciden rápidamente por lo que les gusta o no, y en ese sentido la central de libros para el ejército recibe diariamente un centenar de pedidos o sugerio-



Las mujeres de los Servicios Auxiliares también gustan de la lectura, aunque sus preferencias difieren, naturalmente, de lo que agrada a los soldados. Tras integrarse a los servicios mecanizados aprovechan un alto en el camino para mirar rápidamente una revista, sin dudar en la página de modas.

Gracias al organismo creado, una ininterrumpida corriente de libros va desde los hogares británicos a manos de los hombres que prestan sus servicios en las fuerzas armadas. Es un verdadero triunfo de generosidad y del espíritu de organización, y todo hombre o mujer que haya servido en las filas puede decir el profundo agradecimiento con que se reciben esos libros, revistas o diarios, remitidos desde puntos distantes y donados siempre, anónimamente, con la mejor voluntad del mundo. ♦

TODDY

EN EL DESAYUNO

No lo hay más
delicioso y
nutritivo en
TODDYto
el mundo.

TODDY

POR LA TARDE

Repone las
energías gastadas
por grandes y
chicos en una
jornada de
intensa actividad.

TODDY

POR LA NOCHE

Predispone
para un descanso
completo y un
sueño feliz.



Ahora en invierno TODDYtos los suyos necesitan un alimento rico en calorías. Déles TODDY 3 veces por día. Alimenta! Vigoriza! Y es delicioso! El tarro grande le conviene más porque rinde mucho más! También en económicos estuches familiares que cuestan unas moneditas.



MICROCOMEDIAS TODDY

Un entretenido programa que le regala TODDY por RADIO EL MUNDO y la Red Azul y Blanca toddytos los miércoles a las 20 horas. No se lo pierda.

PRUEBE TODDY UNA VEZ Y LO TOMARA TODDYTA SU VIDA!

Un cuento dramático

LA BUHARDILLA

Por JACINTO OCTAVIO PICON

ILUSTRACION DE M. ALFONSO

A casa de los duques de las Vistillas era de las mejores entre las buenas viviendas nobiliarias del antiguo Madrid. No podía compararse con ella la de los Guevras, ni la de los Peraltas, ni la de los Zapatas, ni aun la de los "Salvajetes"; se parecía a las de Oñate y Miraflores. Sus dueños le decían el "palacio"... y, sin embargo, no pasaba de ser un caserón distartado, de grandes salones, tremendos patios y pasillos laberínticos. La fachada era de axamillado y berroqueño del Guadarrama; tenía sólo de negro, principal de anchos y plantas baja con descomulgadas rejas dadas de negro, principal de anchos huecos con fuertes jumbas, recios dinteles y guardapolvos casi monumentales; sobre el balcón del centro, que caía encima del zaguán, ostentaba un enorme escudo nobiliario, ilustre jeroglífico compuesto por cabezas de moros, perros, cadenas, bandas y calderos; todo ello dominado por un sobrio casco o piedra, caliza el tiempo los enrojeciendo con el chorreo de las lluvias mezclado a la herrumbre del balcón. El piso segundo, bajo de techo y a manera de ático, tenía ventanas pequeñas, y sobre el entablamiento descollaban las buhardillas altas, aisladas, recubiertas de tejas, guarnecidas de verdosas vidrieras, ante las cuales se veían desde lejos las ropas recién lavadas y tendidas que gotaban sobre estrechos cajoncitos, plantados de hierba lusa, albahaca, hierba de gato y clavels.

Eran estas buhardillas habitación de gente pobre que vivía en contacto frecuente con los ricos; así estaban cercanos la necesidad y el remedio, hermoso maridaje que aplaca la envidia de los que no tienen y amansa el egoísmo de los que poseen. Los amos ocupaban en invierno el principal y en verano el bajo; en el segundo estaba la administración, y en las buhardillas, los cocheros, pinches y lacayos, amén de dos o tres familias de sirvientes jubilados y gentes protegidas; entre ellas, Manuela, hija de un ayuda de cámara, hermana de una doncella y viuda de un mozo de comedor que había servido muchos años y murió, dejándola embarazada. Daban los señores a Manuela, en recuerdo de lo bien que se portó su marido, tres reales diarios y casa; es decir, una de aquellas buhardillas que desde la calle se veían descollar por cima del tejado entre las ropas blancas y macetas verdes. De la misma edad que Manuela, los duques tenían una hija tan grande, picaresca y bonita, que parecía un modelo de Goya y tan buena, que en limosnas y socorros gastaba mucho de lo que sus padres le daban para galas y alfileres.

La casualidad, o la Providencia, que acaso sean hermanas sin saberlo, hizo que la duquesita y Manuela se enamorasen y casaran casi al mismo tiempo, hacia mil ochocientos setenta y tantos. Sin duda el amor, que no distingue de jerarquías ni clases, les rozó simultáneamente con sus alas. Algo así debió de suceder, porque ambas fueron madres con diferencia de unas cuantas horas. Cuando el hijo de la duquesita vertía sus primeras lágrimas entre lienzos de Holanda y ricos encajes, hacia sus primeros pucheros el chiquitín de Manuela envuelto en pañales de bayeta amarilla.

No habían salido a misa de partida, aun guardaban cama, cuando una noche, casi de madrugada, la duquesita mandó llamar a su doncella, hermana de Manuela. Pasó un buen rato sin que acudiese la chica; impacientóse el ama, y al llamar por tercera o cuarta vez, entró al fin la muchacha, diciendo, llorosa y acontada:

—Dispense V. E... Estaba arriba... porque a mi hermana "paece" que se la "zeba" el Señor.

—¿Qué le pasa?

—Pues lo peor; dice el señor médico, que así como a V. E. le ha "sucrido" con bien la subida de la leche, a la pobre Manuela le ha "entrao" una calentura "malina" que nos quedamos sin ella. La duquesita quedó aterrada. Como su situación y la de aquella desdichada era casi la misma, pensó que podía haberse hallado en caso igual; tuvo miedo, temió por sí, y se estremeció ante la idea de dejar sin madre a aquel pedacito de su alma concebido entre placeres, parido entre dolores, que allí dormía, puestos los labios en su pecho y acogido al calor tibio y cariñoso de su cuerpo.

—¡Válgame Dios! —dijo la señora—. Conque calentura maligna...

—Pero muy grande, y lo más malo es que ha dicho el señor médico que busquen quien dé teta al niño... y ya ve V. E., así, de pronto, cualquier encuentra... Está la criatura llorando como que un cachorro... chupa que chupa, Manuela con los pechos secos... y "na", como si mamase de un pepino.

La duquesita miró a su hijo con ternura, y en seguida, obedeciendo a una de esas inspiraciones femeninas que ante nada se detienen, dijo:

—¿Y no hay quien le dé teta?

—Nadie; ya hemos "corrido" toda la "vecindad"... y aunque pronto se encontraran, ¿cómo quiere V. E. que luego pague? Estará de Dios que se quede sin hijo.

—Pues oye... sube corriendo, toma al niño, mira si está bájalo... Yo tengo leche para dos.

Oposición de los padres, enojo del marido, advertencias del todo inútil. La duquesita iba teta al hijo de Manuela durante días, al cabo de los cuales, doblegándose ante la enérgica actitud esposa, devolvió el niño a la madre, prendiendo entre los paños un billete de Banco para que pudiese pagar nodriza.

Súpose todo aquello en el barrio, y cuando la señora salió a parida, no logró pisar el suelo de la calle; porque desde la escalera el zaguán, donde aguardaba el coche, y desde las gradas de la planta hasta el altar de la Virgen, las mujeres de la vecindad habían allanado el piso con mantones y flores; mantones raídos, flores baratas no hubo sulán de Oriente que disfrutara triunfo igual.

II

Muertos sus padres pocos años después, la duquesita, por moda y complacer a su marido, vendió la casa de sus mayores y en la Castellana un hotel a la francesa, dirigido por un arquitecto de París. Cayó la antigua morada de las Vistillas, destruyéndose la fachada, y casi juntos rodaron por el suelo los fragmentos del escudo y las tejas de las buhardillas derruidas. Lo que prodijeron las sillares de berroqueño, apenas bastó para pagar unas cuantas traídas de Angulima. El nuevo edificio era extranjerizo, antipático, en el mal sentido de la palabra, y en vez de buhardillas tenía una gran montera de pizarra.

Claro está que al derribarse la casa antigua fueron echados a los servidores jubilados, y entre ellos Manuela. En vano intentó la duquesa. El mayorazgo, un burgués en canuto, más aristocrático que el amo a quien siraba, no permitió que se acercase a la casa.

Manuela comenzó entonces a subir esa calle de la amargura llama miseria. Fué peñadora, cosió para las tiendas y el comercio, desgaciada en todo, y a veces tímido se puso a lavar.

Pasó tiempo. La duquesita creció y grácil como un pajarillo, los que pisó Goya en su tono, se había convertido en una señorona de optima. Manuela, antes airosa y limpia, estaba ahora enflaquecida, con el trabajo y desfigurada por las privaciones.

III

Un día hubo motín en el pueblo. El Ayuntamiento, el tintero, les exigía un impuesto, y las pobres no querían pagarlo.



grases; comenzó muy de mañana en los lavaderos del Norte; se arrojó abajo, desde "once caños" hasta los puentes de Segovia y luego, arreció en los cobertizos del ponton, engrasó, por ser domingo, a la gente de los merenderos, y al mediodía, los grupos de mujeres, cargadas de palos, piedras, tranças y estacas, subieron por el Paseo de Ocho Hilos y la calle de Toledo a desembocar en la Plaza de la Cebada. Allí se luchaban las ritadas autoridades.

— ¡Muchachas! ¡Hijas mías! — decía el gobernador —; todo se arregla. Nombrad una comisión.

— De aquellas desdichadas se adelantó, diciendo:

— ¡Mire "ustez", usia... Estamos hartas, y no nos da la gana. Las que más mejor libradas, las de lavadero, pagamos "ca" sábado treinta pesos de pila y colada; dos "riales" de mosos "pa" que cuecen con el agua; por cada carretilla de ropa de la pila al cuello, y del cuello a la una perra grand; en los tendedores otra perra, y en cuanto que se lava, "pa" que recojan pronto, otra perra...; por subir y bajar talegos, peseta "ca" viaje; y ponga usted jabón, palas, jornal de ayudantes, y de prendas "perdidas"; y las heladas, y los calores... las que más uste que quedan diez "pu" doce "riales" por semana...; y vale lo que usted gasta en un día. ¿Qué "quisté" que comamos? ¡Y yo me pongo el alcalde otro contribución!; ¡Como no "sus" dos morcillas!

— ¡Guarda quisó prender a la oradora, pero sus compuseras la defendieron con palos, ardores y arañazos. Salí un sable de la vaina, y allí me puse a reír. Un diluvio de piedras y medios ladrillos cayó sobre los representantes del poder; y todos quedaron iguales; así los mal nombrados del gobierno, como los peor elegidos por el pueblo. Gobernador, alcaldes, concejales, inspectores y guindillas, tuvieron que huir vergonzosamente ante las amenazas del Mantarraya. Apalancados a los agentes, heridos y con la capital en son de guerra, gritando: "¡Mueran el alcalde! ¡Mueran los ladrones!". En la calle de Atocha sufrieron una carga de bombas. Seis u ocho quedaron descalabradas a sablazos y tendidas en el suelo del arroyo; otras cayeron pateadas por los caballos; las más se fueron desordenadamente hacia la plaza de Antón Martín. Iban fusiladas, no eran mujeres, sino fieras.

— ¡Hubo momentos en que lo comenzado comoasonada de miserables arrastradas amenazó trocarse en alzamiento social. Los primeros gritos fueron: "¡No pagamos! ¡Abajo la peseta! ¡Abajo el alcalde!". Luego el pueblo, con un deseo instintivo que le hace relacionar ideas hasta encontrar la causa de la miseria fermentada, la pobreza escarnecida, la ignorancia y el hambre, y sin freno, todo aquel conjunto de injusticias acumuladas, se lanzó en un voto terrible: "¡Mueran los ricos!".

— En este punto llagaba la marea del hambre, cuando en mal hora acortó camino en la plaza una soberbia retreta ocupada por dos señoras aristocráticas. Los caballos ingleses, el coche francés, y lo que ellas llevan desde las telas de los trajes hasta las horquillas de oro, desde las medias de seda hasta las primorosas flores de sus sombrerillos, todo tenía ese aspecto de suntuosidad a la moderna, que cuesta más caro cuanto más sencillez.

— Entonces, aquí río de furias desgreñadas, aquellas turbas harapientas, arrastradas por el peso al coche, y sobre las magníficas faldas de las damas, caían de sorpresa y medio muertas de miedo, comenzó a caer, en lluvia torrencial y sucia, el barro arañado de entre los adoquines o tomado en las charcas de los árboles; y empezó a silbar por el aire trozo de cascotes, y pedruzcos de las amotinadas, que vociferaban: "¡Mueran los ricos!". Dos o tres piedras chocaron contra la caja de la carretela, y se herido el lacayo; una moza de fuerzas hercúles metió un garrote en los radios de una rueda, y apalancando con alma para que no se resaca el coche, facilitó que por la traera de éste preparan varias señoras ansiosas de arrancar de los sombrerillos las primorosas flores que ellas en París a peso de oro. Y los gritos no cesaban: "¡Vamos a desahogar!".

— "¡Mueran los ricos!". El momento fué horrible; aquello parecía el choque del hambre con la inconsciente insolencia de la hartura. Repente, una de las amotinadas, que estaba en tercera o cuarta fila, comenzó a dar codazos y empujones, pagando por abrirse paso. Después de ser alguna de las "jefas", porque los grupos se espaciaron, comenzó a avanzar hasta la caja del coche, mientras ella, gesticulando y gritando, decía con los brazos en alto:

— ¡Compañeras, quietas! ¡Chicas, no tiréis! ¡Dejadme hablar... no me bestias!

— Cuando a aquella mujer, la más joven de ambas damas dió un grito de dolor y de sorpresa, exclamando:

— ¡Manuela!

— Yo soy, "señ" duquesa!

— Subió en el estríbo, agarrándose a la capota, siguió gritando: "¡Muchachas! ¡Porque que más queráis el mundo, "sus" pido que me hagáis daño! Ellas no "tíen" la culpa. ¿Sabéis quién es ésta, la dama, la más joven, la que "paece" la Virgen de la Paloma? Las que me comen, las de mi lavadero, ¿no "m'hábéis" oído contar que cuando mi amo se me moría le dió la teta una señora?... ¡Pues ésta es! "Pa" hacer un daño me tenéis que matar a mí!"

— Después abrieron paso, se oyeron algunas carcajadas de mofa; pero las señoras, arreó el cochero y el carruaje pudo arrancar despacio por entre las muchedumbre hostil, momentáneamente amansada. La duquesa se subió a su salvadora con los ojos nublados de lágrimas, y Manuela siguió gritando pidiendo al lado del coche, diciendo, trémula de gozo:

— ¡Adios, señora! ¡Qué cosas que estamos yo los pobres y los ricos! ¡Mientras más vallian aquellas buhardillas cuando vivíamos unos cerca de otros "pa" conocernos y querernos! Ahora hacen unos "cimenterios" de donde que les "yanan" barrios "pa" obreros... y cuando subimos a caballo, nos es "pa" irnos!

— ¡Debemos la vida! — dijo una voz aun entrecortada del terror.

— ¡Adios, señora!

— Trotaron los caballos, se alejó en salvo el coche, y a su espalda, ya sin ella, arreció el rumor formidable del motín, semejante al ruido de una pesada columna, rota la esclusa, se precipita el agua en oleadas de espuma negra y turbulenta.

PARA GANAR MUCHO DINERO

Aprenda RADIO prácticamente

ARMANDO EN SU CASA 26 RECEPTORES

ENSEÑANZA EN CLASE o por CORREO

Nuestros alumnos reciben GRATIS TODO EL MATERIAL indispensable para ARMAR 26 RECEPTORES DISTINTOS de onda corta, de onda larga, de corta y larga combinado, neotridicos, superheterodinos, ambas corrientes, alternada, pilas baterías, acumulador de 6, 12 ó 32 voltios, etc.

Estos materiales incluyen:

- 1 AMPLIFICADOR AUDIOFRECUENTE
- 1 PEQUEÑO TRANSMISOR DE RADIO
- 2 OSCILADORES PARA CALIBRACION
- 1 OSCILADOR AUDIOFRECUENTE
- 1 MULTIVIBRADOR

Todos los MATERIALES y las VALIOSAS LECCIONES ENVIADOS quedan de PROPIEDAD del alumno.

Vd. será un Técnico Moderno

Los cursos de la Asociación RADIO INSTITUTO (personales o por correspondencia) son completos y únicos en el MUNDO que TRATAN LA PRACTICA en FORMA PERFECTA, respondiendo a la MODERNA TECNICA de la HORA PRESENTE, para ser un PERFECTO TECNICO ARMADOR.

En poco tiempo ganará mucho

construyendo aparatos, haciendo arreglos y TRANSFORMANDO receptores antiguos. ¡HAY GRAN DEMANDA EN TODO EL PAIS!

Autorizado por el Superior Gobierno de la Nación, decreto Nº 57.291.

ASOCIACION RADIO INSTITUTO
RIVADAVIA 3192 Buenos Aires

ASOCIACION RADIO INSTITUTO LP. 2
Rivadavia 3192 - Buenos Aires

Sírvase remitirme gratis folleto "Su porvenir está en la Radio".
Nombre.....
Calle.....
Localidad.....

GRATIS
Monde
esto cupón

¿ES UNA NOVELA INTERESANTISIMA!



y la solicitaron repetidamente los lectores de "MARIBEL", en cuyas páginas se publicó hace ya tiempo, en capítulos semanales. Para satisfacer esos numerosos pedidos, se incluyó en la revista

**"CHABELA"
"UN MARIDO
EN LONDRES"**

la famosísima obra de MAX DU VEUZIT, el novelista favorito del público femenino.

Trátase de un verdadero regalo para el espíritu, que podrá ser conservado de esa manera en la biblioteca de las lectoras de "MARIBEL" y "CHABELA".

"CHABELA" se halla en venta... ¡Y siempre se agota!...

Cine

★ por *Amelia Monti*



Rosalind Russell, la actriz más 'habladora'

ROSALIND RUSSELL poseía, hasta hace poco, el récord de la actriz que podía hablar con mayor velocidad y fluidez. Pues bien: en su última película ha superado su propio récord.

Cuando filmaba "Su novia de los viernes", su director, con un cronómetro en la mano, le registró 365 palabras por minuto. Ahora en el papel de la dinámica agente teatral, que interpreta en "El que juega con fuego", ha alcanzado la increíble cifra de 379 palabras en el mismo tiempo... Esto se dice muy pronto... La cuestión es ponerse a prueba para poder hacerlo...



PARA UNA BIOGRAFIA

Alicia Vignoli ama los pájaros y las muñecas

Alicia Vignoli ha soñado siempre con una casa donde hubiera muchos pájaros y una sala con muchas muñecas. En condiciones actualmente de poder lograrlo, no sabemos si aquella ilusión de sus primeros años de teatro habrá cristalizado... Desde muy jovencita pasó las tablas. Antes fué empleada. Alguien la encontró "bonita", y... le hizo dar el gran salto que más tarde le valió un nombre en el cartel. Actuó como vedette en compañías de comedias musicales y de revistas. Figuró en las primeras películas "formales" del país. Filmó "Dancing" y "Tango", en 1933; "Ayer y hoy", en el 34; "Puerto Nuevo", en el 36; "La casa de mamá" y "El pobre Pérez", en el 37; "Caras argentinas", "Muchachas que se casan" y "Palabra de honor", en el 39; "Yo hablo", en el 40; "Canción de los ríos" y "Persona honrada, se necesita", en el 41. No volvió al teatro en el presente año, ya que actualmente tiene a su cargo el primer femenino en "La importancia de ser ladrón", que se rueda en Buenos Aires. Casada con Luis César Amadori, uno de nuestros mejores directores cinematográficos. Es de carácter suave y bondadoso, ser triste, en silencio. De inteligencia clara y presta. Es morena, de ojos oscuros. Hasta ahora no ha caído en la tentación de cambiar el color de sus cabellos.



Al margen del 'impassé'

Es necesario exhibir el mayor número de películas argentinas en el mayor número de salas, de acuerdo a lo que la industria pueda producir", fueron las palabras del secretario de Trabajo y Previsión, coronel Juan D. Perón, al emplear a los representantes de productores y exhibidores para que, con miembros de dicha Secretaría, se constituya en comisión a fin de estudiar el pleito y llegar a una solución equitativa en un plazo prefijado. No necesitan comentarios las palabras del señor coronel. Hay en ellas un imperativo que no deja lugar a dudas: impulsar la industria cinematográfica hasta ponerla en pie de igualdad—dentro de lo posible—con sus similares del continente, para que la postguerra encuentre en condiciones de servir eficientemente los intereses del país, que están muy por encima de los intereses privados, por muy respetables que éstos sean. La ley debe circunscribirse, pues, a garantizar para los productores los riesgos las mayores posibilidades de beneficio. Así el espíritu de emulación entre nuestros diferentes sellos editores se manifiestare libremente, y cada uno brindará, por lo que sea, una producción anual con "bolsa libre" y "tiempo necesario" liberando al realizador de la tiranía de la "cantidad de películas" y el "plazo preteritorio".

La voz de Jean Arthur

Está muy en boga actualmente, en los Estados Unidos, el convertir en *pin-up-girl* a las más hermosas muchachas y estrellas de Hollywood. Esta expresión que no tiene traducción literal, significa elegir a una muchacha como la "novia" de un grupo de gente que pueden ser soldados, marinos, aviadores, ayudantes... El regimiento 327 del Cuerpo de Señaleros, estacionado "en alguna parte de Inglaterra", ha descubierto que además de fotografías autografiadas, puede solicitar de sus *pin-up-girl* algo mejor...

El soldado Marvin Milkes, de ese cuerpo, escribió hace poco a Jean Arthur, pidiéndole que, si fuera posible, le enviara "un disco con la grabación de su dulce voz", a lo que parece haber accedido la estrella.



Lionel Barrymore habla del beso

Clerk Gable y Lona
Turner en un beso

Y ECÓN Lionel Barrymore, los besos en el cine siempre han sido reales... No compararíamos esta opinión si no viniera de Lionel, que es uno de los actores más viejos que tiene la pantalla, y a quien se puede creer... Sin embargo, el beso ha evolucionado como ha evolucionado todo en el Séptimo Arte, que pronto cumplirá 50 años de existencia, coincidiendo con el vigésimo aniversario de uno de sus más acreditados sellos: Metro Goldwyn Mayer, que se festeja actualmente.

—Estoy seguro — afirma — de que los que como yo están en contacto con el cine desde sus comienzos, y los que lo han seguido y lo siguen de cerca, no habrán podido olvidarse de sus besos de Rodolfo Valentino, de John Gilbert — entre otros en aquella famosa película "Los amores en la corte de Rusia" —; de aquel "Hermoso Brummel", de mi hermano John; su fin...

—Pero — interrumpe el cronista — hay algo que no podrá negarse, querido Lionel...

—¿Qué es?
—Que Greta Garbo, con su sorprendente aparición en "Demencia y carne", le dió el beso, en la pantalla, indudable y sensacional realismo. Un realismo y una sensualidad potente y delicada al mismo tiempo, que dejó huellas imborrables en la sensación...

—Conformes. Pero ese es "un caso personal", que no ha podido ni imitarse siquiera...

—¡Si habrá visto usted nacer estrellas en estos veinte años de actuación en la Metro!

—Nacer y morir, que es lo más doloroso, amigos. Los millones de esperanzas evaporadas, disueltas, rotas. Es como para no querer ni ponerse a pensar... Miren... Allá por el 1896 ó 98, cuando se le llamaba al cine "la cámara oscura de Edison", los actores de teatro creían que se disminuían al trabajar en el cine. Pero empezó a correr el dinero a argumentos sólo constaban de dos actos, las cámaras eran gigantes cascajas de madera; los decorados, de papel, y la luz del sol, la única disponible para fotografiar escenas.

—Mucho han cambiado las cosas desde entonces!

—Mucho!... Después vinieron los reflectores de aluminio, y luego el más perfecto sistema de iluminación artificial, en uso ahora. Decorados corpóreos, reconstrucciones fantásticas

de palacios, de puertos, de ciudades enteras... La acción se enriqueció de vida, de lógica, de potencia. Tomemos como punto de referencia que los estudios Culver City, de la Metro, ocupan un área de 167 acres, y que en sus diversos departamentos trabajan a diario no menos de cuatro mil personas. Para la organización de esta colmena hay un servicio de policía, considerada de las mejores del mundo. Existen trece millas de paseos pavimentados, 30 gigantescos sets, hospital, escuela para niños de artistas, fábrica de energía, purificación de aguas, grandes laboratorios, fantásticos almacenes y 22 salas de proyección.

—¿Cuántos argumentos se leerán allí por año?
—Unos veinte mil para la selección de cincuenta films. Se calcula que en sus veinte años, Metro ha producido 1236 películas de metraje, sin contar el material corto, suficiente para dar la vuelta al mundo tres veces.

—¿Cuál fue la primera película de esta organización?
—"Ben-Hur" y "El gran desfile". La última grande — comparada con aquellas, aunque salvando las distancias — "Madame Curie" y "Walter Pidgeon en otro nuevo surtido", que nos trae otra vez juntos a Greer, seguramente de resonancia...

—¿Y... se besan en esta nueva película Greer y Walter?

—Besos de sabios... Que distan mucho de aquellos absorbentes y ávidos de Greta, pero que no son menos amorosos...

—¿Cómo ese que se dan Lana Turner y Robert Young, quizá?

—¡No, amigos!... Ese... ¡Ese es un beso como para tocar alarma de incendio!...

Alguien dijo...

"Ríe, y todo el mundo reír contigo. Llora, y llorarás tú solo..."

A

HERMATE Biguá, que el novio es bravo! Abrieron el brete, lanzaron dos alaridos y la res salió, campo afuera, con gran empuje.

El muchacho espoleó a su tobiano y repitiendo a su vez el grito gaucho, se lanzó detrás de la res como una exhalación. Y cerca de la bestia, le agarró de la cola, y dándole un vigoroso cimbronazo, dió con ella en tierra.

—¡Biguá! —exclamaron al unísono con profundo espanto.

Había ocurrido lo previsto, lo tremendo, lo que no esperó él, confiado en su poder y en su destreza. Fue tan grande el esfuerzo y tuvo que ser tan violento el cimbronazo, que por efecto de este mismo fué despedido por sobre la cabeza del caballo y, dando una vuelta en el aire, cayó a varios metros de distancia.

—¡Se desnucó! — dijo azorado uno de los presentes, lanzando su presagio. Y efectivamente así fué. Cuando acudieron para socorrerle, lo hallaron tendido sobre el pasto del campo, ya exánime, sin vida.

—¡Se desnucó! —repetían luego al dar la mala nueva en la estancia y en los rincones del pago.

—¡Pobre Biguá! —agregaban—. ¡Tan fuerte y tan gaucho!

Pasó el tiempo y el triste fin de aquel lindo mocetón criollo vivía en el recuerdo de la gente campera como algo que no se termina de lamentar.

Más no por eso dejóse de practicar la tradicional costumbre de la "coleada". En toda fiesta criolla del pago de los Montevies era infaltable. En ella se rendía culto al coraje y se hacía gala de la destreza gaucha. El hombre mos-

traba, entre alaridos, su dominio sobre la bestia. Era más difícil y más arriesgada que la doma. Había que tener no sólo habilidad, sino también fuerza, mucha fuerza.

Don Chiviro, un criollo bien plantado, hombre ya maduro, pero vigoroso y diestro, se jactaba de su poder físico. Era de mediana estatura, amplio de hombros y con unas manos temibles como garras. Tenía el rostro varonil, curtido al sol, pero con un aire simpático y un fulgor seductivo en la mirada. Hombre duro en la faena campera, se ablandaba en la convivencia. Sobre todo sí había mujeres, entre las cuales tenía fama de conquistador.

Aquella tarde se celebraba una fiesta en el rancho de doña Zenona. Era el "cumple" de su

hija Lola. Había loco con chorizos de pasteles de arroz con leche.

Cuando llegó don Chiviro corrió a pedirle a doña Zenona, que a pesar de sus años cuidaba el cariño que tuvo por el hombre que era muchacho y se lo disputaban las muchachas. En cambio, Lola, su hija, se quedó esperando de lejos y con disimulo. También sin saber explicárselo, sentía por el hombre una atracción irresistible. Comprendía que era más que una "gurisa", pero no podía decirlo. Estaba enamorada, enamorada de un hombre que podía ser su padre.

—Don Chiviro —alredó la paisanada—. —Asújtese —intervino doña Zenona—. aquí estoy yo pa recibir a ese "taita". Apéese el hombre de su tostado.



con el apero de cabezadas de plata y con virolas de oro, y echándose el lazo sobre el hombro izquierdo se acercó a la paisanada que celebraba su arribo con manifestaciones, siguiendo la fiesta jubilar.

Pero a poco de enterarse buscó a doña Zenona para preguntarle:

—¿Y la del "cumple"?

—¡Aquí la tiene, compadre...

La muchacha se acercó ruborosa. Tenía su carne joven y le brillaban los ojos. Estaba esperando aquel instante.

—¡Linda y bien puesta! —afirmó don Chiviro con varonil acento.

—¡Igual que la madre —dijo chusquero doña Zenona.

—¡Igualita! —confirmó el criollo, mirando fijamente a la muchacha con mirada contenta, y agregando en seguida con una sonrisa:

—¡Quién pudiera volver a aquellos tiempos —suspiró la vieja criolla.

—¡Quién pudiera! —añadió don Chiviro mirando a la muchacha con mirada contenta. Atinaba ella más que a sonreír y su sonrisa tiraba la pulpa lujuriente de sus labios, que parecían dos como una fruta en su rostro moreno. Después el seno hinchaba sus mórbitas turgencias apretadas por la bata de percal.

—¿Se acuerda de nuestros tiempos, compadre? —siguió chanceando la criolla.

—¡Vaya si me acuerdo! —suspiró el hombre con una sonrisa.

Y sus ojos se hundían en los ojos de la muchacha.

—¡Que Dios se la conserve, compadre! —luego reaccionando—. ¡Y por muchos años! Había huido, como un condensado, de su pensamiento.

El cuento campero

LA ÚLTIMA "COLEADA"

Por Enrique Mouliá

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" ILUSTRACIÓN DE VALDIVIA

La fiesta transcurrió feliz. Se sirvió el sabromenú criollo. La paisanada se chapó los dedos con los ricos pasteles que se sirvieron de tarde. Más tarde, vinieron los juegos y después se esperaba el baile, ya que había polleras almidonadas y prestas.

Primero se corrió una "penca". Quedaron "calientes" y dirimieron la disputa en un "cacha a mano". Después, alguno propuso:

—Hagamos una "coleada".

—Eso es, una "coleada" —aclamaron los demás. Buscaron del monte cercano una novillada embretaron unos cuantos, los más chucaros. A suerte se repartió dos, tres, varias veces, resultado vario.

Se tocó el turno a un novillo grande como buen. Era un yaguanés de orejas paradas y torvo mirar.

No se le animaba nadie.

—Vaya una mozada la de aura, amigo! —gritó sardónico don Chiviro.

—Y usted, ¿qué hace? —le retrucó uno de los chucaros.

—¿Por qué no se larga?

—En mi tiempo, aparecero, no le hacía asco el toro más pintao —se defendió él.

—Claro que no! —confirmó doña Zenona—, vieron que verlo!

—Y para que no lo pongan en duda, aura me les voy a hacer la prueba.

La paisanada se arremolinó como cuando va a suceder algo.

Don Chiviro se sacó la chaquetilla y el sombrero y se fué en busca de su tostado, que se estaba detrás del rancho, atado a un palenque.

—Cuando fué a poner el pie en el estribo, se le cayó la visión lo detuvo y lo atrajo como un empuje.

Era ella, la moza, que se había asomado por la ventana. Carne de juventud que se brindaba como una presa.

—Pa vos, muchacha —dijo don Chiviro—, va a la suerte!

—Pa usted esta flor! —contestó la moza, sacándole el pecho.

Don Chiviro la miró fijo, sonrió, y levantando la flor se la puso en una oreja.

La paisanada tomó posiciones, preparándose para ver qué pasaba.

—Hum... —murmuró un yizcacha—. Con que no te ocurra lo mismo que a...

—Salga d'ái, viejo malaguero! —le respondió en coro.

Llegó el momento. La paisanada se agrupó expectante.

—Lárguelo, no más! —vocó don Chiviro.

La res atropelló recelosa, pero luego, lanzando un bufido, se largó a la disparada, caminando a fuerza.

Don Chiviro la dejó alejarse un poco, y cuando la tuvo a tiro, espoleó a su tostado y lanzó detrás de ella.

—¡Anima bendita! —exclamó la gente al verlo lleno de estupor.

—¡No le dije! —murmuró el viejo agoreado—. ¡Lo mesnito que al fino Biguá!

Corrieron todos. No había nada que hacer. El ruido seco que había hecho el cuerpo del criollo al caer sobre el campo, era el ruido de desgracia.

Allí estaba tendido, con la cabeza caída sobre el pecho, sin vida.

Se había desnucado.

Hubo un silencio profundo. Las mujeres se desmayaron y los hombres se descubrieron, quedando sobrecogidos. Nadie atinaba a decir palabra alguna. Sólo la moza se animó a moverse. Apretada y medio deshecha había quedado junto al cadáver una flor. Ella se la había ofrendado. Despacio y medio temeroso, la recogió y la puso en la oreja del muerto.

—Pa vos, muchacha —le pareció oír—, mi última "coleada". ♦



GUITARRAS

CUERDAS FINAS

"SONORA"

EN CUOTAS **5.-** POR DESDE \$ **MES**

SOLICITE CATALOGO GRATIS
REMITIMOS CONTRA · REEMBOLSO

CAP. SOCIAL \$ 280.000 U. Resp. Lda.

Celestino-Fernandez

Bm. MITRE 975 - U. T. 35-1556 y 3334 - B. Aires

*
*En todo el esplendor
de su belleza...*

Así, radiante y admirada, lleva el halo misterioso de su aroma, acariciador, subyugante... que ha puesto en su belleza la Colonia Rusa de Preal.

Usela Vd. también. Luzca, en toda ocasión el esplendor de su belleza con Colonia Rusa de Preal.

Venta en tiendas, farmacias y perfumerías.



Colonia Rusa de PREAL

Camauër & Cia., Soc. de Resp. Lda.

Capital \$ 200.000 m/n.

Inclan 2839/47 Buenos Aires.



BENITO Juárez, el hombre que llenó un período tumultuoso de la historia mexicana, ofrece, como todos los grandes hombres, rasgos que explican y definen sus acciones.

Pertenciente a un hogar humildísimo, de padres indígenas, honores y poder no borraron en él la huella profunda que en su infancia dejara esa condición de desheredado de la fortuna. Templado su cuerpo en la intemperie, y su alma en la soledad de las montañas, cuidando hasta los doce años un pequeño rebaño de ovejas, ignorando la lengua castellana, sin haber aprendido aún a leer ni escribir, la Naturaleza inscribió en su cerebro sabias lecciones que igualan o superan a la enseñanza de los libros.

El niño que a los doce años era analfabeto, se doctoró en leyes a los veintiocho, y siempre se educó a sí mismo sobrepasando todos los obstáculos. Su vitalidad y austeridad le acompañaron a través de los azares de su existencia. Pero, como todo mortal, paga el tributo a la crítica, al error, o a la flaqueza de haber sido demasiado fuerte.

Juárez se indignaba cuando le llamaban frío y despiadado, asegurando que cada arruga y cada cana representaban un volcán apagado, un incendio vencido. Lo cierto es que prefirió la severidad extrema al desorden, a los peligros que amenazaban su patria y a su amor por ella lo sacrificó todo.

Algunas anécdotas que a continuación citamos, revelan aspectos de su espíritu y quizá ayudan a comprender, en parte, las características de esta figura, en torno a la cual no han terminado aún las polémicas.



La emperatriz Carlota fué adorada en la ciudad de México. Su juventud, su belleza, sus "toilettes", inspiradas en los modelos de las más elegantes damas de la corte de Napoleón III, enloquecían a los jóvenes criollos y desesperaban a las niñas, que procuraban imitarla. Desplegaba tal encanto, tal brillo en sus recepciones del Palacio de Chapultepec, que Juárez, conociendo este despliegue de atractivos e inteligencia, comentó en una ocasión:



Benito Juárez, que fuera presidente de México en una época por demás difícil para esa nación, se retrata en esta foto en 5 posajes de su vida, que son como tantos atisbos en la historia de su vigoroso existencia.

5 ANECDOTAS DE BENITO



—¿Qué pena! ¡Esta niña tan simpática debía ser emperatriz!



Cuando Maximiliano de Austria fue condenado a muerte por Juárez, éste recibió peticiones de indulto de todas partes del mundo. Victor Hugo le escribió una emocionante carta. Garibaldi también le ofreció su clemencia. Multitud de mujeres de Potosí y Querétaro, firmaban solicitudes que presentaban al campamento liberal.

Llegó la princesa de Salm-Salm; se arrojó de rodillas ante Juárez y lloró.

—Me aflige, señora —dijo Juárez—, verla ante mí; pero si todos los reyes y emperadores de Europa estuvieran a su lado, no podría donar a Maximiliano. No soy yo quien manda: es mi pueblo y la ley, y si no quieren, el pueblo mismo tomará el poder, también la mía.



Dicen que Benito Juárez era, en su

Paul Muni, el astro de la pantalla norteamericana, corrió una vez lo recia figura de Juárez, en los momentos más azarosos de su patria. Junto con otro actor, representando uno de los momentos culminantes de la vida del gran portu-

car, afectuoso y modesto, procurando acortar las distancias entre él y los más humildes servidores.

En Veracruz, adonde llegara en uno de sus viajes, lo hospedó un riquísimo hacendado en una mansión verdaderamente principesca, destinándole una serie de habitaciones y numerosos criados para servirlo. A Juárez se le ocupó pasarse muy de mañana por el inmenso rancho que rodeaba la casa, y pidió a una muchacha de color perteneciente a la servidum-

—Pues qué, ¿no he pagado?... Juárez ocupó otra butaca; en el intervalo el acomodador se dirigió al ranchero, diciéndole que era del señor ministro el lugar que ocupaba.

—Pus buena la hice —dijo el ranchero llevándose las manos a la cabeza—. Pus buena la hice...

Se acercó al ministro a darle explicaciones; Juárez no permitió que se le molestara; le suplicó que siguiera en su asiento. Y aquel ranchero le prestó, años después, muy impor-



Uno de los anécdotas más emotivos, de las 5 que relatan en la presente nota, se relaciona con el fusilamiento del emperador Maximiliano. Este cuadro de la época evoca aquel episodio: Maximiliano y los generales Miramón y Mejía, ante el pelotón de ejecución, en Querétaro.

JUAREZ

pero que no le conocía, algo que necesitaba. Sea por el exterior sencillez de Juárez, sea porque no imaginara que personaje tan importante anduviera a hora tan temprana y solo entre los árboles, la muchacha contestóle con gran desabrimiento:

—¡Habrá impertinente! ¡Si necesita algo, háqueselo usted!

A la hora del almuerzo, llegó Juárez a ocupar la cabecera de la mesa; la negra lo vió, reconoció al que en la mañana había creído un simple criado, dejó caer la fuente que llevaba, y perdonándose y diciendo a gritos la barbaridad que había cometido, salió corriendo del comedor. A Juárez le hizo mucha gracia, rió mucho, y Dolores, que así se llamaba la muchacha, fué llamada y conservada por el caudillo durante largos años, como una de sus mejores servidoras.

Una noche, siendo Juárez ministro de Justicia, debía concurrir con un amigo al Teatro Nacional. Llegado el amigo, debió ocupar su butaca solo, pues el ministro no apareció. Un ranchero, de enorme sombrero y no menos enorme cabellera, se apoderó del asiento de Juárez y allí se instaló cómodamente a presenciar el espectáculo. Juárez llegó a la mitad del acto, y se acercó al hombre pidiéndole el asiento.

Por Ethel Kurlat

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

tantes servicios entre Guadalajara y Colima.



En la correspondencia que mantenía Benito Juárez con personas nobles de Madrid, llamó la atención la elegancia de estilo con que maneja el idioma español, sus giros casizos, y le escribieron felicitándole por ello profusamente y en forma por demás halagadora.

El secretario de Juárez contestó generalidades con exquisita cortesía. Y cuando el primero abandonó el despacho, Juárez escribió al pie de su firma una posdata que decía, poco más o menos, que la corrección de sus cartas y su buen estilo se debían al señor don Pedro Santacilla, su secretario, quien era acreedor a los favorables juicios que se hacían, y que él no tenía parte en la redacción de tan elogiada correspondencia.



Estas anécdotas, y las líneas que les preceden, son únicamente la evocación de un hombre que trató de "hacer". Como todo lo humano, sus actitudes podrán discutirse. Pero no nos interesa aquí perseguir lunares. Los seres que viven en las páginas de la posteridad son gloriosos por sus mejores realizaciones.

Un clásico hispano escribió:

*El caer no es de quitar
la gloria de haber subido. ♦*



Ortopedia Científica

La ortopedia moderna ha realizado grandes conquistas en su técnica. TOUNSON los ha aplicado y las proporciona en todos sus aparatos ortopédicos, así como en sus miembros artificiales, livianos, cómodos y, en una palabra, perfectos.

CONSULTAS GRATUITAS

Seriedad-Responsabilidad-Prestigio

INSTITUTO ORTOPEDICO

TOUNSON

PUEYREDON 1318 - U. T. 41, PLAZA 9708

S SOLICITE FOLLETOS

Nombre

Domicilio

Localidad

F. C.

UN BUEN EMPLEO

con sueldo elevado, estará SIEMPRE a su disposición, si usted estudia AHORA, en su casa, durante sus ratos desocupados, una profesión. Eviten lleno este cupón y recibirán informes muy interesantes sobre nuestros cursos RAPIDOS, ECONOMICOS y FACILES de aprender. Aproveche usted hoy mismo esta magnífica oportunidad que le ofrecemos para mejorar su posición y ganar PRONTO más dinero. Estas famosas escuelas fundadas en 1915 enseñan por CORREO: RADIO, AUTOS, DIESEL, DIBUJO, CONSTRUCTOR, CONTADOR, SASTRE, MODISTA, TENEDOR DE LIBROS, SECRETARIO, ELECTRICIDAD, ORTOGRAFIA, CALIGRAFIA, ARITMETICA, etc.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
AVENIDA MONTES DE OCA 695 - BUENOS AIRES

Director: PATRICIO C. RYAN
Bachiller y Contador Público Nacional

Nombre

Dirección

5-9 Localidad

Provincia

F. C.

GUY

CAPITULO I

SERÍA hacia principios de noviembre de 17... cuando un joven hidalguito recién salido de la universidad de Salamanca empleó sus primeros momentos de libertad en visitar una parte del norte de España y movido por la curiosidad, extendió su marcha hasta la inmediata frontera de la nación china. Había visitado el mismo día en una pieza esta historia las ruinas de un castillo en el condado de Dumfries, y...

... toda la mañana en un punto de la tarde en un punto de vista, pero no se dio que cuando a caballo para su camino, ya había estado sobre la tierra breve y denso, lo propio de adelantada estación, tenía nuestro viajero que atravesar un campo cubierto de matorrillos que tendía en una distancia de unas pocas millas; alzábanse sobre la superficie, en otras tantas, algunas graciosas mostrando de en cuando, ya en los bosques, verdes en el pesar de la estación, una choza o a que hacían uno o dos...



MANNERING

grandes matas de saúco. Aquellas solitarias habitaciones comu-
nabanse entre sí por algunas veredas abiertas entre los matorrales, tran-
sido sólo para los naturales del país. El camino real era, sin embargo,
bueno y ni aun de noche ofrecía el menor peligro; pero no
era agradable viajar solo y a oscuras por un terreno desconocido,
y en situaciones capaces de inspirar al ánimo pensamientos sombríos,
debe serlo tanto como aquella en que se hallaba Mannering.
Medida que iban siendo más densas las sombras de la noche e iba
cambiando el terreno, más frecuentes eran las preguntas de nuestro via-
jero a los raros transeúntes que encontraba, acerca de la distancia a que
estaba de la aldea de Kippletringan, donde se proponía pasar la
noche. La respuesta habitual a estas preguntas era una especie de con-
sejo dirigido a averiguar el punto de donde venía. Mientras fué
de la claridad de la tarde para que pudiesen distinguirse en
el viajero el porte y traje de una persona decente, aquellos sin-
terrogatorios adoptaban generalmente la forma de una supo-
sición como por ejemplo: —¿El señor habrá ido seguramente a la antigua
de Halycross? Muchos caballeros ingleses van a veris. — O bien:
¿su casa merced vendrá seguramente del castillo de Poudreloup? —
Cuando sólo pudieron distinguirse a causa de la oscuridad la pre-
gunta y el tono de la voz, la respuesta habitual era: —¿Y qué os trae
a estas horas de la noche por estos andurriales? — O bien: —¿Conque
de esta tierra, buen hombre? — Las respuestas, cuando por
alguna vez obtenía alguna, eran tales que ni le era posible conciliarlas
entre sí, ni añadían nada nuevo a lo que ya sabía. Al principio le fal-
ta para llegar a Kippletringan un buen pedazo de camino (a gey
luego el buen pedazo de camino se concretaba con alguna
exactitud a acaso una tres millas, que se reducían a un mo-
mento después a como una milla y un pedacillo, la cual milla y el peda-
cillo tardaban en crecer hasta el punto de convertirse en cuatro millas
o más o menos; hasta que al fin, una mujer, después de haber
dado a un chiquillo que llevaba en brazos, aseguró a Guy Mannering
que estaba muy lejos de Kippletringan y que no era muy bueno el
camino para viajeros peones. El pobre rocín en que iba caballero
no fué sin duda de opinión de que no era mejor el camino para
ella que para la mujer que acababa de responder, pues empezó a acortar
considerablemente, a no darse por sentido de los espolozos más
del medio de una especie de lastimero relincho y a tropezar en
varias veces (y no eran pocas) que hallaba en el camino.

La famosa novela de
WALTER SCOTT

TAPA E ILUSTRACION DE PREMIANI



Premiani

Mannering empezaba a perder la paciencia. Seducíale a veces la falaz esperanza de que iba a llegar al término de su caminata al ver a lo lejos una o más luces; pero cuando llegaba a ellas, quedaba cruelmente desengañado viendo que salían de alguno de los cortijos que se alzaban de trecho en trecho en el llano. En fin, para colmo de incredumbre, llegó a un punto donde el camino se dividía en dos raudales. Au cuando hubiera derramado la luna suficiente claridad para que él pudiera posiblemente consultar los libros de un letrado escrito en un poyos que había en aquel sitio, no lo hubiera sido de mucho provecho, pues según la bendita costumbre escocesa, nunca falta quien borre esos letrados apenas se ponen. Vióse, pues, precisado nuestro viajero, cual otro antiguo caballero andante, a abandonar a la sagacidad de su caballo, el cual, sin titubear un momento, tomó el camino de la izquierda y apretó el paso, de suerte que dió a su amo esperanzas de que su instinto le hacía conocer que se acercaba a la cuadra. No se realizó, sin embargo, por el pronto esta esperanza de Mannering, a quien en su impaciencia, cada estado padecía tres veces mayor de lo que era en realidad, empezó a creer que Kiplertrangan se alejaba de él a medida que iba andando.

Estaba el cielo cubierto de nubes, a pesar de lo cual expedían de vez en cuando las estrellas una trémula e incierta luz. Nada hasta entonces había interrumpido el silencio en torno del caminante más que el ronco chillido del alcaraván en los pantanos y los suspiros del viento entre los naturales de aquel verno agnoso, a los cuales se mezclaban los lejanos bramidos del océano, al que evidentemente se acercaba el viajero. Esta última circunstancia no le muy a propósito para inspirarle su ánimo, muchas verdades en aquel país costean el mar, y se ven continuamente cubiertas por la marea que se extiende a grande altura y sube con extraordinaria rapidez; otras están cortadas por arcos y pequeñas ensenadas que sólo se pueden cruzar sin peligro cuando la marea está muy baja, circunstancias todas fatales para un caminante que no conoce la tierra que pisa, en una noche oscura y con un caballo rendido. Resolvió, pues, Mannering definitivamente hacer noche en la primera habitación, por pobre que fuese, que le deparase la suerte, a fin de hallar un punto para le conjuégase a la malhadada aldea de Kiplertrangan.

Una miserable choza le presentó, en fin, ocasión de ejecutar este proyecto. No poco trabajo le costó hallar la puerta, y aun después de llamar a ella pasó un buen rato sin que oyese más respuesta que un dúo entre un perro y una mujer, el primero ladrando y la segunda gritando para hacerle callar; poco a poco la voz humana predominó en el coro, y como en un momento los ladridos perrunos, dejando los acentos de la amenaza, se convirtieron en humildes aullidos, es muy probable que esta victoria fué debida a algo más que a la mera fuerza de los pulmones.

—Mal rato en tu boca, anciano! — Tales fueron los primeros acentos articulados que oyó el viajero — ¿no me dejarás oír lo que me quieren con tus ladridos?

—¿Estoy lejos de Kiplertrangan, buena mujer? — ¡De Kiplertrangan!... — repitió una voz mujeril en un tono de estupefacción que sólo podemos expresar por medio de tres admiraciones. — ¡Yaya!, ¡yaya!, ¡yaya! ¿Cómo habías de poder ir a Kiplertrangan? Es preciso que volváis ahora al Whaap (cueva); del Whaap iréis luego a Ballenlan, y entonces...

—¡Eso es imposible, buena mujer! Mi caballo está molido de cansancio. ¿No podéis albergarme por esta noche?

—No por cierto; estoy sola, porque Jacobo ha ido a la feria de Drumshourloch a vender los añinos, y aunque me fuera con él la vida no abriría mi puerta a gente que anda corriendo por ahí a estas horas...

—¿Pero qué queráis que haga, buena mujer? Yo no puedo pasar toda la noche en despolado.

—No sé, a fe mía, qué deciros, a menos que queráis ir hasta la plaza, donde os recibirán sin informarse de si sois noble o simple.

—Simple sí, bastante simple para andar por estos campos a semejante hora de la noche! — dijo entre sí Mannering, que ignoraba el sentido de la frase — ¿Pero cómo haré para hallar esa plaza, como vos la llamáis? — Tomóse un cesel (cabello pendiente) al fin del lomo (plaza), pero cuidado con caer en el hoyo. — ¡Oh! Si seguís hablándome de cesel y de tresel voy perdido! ¿No sabéis de alguno que pueda llevarme a esa plaza? Se le pagará muy bien.

La palabra pagar produjo un efecto mágico. — ¡Eh, Jack, tuñante! — exclamó la voz del interior de la choza — ¿te estás ahí tumbado en la cama y hay aquí un caballero que busca quien le acompañe a la plaza? Arriba, haragán, arriba, y llévale por el gran loaming (camino).

—Este os enseñará bien el camino y yo respondo de que seréis bien recibido, pues a nadie se cierra la puerta, y precisas a lo más una vez por aquí el criado del laird (lord) — no su ayuda de cámara, sino otro — e iba a buscar al comadrín; como que no se detuvo más que lo preciso para beber dos pintas de tippeny (cerveza), y decirme que Milady sentía los primeros dolores.

—Acaso — dijo Mannering — les será importuna la llegada de un forastero en semejante momento.

—¡Oh! No tengáis cuidado; la casa es grande, y un día de parto es buen día.

—Durante este diálogo, habiéndole tenido tiempo Jack para meterse en una chaqueta zarrapastrosa y en unos calzones más zarrapastrosos todavía, hecho lo cual salió de la choza. Era un muchacho de como hasta doce años, con el pelo blanco, con las piernas al aire, regordete y zapocote, que todo pudo verlo el viajero a la luz de un candil que su madre, medio desnuda, asomaba recatadamente para poder echar una ojeada al forastero sin que él la viera. Tomó Jack hacia la izquierda de la choza, llevando del bocado el caballo de Mannering; y conduciéndole con bastante destreza por el estrecho sendero que daba vuelta al terrible huerto, que no era ni más ni menos que un mullar, y de cuya inmediación se dejaba percibir por más de un sentido. Metió entonces al dregado rocín en un vericueto pedregoso, luego en unas tierras labradas, abrió un stop (bocquete), como él decía, derribando un pedazo de tepia de escote, hizo pasar por la brecha al docil animal y le introdujo, en fin, por una puercecilla en un sitio que parecía una calle de árboles, aunque de éstos faltaban muchos para que mereciera completamente este nombre. Oíase ya entonces a corta distancia el estruendo del océano, y la luna, que empezaba a salir, iluminó, que no era ni más ni menos que un mullar, de considerable extensión. En el fiój la vista Mannering con algún desconcielo.

—¡Eh!, mucito — dijo a su guía —, eso no es una habitación, sino unas ruinas.

—¡Ah! han vivido mucho tiempo; sin embargo, los señores de la comarca; es la antigua plaza de Ellangowan, donde dicen que hay muchos duendes; pero no tengáis miedo porque yo nunca he visto ninguno; además, ya estamos a la puerta de la nueva plaza.

En efecto, dejando las ruinas a la derecha, pronto condujo al viajero a una pequeña casa construida a la moderna, a cuya puerta llanó con recios golpes, como anunciando la llegada de un personaje de importancia. Dijo Mannering al criado que salió a abrir, el caso en que se hallaba, y el dueño de la casa, habiéndole oído desde la sala inmediata, salió a recibirle y a darle el parabién por su llegada a Ellangowan. El muchacho, muy satisfecho con me-

cha corona que le dió el viajero, se volvió a decir: el caballo, que ya no podía con sus sos, fué llevado a la cuadra, y Mannering halló a los pocos minutos sentado sobre una opiparra cama, para la cual el frío y largo paseo a caballo le habían dado un vasto apetito.

CAPITULO II

Siempre viniendo a menos de mí hacienda perdí la esperanza de volver a casa. Como la luna en su último momento SHAKESPEARE, *Enrique IV*.

La sociedad reunida en el salón deewan se componía únicamente del laird y un personaje que podía ser el dominegar o tal vez el teniente del ministro, su traza era demasiado humilde para que el tonase por el mismo ministro de la casa del laird.

Era éste una de aquellas personas de baja categoría que suelen hallarse frecuentemente en las posesiones rurales. Fielding cretó una clase de hombres *feras y fieros*; pero la afición a la caza supone una actividad de alma que enteramente habiéndole a Mr. Bertrán, dado caso de que la hubiese poseído. Una habitación era la única expresión notable de las condiciones, que eran bastante agradables. La economía inculcaba en el mozo, pasado la vida, una especie de ligera noticia de su carácter y su temperamento echó un largo discurso sobre la utilidad y conveniencia de bien las botas en paja para montar cuando hace frío.

Godofredo Bertrán de Ellangowan muchos lairds de aquella época, era una larga genealogía una muy noble. La lista de sus antepasados ascendía a una raza, que se perdía en los tiempos bárbaros de la independencia gallegiana, de modo que el árbol genealógico, ademas de los nombres de Godofredo y Gilberto, cruzados, célebres en tiempo de las Cruzadas, como frutos de más remotas raíces de Arth, Knarth, Dongild y Hanth, la fidelidad de verdad, habían sido poseedores de vastos dominios y de una numerosa tribu llamada Mac Dingas, hacia ya mucho tiempo que habían adoptado el apellido normando de Bertrán. Habían creado y promovido rebeliones; habían ostensivamente vencidos y vencidos; habían degollado, etc., etc., por espacio de siglos, cual correspondía por entonces a una familia sacerdotal; pero habían ido perdiendo grados de su pasada grandeza, hasta haber sido cabezas de banderías y de escuadrones, los Bertrants o Mac Dingas de Ellangowan habían acabado por no ser más que cómplices subalternos. Sus más desventajas en este género ascendían al siglo anterior el cual su mala estrella les inspiró de contradicción que los puso en guerra abierta con el partido dominante, una conducta diametralmente opuesta del famoso vicario de Bray, uniéndose a él como más débil con tanta tenacidad como el Bertrán, a un partido más fuerte, y el cabo, como él, recibieron su recompensa.

Allan Bertrán de Ellangowan, que *tempore Carole primi*, fué, según dice a quien he consultado para estos fines, sir Roberto Douglas en su *Scottish History* (véase el título Ellangowan), "un hombre rico y lleno de entusiasmo por la causa sagrada majestad, en la cual se hallaba marqués de Montrorse y a otros ilustres y valerosos patriotas, por lo que sufría

(1) La historia del vicario de Bray es muy interesante y aun existe sobre ella una novela. Ellangowan es una parroquia situada sobre el río Bertrán, el cual es el mismo que el de Enrique VIII y alcanzó a sus tres sucesores, cuando vivió su vicario de Bray, para dar cuatro veces de religión. — T. de D.

...os. Tuvo el honor de ser nombrado caballero por su rey; fue condecorado por el parlamento en 1642 al secuestro de sus bienes, como *malfeas*, y de nuevo en 1648, como *resoluitioner*". Estos dos títulos de *malfeas* de *malignant* y de *resoluitioner* (apodos políticos) costaron al conde sir Allan la mitad de su patrimonio. Su hijo Dionis Bertrán contrajo matrimonio con la hija de un fanático emiteinte, miembro del conde de estado, y mereció a este enlace salvó los restos de los bienes de su padre; pero su suerte adversa quiso que no se enajenase menos de las posesiones de su mujer que de su hermosura. Este carácter le da el autor el nombre de "Era un hombre de grandes prendas y de mucho valor, por lo que fue elegido por los condados del oeste miembro de la junta de caballeros encargada de llevar al conde privado de Carlos II la expedición de sus quejas con motivo de la llegada del ejército Highlanders". En castigo de haberse encargado de esta patriótica misión fue condenado a una multa, para cuyo pago tuvo que empeñar la mitad de lo que quedaba de la sucesión paterna. A fuerza de una severa economía pudo remediar este descalabro, pero cuando Argyle levantó el estandarte de la rebelión, Dionis Bertrán se hizo sospechoso al gobierno, fue preso, enviado al castillo de Dunmore en la costa de Mearns, se rompió los sesos en una tentativa que hizo para escaparse de la subterránea llamada la Bóveda del Whig, donde estaba confinado con ochenta personas de sus mismas opiniones. El consejero *the* *secretary* como se llamaba entonces el que tenía en rehenes una hipoteca, a disposición de ella, y según el lenguaje de Hostpur, "siempre vinientes", quedó despojada la familia de otra gran parte de su desmoro patrimonio.

...ue Bertrán, con un nombre y un carácter algo irlandeses, heredó escasas propiedades de Ellangowan, plantó en la calle al rey. Aaron Macbríar, capellán de su madre (se dice que riñó con el conde por cortejar entrambos a la izquierda), dió en emborracharse ante brindando a la salud del rey, del conde de estado y de los condes en celebrar grandes orgías con el laird de Larg, Teófilo Oglethorpe y sir James Turner, murió en fin en su caballo torcido y fue a parar al ejército de Clavers en Killinera. En una refriega cerca de Clavers, en 1689, fue muerto por un soldado cameroniano con un botón de plomo disparado a guisa de bala, pues se suponía que el diablo había hecho su cuerpo invulnerable por el hierro y el plomo, y todavía se llama sepulchro "la madriguera del laird malo".

...hijo Luis (Lewis) tuvo más prudencia de la que se acostumbraba en la familia. Dedicóse a conservar la poca hacienda que le quedaba de las demasías de Donohoe la habían desquiciado no menos que las multas y las confiscaciones. No pudo, sin embargo, sustraerse a la fatalidad que impulsaba a los señores de Ellangowan a mezclarse en asuntos políticos, pero tuvo la precaución antes de salir (unirse) con lord Clavers, en 1715, de poner sus bienes en fideicomiso, a fin de sus bienes no pasaran a las multas y a los embargos, en caso de que el conde de Marlborough se pudiese a derribar la dinastía protestante. Pero pasó de Scila a Scila — al buen entendedor pocas palabras: — sólo salvó sus bienes de un pleito que de nuevo subdividió la herencia de sus mayores; como era hombre resuelto, vendió una parte de sus tierras y evacuó el antiguo palacio medio derruido, donde vivía su familia, decia un anti-arrendatario, como una rata en un camaranchón. Derrribando parte de aquellas venerables ruinas, construyó con las piedras que se pudieron sacar una pequeña casa de tres pisos, con una fachada a manera de torre de granadero, con una ventana redonda en el centro, como el único de un cipole, dos ventanas a cada lado y una puerta en el centro, con vistas a todos lados en la sala y en el recibimiento.

...era la nueva plaza de Ellangowan donde hemos dejado a nuestro conde, acaso más agradablemente entretenido que nuestros lectores, y que se había retirado Luis Bertrán, llena la cabeza de proyectos para mejorar el caudal de la familia. Labró sus tierras por su cuenta, arrendó algunas otras de los propietarios vecinos, compró y vendió ganado y vacuno, recorrió las ferias y los mercados, hizo tratos y especuló, trabajó de firme y ahuyentó de su casa la pobreza lo más que pudo, pero perdió en honra lo que ganó en provecho, pues sus ocupaciones agrícolas y mercantiles fueron miradas con el más soberano desdén por sus allegados los demás nobles, que no pensaban más que en jugar, en pelear de gallos, en carreras de caballos y tal vez de cuando cuando en andar a estocadas. Las ocupaciones a que se dedicaba eran, en su opinión, indignas de la hidalgía de los Ellangowan, por lo que él se vio en la necesidad de renunciar a su trato y de reducir al carácter anónimo de un noble labrador. En medio de estos proyectos pagó tributo a la muerte, y los escasos restos de un pingüe patrimonio pasaron a Godofredo Bertrán, su hijo único, poseedor de ellos a la época a que se refiere esta historia.

... pronto pudo conocer Godofredo los azares a que estaban sujetas las especulaciones favoritas de su padre. Privado de la personal y activa vigilancia de laird Luis, todas sus empresas le salían mal, y careciendo de la ayuda de la más ligera chispa de energía para hacer cara a la desgracia aventurera, puso su confianza en la actividad de otro. No tenía ni caballos, ni otros preliminares de ruina; pero según la costumbre del país, tenía un agente de negocios, lo que venía a ser lo mismo que un banquero. Bajo la inspección del tal agente, deudas insignificantes llegaron a ser considerables, los intereses se acumularon sobre el capital, los negocios no se hicieron perpetuos, y para fin de fiesta tuvo que venderse con procuradores y escribanos; era, sin embargo, Ellangowan

KOLYNOS rinde el doble!

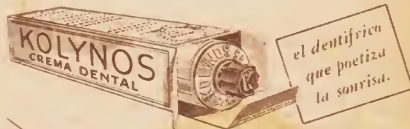


¡APENAS UN CENTIMETRO DE KOLYNOS
basta para iluminar su sonrisa!



Adopte Ud. también KOLYNOS, el dentífrico que rinde el doble... y como apenas un centímetro de KOLYNOS sobre el cepillo seco basta para hormosear más aún su sonrisa, KOLYNOS resulta también el dentífrico económico por excelencia.

HAGA DE SU DENTISTA SU MEJOR AMIGO



RITMO Y LEYENDAS DE AMÉRICA con el cuarteto vocal GÓMEZ CARRILLO. Se irradian por R. BELGRANO todos los miércoles y domingos a las 22.05. ¡No deje de escucharlos!

tan poco licitoso naturalmente, que en dos ocasiones salió condenado a pagar las costas de un pleito del que jamás había tenido la más remota noticia. Todos sus vecinos vacilaban en su completa ruina: los de la alta clase, considerándole como un hermano degenerado, la esperaban con maligno placer; las clases inferiores, no viendo nada envidiable en su situación, tributaban más compasión a su futura desgracia. Justo será decir, además, que generalmente era muy querido, y así sucedía que en tratándose de la división de algún terreno baldío, cuando se pedían a algún contratante a las ordenanzas de caza y pesca, o en otras ocasiones semejantes, en que los villanos se creían oprimidos por la nobleza, solían decir entre sí: "¡Ah, si Ellangowan, excelente sujeto..., poseyese aún todo lo que ha pertenecido a sus antecesores, no permitiría que los pobres infelices fuesen atropellados de este modo!" Sin embargo, esta buena opinión general no impedía que se aprovecharan de su bondad en beneficio propio siempre que podían, haciendo pastar los ganados en sus dehesas, robándole su leña, matándole su caza, porque decían que él no tenía recursos suficientes para saberá; él no se ocupa en lo que hacen los pobres infelices". Buhoneros, gitanos, caldereros, y vagabundos de todas calañas, saqueaban sus huertas o atestaban su cocina, y el laird, que no era nada afinado, pero que gustaba de chismes y habladurías como casi todos los caracteres flojos, hallaba recompensada su hospitalidad con el placer de molerlos a preguntas sobre las novedades de los países de donde venían.

Una circunstancia detuvo a Ellangowan en la rápida senda de su ruina, cual fue su casamiento con una señora que tenía sobre cuatro mil libras escritas. Nadie en todas aquellas cercanías pudo comprender cómo, siendo ella tan rica, se había casado con él, que era tan pobre, a menos que fuese porque era, bien formado, de unas facciones bastante regulares, de gentil continente y del mejor y más alegre genio del mundo. Añádase a todo esto que la doncella frisaba ya en la juiciosa edad de veintiocho años y que no tenía parientes cercanos que pudiesen obstaculo a su voluntad.

Para esta señora, próxima a salir de su primer embarazo, fue despachado a Kippeltringan en la noche misma de la llegada de Manninger, el activo y diligente mensajero de que hizo mención la vieja de la cabana.

Ya que hemos hablado tan largamente del laird, bueno será que hagamos trabar al lector más amplio conocimiento con su compañero. Era éste Abel Sampson, vulgarmente llamado a causa de su profesión de pedagogo, Dominus Sampson. Era de humilde cuna, pero habiendo mostrado desde su más tierna infancia un carácter serio y reflexivo, sus padres, que eran muy pobres, llegaron a esperar que su *boirn* (hijo), que así le llamaban, podría aspirar con el tiempo a regentar una cátedra. Con estas ambiciosas miras se condenaron a la más estricta economía, se privaron de todo, se estrugaron como el alba, se acostaron tarde, comieron pan seco, bebieron agua fresca, todo con el objeto de proporcionar a su querido Abel los medios de instruirse. Puséronle, pues, en una escuela, donde su cuerpo larguicho y flaco, su porte desgarrado, su carácter grave y taciturno y algunos hábitos grotescos que le eran naturales, como el de contonearse y hacer visajes mientras daba la lección, hicieron del pobre Sampson el hazmerreír de sus compañeros. Las mismas cualidades le granjearon la misma suerte en el colegio de Glasgow; siempre había codazos y quimeras entre los colegiales por ver el primero fila a Dominus Sampson (porque ya le habían dado el referido ese honroso título) bajar de la clase de griego, con su *Lexicon* debajo del brazo, sostenido sobre dos largas piernas, sencillitas a las patas de un grullo, levantando alternativamente dos puntiguados y desiguales hombros, metido en una casaca negra en que hubiera po-

dido embosarse, que estaba además toda raída y que era en fin su constante y única gala. Cuando hablaba, todos los esfuerzos del profesor (y eso que lo era de teología) eran insuficientes para poner coto a la inextinguible algarazca de los estudiantes, y aun a veces para que él mismo dejara de reírse con ellos. El rostro luengo y descolorido de Sampson, sus ojos bizcos, sus descomunales mandíbulas que parecía que no se abrían y se cerraban por un acto de su libre albedrío, sino por efecto de un complicado mecanismo interior; su voz áspera y disonante que se alzaba hasta el chillido de la lechuzca cuando le decían que hablaban más alto, todas estas cosas, sin contar el vestido remendado y los zapatos rotos, que desde los tiempos de Juvenal distinguían al pobre estudiante, le daban diariamente nuevos títulos a la rechifla de sus colegas. Y, sin embargo, jamás Sampson mostró el menor enfado de resultados de los malos tratamientos de que era objeto, ni pensó en vengarse de los que le hostigaban con sus despidadas burlas. Salía del colegio lo más recatadamente que podía, e iba a encerrarse en su miserable zaquimán, donde por dieciocho peniques se sentaba en la alta boveda enorme, hizo la facultad de estudiar junto a la lumbrera y la patrona, cuando estaba esta señora de buen humor. En medio de todas estas calamidades, adquirió suficientes conocimientos en el griego y en el latín, y una regular erudición en las ciencias exactas.

Andando los tiempos, Abel Sampson, *probationer* (novicio) en teología, fue admitido al privilegio de predicar; pero, ¡oh dolor!, parte por su timidez, parte por la evidente disposición a la risa que se apoderó del auditorio apenas se presentó en el púlpito, lo cierto es que quedó en una absoluta incapacidad de seguir adelante en su sermón. Abrió una boca enorme, hizo un gesto ridículo, tendió por todas partes una mirada tal que el auditorio temió que se le iban a saltar los ojos de sus órbitas, cerró su Biblia, bajó del púlpito más que a paso, derribado al salir todo desalentado y corrido a varias veces que según costumbre se habían acercado para oír mejor, y desde entonces le quedó el mote del "mistrero apurado". Volvióse pues a su tierra, perdidas todas sus esperanzas y desbaratados todos sus propósitos, a participar de la pobreza de sus padres, y como no tenía ni amigo confidente ni siquiera un simple conocido, nunca se pudo saber cómo había sobrelevado allá en su interior Dominus Sampson una catástrofe que dió que reír a todo el pueblo por espacio de una semana. Sería nunca acabar si hubiese de hacer mención de todas las zumbas a que dió origen el citado suceso, desde un romance trillado: "*Sampson's riddle*", el *enigma de Sampson*, compuesto por un principiante de humanidades, hasta el chistoso equivoquillo del Rector que se daba el parabién de que Sampson, en su rápida fuga, no se hubiese llevado, como su antiguo homónimo, las puertas del colegio.

Pero nada podía alterar la manscumbure y magnitudinal de Sampson. Con el objeto de avisarle a sus padres abrió una escuela de primeras letras, que le valió muchos discípulos, pocos pecos emolumentos. El caso fue que admitió en ella a los hijos de los labradores acomodados por lo que quisieran darle, y a los niños pobres gratuitamente, y sea dicho para oprobio de los primeros, las ganancias del pobre pedagogo nunca llegaron a competir con el jornal de un buen cavador. Sin embargo, como tenía buena letra, siempre ganaba alguna cosa para mejorar la pitanza, copiando cuentas y escribiendo cartas para Ellangowan. Insuperablemente el laird, que se había retirado de todo su mundo de gentes, fue aficionado a él. Dominus. Su conversación no era en verdad de las más brillantes, pero sabía escuchar y no arribaba mal la lumbrera. Probó también a despallar las velas, pero hubo de renunciar a sus ambiciosas pretensiones después de haber dejado por dos veces el salón en tinieblas. To-

das sus atenciones quedaron, pues, inmediatamente en su vaso de cerveza al mismo exactamente que el laird, y a profeta de vagos murmullos de aprobación cuando había éste alguna de sus largas y mal humoradas historias.

En una de estas ocasiones fué cuando entró a Manninger su maclenta y graciosa ra, en la que parecía que cada pedacito de hierba ido por su lado a no haber estado en un casacón negro todo raído, un bueño de color, que algún día estuvo en unos calzados su seco y nervudo pescuezo en unos calzados grises, en unas medias en unos zapatos con clavos y con un botón de cobre.

Tales eran en bosquejo las dos personas entre quienes se hallaba sentado Manninger toda comedido.

CAPITULO III

"¿No cuentan las historias de todos tiempos que los linces presagían? ¿No he habido siempre personas que se preciasen de leer en los astros? ¿Sigue han escrito almanaqueos."

BOTICHA.

Manifestó Ellangowan a su huéspedes las circunstancias en que se hallaba su esposa, y condescientemente a una disculpa de que le diese a recibirla, en segundo lugar que no le extrañase carecer de algunas de aquellas delicadas atenciones que siempre se echaban en su cuando faltan señoras, y, en fin, como razón poderosa para hacer traer a la mesa una botella de vino generoso.

"-Yo no puedo acostarme - dijo el laird - la inquietud propia de quien está en las visperas de ser padre - hasta que sepa si mi mujer ha salido de su parto con toda seguridad, y si vos no tenéis mucho sueño y queráis comer a mí y a Dominus es honor de nosotros, espero que no os detendrá mucho tiempo, porque Lucía Howson es una mujer que lo entiende y despacha. Había no ha mucho tiempo una muchacha que se hallaba en el mismo caso que mi mujer en este momento; por más señas, mujer lejos de aquí... No hay que temer menear la cabeza, Dominus; estoy seguro que se le ha pagado a la iglesia todo lo que le debía, y qué más puede hacer el laird sobre todo, ya ha recibido las bendiciones que es ahora su marido no la tiene en porque le haya sucedido ese percance. Yo voy en Anzan, a la orilla del mar, y no es posible hallar un matrimonio más unido, yo tienen, y el maytor, que se llama Tote, como yo, está ya colocado a bordo yate de la aduana, y es muchacho con carrera, yo lo fio. El comandante es un niño, y obtuvo su diploma cuando yo era reyerta que tuvimos en el condado, de haberéis oído hablar, pues se trató de la Cámara de los Comunes. Yo hubiera deseado esta cuestión ciertamente por el laird, pero ruddery, pero sucedió que como yo me casé con Jacobita y salí con Kerrimure, nunca me juramento, y por más que hice no poder que me dejaran votar, pero mi apellido tiene un voto a causa de mis bienes. Yo voy a favor del anciano sir Tomas Kirkcaldy, volviendo ahora a lo que decíamos, Lucía Howson es verdaderamente buena porque aquella muchacha..."

Al llegar a este punto interrumpió la narración del laird la voz de una persona subía la escalera de la cocina cantando un pedaleo. Las notas altas eran demasiado para un hombre y las bajas parecían demasiado broncas para una mujer. Las palabras que pudo oír Manninger, venían a

Te será dulce vivir
Si con ésta logra partir.
Mi Acébito protegerá
Al que haya nacido ya.

—Meg Merrilies es, la gitana — dijo Mr. Bertrán —; tan cierto como yo soy un pecador.

Dominus exhaló un sordo suspiro, separó las piernas que tenía cruzadas perpendicularmente, y pasó la otra pierna por encima, expidiendo mucho tiempo a grandes bocanadas el humo de su pipa.

—A qué viene suspirar, Dominus? Estoy seguro de que los cantares de Meg no pueden hacer daño a nadie.

—Ni bien tampoco — respondió Sampson con una voz cuya insoportable aspereza correspondía a su extraña figura. Aquella era la primera que desplegabá sus labios delante de Manning, y como éste tenía poca curiosidad por saber si aquel autómatas que comía, bebía, se movía y fumaba estaba también dotado de la facultad de hablar, oyó con aquellas palabras; pero en el mismo instante se abrió la puerta y Meg Merrilies.

Entremetióse Manning al verla. Su estatura no bajaba de seis pies: iba sobre sus demás vestidos una levita de hombre, y un garrote de caño en la mano; todos sus atavíos, a excepción de las faldas, parecían propios del género masculino que del femenino. Los negros mechados de pelo, semejantes a las sierpes de la Gorgona, se escapaban por troneras de un viejísimo sombrero a la antigua usanza, llamado un *grace*, realizando el singular efecto de sus facciones robustas y curtidas por la intemperie, mientras que sus ojos desenfocados y su rápida y mirrada indicaban una locura verdadera o fingida.

—¿Pardiez que hacías una buena cosa, Ellangowan — le dijo —, en decir que pariera Milady sin avisarme, sabiendo que estaba yo en la feria Drumshourloch! ¿Quién hubiera apartado de su cabecera los malos ruidos, decidme? ¿Quién hubiera atraído a los genios del bien a la cuna recién nacido? ¿Quién, por amor suyo, le hubiera dicho el conjuro Santa Colma? — Y sin esperar la respuesta, comenzó a cantar:

El trébol y la verbena
Te olvidarán toda pena:
Si apunzas en una Andrés
Ganador de vida un vea.

Santa Bríada con su rata,
Santa Colma con su gata,
San Míspal con su leónida,
Te darán su protección.

Cantó este conjuro con voz ronca y destemplada, haciendo al mismo tiempo cabriolas con tal fuerza y agilidad, que casi fué a dar en el techo al frente.

—Y ahora — dijo luego que hubo acabado —, ¿no mandaréis que me una copa de aguardiente?

—Sí, Meg, pero sentaos por lo pronto ahí junto a la puerta y sepamos si habéis oído de nuevo en la feria de Drumshourloch.

—A decir verdad, laird, mucha falta hacías vos y los que se os parezcan porque habia, sin contarme yo, algunas buenas muchachas y un niño para darlas que hacer.

—¿Cuántos gitanos han enviado a la Tolbooth (cárcel)?

—La verdad sea dicha, laird, tres solamente, porque tampoco habia en la feria, sin contarme yo, y lo que es yo me quité de en medio tiempo, porque no me gusta andar en carromatas. Dunbog ha hecho de sus tierras a John Yung y a Red Rotten... ¡malhaya su raza! Imposible que él sea noble, que si lo fuera no privaría a unos infelices del abrigo de una pobre cheta, porque le han cortado algunas zarzas en las cercas de sus heredades o le han arrancado las cortezas de altroncos podridos, para hacer hervir un mal puchero... Pero hay Dios en los cielos y allá veréis si algún día antes de amanecer no voy sobre su tejado el gallo rojo.

—Chitón, Meg, chitón! Eso no se dice.

—¿Qué quiere decir? — preguntó Manning a Sampson en voz baja.

—¡Incendio! — respondió el lacónico Dominus.

—Pero, en nombre del cielo, ¿qué es esa mujer?

—Ramera, ladrona, bruja y gitana — dijo Sampson.

—¡Oh! de verdad, laird — prosiguió Meg durante este *aparte* —, sólo viene de hombres como vos que se puede hablar con el corazón en la mano lo digo y lo repito, tan noble es Dunbog como el último de los mozos de su caballería. Si se pareciera a vos, que os viene la nobleza de muchos centenares de años atrás, no hubiera echado de sus tierras, como a un perro rabioso, a un pobre hombre, aunque le hubiera robado más ropones que tiene hojas el *trysting tree* (árbol de la cita). Y ahora, ea, venga alguno de vuestras mercedes el reloj sobre la mesa y dígame a punto fijo la hora y el minuto en que nace la criatura, para que yo le diga la buenaventura.

—Para eso, Meg, no necesitamos de vuestro auxilio, pues aquí tenéis al estudiante de Oxford que entiende la materia mejor que vos, porque he en las estrellas.

—Claramente — dijo Manning siguiendo la broma de su huésped —, me gustaría su porvenir desde su nacimiento conforme a la regla de las esplicitaciones, recomendada por Pitágoras, Hipócrates, Diocles y Avicena, o empezaré *ab hora questionis* como enseñan Haly, Messahala, Ganerhis y Guido Bonato.

Uno de los grandes títulos que recomendaban a Sampson a la privanza de Mr. Bertrán, era que jamás descubría las tentativas por más palpatas que fuesen, que se hacían para engañarle, de modo que el laird, cu-

..... y también al mirarse en su espejo, dese lo diga, como es el famoso cuento, "eres la más hermosa del mundo". Para lograrlo, recuerde que el cuidado de su cabellera, la belleza de su permanente y la hermosura de su cutis le son indispensables.

LA ESMERALDA

La mejor y más grande Peluquería de Señoras en Sudamérica

con su personal *realmente* experto le aseguran esa belleza que usted busca.

PERMANENTES

PRINCESA

SUA VES Y SEDOSAS

PERMANENTES

CORONITA

MAGNÍFICAS Y PERFECTAS

PERMANENTES

PARA PEINADOS

PLUMA

PERMANENTES

AL OLEO CREMA COMO SEDA

PERMANENTES

Al Vapor "ROBERTS" perfectos

PERMANENTES

AUTOTERMO DE BUCLES

MARAVILLOSOS

TINTURAS

Policrom, al aceite, colores naturales, \$ 6.-

Retoque de Tinturas

COLOR UNIFORME \$ 4.-

MASAJES

Modernos Hollywood \$ 3.-

BAÑO FACIAL

Limpieza del cutis \$ 1.50

DEPILACION GENERAL



Nuestro Casa Central
Cuzco Pellogrini 425

Permanentes especiales para cabellos teñidos y oxigenados

LA ESMERALDA

(LA MEJOR Y MÁS GRANDE PELUQUERIA DE SEÑORAS EN SUDAMERICA)

Casa Matriz: PIEDRAS 79 - U. T. 34-1019 (Casi esquina Avenida de Mayo)
Casa Central: C. PELLEGRINI 425 - U. T. 35-0645-1231

Suc. Centro: Lavallo 735 U. T. 31-3728	Suc. Flores: Rivadavia 1180 U. T. 66-0028	Suc. Once: Rivadavia 2318 U. T. 46-2267	Suc. Belgrano: Cabrillo 2341 U. T. 71-4017	Suc. Bander: Bañado 783 U. T. 45-4180	Suc. W. del Plata: Santa Fe 1748 U. T. 6732
--	---	---	--	---	---

PRODUCTOS DE BELLEZA LA ESMERALDA

Creaciones nobles **GUILLEMINA SCHWARTZ**
Arrugas
Aceite de Flores
Las CANAS Envejecen
Tinturas "POLICROM"



CUTINET
a base de bálsamos y aceites de flores. Un leve masaje alrededor de los ojos demuestra su bondad en las Arrugas, Patas de Gallo o Bolsas de los Ojos. Frascos de \$ 2, 3 y \$ 5. Al Int. creemoloso.

dan aspecto juvenil. Es la tintura mejor experimentada en todos los tonos. Caja completa, con retoque de tintura, \$ 2; doble, \$ 3.50, y caja gigante, \$ 6. Al interior contra reembolso.



EN VENTA: LABORATORIOS C. PELLEGRINI 425, Franco-Ingleses y Farmacias y Perfumerías.
CONSULTAS sobre Estética y Belleza dirigirse a GUILLEMINA SCHWARTZ, directora del Instituto de Belleza LA ESMERALDA.

vos esfuerzos para echarla de gracioso se reducían exclusivamente a lo que se llamaba entonces *bates y batus*, y luego se ha llamado *bosques y queros* (chicos), como si podía hallar mejor campo para lucir sus agudezas que el que constantemente le ofrecía el eandor del incoente Dominus. Verdad es que él por su parte jamás se reía, ni tonaba parte en la risa producida por su simplicidad; hasta se dice que no se rió más que una sola vez en su vida, y que en esta memorable ocasión hubo de mal parir su patrona, tanto por efecto de la sorpresa que le causó el suceso en sí, cuanto por el terror que le inspiraron los terribles gestos que acompañaron a aquella insolita carcajada. El único efecto que produjo en Dominus el descubrimiento de los chascos que le prodigaban, era hacerle exclamar ¡prodigioso! o ¡my gracioso! sin que se alterara en lo más mínimo un solo músculo de su rostro.

En la presente ocasión volvió hacia el joven extranjero su descarnado y pálido semblante y le miró con traza de hombre que duda si ha oído bien o mal.

—Mucho temo, caballero — dijo Mannering dirigiéndole la palabra —, que seáis uno de esos desgraciados cuyos ojos, cerrados a la luz, son incapaces de penetrar las oscuras estrellas y leer en ellas los decretos del cielo; cuyas almas, en fin, oponen a la convicción la insuperable barrera de sus preocupaciones.

—No negaré — dijo Sampson — que opino con sir Isaac Newton, caballero y director de la casa de moneda de S. M., que la supuesta ciencia de la astrología es vana, frívola y despreciable.

—Por cierto — repuso el viajero — que me aflige que un hombre tan grave e instruido como vos parecéis, padezca una ceguedad tan lastimosa. ¿Queréis poner el breve, moderno y yo puedo decirlo, patrio nombre de Isaac Newton en parangón con las graves y retumbantes autoridades de Doriot, Bonarus, Ptolomeo, Haly, Ezler, Dieterick, Naibob, Harfurr, Zael, Taustetter, Agrippa, Dureux, Maginus, Origenes y Argol? Cristianos y gentiles, judíos y paganos, poetas y filósofos, ¿no están todos de acuerdo en admitir el influjo de las estrellas?

—¡Commis error! ¡Error general! — dijo el imperturbable Dominus.

—No por cierto — replicó el joven inglés —; es una creencia universal y bien fundada.

—Recurso de truhanes, charlatanes y embaucadores — dijo Sampson.

—Abusus non tollit usum — dijo Mannering —. El abuso que se hace de una cosa no proscribire su uso.

Durante esta discusión, Ellangowan estaba cono cogido en su propia red. Volvía los ojos alternativamente hacia ambos interlocutores, y al ver la gravedad con que Mannering impugnaba a su adversario y la erudición que desplegaba en la controversia, iba empezando a creer que todo aquello era algo más que una broma. Por lo que hacía a Meg, fibaba en nuestro astrólogo sus ojos delirantes, subyugada por su extraño lenguaje, más misterioso aún que el suyo propio.

Aprovechó Mannering de su ventajosa posición y sacó a relucir todos los terminchos técnicos que le suministró su memoria feliz, y con los que una circunstancia, de que hableramos más adelante, le había familiarizado desde su primera juventud.

Los signos y los planetas, en sus fases sextiles, cuaternarias y ternarias, conjuntas u opuestas; las divisiones de la esfera celeste, con sus crecientes y sus menguantes, sus horas y sus minutos, almas y almohodas, anabazobos, caahibazob, otros mil términos igualmente sonoros y significativos salieron a la palestra y fueron a estrellarse en el imperturbable estoicismo de Dominus.

Interrumpido, en fin, esta plática la feliz nueva de que milady acababa de dar a su esposo un robusto niño, y se hallaba (farse corriente) tan bien como era de desear en su situación.

Mr. Bertrán pasó inmediatamente al cuarto de su mujer; Meg Merrilies bajó a la cocina para limpiar su parte del *grainio malo* (cerveza cañonera) y de *Kerran* (bebida) y Mannering, después de haber consultado su reloj y tonado nota con suma exactitud de la hora y del minuto del alumbamiento, suplicó a Dominus, con la gravedad competente, que le llevase a algún sitio desde donde pudiese observar los cuerpos celestes.

Levantóse el maestro de escuela sin responder palabra, abrió la puerta cuya mitad superior cubría un espejo, y le llevó a una azotea que conducía a la altura en que estaban situadas las ruinas del antiguo castillo. El viento, que poco antes había empezado a soplar habla disminuido los vientos que enebolaban y oscurecía la luna en mitad del firmamento y todas las estrellas derribaban sus más vivos resplandores. La escena que su luz ofreció a Mannering era en sumo grado sorprendente y magnífica.

Ya hemos dicho que, en la última parte de su jornada, nuestro viajero se iba acercando al mar, pero sin saber a qué distancia se hallaba de la costa. Vió entonces que las ruinas del castillo de Ellangowan estaban situadas sobre un promontorio o peñasco inclinado sobre el mar, que formaba uno de los lados de una reducida y serena bahía. El edificio moderno estaba situado un poco más lejos, y el terreno que se extendía a su espalda llegaba hasta el linder del mar, formando una verde pradera en declive, dividida en cuadros por naturales hileras de añosos árboles, y limitada por las blancas arenas de la playa: el otro lado de la bahía opuesto al antiguo castillo, era igualmente un promontorio cubierto de rica vegetación que en aquella costa, favorecida por la naturaleza, llega hasta la orilla del mar. Distinguióse en él, entre los árboles, la cabana de un pescador. A pesar de ser tan entrada la noche, veíanse clarito algunas luces por la playa, con las que se alumbaban probablemente los que estaban descargando un lugre de contrabando de la isla de Man, que se alcanzaba a ver en la bahía. Apenas se abrió la puerta a donde asomó Mannering con luz, cuando el grito de «¡Alerta! ¡Apaguen!» que salió del buque, puso en confusión a todos los que estaban en la costa y en un momento desaparecieron todas las luces.

Era la una de la mañana, y por todas partes se dominaban en tono vistas deliciosas. Las pargas torres del castillo ruinoso, unas enteras y otras medio derruidas, ostentando aquí los vestigios de su venerable antigüedad, allí emboscados en una capa de borde de la negra roca que se alzaba a la derecha de Mannering; tenía enfrente la mansa bahía, cuyas menudas olas, rizándose y luciendo a los rayos de la luna, los reflejaban en su tersa superficie y se quebraban con suave murmullo en la argentada orilla. Tenía a su izquierda un inmenso bosque que se extendía a gran distancia dentro del mismo océano, presentando al resplandor de la luna los más variados y graciosos juegos de luz y sombra, en sus claros y en sus espesuras, tan deseados aquellos que la vista se perdía con delicia en sus hondos senos, y tan densas éstas que era imposible penetrar por ellas: sobre su cabeza giraban los planetas, cuya luminosa órbita los hacía distinguir de las estrellas menores o más distantes. Tan fuerte es el poder de la imaginación aun sobre los misinos que dominan las de los demás, que Mannering, contemplando aquellos brillantes cuerpos celestes, se sentía medio inclinado a creer en la influencia que les atribuye la superstición sobre la suerte de los hombres. Pero Mannering era joven, amaba, y tal vez estaba subyugado por los sentimientos que tan delicadamente expresa un poeta moderno:

En la ingeniosa fábula del hombre
Su cuna y su morada halló el amor,
Y entre faldas y aspiraciones
Y enredado en la mágica visión,
De su divino origen olvidado,

Palmas divididas adoró,
De las antiguas artes la hermoaura,
De los antiguos vates la creación,
Pasaron cual la sombra de la noche,
Como si fueran el viento del desierto
La majestad, la fuerza, la belleza
Pasaron de la forma a la razón;
Como si simples sensaciones y mías
Como la noche y el fulgente sol,
La vida murió en las puras ondas.
Al silfo errante el viento arrebató.
En su astro ciego, en sus muros agitados
Basurando al sentimiento la expresión
Por el lenguaje de la fe postrota
De la primera luz el primer amor.
Por eso avocó de espíritus y diosa,
Otro cretillado mundo es ya manido
Y aunque no implore, ya los amados
De un astro la benévola emanación.
Mientras que ahora es dote de natura
Lo que antes era ddivida de un Dios.
En se repartiese Jove su mandado,
Y Venus la hermoaura y el amor.

Pronto a estos vagos pensamientos

otras ideas le vinieron a la memoria. —¡Ah — dijo entre sí mi anciano y digno receptor, que solía tomarse tanto interés en controversias de Heydon con Chamberlain, astrología —, hubiera contemplado esto con otros ojos, y hubiera procurado descubrir con arreglo a la disposición de esas celestes luminarias, o probables sobre la suerte de la criatura, acaba de nacer, como si el curso de la vida pudiera regir las leyes de la divina Provisión. Pero en fin, ¡paz a su alma!, bastante me toca para sacar un horóscopo en regla, y poner manos a la obra.

Dicho esto, tomó nota de la posición de los principales astros y se volvió a la izquierda, que le esperaba en el salón, con entusiasmo que era padre de un niño, y se mostró muy dispuesto a compartir la cena con nuevos bríos; pero al ver la excusa de cansancio que alegó Mannering, acompañándole hasta la habitación que le había preparado, le dejó entregarse al sueño que tanto había menester.

CAPÍTULO IV

¡Ven y mira! Da crédito a tus propios ojos: te brillan en el astro de tu vida los signos te amasas... ¡Oh, ten presente!

La creencia en la astrología era casi universal a mediados del siglo XVII; comenzando a caer hacia fines del mismo siglo, y a principios del XVIII esta ciencia cayó en general desuso y hasta llegó a hacerse ridícula. Sin embargo, no obstante, todavía algunos se servían, no obstante, todavía algunos se servían aun entre las personas instruidas. Hombres graves y estudiosos no podían resolverse a dejar a los cálculos que habían sido el objeto de sus tareas, y se resistían a abandonar las sublimes alturas en que suponían había colocado sobre todo el resto del mundo humano el supuesto poder de calcular los destinos de los astros.

Entre los más velenosos partidarios de este soñado privilegio, contábase un anciano ciego, bajo cuya dirección había pasado Mannering su juventud; el buen hombre se creía la vista observando las estrellas, devanaba los sesos calculando sus variaciones. Su discípulo, en su primera juventud, participó algún tanto naturalmente de su entusiasmo, y se afanó durante algunos años por llegar a ser maestro en la ciencia que, de modo que, antes de que se desvaneciera de su vanidad, el mismo William Lilly reconocido en él "suficiente saber" para sacar un horóscopo. En la presente ocasión, madrugó cuando permitírselo la brevedad del día, y se dispuso inmediatamente a calcular el porvenir de su heredero de los Ellangowan. En su trabajo *scindemur arteis*, tanto por las apariencias, como por una especie de necesidad de saber si aun recordaba y era capaz de practicar aquella ciencia imaginaria. Pues, conforme a las reglas su tenia o

delos, le dividió en doce secciones, colocó las los planetas con arreglo a las efemérides y calculó sus posiciones respectivas en la vida y punto del nacimiento del niño. Sin que nuestro ánimo cansar a nuestros lectores los pronósticos generales que hubiera podido sacar en semejante caso la astrología judaica, no debemos omitir una circunstancia que singularmente la imaginación de nuestro héroe, Marte, en el cenit de la dozava seccionabaz al recién nacido con cautivo o muerte repentina y violenta; y Mannering recurriendo a aquellas más profundas y misteriosas reglas con que pretenden los aludidos afirmarse de la exactitud de sus cálculos, obtuvo por resultado final, que tres períodos de su juventud debían ser particularmente gloriosos para el niño: los correspondientes a los años quinto, décimo y vigésimo primero de su vida.

Algo singular que Mannering, poco tiempo después de habiendo hecho los mismos cálculos que Sofía Wellwood, la dama de sus amantamientos, había hallado que una combinacion semejante de las influencias planetarias le trazaba también con muerte o prisión a la edad de treinta y nueve años. Tenía a la sazón un hijo, de modo que a la misma época amenazaban a ambos iguales calamidades. Atónito de esta singular coincidencia, volvió Mannering sus cálculos, y sus por último resultó que el mismo mes y el mismo día eran ambos la época del mismo peligro. Si creemos necesario advertir que al mencionar esta circunstancia, no es nuestro ánimo discutir las predicciones de la astrología; pero a la vez nuestra tendencia a creer todo lo maravilloso, que con harta frecuencia nuestros propios esfuerzos contribuyen a descaerir nuestro juicio. La coincidencia de que he hablado, realmente uno de aquellos extraños azares, suelen ocurrir contra todas las probabilidades de caso Mannering, perdido en el laberinto de sus delirios astrológicos, siguió insensiblemente a este mismo punto: ¿a salir de él? ¿O tal vez su imaginación, seducida por algunos puntos de aparente semejanza, le ayudó a hallar entre ellos dos cálculos más coincidencia de que se ofrecían en realidad? Imposible es resolverlo, pero no hay duda que la impresión que en su ánimo la igualdad absoluta de los resultados de sus cálculos fué tan viva como estable.

No podía volver en sí de la sorpresa que le causaba un resultado tan singular e inesperado. —¿Andrá el diablo metido en la danza — se decía — para evanescer del despojo — que se veía en esta arte que pasa por la vida de la magna? ¿Será posible, como aseguran Bacon y sir James Browne, que la astrología, bien estudiada, puede conducir al descubrimiento de la verdad, y que no se puede negar el influjo de los astros, aunque conviene precaverse de los errores que practican este arte?

Un momento de reflexión le bastó para desahogar esta opinión, como extravagante y sólo fundada por aquellos grandes hombres, o sólo porque no habían osado declararse abiertamente contra las preocupaciones universales de su época, o porque ellos mismos no habían creído en las opiniones dominantes. Y sin embargo, el resultado de sus cálculos en las dos ciudades concordantes, produjo en él una impresión tan agradable, que, como Próspero, resolvió allí su mente abandonar la práctica de este arte no volver a ejercer ni aun por burla la astrología judiciaria.

Tirubé llegó un tiempo solo que dio lugar al ard de Ellangowan relativo al horóscopo de su primogénito, y al fin resolvió comunicarle el resultado de sus cálculos, informándole al mismo tiempo de la veracidad de las reglas por las que se había guiado. Tomada esta resolución, se a pasarse por la escena.

Si la perspectiva de la escena que se domina-

ba desde Ellangowan era hermosísima, vista a la luz de la luna, nada perdía de su belleza iluminada por los primeros rayos del sol naciente. La tierra, aun en el mes de noviembre, sonreía bajo su benéfica influencia. Una pendiente rápida, pero regular, que se extendía desde el terrado hasta una veintena almas, condujo a Mannering al pie del antiguo castillo, que consistía en dos macizas torres redondas, que proyectaban su soubria y grandiosa mole sobre un murallón que las reunía, protegiendo así la entrada principal que se abría en una soberbia bóveda labrada en el centro de la muralla en el patio interior del castillo. Las armas de la familia, labradas en piedra de sillería, se veían esculpidas sobre la fachada, como también los espacios dispuestos por el arquitecto para bajar el rastrollo y alzar el puente levadizo. Una puerta de tablas de pino clavadas unas a otras groseramente, como la de un cortijo, era a la sazón la única defensa de aquella entrada en otro tiempo formidable. La llanura fronteriza al castillo dominaba una brillante perspectiva.

La triste escena de desolación por junto a la cual había pasado Mannering la noche anterior, estaba cubierta por una alfombra, con lo que todo el país que rodeaba la bahía tenía una agradable vista de collados y valles, coronados por un riachuelo, visible en algunos puntos y perdido en otros entre densas arboledas. La torre de una iglesia y algunas casas que se veían a lo lejos, anunciaban un lugarcito situado en la desembocadura del río en el océano. Las tierras parecían bien cultivadas y estaban divididas en pequeñas cercas al pie de las colinas; los zarzales que las rodeaban se elevaban a bastante altura. Veíanse por una y otra parte verdes dehesas cubiertas de ganados, y animaba aquella graciosa perspectiva el mercado del vecino pueblo. Las remotas montañas presentaban un aspecto de altivez que limitaba el desdichado la fertilidad del terreno peñones cubiertos en parte de matorrales verdosos que, oponiendo a la vista una barrera impenetrable, inspiraban la más halagüeña idea de aquella repuesta soledad. Las costas del mar que Mannering veía entonces en toda su extensión, correspondían en variedad y hermosura al aspecto del país circunvecino: en algunos puntos presentaba enormes rocas, coronadas a veces de ruinas de antiguos castillos, torres y fanales que, según la tradición, habían sido construídos a corta distancia unos de otros para que pudiesen protegerse mutuamente en caso de invasión extranjera o de guerra civil. El castillo de Ellangowan parecía haber sido el más importante y considerable de aquellos edificios arruinados, y probaba por su magnitud y su situación, la superioridad de que se aseguró: habían gozado sus fundadores sobre los demás nobles de la comarca. En otros puntos el mar, más risueño a la vista, estaba fozonado de pequeñas bahías donde la tierra, en suave declive, internaba en el mar promontorios cubiertos de verdura.

Una escena tan diferente de la que le había hecho presagiar su viaje de la noche anterior, produjo en Mannering una impresión tanto más viva cuanto menos se esperaba. Él en frente de él en la moderna ciudad de Ellangowan, muy mediana, es verdad, como obra de arquitectura, pero deliciosamente situada.

—¿Cuán feliz y sosegada vida — pensaba nuestro héroe — se podría pasar en semejante retiro! A un lado, las imponentes reliquias de una pasada grandeza con el secreto orgullo que inspiran; al otro, una habitación elegante y bastante cómoda para satisfacer unos deseos moderados. ¡Vivir aquí y contigo, Sofía!...

Dejemos aquí los devaneos de un amante: Mannering, engolfado en ellos, permaneció algunos momentos con los brazos cruzados, y sólo después se acordó al antiguo castillo.

Al haber pasado la puerta vió que la agreste magnificencia del patio interior correspondía a la grandeza de la fachada. Veíase a un lado una hilera de altas y espaciosas ven-

nas divididas por labrados escudos de piedra, por las cuales antiguamente penetraba la luz en el salón principal del castillo; al otro había varias construcciones de diferentes alturas y edades, si bien su conjunto comunicaba al edificio cierto carácter de uniformidad. Las puertas y las ventanas estaban adornadas de esculturas antiguas e informes, unas enteras todavía, otras destruídas, y las demás en fin cubiertas de hiedra y otras plantas rastreras, que crecían con profusión entre aquellas ruinas. El fondo del patio fronterizo a la entrada había estado también cerrado con otras construcciones semejantes; pero habiendo sido, decían, bombardeadas por las naves del parlamento mandadas por Deane durante la larga guerra civil, aquella parte del castillo estaba mucho más arruinada que todo lo demás, y presentaba una brecha enorme por la cual vió Mannering el mar y un pequeño buque (un lugre armado), que estaba anclado en el centro de la bahía. Mientras andaba Mannering por aquellas ruinas, oyó en el interior de una puerta, a su izquierda, la voz de la gitana a quien había visto la noche anterior. Pronto se llegó a una abertura por la cual podía observarse sin ser visto, e involuntariamente se le ocurrió que su figura y su ocupación en semejante sitio correspondían exactamente a la idea que nos formamos de las antiguas sibilas.

Estaba sentada sobre una piedra rota en un rincón de una sala embalsmada, en la que había barrido los escombros a fin de franquearse suficiente espacio para las evoluciones de su huso. Un rayo del sol que penetraba por una alta y estrecha ventanilla, caía sobre ella e iluminaba sus facciones y su extraña vestimenta; el resto de la estancia estaba absolutamente oscuro. Veíase en el traje nacional del pueblo en Escocia, al que se mezclaba algo de fantástico y oriental, hilaba un copo de lana de tres colores, negra, blanca y gris, con ayuda de aquellos antiguos instrumentos de las mujeres caseras, casi destruidos ya de la tierra, la rueca y el huso; cantaba al mismo tiempo, y su canción parecía ser un conjuro. Mannering, después de haber procurado en vano retener en la memoria las palabras de aquel cantar, hizo de él la siguiente paráfrasis, habiéndose penetrado de su sentido por algunas pocas frases que pudo oír bien:

*Tudrete, retad, ecie, hebra torada,
Mezclando sus hilos de vario color;
Así es el tejido de la humana vida,
Y así siempre mezclados placer y dolor.*

*Del sitio que nace la angora primera
Páidala porosa enviesa, y estrador,
Y en el tejido de su vida entera
Cien hilos diversos miro aparecer.*

*Veo allá en las sombras, en copo delirio,
Mezclando coronas de rosa y ciprés,
La fe, la ternura, la paz, el martirio
En mágica danza cruzado sus pies.*

*Ve a crecer, y menguar la turba danzante
Por el mundo zumbando en el dolor,
Refulsente, hebra, que llega al instante,
Y empinosa el tejido de dicha y dolor.*

Antes de que nuestro traductor o, por mejor decir, libre imitador, hubiese arreglado estas estancias en su cabeza, y mientras andaba todavía buscando un consonante a *decimé* (mezclar), ya había acabado la sibila de hilar su copo. Cogió entonces el huso, cubierto ya del fruto de su trabajo, y devanando el estambre poco a poco, le fué midiendo en trozos como desde el codo hasta el intervalo que separa el dedo índice del pulgar. Luego que todo estuvo medido, se dijo a sí misma hablando entre dientes:

—¿Qué hay una madeja, pero no de un solo cabo. Setenta codos tiene; muchos años son; pero el estambre se ha roto tres veces, y buena dicha tendrá si tres veces le anuda.

Yá nuestro héroe a dirigir la palabra a la profeta cuando una voz bronca como la de las olas irritadas, gritó dos veces y cada vez con más impaciencia.

—¡Meg! ¡Meg Merrilies! ¡Gitana, bruja, mil demonios te leven!

—Allá voy, allá voy, capitán — respondió Meg, y en el mismo instante apareció en las ruinas el impaciente personaje a quien se dirigía.

Su aspecto era el de un marino, tenía una estatura más que regular y su tez estaba currida por los embates del nordeste. Era tan robusto y fondeado, evidentemente parecía muy capaz de vencer en una lucha cuerpo a cuerpo a otro hombre mucho más alto que él. No sólo tenía traza de hombre duro, más lo que es peor, nada en su semblante anunciaba la indiferencia, jovialidad y franqueza que caracterizan a un marino en tierra firme. Estas cualidades, acaso, contribuyen tanto como las que más a la alta popularidad de que gozan nuestros marineros y al aprecio que hace de ellos nuestra sociedad: su cortesía, su intrepidez, su generosidad, son cualidades que excitan al respeto y aun tal vez humillan en su presencia a los pacíficos habitantes de las ciudades; y si bien es cierto que ni el respeto ni un sentimiento de humillación se concilian bien con la simpatía que por lo común inspiran, también lo es que su buen humor y cordial franqueza, cuando están en tierra, templan lo formidable de su carácter y los hacen ser generalmente queridos. No sucedía así, sin embargo, con el capitán en cuestión, antes por el contrario, una expresión de grosera ferocidad hacia aún más desagradable la natural dureza de sus facciones.

—¿Dónde andas, hija del diablo? — dijo, con un acento algo extranjero, pero en muy buen inglés. — ¡Trueno y maldición! Media hora hace que te estamos aguardando. Ven a echar la bendición al buque; ¡para que haga una buena travesía, y naldita seas por bruja de Satanás!

Vió en el mismo instante a Mannering, que por la posición que había tomado para ver lo que hacía Meg Merrilies, parecía que trataba de esconderse detrás del arco a que estaba arimado. El capitán, que este título se daba, se paró de repente, nió de hito en hito a Mannering, y metiendo la diestra en el seno entre la casaca y el chaleco, como si buscase un arma:

—¿Qué se hace ahí, hermano? — le dijo —; porque estamos espando, ¿no es cierto?

Antes de que Mannering dignado del ademán y tono insolente de aquel hombre, le hubiese respondido, salió la gitana de su rincón y se acercó al capitán, que le dijo en voz baja, mirando a Mannering de soslayo:

—¿Es algún tiburón de la costa, eh?

—No por cierto — respondió ella en el mismo tono y en la algarabía de su tribu —; es un huésped del laird.

El rostro sombrío del capitán se despijó algún tanto al oír esta explicación.

—Que los rengás muy buenos, caballero — dijo a Mannering —; veo que sois visita de mi amigo Mr. Bertrán os pido perdón de lo dicho, pues os tomé por otro.

—Y vos, caballero — replicó Mannering —, sois sin duda el dueño del buque que se ve en la bahía?

—Sí, señor; soy el capitán Dirk Hatterack, comandante del *lung frau Hogenslaepen*, bien conocido en esta costa; no tengo que avergonzarme ni de mi nombre, ni de mi buque, ni tampoco de mi cargamento.

—Creo muy bien que no tendréis razón para ello.

—¡No, mil truenos! Yo hago un tráfico excelente. He cargado ahí en Douglas, en la isla de Man, verdaderos *cognac*, rico *byron* y *zouchoing* (tré), magníficos encajes que están a vuestra disposición. Pero sobre todo, ¡qué *cognac*! Añoche desembarqué más de cien pipas.

—Yo soy un viajero, y no necesito por ahora ninguno de esos géneros.

—En ese caso, pasado bien, caballero; es menester que cada cual ande a su negocio, a menos que queráis venir a bordo, donde os

prometo que probaréis rico té. Dirk Hatterack sabe lo que es ser cortés.

Había en aquel hombre una mezcla de impudencia, de osadía y de recelosas sospechas, que verdaderamente inspiraba una inexplicable aversión. Su porte era el de un bellaco que sabe el mal concepto en que todos deben tenerle y que procura deslumbrar afectando una intrépida y franca familiaridad. Mannering le dijo las más precisas palabras por su atención; y después de haberle devuelto su saludo, Hatterack se retiró con la gitana por la parte de las ruinas por donde había entrado. Una escalera muy estrecha, labrada sin duda para el mejor servicio de la guarnición en un sitio, conducía a la playa; por ella bajó la digna pareja, tan amable por su apariencia como respetable por su profesión. El supuesto capitán se embarcó en un bote donde le esperaban dos de los suyos, y la gitana se quedó en la playa declamando, cantando y mimoteando con singular vehemencia.

CAPITULO V

O habéis comido mis haciendas, habéis talado mi parque, destruido mis bosques y en mis propias venetas desgarrado mis vestidos; nadá me habéis dejado para probar que soy noble más que mi opinión y mi rango.

SHAKESPEARE, *Ricardo II.*

Luego que la lancha que conducía al digno capitán a su buque le hubo dejado a bordo, izaron las velas y levaron el ancla, después de haber saludado con una salva de tres cañonazos el castillo de Ellangowan; el viento soplabá de tierra y el lugre se alejó a todo trapo.

—¡Ah!, ¡ah! — dijo el laird, que había andado buscando a Mannering por un buen rato y acababa de reunirse con él —; ya se fueron los del comercio libre. Ya se fué el capitán Dirk Hatterack en su *lung frau Hogenslaepen*, medio manés (de la isla de Man), medio holandés, medio diablo. ¡Bajen el mástil del buque, desliegan la vela del palo mayor y de las gavias; ¡y salen! ¡y quén pueda, los siga! ¡Habéis de haber, Mr. Mannering, que ese jaiiraco es el terror de la sisa y de los guardacostas de la aduana: sobre que no pueden con él, y si se le acerca salen con las nianos en la cabeza...; pero ahora que se habla de sisa, vengo a buscaros para almorzar, y por cierto que vais a tomar un té, que...

Mannering, que ya había echado de ver con cuánta profusión derramaba el locuz Mr. Bertrán sus ideas

Cual perlas mal ensartadas,

ya con cuánta fatiga pasaba de un asunto de conversación a otro, se apresuró a interrumpirle para tomar algunos informes acerca de Dirk Hatterack.

—¡Oh! El es... es... viene a ser, como si dijéramos, un buen sujeto, con tal que nadie le incomode; contrabandista, cuando sus cañones le sirven de lastre; corsario, pirata tal vez, cuando están corrientes en sus cuevas. El es un caso más perjuicioso a la renta de aduanas que todos los contrabandistas de Ramsay (puerto de la isla de Man).

—¿Pero cómo puede, amigo mío, semejante sujeto hallar protección y estímulo en esta costa?

—¿Qué queréis que os diga, Mr. Mannering? Por aquí suelen necesitarse té y aguardiente, y ese es el único medio de adquirirlos. Luego, ya se ve, cada cual hace sus negocios como Dios le da a entender. Si vais a comprar esos géneros a casa de Cristans o de Duncan Rob en Kiplerping, os hacen pagar en metálico o en papel, pero yo quiero a mi vez, o al menos, en vez de que Dirk os deje a la puerta un par de barricas de aguardiente o una docena de libras de té, y toma en pago leña, granos o cualquiera cosa, lo primero que se ofrece. Y ahora que viene a pelo, os voy a contar una aventura muy particular. Había una vez un laird — Macfie de Gudeonford se llamaba por más señas — que cubraba a título de censo una multitud de ga-

linas, es decir, que se las daban en posesión de arrendatarios de sus tierras, como si él fuera una especie de renta en gallinas. A propósito, no están las mías muy boyantes, digamos. La semana pasada me envió tres gallinas. ¡Kinniston que daba vergüenza mirarlas, será porque no tiene su dose fanezas — ¡y me labraría para cebarlas, como que el laird me lo mandó — pero ya se murió — (todavía he hecho otro tanto, Mr. Mannering, ¿no do cierto es!) — pero ahora que me voy a morir, vivamos lo más que se pueda, y que esté el almuerzo en la mesa y Dominus se espere para echar la bendición.

Echó en efecto Dominus su bendición sobre el muerto en un discurso más largo que el que Mannering le había oído hasta entonces. Debido entre paréntesis al ilícito trato que el noble capitán Hatterack, pareció a Mannering, quiso; pero Mannering, aunque con sus miramientos posibles, no pudo menos que juzgar cuán peligroso le parecía fuese semejante violación de la ley.

—¿Qué me fuere a decir — me preguntó con respecto a los derechos de la aduana, ¿no es cierto que...?

—¡Ah! Los empleados en la aduana, exclamó Mr. Bertrán; porque es el caso, buen señor nunca veía idea general o de bajo su verdadero punto de vista, y que la aduana estaba perfeccionada en los recaudadores y demás dependientes — pleados en la aduana tienen obligación de fenderse y no necesitan que los ayude el pueblo que para eso tienen soldados que los protegen y por lo que hace a la justicia — ¡no creer, Mr. Mannering, que aquí donde no se paga de paz? —

Afectó Mannering la mayor sorpresa; no pudo menos de pensar allá a sus espaldas no perdía mucho la corporación de la aduana de paz en estar privada de las luces de un huésped. Pero Mr. Bertrán acababa de hablar uno de los pocos asuntos de que él se sabía algo, y se le legaban al alma, y prosiguió con poca vehemencia.

—No señor; el nombre de Godofredo de Ellangowan no figura en los nombramientos, aunque apenas hay un nombramiento en el condado, dueño de un palmo de tierra, de que se asienta en las listas; ¿pueda poner J. P. (juez de paz) después de nombre. Ya sé a quién tengo que ir a verlo. Si Tomás Kittlecourt tuvo la desgracia de decirme que me hubiera hecho un mal, hubiera abrazado sus intereses en las elecciones, y porque yo preferí apoyar al pié sangre en la persona de mi primo el laird de Balruddery, no me incluyeron en la lista de los mayores contribuyentes. ¿Pero ahora nuevos nombramientos, y también dejan fuera! ¿Y todo por qué? Porque que echaba todo el quechacar sobre la cabeza de David Mac Guffog, el constable, ¿no todo lo que le daba la gana, cuando un pellejo, lo que es mentira, porque en el expediente más que siete mandatos de prisión por más señas que Dominus me lo escucha a no haber sido por aquel malicioso Sandy Mac Gruther, a quien los magistrados tuvieron dos o tres días metido en el castillo, en vez de enviarse como era debido a la cárcel del condado... ¿Pero ¿dino que me costó el tal pleito! Pues sí, lo que anda buscando así Tomás... ¿Pues esto, como si lo viera; pero no le haré lo que él quiere es mi asiento en la iglesia de Kilnasquidre; pero, seamos justos, ¿no me responde a mí de derecho la primera vez de enfrente del ministro, más bien que Krosskie de Croichstone, el hijo de Mac-Krosskie, el tejedor de Dunfriess?

Mannering manifestó que reconocía la importancia de aquellas varias quejas.

—También hubo, habéis de saber Mr. nering, un pleiteo acerca de un asunto

NADIE SE FIJABA EN ÉL...



hasta que inició sus estudios!

Las cartas y los relatos de nuestros ex alumnos son pruebas palpables de la influencia que la enseñanza de la **UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA** tiene sobre la vida de muchos jóvenes.

Es clásico el caso del joven que vegeta en un puesto rutinario, mal remunerado, sin perspectiva alguna, y que recién al iniciar sus estudios se da cuenta que él también puede triunfar. La atención personal de nuestros profesores le permite vencer todos los obstáculos en forma sencilla. Empieza a tenerse fe, pronto se destaca y progresa, conquistando empleos más importantes y ganando la admiración de todos!

Siga usted su ejemplo! No crea que está condenada a la mediocridad por falta de tiempo y medios! Confíe en nosotros y le ayudaremos como lo hemos hecho con más de 40.000 ex alumnos!

No postergue su triunfo un día más! Mándenas el cupón adjunto **HOY MISMO!**

IMPORTE DE LOS CURSOS PAGADEROS EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES

Tenedor de Libros	\$ 8	Técnico en Pinturas,	
Contador General	\$ 10	Barnices y Materias	
Contador Mercantil	\$ 10	Colorantes	\$ 10
Jefe Oficina	\$ 10	Aceites y Grasas	\$ 10
Empleado Bancario	\$ 10	Dibujo Artístico	\$ 8
Cajero	\$ 10	Dibujo Ind. y Com.	\$ 10
Emp. de Comercio	\$ 10	Adminis. de Hoteles	\$ 10
Corresponsal	\$ 10	Radiofonía	\$ 10
Secretariado	\$ 10	Electrotécnico	\$ 10
Mecanografía	\$ 5	Construcción	\$ 10
Taquiografía	\$ 10	Arquitectura	\$ 10
Tec. Arg. Cinem.	\$ 15	Mecánico Automóvil	\$ 10
Taqui-Mecanógrafo	\$ 10	Motores a Explosión	\$ 10
Caligrafía	\$ 5	Perito Agrónomo	\$ 10
Aritmética Comercial	\$ 6	Adm. de Estancias	\$ 10
Redac. y Ortografía	\$ 5	Técnico Tambero	\$ 10
Balancizador y Martillero	\$ 10	Mecánico Agrícola	\$ 10
Pracuración	\$ 10	Aricultura	\$ 10
Prep. p/Id. Farmacia	\$ 10	Jard. y Arboricultura	\$ 10
Química Industrial	\$ 10	Motores Diesel	\$ 10
Técnico en Vinos y Licores	\$ 10	Carte y Confección	\$ 5
Jabones y Perfumes	\$ 10	Radiofonía	\$ 15
Telegrafía (con discos)	\$ 15	Inglés (c. discos)	\$ 15



UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires
REPRESENTANTES EN:

COLOMBIA
Alfonso Fernández Quintero
Edificio Olano, Medellín.

BOLIVIA
Calle Belisario Díaz Romero
(Miraflores) 411, Casilla de
Correo 1307, La Paz.

PARAGUAY
Ramón Ortiz Cobriza
Brasil 142, Asunción.

Sr. Ing. B. Margulán, Director de la "Universidad Popular Sudamericana"
Rivadavia 2465 (R. 25) - Buenos Aires

Mándenos este cupón y recibirá GRATIS y sin compromiso el interesante folleto "HACIA ADELANTE" que le enseñará a triunfar en la vida.

NOMBRE

DIRECCION

LOCALIDAD

de unas dehesas mías. Yo sabía que sir Tomás entendía en el tal negocio, y no me mordí la lengua para decirle al escribano de los comisarios, que veía al diablo instigándolos contra mí. ¿Cómo una o más personas decentes pueden pensar en merecerse el cargo por las tapas de un queso y el estropajo de esas mudo tierras excelentes para pastos, como se lo hizo observar mi agente? Pues todavía fué mejor cuando se trató de elegir al colector de contribuciones...

—Verdaderamente, Mr. Bertrán, que es muy extraño que hayan hecho tan poco caso de vos en un país donde, a juzgar por la importancia de su solar, vuestros mayores debieron hacer un papel muy principal.

Cierto que sí, Mr. Mantering, pero yo soy hombre que me ocupo poco en esas pequeñeces; ni siquiera me acuerdo de ellas. Pero daría cualquier cosa porque hubiéramos sido testigos de las historias que mi padre sobre los antiguos combates de los Mac Dingwaics, que son los Bertranes actuales, contra los irlandeses y los highlanders; como fueron a la Tierra Santa, es decir, a Jerusalén y a Jericó, seguidos de todos sus vasallos (mejor hubieran hecho en ir a la Jamaica, como el tío de sir Tomás Kittlecourt); y como trajeron una multitud de reliquias como las que veneran los católicos y una bandera que todavía está allí arriba en la guardilla (si hubieran traído buenas barricas de ron y buenos sacos de noscada, otro gallo nos cantaría). Pero no hay ninguna comparación entre la quinta de Kittlecourt y el castillo de Ellangowan; dudo que su fachada tenga cuarenta pies. Pero vos no alarmáis, Mr. Mantering, no probáis bocado. Os recomiendo este salmón; John Hay le pescó el sábado hará tres semanas en el estanque junto al vado de Hampstead, etc., etc.

El laird, cuyo desagrado había tenido ya tiempo de desfogarse, se entregó entonces a su inagotable locuacidad, con lo que pudo Mantering reflexionar a su sabor sobre las desventajas de una situación que, una hora antes, le había parecido tan enviable. Estaba viendo el estado en sus haciendas, y se acordaba de su modo de vida, cuyo excelente natural parecía su cualidad más estimable, secretamente descontento de su suerte y murmurando de los demás por frusterlas que, comparadas con los verdaderos males de la vida, no hubieran pesado un grano en la balanza. Pero tal es la sabia distribución de la providencia; a los que no hallan grandes aflicciones en la senda de la vida, depara pequeñas desazones que bastan para turbar la serenidad de su suerte, y ninguno de mis lectores ignorará, ciertamente, que ni una natural apatía, ni una filosofía adquirida a fuerza de estudio, ni una modestia, ni una sencillez de propietario agrícola insensible a las tribulaciones que llueven sobre él en la época de las elecciones de diputados, de los no nombramientos de autoridades y de las juntas provinciales.

Desoso de conocer las costumbres del país, aprovechó Mantering un momento de respiro de Mr. Bertrán para preguntarle qué necesidad podía tener de la gitana con tanta urgencia el capitán Hatteraick al dar la vela.

—Supongo que sería para que bendijese su buque. Es menester que sepáis, Mr. Mantering, que esos del comercio libre, a quienes la ley llama contrabandistas, no teniendo religión ninguna, están llenos de supersticiones y creen en hechizos y en brujerías, y otras mil necedades.

—Vanidad y algo más! — dijo Dominus —; ése es un tráfico con el Malo. Los hechizos, los talismanes y los conjuros son parte de sus arterias; flechas escogidas en el carcaj de Apolo.

—Basta ya, Dominus, todo os lo habléis vos (observé de paso que aquellas eran las primeras palabras que pronunciaba el pobre hombre en toda la mañana, excepto la bendición y la acción de gracias), no dejáis meter baza a Mr. Mantering. Y ahora que se habla de astronomía y de talismanes y de cosas por el

estilo, ¿habéis tenido la suma bondad de examinar aquello de que hablábamos anoche?

—Empiezo a creer, Mr. Bertrán, con vuestro digno amigo que está presente, que esas cuestiones son un tanto fuera de los filos de vos, ni siquiera una persona sensata, podemos dar crédito a las predicciones de la astrología, y sin embargo, como la curiosidad, que aunque sea en broma, nos nueve a sondear los arcanos del porvenir, suele tener resultados serios y desagradables; desearía realmente poder dispensarme de contestar a vuestra pregunta.

Ya se dejó suponer que esta respuesta evasiva no hizo más que avivar la curiosidad de Ellangowan, que insistió aún con mayor empeño, por lo que Mantering, temeroso de exponer al niño a los inconvenientes que hubiese ocasionado el ridículo para él y los honores de sus padres, puso en manos de Mr. Bertrán el papel que contenía el horóscopo, cerrado en forma de carta, recomendándole muy especialmente que no rompiese el sello en cinco años, hasta pasado el mes de noviembre. Después de esta época, le dejaba árbitro de entrar de su contenido, esperando que, una vez pasado sin inconveniente el primer periodo fatal, dejaría el padre de tener los demás. Prometió Mr. Bertrán conformarse con sus instrucciones, y Mantering para asegurarse más y más de su fidelidad en cumplir lo que hubiese prometido, no respondió al niño que podía sobrevenir si no se hacía lo que recomendaba. Pasó Mantering, a instancias de Mr. Bertrán, lo restante del día en Ellangowan, sin que le sucediese cosa digna de contarse; a la mañana siguiente montó a caballo, se despidió afectuosamente de su hospitalario huésped y de su fiel compañero, descó nuevamente sus prospectivas a su familia, y dirigiéndose hacia Inglaterra, pronto desapareció a la vista de los habitantes de Ellangowan. También ya se averiguó a la de nuestros lectores, que no le volvería a ver hasta una época de su vida algo distante de la que nos ocupa por ahora.

CAPITULO VI

Allí cerca el juez, atendiendo su redondez pansa formada interiormente con un buen espán, la miraba severa, perfectamente afrutado, y lleno de términos científicos, hace su papel como otro cualquiera...

Apenas mistress Bertrán de Ellangowan se halló en estado de oír las novedades que habían ocurrido mientras había tenido que guardar cuna, no se habló en su cuarto más que del joven y gallardo estudiante de Oxford, que había leído en las estrellas la suerte del joven laird, "bendiciendo todos sus linda cara (!)". Describiéronle prolijamente su figura, su acento, sus modales y hasta su caballo, sus espuelas, sin olvidar la silla y el freno; todo lo cual hizo la más viva impresión en el ánimo de mistress Bertrán, pues la buena señora era, a decir verdad, más que medianamente supersticiosa.

Su primera ocupación, apenas pudo dedicarse a alguna labor, fué hacer un squito de terciopelo para meter el horóscopo de su hijo, pues había logrado de su marido que se lo dejara guardar. Grandes tentaciones le vinieron de romper el sello, pero venció la superstición a la curiosidad, y tuvo suficiente dominio sobre sí misma para guardarle intacto, envuelto en dos hojas de pergamino, para que no se chafase. Colgóse de esta suerte al pecho del niño, de una cadencia cerrada al cuello, y resolvió dejarlo como un amuleto hasta que llegase el momento en que pudiese satisfacer legítimamente su curiosidad.

El padre, por su parte, resolvió dar a su hijo una buena educación, y con el fin de que pudiera ésta empezar con los primeros albores de su razón, fácilmente decidió a Dominus a renunciar a su pública profesión de maestro de escuela del lugar, y a instalarse enteramente en la Plaza, donde, por un sueldo equivalente

(1) «Blessings on his saint's face», frase proverbial en Inglaterra, equivalente a nuestro "Dios le bendiga". — N. del T.

con corta diferencia al salario de un abogado se obligó a comunicar al futuro laird de Ellangowan toda la erudición que poseía en las gracias y perfecciones que no poseía el dandi, pero que nunca había sospechado faltasen. El laird hallaba también su consuelo en este ajuste, pues se aseguraba un sufragio y constante a quien contra sus deseos cuando estaban solos, y a cuya costa se lucir, sus agudezas cuando tuviesen que hablar.

Cuatro años poco más o menos después de esta época, acaecieron grandes novedades al condado en que estaba situado Ellangowan.

Los que seguían acertadamente los pasos de la opinión pública, creían hacia aquel tiempo que era inevitable una mudanza en el ministerio, y en fin, después de mil especulaciones y conjeturas, se vio que el ministerio o menos fundados, y algunos más enteramente de todo fundamento, después de muchos clubs hubieron brindado gritando ya éste! ¡juera el otro!; después de esto y venidas a pie, a caballo, en silla de posta, mil peticiones y exposiciones en pro y en contra, después de mil protestas de sacrificio y haciendas, dióse en fin el gran golpe; el ministerio, y el parlamento, como una consecuencia natural, fué disuelto al mismo tiempo.

Sir Tomás Kittlecourt, como otros diputados en la misma situación, acordó no postular al condado, pero fué recibido con tanta indiferencia, que no pudo conseguir la nominación pasada, y los amigos de la nominación ya puesto en movimiento un activo trabajo (cáballa electoral) en favor de John Herthead, Esq. que tenía los mejores perros, los mejores caballos de caza del condado, y entre los que habían enarbolado el estandarte de la rebelión contra Sir Tomás, figuraban lord Glossin, escribano en *** y agente laird de Ellangowan. Acaso el antiguo miembro del parlamento lo había rechazado alguna vez al buen Glossin, o lo era no se menciona, habiéndole chapado ya todo lo que podía esperar de él, echaba los ojos por otra parte, y se veía que la nominación de Herthead, ya hemos dicho, un voto sobre la mesa de Ellangowan, y resolvió que era menester su cliente tuviese uno también, seguro que lo estaba del partido que abrazaría Mr. Bertrán en las próximas elecciones. Logrólo en efecto, y a fuerza de amañar, sir Juan salió electo diputado, sir Gilberto Glossin fué nombrado de resultados notario del tribunal de paz, y en las primeras sesiones del parlamento el de Godofredo Bertrán de Ellangowan fué el primero de los jueces de paz del condado.

Era había sido la suma embición de Bertrán, no porque le gustasen las cuestiones de cámara ni la responsabilidad de un cargo, sino porque creía que era una de las que le correspondía de derecho, y de eso lo había estado privado hasta entonces evidentes injusticias y animosidades. Pero dice un antiguo proverbio escocés "que se ben darse a un loco armas ofensivas". Mr. Bertrán se vió en posesión de la autoridad que tanto había deseado, cuando juzgó a ejercerla con más severidad que blanda, con lo que totalmente dió al traste a su opinión que todos tenían formada de la dandía de su carácter. Nos acordamos de haber leído en una de las juerzas de paz que, inmediatamente después de su nombramiento, escribió una carta a su librero pidiéndole los rotos de su cargo en la siguiente ortografía: "Please send the ax relating to Augustus p. Servius enviarme la hacha relativa a gusto quisientes. (En vez de "please send ax relative to justice of peace".) Servius tiene las actas relativas a los jueces de paz. Ciertamente que cuando aquel docto magistrado estuvo en posesión del *bécha*, sólo hizo de ella para mutilar las leyes. Mr. Bertrán estaba tan atrasado en gramática inglesa como su digno predecesor; pero el mismo Aug-

...no hubiera podido emplear con menos discernimiento el arma que ineluctablemente habían puesto en sus manos.

De muy buena fe consideró la comisión que acababa de recibir como su muestra personal de favor que le dispensaba su soberano, olvidando que así había creído que si hasta entonces había estado privado de un privilegio u honor común a los de su clase, era sólo por efecto de las intenciones arterias. Mandó a su fiel educador Damián Sanjón que le leyese en alta voz el nombramiento de los señores en otras palabras: «El rey ha tenido a bien nombrar...». «¿Ha tenido a bien!» — exclamó un rayo de gratitud —, «¿Digno soberano!»; «¿Ha tenido a bien!» no más o yo ciertamente. (*)

No quiso, pues, reducir su agradecimiento a meras palabras, antes bien quiso desplegar una actividad sin límites en el desempeño de su cargo para probar con penetrado estaba del honor que se le había hecho conferírsele. «Escoba nueva — dice el refrán —, bien barre», y yo me puse a atestiguar que, habiendo mudado de criada en cierta ocasión, parecieron de la noche a la mañana las antiguas y hereditarias arañas que ocupaban las últimas tablas de mis estantes (donde sólo tenía a la mano los libros de jurisprudencia y de teología) durante el pacífico reinado de su predecesora. Con no menos severidad emprendió el laird de Ellangowan su reforma, a costa de los varios vagabundos, pillos y demás clases de mala vida, que eran sus vecinos hacía ya medio siglo. Su celo y milagros; dió piernas al cojo, vista al ciego y brazos al manco; desbarató y echó con cajas destempladas a los contraventores de las ordenanzas de caza y pesca, y ganó en recompensa los aplausos de sus conuelegos y reputación de activo magistrado.

Todos estos bienes no dejaban de ir mezclados con algunos males. Desde un abuso está muy arrigado, se necesitan ciertas precauciones para extirparlo. El celo de nuestro digno amigo ponía en graves apuros a muchas personas, cuya holgazanería y malos costumbres había fomentado su propia flojedad, y de las cuales unas eran ya incapaces de mejor conducta, por efecto de una costumbre inveterada, y otras realmente inaptas para el trabajo, eran, como ellas mismas decían con razón, «señoras a la caridad de todo buen cristiano». El mendigo consuegro había veinte años en la comarca, y que se recibía lo que él daba más bien como una prueba de afecto que como una limosna, fué enviado al hospital más inmediato. La anciana decrepita que, apoyada en su palo, iba a parar a su vecino; la que, imposibilitada de andar, pedía que la llevasen en brazos con tantos esfuerzos, o más, como el viajero que pide caballos de alquiler, sufrían la misma desastrosa suerte. Quejó el bobo, que medio ciego, medio idiota, había sido el hazmerriber de cuantas generaciones de muchachos se habían sucedido en poco menos de un siglo, fué enerrado en la Bridewell (casa de corrección) del condado, donde, privado de aire libre y de la luz del sol, únicos bienes de que era capaz de gozar, murió a los seis meses, de consunción y redío. El antiguo marinero hacía largos años, regocijaba las ahumadas vigas de todas las tabernas circunvecinas cantando. El capitán Warró el saliente amante de *berboza*, fué despreciado del país por un plausible razón de que tenía un carácter afiladísimo muy raro. En fin, hasta las rondas anuales de los honeros fueron abolidas por el nuevo juez de paz en su insaciable ambición de reformar la policía rural.

Tamánas reformas no pudieran plantearse sin originar graves censuras. «Los hombres no son de palo ni de piedra, y los hábitos hundamente arraigados en el corazón no se arrancan como el musgo o el líquen, sin ocasionar crueles heridas. Dolale a la labradora no poder ya lucir su inteligencia, y acaso también verse privada de gozar cierta satisfacción interior, repartiéndole, a guisa de limosna, sendos puñales de harina de cenizas a los mendigos que le traían noticias. Las cabafías echaban de memoria frioleras que les llevaban esos mismos vagabundos: los chiquetes quedaban sin bollos y sin juguete; las doncellas sin cintas, sin alfileres, sin peinetas, sin cantares nuevos; las viejas no podían ya trocar en huevos por sal o rapé. Todas estas circunstancias derramaron sobre el laird de Ellangowan un descrédito tanto mayor cuanto más general era su popularidad: hasta la antigüedad de su linaje salió a colación como un argumento contra él.

«No extrañarnos — decían — lo que hacen los Greenside, los Burnside, los Viewforth, que son extranjeros en esta tierra, pero; ¡Ellangowan! nombre conocido desde que el mundo es mundo, y antes!» ¡El laird tratar así a los pobres infelices! A su padre le llamaban el Laird Malo; pero, aunque en efecto no era muy bueno cuando había empinado demasiado el codo, no hubiera sido capaz de hacer semejantes tropelías. La gran chimenea de la antigua Plaza tiene siempre una buena llumbrada a su tiempo, y tantos desgraciados había junto a ella como señores en la comarca, y todos los años milady, la víspera de Nochebuena, en la mañana doce peniques de plata en honor de los doce apóstoles. Se murmuraba que era papista, pero yo creo que los señores del día podrían recibir lecciones de los papistas de entonces. Si durante los días de trabajo abandonaba el palo listo para los pobres, a lo menos cuando llegaba el domingo,

estaban seguros de que no les habían de faltar sus seis peniques corrientes.

Estas o semejantes razones sazaban cada jarro de cerveza que se apuraba en las tabernas situadas a tres o cuatro millas de Ellangowan, que venían a ser el diámetro de la órbita en que nuestro amigo Godofredo Berrán, Escoc. J. P., podía ser considerado como el planeta principal. Pero todavía soltarán más la rienda a sus murmuraciones las malas lenguas, cuando destruyó de Ellangowan a una colonia de gitanos, establecida en aquellas tierras hacía muchos años, y con uno de cuyos miembros ya ha hecho conocimiento el lector.

CAPITULO VII

¡Venid, caudillos del regimiento sarrazanastro! ¡Príncipes de la sangre, venid! Príncipe flor y nata de los magnates íntegros, y vosotros todos, cualesquiera que sean vuestros nombres o títulos, *Jarshom o Patriota, Crau o Clapper-dungo, Prater o Abraham-men*. Con todos hablo.

La Breña del Mendigo.

Aunque el carácter de aquellas hordas de gitanos que fueron infestando antiguamente casi todas las naciones de Europa, y que forman todavía una raza distinta de las demás, sea generalmente conocido, el lector me perdonará que le diga estas pocas palabras respecto a su situación en Escocia.

Sabido es que un antiguo monarca escocés (Jacobo V) reconoció a los gitanos como una población separada e independiente, y que fueron tratados menos favorablemente por una ley posterior, bajo la cual el nombre de gitano llegó a ser, en la balanza de la justicia, sinónimo del de ladrón, de resultados de lo cual fueron perseguidos y castigados como tales. No obstante la severidad de ésta y de otras leyes, la raza gitana prosperó en medio de los desastres del país, y aun adquirió grande incremento con los muchos a quienes el hambre, la opresión o los azares de la guerra privaron de sus habituales medios de subsistencia. Con esta mezcla perdieron en gran parte el carácter distintivo de su origen egipcio, y llegaron a ser una raza mixta que por la ferocidad de los hombres del Norte que se unieron a ellos. Viajaban en cuadrillas separadas, recibidos por leyes especiales, en virtud de las cuales cada tribu no podía salir del distrito que le estaba asignado, y la menor invasión fuera de los límites señalados originaba penencias que solían costar mucha sangre.

El patriota Fletcher de Saltoun hizo a principios del siglo pasado una pintura de estos vagabundos, que nuestros lectores verán con asombro.

«Existen actualmente en Escocia (dice), amén de un gran número de familias pobres que sólo viven de las limosnas de la iglesia, o que diezma de la manera más dolorosa la privación de alimentos sanos, doscientos mil miserables cuyo único recurso es ir mendigando de puerta en puerta, y que no sólo son de todo punto inútiles, sino muy gravosos en un país tan pobre. Aunque las calamidades de este tiempo han casi duplicado en el día este número, y los vagabundos que viven sin sujeción a ninguna ley civil, religiosa ni aun natural. Ningún magistrado puede llegar a averiguar cuantos nacimientos y muertes acacen en esta gente; se sabe que cometen muchos asesinatos, y que sobre ser una verdadera plaga para los pobres labradores, que están ciertos de ser maltratados por ellos si les niegan cuanto les piden, llevan a veces la osadía hasta el punto de saquear los cortijos distantes de las poblaciones. En las épocas de abundancia se los encuentra a millares por las montañas, donde pasan días enteros en bromas y franchealías, y en las bodas, en los entornos, en las ferias y demás reuniones públicas, se los ve, lo mismo hombres que mujeres, emborracharse, alborotar y escandalizar a toda la gente honrada con sus blasfemias y improperios.»

No obstante la triste pintura que ofrece este extracto, y aunque el mismo Fletcher, en sus leyes, habla de vagabundos que el día de reducir a aquellas errantes tribus a una especie de esclavitud doméstica, la acción lenta del tiempo, y el simultáneo incremento de los medios de existencia y del rigor de las leyes, fueron reduciendo poco a poco estos males a más estrechos límites. Las tribus de gitanos, Jockies o Cairds — pues bajo todos estos nombres eran conocidos —, se hicieron poco numerosas, y algunas desaparecieron enteramente; pero todavía quedaron bastantes para dar cuidado a la justicia, y causar graves daños al pueblo. Ejerían exclusivamente varios oficios vulgares, con especialidad el de alfareros, y todo lo relativo a calderería, añadiendo a esto el tráfico que ellos solos hacían de platos de madera y cubiertos de cuero: tales eran sus medios ostensibles de subsistencia. Cada tribu tenía generalmente un centro de reunión, que formaba su establecimiento principal, y en cuyas cercanías cuidaban de no cometer ningún desorden: hasta había algunas que poseían algunos adornos con que lograban hacerse útiles y agradables en ciertos casos. Muchos cultivaban la música con bastante aprovechamiento, y rara vez el gaitero o el flautista del distrito dejaba de ser miembro de una tribu de gitanos. Nadie sabía mejor que ellos donde se hallaba la mejor pesca o la caza más abundante. En invierno, las mujeres decían la buena ventura, los hombres hacían juegos de manos, y en las noches lluviosas y frías, abreviaban el tiempo en el hogar de los labradores. La fiereza de su carácter y el indomable orgullo con que despreciaban todo trabajo inspiraban cierto temor, que se aumentaba en gran manera la consideración de que eran gente esencialmente vengativa y desalmada. Eran, en una palabra, los *parias* de Escocia, que vivían como indios salvajes entre los europeos, y como a tales se los juzgaba

(*) Este es uno de aquellos casos que es imposible traducir literalmente. En el texto, esta frase tiene una gracia que apenas se entró en la versión: la fórmula oficial del nombramiento es en inglés: *The king has been pleased, etc.* Ha plinado al rey, o el rey ha tenido a placer. Si se omitiera adición el primer de estos términos de decir, habríamos equivocado al pie de la letra la frase inglesa: «Ciertamente no lo ha plinado más que a mí» — N. del T.

más bien con arreglo a sus costumbres, hábitos y opiniones, que como a miembros de una sociedad civilizada. Todavía existen algunos restos de esas tribus, especialmente en los despoblados donde pueden escondarse cuando los persiguen; su carácter es siempre el mismo, con corta diferencia, pero su número ha disminuido tanto, que en vez de los cien mil que resultaban del cálculo de Fletcher, acaso no se hallarían hoy quinientos en toda Escocia.

Una tribu de esos vagabundos, a que pertenecía Meg Merrilies, estaba, en cuanto lo comportaban sus costumbres nómades, establecida, hacia muchísimos años, en un valle llamado Dernelough, perteneciente a los estados de Ellangowan. Habían construido en él algunas pocas chozas que llamaban su *ciudad de refugio*, donde vivían, cuando no andaban en sus habituales correrías, tan tranquilos como los cuervos anidados, en los altos fresnos que los rodeaban. Tanto tiempo hacía que ocupaban aquel valle, que ya se consideraban como propietarios de sus miserables habitaciones. Decíase que habían adquirido la protección de los señores de Ellangowan en recompensa de los servicios que les habían prestado en tiempo de guerra, y sobre todo talando las tierras de los barones vecinos a quienes habían intentado hacer sus feudatarios. Más adelante, sus servicios fueron de una naturaleza más pacífica; las mujeres hacían mitones para milady y medias para el laird, que les eran presentadas con gran ceremonia el día de Nochebuena; las viejas sibilaban bendiciones al hecho nupcial del laird, cuando se casaba, y la cuna del niño, cuando le nacía un heredero. Los hombres componían las piezas rotas de China de milady, ayudaban al laird en sus cacerías, domaban sus potros, cortaban las orejas a sus ovejas. Los muchachos cogían nueces en los bosques, moran en las zarzas, se cetas en los prados y llevaban también su tributo. En remuneración de estos servicios voluntarios que implicaban cierta dependencia, se tenía indulgencia con ellos en otras, y en las grandes ocurrencias se les distribuían con profusión comestibles, cerveza y aguardiente. Estas reciprocas correspondencia y buena armonía que duraban hacía más de dos siglos, hacían que los habitantes de Dernelough se considerasen en cierto modo propietarios autorizados a vivir en los dominios de Ellangowan. Era, sin embargo, el amo y señor del laird actual, que muchas veces había empleado su crédito para protegerlos contra los rigores de la justicia; pero esta íntima unión se desvaneció muy pronto.

Los habitantes de Dernelough, tranquilos por su propia suerte, veían sin el menor recelo la severidad del nuevo juez contra los que no formaban parte de su tribu. Creían firmemente que estaba decidido a no dejar en el condado más mendigos y vagabundos que los que se hallaban instalados en sus tierras, y ejercían su efecto la virtud de su consentimiento tácito o expreso; el mismo Meg Merrilies se daba prisa a ejercer su recién adquirida autoridad, a costa de sus antiguos vecinos, pero las circunstancias le obligaron a hacerlo.

En una de las asambleas de jueces de paz que se celebraban todos los trimestres, un riego habiendo que en las últimas elecciones había sido del partido contrario al de Ellangowan, le echó en cara públicamente, que al paso que afectaba un gran celo por la policía y trataba de adquirirse la reputación de celoso magistrado, protegía a los mayores tunantes del condado permitiendo que residiesen en cuadrillas a un cuarto de legua de Ellangowan. Nada había que hacer a eso, pues el hecho era público y notorio. Trasgóse el laird la palabra mejor que pudo, y de vuelta en su casa pasó a discutir acerca de los medios que debía emplear para secudirse de encima aquellos vapores, cuya existencia en sus estados era una mancha en su reputación de magistrado íntegro. Acababa precisamente de resolverse a aprovechar la primera

ocasión que se le presentara para romper lanzas con los *parias* de Dernelough, cuando se le presentó una comoda lluvia del cielo.

Cuando fué nuestro amigo Ellangowan promovido al alto empleo de conservador de la paz, hizo pintar muy bien y cerrar la puerta de la calle de árboles que conducía a su quinta y que hasta entonces había estado siempre hospitalariamente abierta. Hizo también tapar con empalizadas y espinos ciertos agujeros en las cercas de su parque, por donde se introducían los muchachos para coger nidlos, los viejos para atajar cuando pasaban por allí cerca, y la gente moza para darse citas nocturnas, todo sin hacer ningún daño, pero también sin pedir permiso a nadie. Pero estos serenos días llegaron a su término, y un terrible lettero puesto a un lado de la puerta intimaba "persecución con arreglo a la ley" a todos los que penetrasen en aquel recinto. Al otro lado, sin duda para que hiciera juego, estaba puesto otro lettero en que se anunciaba que, como medida de precaución, había por aquellos contornos escopetas de resorte (que se disparan al tocarlas), trampas tan formidables que (decía un enfático *mota bene*) "Si cayese un hombre en ellas, le romperían la pata a un caballo".

A pesar de estas tremendas amenazas, seis muchachos ritos y los veinte zánganos y otros tantos muchachos, estaban un día horjeados sobre la nueva puerta haciendo ramilletes de flores, cogidas probablemente en el recinto vedado. Con toda la cólera que era capaz de sentir o acaso de aparentar, nondóles el laird que se bajarán, pero no le hicieron caso; trató en seguida de tirarlos al suelo uno después de otro, pero unos se agarraron tan bien a las tablas que no pudo conseguirlo, y otros apenas caían cuando ya estaban de nuevo a caballo sobre la puerta.

Llamó entonces en su ayuda a un criado que acudió con un látigo y dispersó con cuatro zurrigazos a la turba rebelde. Tal fué la primera brecha abierta a la paz que reinaba hacia tanto tiempo entre la familia de Ellangowan y los gitanos de Dernelough.

Para convencer a éstos de que la guerra iba a ser formal, era preciso que viesen que los muchachos llevaban muy buenos látigos cuando se introducían en el parque; que cuando se hablaba alguna de sus caballerías pidiendo en los nuevos plantíos o a la vera de algún prado, su dueño tenía que pagar una multa, y en fin, que el constable empezaba a tomar serios informes acerca de su modo de vivir, y manifestaba su sorpresa de ver unas gentes que pasaban el día durmiendo en sus chozas y la noche rondando por los campos.

Cuando llegaron las cosas a este punto, no se anduvieron con escrupulos los gitanos para tomar represalias. Saquearon el gallinero de Ellangowan, se apoderaron de cuanto ropa blanca pudieron haber a las manos, de la que tendían en cuerdas las criadas para secarla o ponían al sol para que blanqueara; pescaron en sus estanques; le robaron sus perros; le cortaron sus árboles; llevaron, en fin, la venganza hasta el punto de hacer daño por el solo placer de hacerlo. El laird, por su parte, tampoco dió cuartel al enemigo; intervino la justicia en la contienda y no salieron los gitanos bien librados. A pesar de sus tretas, algunos de los saqueadores fueron presos; uno de ellos, mozo robusto, fué a servir de marinero en las galeras del rey; dos muchachos llevaron cada cual su par de docenas de azotes, y una venerable matrona gitana fué enviada a una casa de corrección.

Todavía no pensaban, sin embargo, los gitanos en abandonar el sitio que habían habitado tanto tiempo, y aun al mismo Ellangowan se le hacía muy duro privarlos de su antigua *ciudad de refugio*, de modo que por algunos meses continuaron en el mismo grado de rigor las hostilidades por una y otra parte.

*Cuando el indio de orillas del Ota
Con el rojo
Con la manchada piel de la pintura
Ve a lo lejos del blanco la bandera
Entra, a punta cenovosa y triste
Hacer al bosque marío
Y en choza a la mar del Ohio,
Y va a buscar en su dolor profundo
Como bosque, la luz que le halló,
Y en su sublime silencio aplaudido
Desde que existe el mundo.*

LAIKEN, Escocia de la Intimidad

Al bosquejar el origen y progresos de la guerra contra los *parias* de Escocia, no nos omitir que los años iban pasando rápidamente y que el niño Enrique Bertram de los más vivarachos y revoltosos chicos usaron jamás espada de palo y gorra grande de papel, se acercaba ya al día de sus cumpleaños. Un arroyo natural que por modo se desarrollaba, hacía ya de él un niño fueo vagabundo, conocía mejor que cuantos valles, cerros y prados había en los contornos de Ellangowan, y estaba en estado de decir en su gracioso lenguaje cuando dónde se hallaban las flores más blancas y dónde las avellanas más maduras. Así a cuantos le seguían con su intrepidez en correr por las ruinas del antiguo castillo, y ya se había hecho más de una escapatoria hasta el valle de los gitanos.

En estas ocasiones, Meg Merrilies solía darle en brazos hasta la puerta de la casa, pues aunque jamás había vuelto a poner pies en ella desde que el mozo de quince años había salido en el capítulo anterior, a él era sobriño suyo, fué enviado a bordo de una galera, no parecía que su resentimiento contra la familia de Ellangowan se entendiese hacia el niño Enrique, antes por el contrario, procuraba encontrarse con él en sus excursiones, le cantaba alguna canción gitana, le hacía montar en una burra y le metía en el bolsillo un bizcocho de una manzana muy colorada. El antiguo amo de aquella mujer a la familia del laird, y a él mismo, y comprimió por todos lados, procuraba complacerse en hallar un objeto en que usar y emplearse. Cinco veces procuró que el joven Meg Enrique se fuera al orrullo de la familia, y que no había echado el antiguo amo semejante vástago desde Arturo Mac Dinger, muerto en la batalla de Bloody-Bay, pero lo que hacía a la fama actual, sólo era para echada a la lumbre". En una ocasión, teniendo el niño enfermo, pasó toda la noche bajo de su ventana, cantando una trova miraba como un conjuro soberano contra la calentura, y no fué posible decidirla a salir en la quinta o a dejar el puesto hasta que que había pasado la crisis.

El espíritu de aquella mujer dió margen a malas sospechas, no el ánimo del laird, que era incapaz de pensar mal de nadie, sino el de su mujer, que tenía una mala salud y una pobre cabeza. Estaba ya bastante adelantada en su segundo embarazo, y como no podía salir de su cuarto y no tenía la mayor confianza en la niñera de su hijo, que era una quilla, suplicó a Dominus Sampson que se cargase de acompañarle siempre que saliese sin perderle nunca de vista. Dominus entró enrañadamente a su pequeño discípulo y estaba muy ufano de sus progresos, habiéndole enseñado ya nada menos que a deletrear palabras de tres sílabas; la idea de que podía llevarse los gitanos aquel prematuro producto de erudición, como a un segundo Adam Sampson le era insupportable, por lo que tomó sobre con mucho gusto un עודון enteramente contrario a sus hábitos. Viósele, pues, pasearse, gollada la frente en un problema de matemáticas y clavados los ojos en un niño de cinco años, cuyas travessuras le pusieron cien veces en las situaciones más ridículas. Dos veces tuvo para cogerle en un callejón sin salida "¡caca, caca!"; una vez se escurrió al pasar un arroyo sobre unas piedras y se cayó hasta

bases, y otras se zambulló hasta la cintura en el pantano de Lochend por ir a coger una azucena para el niño. La opinión de las matronas del pueblo que se acordaron a Sanpion en aquel trance, fue "que nada perdería el laird en coniar su hijo, para que cuidara de él, a un espujante"; pero el buen Dominus sobrevaleva todos estos desastros con grave y serena magnanimidad. ¡Prodigioso! era la única exclamación en que prorrumplía el sufrido varón.

Cansado de la guerra con los parásitos de Dermleugh, resolvió por entonces el laird acabarla de una vez echándolos de sus tierras. Los criados antiguos en la casa menearon la cabeza al ver semejante proposición, y aun el mismo Dominus no pudo menos de aventurar una objeción indirecta; pero, como ésta se contenía en la frase profética *Ne movas Cameriani*, ni la alusión, ni el lenguaje en que iba envuelta estaban calculados para hacer grande impresión en el ánimo de Mr. Bertrán, y la justicia procedió contra los gitanos con todos los requisitos legales. Todas las puertas fueron señaladas con veso por un alguacil, como un aviso formal; pero que se mudasen a la mayor brevedad; sin embargo, no tomaron ninguna disposición que se oponiera a su propósito de someterse a la ley. Llegó en fin el fatal plazo señalado, día de San Martín, y fue preciso emplear la violencia para expulsarlos. Un destacamento de oficiales de paz, bastante considerable para hacer inútil toda resistencia, intimó a los habitantes la orden de dejar el puesto desocupado para las doce, y como llegada esta hora no obedecieron, los oficiales, con arreglo al tenor de su amenaza, empezaron a arrancar puertas y ventanas y a echar abajo los techos de las cabinas, breve y eficaz sistema de expulsión que usaba todavía algunos señores de Escocia. Miraron al principio los gitanos aquella obra de destrucción con mudo asombro, luego reunieron sus caballerías, cargaron en ellos su miserable ajuar e hicieron sus preparativos de marcha; lo que no exigió mucho tiempo entre gentes parecidas en sus costumbres a los tártaros errantes. Emprendieron, pues, su viaje en busca de un nuevo asilo, cuyos límites no fuesen miembros del Quorum ni Castos Rotulorum.

Consideraciones muy naturales en su situación impidieron a Mr. Bertrán presidir en persona la expulsión de sus vecinos; lo que confió este cuidado a unos cuantos oficiales de paz bajo la inmediata dirección de Frank Kennedy, inspector o guarda ambulante agregado a la aduana, recientemente relacionado con Ellangowan, y de quien hablabamos más detenidamente en el próximo capítulo. Mr. Bertrán había elegido aquel día para ir a visitar a un amigo a bastante distancia, pero sucedió que, no obstante estas precauciones, se encontró de pronto a boca con los gitanos en el camino al volver a su quinta.

Fue el encuentro una hondonada, al pie de una colina, límite de los esteros de Ellangowan.

En el Cuatro o cinco hombres formaban la vanguardia, embrozados en largas capas y calzados hasta las cejas los sombreros, cuyas anchas alas caían sobre sus frentes morenas, sus negros ojos y duras facciones. Dos de ellos llevaban sendas escopetas de desmesurada longitud; uno llevaba un sable sin vaina y todos tenían el *dirk* (cuchillo) de los Highlanders, aunque sin hacer ostentación de estas armas. Seguían una retama de borricos cargados, y varias carretas o *cablers* (chirrións) como se llaman en aquel país, que llevaban a su destierro a los ancianos, y los enfermos, y a los niños. Las mujeres con sus caperuzas coloradas y sus sombreros de paja o de los muchachos ya algo crecidos, descalzas, con la cabeza al aire y poco menos que en cueros, cuidaban de esta pequeña caravana, a que seguía lo restante de la tribu. Era el camino angosto y estaba cortado por dos desiguales bancos de arena. Al ver venir a los gitanos, metió espuelas a su caballo el criado que acompañaba a Mr. Bertrán, chasqueó su látigo con

aire de autoridad, e hizo señas a los guías de que dejasen el paso franco a sus superiores. No habiendo producido efecto alguno esta señal, dirigióse a los hombres que iban indolentemente a la cabeza de la caravana diciéndoles:

—¡Atiendan a sus caballerías y hagan paso al laird!

—Que tome su lado del camino — respondió sin levantar la cabeza — y no pida más; tanto derecho tienen a él nuestros borricos como su caballo.

El tono de aquel hombre era resuelto y aun amenazador. Mr. Bertrán juzgó prudente muerte por entonces su dignidad en el bolsillo y pasar tranquilamente por en medio de la procesion, por el estrecho espacio que tuvieron a bien dejarle. A fin de aparentar que no hacía caso de la falta de respeto con que se veía tratado, dirigió la palabra a uno de los que pasaban a su lado sin saludarle y aun sin dar muestra alguna de conocerle.

—¿Baillie — le dijo — ¿sabéis si está bueno vuestro hijo Gabriel? — Este era el nozto que estaba sirviendo de marinero.

—Si hubiera salido lo contrario — respondió el anciano con sombrío ademán —, ya hubierais recibido noticias mías —. Y prosiguió su camino sin entrar en más explicaciones.

Luego que hubo pasado el laird, no sin alguna dificultad, por en medio de aquella multitud de caras conocidas que nunca le habían mirado sino con respeto y cariño, y en las que sólo veía a la sazón odio y desprecio, no pudo menos de volver la rienda a su caballo para echar una última mirada a aquel grupo fugitivo, que hubiera crecido un excelente asunto al buril de Callos. La vanguardia había ya torcido un bosquecillo bastante denso que se extendía al pie de la colina, detrás de la cual fueron despreciando todos sucesivamente hasta los más rezagados.

Los sentimientos que agitaban a Mr. Bertrán eran de muy amarga naturaleza. Verdad es que la gente a quien acababa de arrojar de su antigua ciudad de refugio, era una gavilla de haraganes y de vagabundos, pero ¿había procurado él hacerlos mejores? ¿eran peores entonces que cuando consentía que se mirasen como modo de vivir de aquel grupo familiar? La mera circunstancia de su elevación al cargo de juez de paz, ¿debía alterar su conducta con respecto a ellos? ¿No hubiera debido a lo menos plantear algunas reformas entre aquella gente, antes de privar a siete familias enteras del único abrigo que poseían en la tierra, antes de privarlos de unos recursos que, por escasos que fuesen, bastaban a impedir que se lanzasen desesperados en la senda del crimen? Su corazón no podía menos de enternecerse al ver alejarse para siempre tantos semblantes amigos, y tanto más accesible era Godofredo Bertrán a este sentimiento, cuanto su capacidad intelectual, bastante limitada, buscaba su principal entretenimiento precisamente en los objetos de menos valor que le rodeaban. Hechas estas reflexiones, iba ya a continuar su camino, cuando Meg Merrilies, que se había quedado detrás de los demás, se presentó de repente a su vista.

Detúvose sobre una de las alturas que rodeaban el camino, de modo que estaba a bastante elevación sobre Ellangowan; su estatura varonil destacándose sobre el azul del firmamento, le daba un aspecto verdaderamente sobrenatural. Ya hemos dicho que habla en sus vestidos o más bien en su modo de disponerlos, cierto carácter oriental, que acaso había adoptado artificialmente para producir más efecto con sus profecías haciendo más vivamente la imaginación, o tal vez por algunas nociones tradicionales sobre el modo de vestir de sus antepasados. Llevaba aquel día arrollado en la cabeza, a manera de turbante, un lienzo encarnado, que hacía resaltar con singular energía el fuego de sus negros ojos; sus largos cabellos de ébano caían en revueltos rizos sobre sus hombros. Su

actitud era la de una sibila inspirada, y blandía en la mano derecha una rama que parecía recién arrancada.

—¡El diablo me lleve — dijo el criado — si no la cortado esa rama en el parque de Durrik! No respondió el laird y continuó mirando aquella extraña figura que se alzaba sobre su cabeza.

—Seguid vuestro camino — dijo la gitana —, seguid vuestro camino, laird de Ellangowan, Godofredo Bertrán, seguid vuestro camino. Hoy habéis apagado la lumbre en siete hogares; ved si por eso arderá mejor la de vuestro estrado. Habéis derribado los techos de siete cabinas; ved si por eso estarán más firmes las vigas de vuestra quinta. Podéis meter vuestros ganados en las viviendas de Dermleugh; ved si por eso dejará de hacer la liebre su madriguera en el solar de Ellangowan. Seguid vuestro camino, Godofredo Bertrán; para que miráis a los de mi tribu? Ahí tenéis treinta personas que se hubieran quitado el pan de la boca por no dejaros carecer de nada, que hubieran derramado toda su sangre antes de consentir que nadie os tocara un pelo de la frente. Si, si; ahí tenéis treinta personas, desde la anciana que cuenta un siglo hasta el niño que nació la semana pasada; treinta personas a quienes habéis arrojado de su único asilo, para hacerlas vagar por los des poblados y dormir a cielo raso. ¡Seguid vuestro camino, Ellangowan! Llevaos nuestros hijos a vuestras casas; ved si vuestro teniente dirá por eso mejor causa, y no porque yo desee ningún daño al niño Enrique o a la criatura que no ha nacido todavía... ¡Dios me libre! Haced que sean caritativos con los pobres y mejores que su padre. Y ahora seguid vuestro camino, porque éstas son las últimas palabras que oiréis de boca de Meg Merrilies, como éstas es la última rama que cortaré jamás en los hermosos bosques de Ellangowan.

Esto diciendo, rompió la rama que tenía en la mano y la tiró al camino, Margarita de Anjou, maldiciendo a sus enemigos trufantes, no pudo lanzarlos con más soberbio ademán una mirada atrás, desdoblándose Ahí el laird la boca para hablarle y se echó mano a la faltriquera para buscar una media corona, pero no aguardó la gitana ni su respuesta ni su dádiva y apretó el paso para reunirse con los suyos.

Volvió Ellangowan a su quinta muy cabalaje y pensativo, y es de observar que a nadie de la familia contó la entrevista que acababa de tener con la gitana. No fué tan reservado el levaro; refirió muy por extenso toda la aventura ante una numerosa reunión en la cocina, y acabó por jurar "que si el diablo había hablado alguna vez por la boca de una mujer, había sido en aquel bendito día por la de la bruja Meg Merrilies".

CAPITULO IX

¡Pintiva la Escocia teniendo que contentarse con sus carbos, su botella vacía como un plato, y esa mala vida que aduñaneros que no dejan a vida un solo alambicador!

BORNE.

En el ejercicio de su magistratura no desatendió Mr. Bertrán los intereses de las rentas del Estado. El contrabando, para el que ofrecía suma facilidad por su situación la isla de Man, era la ocupación general, o, por mejor decir, exclusiva de todos los costa sujeta a Escocia. Casi todas las clases inferiores tenían una parte activa en ese tráfico; los señores hacían la vista gorda, y los agentes del gobierno se hallaban con frecuencia molestados en el ejercicio de su deber por los mismos que hubieran debido protegerlos.

Estaba a la sazón empleado en aquel condado en calidad de oficial ambulante o inspector de aduanas, un cierto Francisco Kennedy, de quien ya hemos hecho mención. Era hombre resuelto y activo, que había hecho ya multitud de embargos y que por lo tanto se había ganjeado el odio de todos los que se interesaban en el

HOMBRES DEBILES

Nuevo método naturista (Hidro-Neumático) BIER y KUNHE alternado, para combatir en privado los TRASTORNOS GENESICOS y restorzar sin drogas el VIGOR MASCULINO PERDIDO. NUEVA PATENTE concedida por el SUPERIOR GOBIERNO DE LA NACION ARGENTINA BAJO EL N.º 44.485.

GRATIS Pidan folleto explicativo "L" a Ortopedia "JUPITER", Casilla Correo 1924 Bs. Aires, incluyendo \$ 0.30 para franqueos.

Resotil FUCUS

JARABE
EXPECTORANTE
PARA NIÑOS

ALBUM DE TEJIDOS

tricotots de moda



Creaciones
Fantasmas
Novedades

Reproducción en tamaño muy reducido del Album y de los grabados que ilustran uno de los modelos.



Todas las novedades exclusivas en materia de tejidos, para las cuatro estaciones del año, aparecen en este hermoso Album, lujosamente presentado y que pertenece a la nueva Colección "MARBEL".

Las mujeres habilosas que lo esperaban con tanta ansiedad, no quedarán defraudadas, pues hallarán en él cuanto necesitan para la realización de las prendas más bellas, desde formas, puntos y nuevas combinaciones de colores, hasta las explicaciones claras y concisas que facilitarán su tarea.

Originales pullovers, blusas, chalecos y chaquetas, creados por el delicado buen gusto de la señora Elizabeth de Faludi exclusivamente para TRICOTOTS DE MODA, están en esta forma a disposición de las lectoras, quienes, sin duda, se apresurarán a adquirirlo, como fuente segura de inspiración para las más bellas labores que hayan ejecutado nunca...

Con tapas en fino cartón, papel especial e encuadernación sistema Avon, perforado, con alambre sinfin, que permite doblar la página en la labor escuadra, protegiendo su mejor conservación a pesar de su uso continuado.

Tamaño 31 x 23 centímetros.

Contiene 90 modelos con 300 fotografías y un patrón para cada modelo. Además de proporcionar instrucciones claras y sencillas para la ejecución de cada labor, tiene dibujos explicativos de los detalles en colores de cada prenda.

Se vende al extraordinario precio de \$ 8.-- (Flete: 30 ctvs.)

Solicítelo a su librero o a la
EDITORIAL SOPENA
ARGENTINA, S. R. L.

Capital \$ 3.000.000
Esmeralda 116 - U. T. 33 - 0063

Adjunto \$ 8.30 para que me remitan por certificado y a vuelta de correo el álbum TRICOTOTS DE MODA.

Nombre.....
Dirección.....
Localidad..... L. 243

comercio franco (*fair-trade*), como se entencen al contrabando. Era hijo natural de un caballero de los más principales, tenía un desprecio, sabía hacer honor a una buena cantaba lindamente con la copa en la mano, las cualidades a que debía el ser bien recibido en la sociedad de la gente fina de todos los contornos, y en los clubs cuyos socios se ocupaban en ejercicios gimnásticos, para los que era singularmente aventajado.

Kennedy iba con frecuencia a la casa de Ellangowan, donde era siempre muy bien recibido. Su vivacidad evitaba a Mr. Bertram molestia de discurrir, y el trabajo de seguir un orden lógico de ideas. Sus frecuentes y variadas proezas en el ejercicio de su empleo un excelente tema de conversación, y el placer que de oírlos resultaba al laird de Ellangowan bastó para que éste se decidiera a prestar al narrador su apoyo con toda firmeza en las arriesgadas expediciones a que le obligaba su deber. "Frank Kennedy — decía un hidalgo, aunque del lado izquierdo del menta, y hasta me consta que tiene cierto resentido con la casa de los Ellangowan por de los Glengubble. El último laird de Glengubble hubiera dejado sus bienes a los Ellangowan, pero, habiendo hecho un viaje a Irlanda, se encontró con miss Juana Hamilton — y por cierto que antes que se me olvidara..."

Dragón Verde es la mejor posada de Irlanda. Pero volviendo a Frank Kennedy, era un hidalgo, y sería una mala vergüenza no hacerlo contra esos miserables contrabandistas.

Formada esta liga ofensiva y defensiva en los del comercio franco, accedió un día el capitán Dirk Hatteraick desembarcarse en los espírituosos y otros géneros de contrabando, que, fiado en la indiferencia con que se mirado hasta entonces el laird semejantes infracciones de la ley, no se había dado prisa a desahucarse de sus mercancías. La secuencia fué que Kennedy, armado con un *warrant* (mandato) de Ellangowan, comenzó por algunos dependientes del laird que podían muy bien el terreno, y seguidamente, con fuerte destacamento de milicias, se echó a correr repente sobre los barriles, fardos y cajas que habían desembarcado del buque, y después una desesparada refriega en que hubo muchos heridos por ambas partes, logró el capitán *gran flecha del rey* (sello del rey) sobre aquellos artículos y los llevó en triunfo al depósito más inmediato. Dirk Hatteraick, un holandés, en alemán y en inglés que se llamaba el protector y del protegido, y ninguno de los conociera podía dudar de su puntual cumplimiento su juramento.

Pocos días después de la partida de la gitana, preguntó al almuerzo Mr. Bertram a su mujer, si no cumplía cinco años Enrique de la casa.

—Esta noche los cumplirá — respondió la madre —, de modo que ya podemos leer en su piel que nos dejó aquel joven inglés.

—No, amiga mía — dijo Mr. Bertram —, gustaba de desplegar su autoridad en pocas frases insignificantes —; es preciso esperar hasta mañana por la mañana. La última vez que asistí a la junta provincial, el *sheriff* nos dijo que *diés...* que *diés inceptus...* Ello al cabo no sabe latín, pero eso quiere decir que se señaló por plazo no empieza hasta que...

—Pero eso nie parece un despropósito, go mio.

—Lo será, pero así lo expresa la ley. Y para que se habla de plazos, pardiez que sería, como dice Frank Kennedy, que el día de Pentecostés matase al de San Martín que le ahorcaran por asesino, pues por época remite Jenny Cairns el pago de su damiento... Pero no doy de espera más hasta la Candelaria; y ahora que se habla

Frank Kennedy, estoy seguro de que vendrá hoy, porque no ha ido que a Warruch, dar parte a un buque real que está en la bahía, de el lugre de Dirk Hatteraick anda por la costa, y es preciso que aparesca una botella de vino de Burdeos para celebrar los días de su que.

—Yo quisiera que Kennedy dejase en paz a Dirk Hatteraick. ¿Quién manda ser más oficioso que los demás? ¿No puede cantar sus coplas, ar sus botellas y cobrar su sueldo como el inspector Snail, hombre bien, que nunca se ha metido con nadie? Y mucho me admira tanto que te metas tú en lo que no te va ni te viene. Cuando Dirk Hatteraick hacia tranquilamente su tráfico en nuestra bahía, ¿necesitábamos enviar al pueblo por tí ni por aguardiente?

—Pero ¿y qué entiendes tú de eso? ¿Te parece regular que la casa de magistrado sea un receptáculo de géneros de contrabando? Frank Kennedy y enseñar los reglamentos vigentes sobre el particular, y ya tú sabes que el capitán solía depositar su cargamento en la antigua plaza Ellangowan.

—Y qué mal había en que tuvieramos de cuando en cuando algunas de té y algunas barricas de ron en los sótanos de la antigua plaza? ¿No nos mandaba saberlo; y te parece a tí que le importa mucho al que tú tomes tu copa de aguardiente y yo mi taza de té a un moderado? Es una vergüenza haber echado semejantes derechos a esos géneros. ¿Y no estaba yo mucho mejor con aquellos encajes me traía de Amberes Dirk Hatteraick? ¿Tiempo ha de pasar antes que el rey ni Frank Kennedy nos envíen ni una hilacha! Lo mismo que tú riña con los gitanos, siempre estoy esperando oír que han jugado alguna mala pasada en el cortijo.

—Repito que no entiendes una palabra de esas cosas; pero ya entra Kennedy golorando en el patio.

—Buena, bueno, Ellangowan — dijo la buena señora levantando la voz — tiempo que salía del cuarto su marido — Sólo desco que tú entiendas que yo, esto es todo lo que tengo que decir.

—Cuando con mucho gusto este diálogo matrimonial, salió el laird a dar a su fiel amigo Mr. Kennedy, que llegó todo desalentado. Por vuestra vida, Ellangowan — le dijo —, que subás conmigo a lo del castillo, y veréis a ese viejo zorzo de Dirk acusado de cerca por rebuzos de su suajestad.

—Esto diciendo, se apeó de su caballo, dió la rienda a un muchacho, corrió a correr hacia el antiguo castillo seguido del laird y de varias personas de su casa atraídas por el cañoneo que se oía distintamente en dirección del mar.

—Cuando que subieron al punto de las ruinas desde donde se dominaba todo mayor extensión, vieron a corta distancia de la bahía un grupo con todas las velas desplegadas, perseguido vigorosamente por un grupo de guerra con continuas andanadas de proa, a que respondía él otras no menos recias de popa.

—Todavía están muy separados — dijo Kennedy —, pero ya van a hacerse más de cerca. ¡Bueno! Ahora rira su cargamento al mar, va bueno miena Nanci (personificación del aguardiente) ir danzando una danza tras otra... ¡Ah perro!... ¡Eso no es portarse como hombre de Dirk Hatteraick, y os juro, voto a tal, que me la habéis de pagar... ¡Hola! Ya le han ganado el barlovento!... ¡Eso es!, eso es!... ¡Firme, firme, mi alano!... ¡A él! ¡A él!...

—Me parece — dijo el anciano jardinero a una de las doncellas de mién — que el aforador está fie. (Con esta palabra expresa el pueblo en Escocia aquella especie de agitación que considera como un augurio de muerte.)

—Seguía entretanto el sloop dando caza a su enemigo con singular empujamiento. El lugre, cuyo piloto debía ser muy diestro, empleando los medios posibles para escaparse, estaba ya a punto de doblar el promontorio que formaba el remate de la bahía, cuando tronchó una vela su palo mayor, cuya vela cayó sobre el puente. La consecuencia era esta avería parecía inevitable, pero no pudieron presenciársela los espectadores, habiendo desaparecido en el mismo instante el lugre detrás del promontorio. Lanzóse en su seguimiento el sloop a toda vela, pero volviéndose acrecedo demasiado a la costa, tuvo que virar de bordo para dar la alta mar, y poder entonces doblar el cabo.

—No atraparán, vive Dios, ni el lugre ni el cargamento! — exclamó Kennedy —. Es preciso que yo vaya a todo galope a la punta de Warruch (éste era el promontorio de que hemos hecho mención), y les indique el rumbo que ha tomado el lugre. Adiós por una hora, Ellangowan; ¡guardad el ponche, y que haya abundancia de limones. Yo me encargo de la mercancía francesa, y hemos de brindar a la salud de Enrique apud una ponchera en que podría bozar la chalupa del colector.

Dicho esto, montó a caballo, y partió a galope.

Como a una milla de la quinta, a la vera de los bosques, que como hemos dicho cubrían el promontorio que terminaba en el cabo llamado punto de Warruch, encontró Kennedy al niño Enrique, seguido de un preceptor Dominus Sampson. Muchas veces le había prometido montar en su gallozay (caballo), y se había granjeado todo su cariño enseñándole a bailar, a cantar y a hacer juegos de manos. Apenas le vio Enrique reclinó a gritos el cumplimiento de su promesa. Kennedy, no viendo ningún peligro en darle gusto y deseoso de hacer pasar a Dominus, en cuyo semblante leía ya una objección, cogió al niño en brazos, le sentó en la grupa de su caballo y prosiguió su camino decidido a Sampson en medio de un: "Pero Mr. Kennedy..." Titubeó un momento el pedagogo sobre si debía o no seguirlos, pero como el caba-



TRABAJOS PLASTICOS

Este NUEVO CURSO enseña a hacer jarrones, imágenes religiosas, estatuillas de toda clase, floreros, marcos en cráquelé, medallones, plaquetas y otros adornos de pared, ceniceros, platos decorativos, prendedores y aros, botones, etc. . . de yeso irrompible, pasta fibrosa, composición, etc. . . Junto con las lecciones remitimos los moldes, instrumentos y demás materiales necesarios.

Aprenda en POCO TIEMPO y con POCO GASTO cosas verdaderamente prácticas que de inmediato le reporten ganancias.

BIJUBO Y PINTURA · JUGUETES de madera y hule · TRABAJOS EN ASTA · Decoración · CONTABILIDAD · Taquigrafía · Redacción · Caligrafía · Etc. . .

Solicite hoy mismo el folleto GRATUITO con amplios detalles de todos nuestros Cursos por Correspondencia, mencionando o enviando este cupón.

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL Y COMERCIAL

SARANDI 1273 - Buenos Aires

Deseo progresar, ganar dinero, realizar mis ambiciones. (Cómo debo hacer?)

Nombre

Dirección

L. 243

"COBRA MAS BARATO Y ENSEÑA MEJOR"



COLONIA BRANCATO

El perfume de moda

lo iba a todo escape, como Ellangowan tenía suma confianza en Kennedy, y como a él por su parte no le agradaba mucho la compañía de aquel hombre — "sobradamente inclinado a profanas liviandades" — resolvió volverse solo a la choza.

Los espectadores a quienes hemos dejado sobre las ruinas del antiguo castillo estaban mirando el sloop de guerra que al fin, aunque no sin haber perdido mucho tiempo, había logrado internarse en alta mar: entonces dobló la punta de Warroch y se le perdió de vista. Poco después se oyeron a bastante distancia varias descargas a que no tardó en seguir una terrible explosión semejante a la que hace un buque al volarse: en el mismo instante se alzó detrás de los árboles una densa humareda que fué a mezclarse como una nube con el azul del cielo. Separáronse todos estos oficiales cada cual por su lado, augurando con suma diversidad de pareceres acerca de la suerte del lugre, pero conviniendo todos en que, si no había sido echado a pique, su apresamiento era inevitable.

—Ya es la hora de comer, amigo mío — dijo mistress Bertrán a su marido — ¿tardará mucho Mr. Kennedy?

—Lo espero de un momento a otro — respondió el laird —; puede que se traiga consigo algunos oficiales del sloop.

—¡Jesús, Dios mío! ¿Y por qué no habérmelo dicho antes? Hubiera hecho poner la gran mesa redonda, y luego todos esos oficiales están hartos de secina, y a decir verdad un pedazo de vaca es lo mejor que tenemos para comer. Yo me hubiera mudado también de vestido y no hubiera tu hecho nul en ponerte una corbata blanca. Pero tú te mueres por sorprendrme y ponerte en berlina: estoy segura de que no podré resistir mucho tiempo esos procederes, y algún día te arrepentirás... cuando ya sea tarde.

—¡Ea, ea! ¡Lleve el diablo la vaca, el vestido, la mesa y el corbatín! Todo saldrá bien. Pero ¿cómo anda Dominus? — dijo Godofredo a un criado — ¿dónde están Dominus y Enrique?

—Mr. Sampson volvió hará más de dos horas, pero el señorito no está con él.

—¡No está con él! — exclamó mistress Bertrán — Decida a Mr. Sampson que me haga el favor de venir al instante.

—Mr. Sampson — le dijo apenas hubo entrado en la estancia —, ¿no es la cosa más extraña de este mundo el que vos que recibís aquí aposento, manutención, ropa limpia, leña, alumbrado y doce libras esterlinas de sueldo al año, todo únicamente por cuidar de un niño, le perdáis de vista lo menos por dos o tres horas?

A cada pusa que hacía la irritada señora en la enumeración de las gausas que hallaba Sampson en la quinta, reconocía este con una humilde inclinación de cabeza cuán cierto era todo lo dicho; y en seguida, en un tono que no le harenos la injusticia de imitar, respondió que Mr. Frank Kennedy se había apoderado espontáneamente del niño, a despecho de sus objecciones en contra.

—Muy poco le agradezco su atención a Mr. Frank Kennedy — dijo mistress Bertrán de malísimo humor —. No falta ahora más sino que le deje caer del caballo y se rompa el niño una pierna! O que lleque una hala a tierra y le mate, o que...

—O que — dijo Ellangowan —, y esto es lo más probable, haya pasado a bordo del sloop o de la presa y vuelvan luego a la subida de la marea.

—¿Pues! ¡y se habrán ahogado! — exclamó la madre.

—Yo creía — observó Sampson — que ya había muerto Mr. Kennedy; me parecía haber oído el traste de su caballo.

—Si — dijo Juan con cara socarrón y mal reprimida risa —, era Grizzel que perseguía a la vaca en el corral.

Sampson se puso colorado como un tomate, no a causa de la insolencia del criado que se

reía de él en sus barbas, lo que estaba muy lejos de conocer o hubiera conocido sin despecho, sino por efecto de una idea que se le ocurrió de repente. —Es indubitable — dijo entre sí — que he obrado mal; debí haber seguido al niño... Este diciendo cogió el sombrero y el bastón y echó a andar hacia el bosque de Warroch más aprisa de lo que jamás se le había visto hacerlo antes ni después de aquella época.

Continuó el laird por un buen rato depariendo sobre el mismo asunto con su mujer. Descubrió en fin al sloop de guerra va de vuelta, navegando a toda vela hacia el oeste en vez de acercarse a la costa, y pronto le perdió de vista. Era mistress Bertrán tan aprensiva naturalmente, que sus temores no hicieron la menor impresión en el ánimo de su marido, pero no dejó de causarle alguna zozobra cierta agitación que observó entre los criados de la quinta, y especialmente cuando uno de ellos le llanó aparte y le dijo con mucho misterio que el caballo de Mr. Kennedy había vuelto solo a la cuadra, con la silla en los ijares y el freno roto; que un labrador le había informado al paso de que había visto pegar fuego a un lugre contrabandista al otro lado de la punta de Warroch, y que, aunque había atravesado todo el bosque, no había visto ni oído a Frank Kennedy ni al joven laird. Sólo había hallado a Dominus Sampson buscándolos por todas partes más muerto que vivo.

En fin, fué entonces confusión en Ellangowan; el laird y todos los criados de ambos sexos corrieron en tropel al bosque de Warroch, y todos los labradores de las cercanías se agregaron a ellos, unos por curiosidad, otros por verdadero interés. Botaron al agua algunas lanchas para visitar la costa del otro lado del promontorio, erizada de altas y escarpadas rocas, desde las cuales se tenía la sospecha vaga, pero demasiado horrible para manifestarla, de que podía haberse caído el niño.

Empezaba a anochecer cuando entraron en el bosque, y todos se dispersaron en diferentes direcciones para buscar al niño y a su compañero. La oscuridad de la atmósfera, los ruidos de los vientos de otoño que silbaba entre los árboles desprovistos de verdura, el ruido de las pisadas sobre las hojas secas, los gritos con que se llamaban unos a otros, todo daba a aquella escena una especie de terrible sublimidad.

En fin, después de mil inútiles pesquisas, por todo el bosque, empezaron todos a reunirse en un corro para comunicarse mutuamente el fruto de sus investigaciones. No podía ya el desgraciado padre disimular su angustia, pero apenas igualaba ésta a la que devoraba al pobre Sampson.

—¡Pluguiera a Dios que hubiera yo muerto en su lugar! — decía el buen hombre con el acento de la más profunda desesperación.

Los otros interesados en aquella desgracia discutían tumultuosamente todas las probabilidades en pro y en contra; cada cual emitía su opinión y escuchaba las de los demás; cuál decía que Kennedy y el niño estaban seguramente a bordo del sloop; unos presumían que habrían ido acaso a un pueblo a tres millas de distancia, y otros, en fin, murmuraban por lo bajo que no era imposible que hubiesen pasado a bordo del lugre cuyos miserables despojos arrojaban las olas a la playa.

Oyóse en aquel instante en la orilla del mar un grito tan agudo, tan lastimero, tan penetrante, tan diferente de todos los que hasta entonces habían resonado en el bosque, que nadie dudó que era la llamada de alguna desastrosa nueva. Todos volaron al punto de donde salió aquel grito, andando sin atribuir por breñas y vericuetos por donde en cualquiera otra ocasión ninguno se hubiera atrevido a pasar, y bajaron en fin por una pendiente escarpada, hasta el pie de una roca adonde acababan de arribar en un bote algunos hombres.

—¡Aquí, señores, aquí! — gritaban — por amor de Dios! ¡Aquí es!

Atravesó Ellangowan por en medio multitud que se había apiñado alrededor del fatal y que contemplaba con horror al desgraciado padre de Kennedy. A primera vista parecía que su muerte había sido el resultado de una caída desde la cima de la roca que se perpendicularmente a cien pies de altura, pero el nivel de la playa. El cuerpo estaba tido en el agua hasta la cintura; de modo que el flujo y reflujo de las olas le levantaba los brazos y hacía que se meneasen sus miembros de lejos cierta apariencia de movimiento propio, los primeros que le hallaron creyeron que aun vivía; pero habiéndole tocado de cerca vieron que hacía ya tiempo caído.

—¡Mí hijo! ¡mí hijo! — exclamó el desgraciado padre —, ¿dónde puede estar? Una docena de personas respondieron a la vez para darle esperanzas que ninguna cumplió. Al fin dijo uno:

—Pero ¿y los gitanos? — Inmediatamente subió Ellangowan al montorio, montó en el primer caballo que a mano y corrió como un insensato al de Dernelheg que estaba sumergido en nieblas y sólo presentaba por doquiera ramos de desolación. Apocó de su caballo un examen mejor, y a cada paso tropezó con los escombros de los techos, y en las puertas venían hechas pedazos, de las chozas que habían sido demolidas por orden suya. Recorrió en aquel momento con dolor la profecía que tenía de Meg Merrilies: "Habéis destruido los techos de siete cabañas; ved si estarán por más firmes las vigas del vuestro."

—¿Vuelveme — exclamó —, vuelveme más! ¡Vuelveme y todo lo olvidaré y todo donaré!

Mientras pronunciaba estas palabras con el aspecto de frenesí, y un débil resplandor en los ojos, se vio a un hombre que se aproximaba precisamente la que había habitado Meg Merrilies. La luz que parecía salir del fogón, venía no sólo por la ventana, mas también varios boquetes abiertos en el techo medio amurado.

Precipitose hacia la choza y la halló desierta. La desesperación daba a aquel desgraciado padre la fuerza de diez hombres; arrojó a la puerta con tal ímpetu que cedió al golpe. La choza estaba desierta, pero varias escenas indolables que había sido habitada recientemente: el fogón estaba encendido, había una silla a la lumbre, y se veían sobre un poyo diez provisiones de boca. Mientras andaba buscando, encontró una bolsa que contenía un pedazo de pan que le confirmó que su hijo vivía aún, y que en poder de aquella canalla, entró un momento en la choza.

El recién llegado era su jardinero.

—¡Ah, señor — le dijo éste —, nunca he visto tantos años para ver una noche como ésta! Envenido corriendo a la quinta.

—¿Ha aparecido mi hijo? ¿Vive? ¿Han hallado a Enrique? Andrés, ¿han hallado a mi mujer?

—No, señor, pero...

—¡Nos le han robado, Andrés, nos le han robado, tan cierto como que hay un Dios en el cielo! ¡Ella se lo ha llevado y no saldrá aquí hasta que no lo vuelva!

—Pero es preciso que vengáis sin perder momento, señor. Ya hemos enviado a llamar al sheriff y dejaremos una ronda aquí toda noche por si acaso vuelven los gitanos; venid, señor, venid sin perder un momento.

Malda está a la muerte. Echó Ellangowan una mirada desprovada en busca al mensajero que le traía aquella terrible nueva, y repitiendo las palabras a su oír, como si no pudiera comprender su sentido, se dejó conducir maquinalmente por un anciano. Durante el camino, no hacía más que repetir:

entre los matorrales una senda que sólo podían haber tomado los que la habían formado con sus pisadas, con el objeto de sustraerse a cuantas pesquistas se hiciesen para buscarlos, y que remataban en lo más intrincado del bosque. Allí encontraron ya señales evidentes de una lucha desesperada; algunas ramas estaban tronchadas, como si se hubiesen agarrado a ellas alguno a quien arrastraban por fuerza; la tierra en los sitios en que estaba húmeda, presentaba huellas de muelos pies; y se veían, en fin, algunas manchas que parecían gotas de sangre. Era indudable que varias personas se habían abierto paso por entre los jarales, y en algunos sitios se veían señales como de haber arrastrado sobre la hierba un saco de trigo o un cadáver, u otro bulto pesado y de una forma semejante. A un lado del bosque había un charco cuyo fango, mezclado probablemente con sangre, presentaba un color blanquecino, y la espaldia de la cascaca de Kennedy tenía varias manchas del mismo color.

En fin, a cosa de un cuarto de milla del fatal precipicio y a muy corta distancia del sitio que acabamos de describir, el mismo rastro los condujo a una pequeña pradera cuyo césped fuertemente hollado estaba adensado en varios puntos empapado en sangre, mal tapada con retamas y hojas secas. En aquella pradera se encontraron también después de las más activas diligencias, escondidos bajo montones de hierba, a un lado el montante de la desvenurada víctima, y al otro la yaina y el tahalí.

Hizo el magistrado medir y examinar con sumo detenimiento las numerosas huellas estampadas en el suelo, de las cuales unas correspondían exactamente a los pies del muerto, otras eran mayores y otras más pequeñas; parecía, en fin, evidente que cuatro o cinco hombres se habían echado a la vez sobre él en aquel sitio. Entre todas aquellas pisadas, allí y sólo allí, se descubrieron algunas que sólo podían corresponder a los pies de un niño, y como el camino que cruzaba el bosque de Warroch estaba muy inmeditado a aquel punto, era muy natural que el niño podría haberse escapado en aquella dirección a favor de la confusión del combate. Esto no obstante, como nada comprobaba esta última circunstancia, el sheriff, que tenía una summa exactitud en todos estos sucesos, no pudo menos de consignar en ella la creencia en que estaba de que el infeliz Frank Kennedy había sido asesinado, y de que los asesinos, cualesquiera que fuesen, se habían apoderado de la persona del niño Enrique Bertrán.

Hicieron todas las diligencias posibles para descubrir el paradero de los culpados. Todas las sospechas recaían sobre los contrabandistas o sobre los gitanos, únicos entre quienes estaban divididas las opiniones. La suerte del buque de Dirk Hatteraick era conocida; dos hombres que se hallaban al otro lado del promontorio de Warroch habían visto al lugre, cuando se gran diligencia dirigirse con rumbo a él, después de haber doblado el cabo, y a lo que pudieron juzgar por sus maniobras, era indudable que estaba desarbolado. Poco después le vieron encallar; una densa humareda le cubrió en seguida, y empezó en fin a arder de proa a popa; y estaba envuelto en llamas cuando distinguieron un sloop con bandera real que se dirigía a él a toda vela. Los cañones del lugre se dispararon por sí solos mientras estaba ardiendo, y últimamente le vieron volarse produciendo una terrible explosión. El sloop de guerra se mantuvo a cierta distancia por su propia seguridad, hasta pasada la explosión, y volvió a seguir con rumbo a su puerto. Preguntó el sheriff con suma ansiedad a aquellos hombres si el lugre había botado al agua alguna lancha, pero no pudieron decirlo, no habían visto ninguna, pero el humo, que el viento impelía hacia ellos, podía muy bien haberla ocultado a sus ojos.

No era posible dudar que el buque incendiado fuese el lugre de Dirk Hatteraick, pues además de ser muy conocido en aquella costa,

precisamente se le esperaba para entonces. Una carta del comandante del sloop a quien consultó el sheriff, se lo confirmó de un modo claro, y a su vez esta iba adjunto un extracto de su libro de log (diario de operaciones) del que resultaba que aquel mismo día había dado la vela para sorprender un lugre de contrabando, capitán Dirk Hatteraick, a petición de Frank Kennedy, al servicio de la aduana; que Kennedy debía estar de observación en la playa para el caso de que Hatteraick, que era conocido por hombre resuelto y que había sido proscrito varias veces, se resolviese tomar tierra con los suyos; que a cosa de las nueve de la mañana descubrió una vela que le pareció ser la que buscaba; que después de haberle dado caza, y de haberle hecho varias señas para que izara su bandera, o dejase de buir, hizo fuego sobre ella; que entonces el lugre enarbó los colores de Hamburgo, y respondió al fuego, empezando una feñida acción que duró tres horas; que en fin, cuando ya iba el lugre a doblar la punta de Warroch, se advirtió que maniobraba con dificultad y que estaba desaparejado; que no pudo aprovecharse inmediatamente de esta ventaja porque se había acrecido demasiado a la costa para doblar más pronto el cabo de Warroch; que después de haber dado algunas bordadas vió que el lugre estaba ardiendo, y que parecía desierto; que habiéndose comunicado el fuego a algunos barriles de aguardiente colocados en profeso sin duda sobre el puente con otros varios combustibles, se había declarado el incendio con tal violencia, que no había sido posible acercarse al buque, con tanto más motivo cuanto el calor hacía que se disparasen por sí solos los cañones que estaban cargados. El capitán no dudaba, sin embargo, que la tripulación se habría escapado en sus lanchas. En fin, pasada la explosión, el sloop de su majestad, el *Sbrak* (el Tiburón), había enderado con rumbo a la isla de Man, a fin de cortar la retirada a los contrabandistas que, aunque sin duda habrían logrado internarse en los bosques, donde se arrian ocultos un par de días, no dejarían de aprovechar la primera ocasión oportuna para abandonar aquel inseguro asilo.

Tal fue el parte dado por Guillermo Pritchard, comandante del sloop de guerra el *Sbrak*, quien terminaba manifestando su vivo sentimiento de no haber podido apresar al temerario que había osado hacer fuego a un buque de su majestad, y asegurando que si encontraba a Dirk Hatteraick en alguna nueva expedición, no dejaría de llevarle a tierra para que diese cuenta de su conducta.

Como, según lo dicho, parecía más que probable que la tripulación del lugre había logrado escaparse, era muy natural presumir que si aquellos malvados, furiosos con la pérdida de su buque, habían hallado en el bosque a Kennedy, que dos días no dejaban de aprovechar la noche, hubieran debido hallarse sus botes en la costa, y que en una situación tan precaria, cuando les era difícilísima la fuga, sino imposible, no era de creer que todos se hubiesen concertado para cometer un asesinato inútil, por el mero placer de vengarse. Los de esta opinión suponían, o que la tripulación del lugre había botado sus lanchas al agua sin que lo advirtieran los que le estaban viendo arder y

había tomado ya en ellas la alta mar, o que el *Sbrak* dobló el cabo, o que habiendo traido las lanchas durante el combate el sloop de guerra, la tripulación había tomado la huida desesperada de volarse con su proa. Lo que acabó de dar bastante consistencia a estas dictamen fué que ni Dirk Hatteraick ni ninguno de sus marineros, muy conocidos en aquella costa, volvieron a aparecer en aquellas cercanías ni en la isla de Man, ni se hicieron también las más diligentes pesquistas; por otra parte, la marca no arrojó en aquella costa más que un solo cuerpo, que sería habiblemente el del único marinero que tenía la refriega. Todo lo que se pudo hacer fué tomar con suma exactitud las señas de los que pertenecían a la tripulación de Hatteraick y ofrecer recompensas al que sentara a alguno de ellos, como también a los tiesen a la justicia algunas luces para descubrir a los verdaderos asesinos de Kennedy.

Otra opinión que tampoco parecía muy mil, imputaba aquel horrible crimen a los gitanos moradores de Dernelough. Su aserto contra el ladrón de la alta mar, y su certeza de que habían soltado contra él amenazas amenazadoras, que todos los supuestos mayes capaces de poner por obra. Era una criatura era un crimen mucho más en ellos que en los contrabandistas, y Kennedy podía muy bien haber succumbido al miedo del niño; recordóse, además, en apoyo de esta explicación, que dos o tres días antes tomó una parte activa en la explosión de los gitanos y que algunos de los patriarcas de aquella tribu le habían hecho en aquella memorable ocasión amenazas que él había creído.

Recibió también el sheriff las declaraciones del desgraciado padre y de su criado, en su encuentro con la cuadrilla gitana, en que salió ésta de los estados de Ellangowan. El discurso de Meg Merrilies excitó grandes sospechas, en él había, como observamos ya, un lenguaje que denotaba un *damnum minimum* — amenaza de daño muy pequeño — los daños anunciados no habían tardado en realizarse. Una muchacha había ido a coger avellanas al bosque de Warroch el día de la explosión, y había encontrado a Meg Merrilies entre las ramas que si no era ella, era a lo menos una que se le parecía mucho en la estatura y en el aire del cuerpo; dijo que la había conocido por su nombre, pero que, como no le había contestado y además había desaparecido mismo instante, no podía responder a su frase ella en efecto. Corroboraba esta declaración la circunstancia de haberse visto sobre aquella misma noche en la cabina de haberse hallado aquella mujer, como antes de haberse ido a Ellangowan y su jardinero; pero al mismo tiempo era una extravagancia que haberse encontrado a Meg Merrilies en un negro crimen, y que ella se atreviera a volver la misma noche precisamente por donde debía emprender su búsqueda.

Meg Merrilies, sin embargo, fué presa de la primera providencia se le tomó declaración, pero negó rotundamente que hubiese estado en la muerte de Kennedy. Varios de los que prestaron juramento de que en todo el caso se había movido de su campamento situado en un valle distante de Ellangowan más de tres millas. Verdad es que no merecían mucha confianza los juramentos de aquellos hombres, que qué pruebas había de que juraban en ella. Un solo hecho, pero muy notable, argüía en ella: Meg Merrilies tenía en un brazo una herida que parecía haber sido hecha con una espada, y aquella herida estaba vendada con un pañuelo de Enrique Bertrán; pero el hijo de la tribu declaró que él la había correto con el mismo día con su *wingier* (cuchillo) y que se le dio por inadvertencia; ella misma, y otros que vieron la misma explicación, y por lo que

cía al pañuelo, habían robado los gitanos tanta ropa perteneciente al laird en los últimos ociosos de su residencia en Dernelough, que era fácil explicar cómo se hallaba en sus manos en imputarle un crimen más odioso.

Observé durante su interrogatorio que miraba con suma indiferencia todo lo relativo a la muerte de Kennedy, o "el aforador", como ella dice; pero que mostró el más vivo despecho de que la hubiesen supuesto capaz de haber maltratado al niño Ernie de su hijo. Tuvo en ella mucho tiempo en el cárcel con la esperanza de que el tiempo aclararía algún tanto aquella misteriosa y sangrienta aventura; pero no habiéndose descubierto nada, fué puesta al fin en libertad, aunque con la cláusula de que saliese desterrada del condado por ladrona y vagabunda. Nada absolutamente pudo averiguarse acerca del niño, y esta desgracia, después de haber dado infinito que hablar, acabó por ser considerada como inexplicable, y sólo quedó perpetuada por el nombre de *Salto del aforador* (the Gauger's Leap) que dio el pueblo a mi reciente me acordé de tener la idea en continuo movimiento; no me impulsó a crimen ni velocidad; diez y seis años son para mí un momento.

CAPITULO XI

El tiempo haciendo el papel del coro. Yo pongo a prueba la verdad y propongo el error: yo soy la alegría y el terror de los buenos y de los malos; yo me acuerdo de tener la idea en continuo movimiento; no me impulsó a crimen ni velocidad; diez y seis años son para mí un momento.

SHAKESPEARE. Cuento de invierno.

Va a saltar ahora nuestra narración un espacio de cerca de diecisiete años, durante el cual no ocurrió cosa alguna que tenga particular conexión con la historia que vamos refiriendo. El salto es verdaderamente considerable, pero si mi lector tiene suficiente experiencia de la vida para volver los ojos sobre igual número de años, apenas le parecerá más largo ese espacio que el tiempo que empleará en volver esta hoja.

Sucedió, pues, de que en una oscura y fría noche del mes de noviembre, como unos diecisiete años después de la catástrofe que dejamos relatada en el capítulo anterior, estaban reunidas algunas personas alrededor de la lumbre de la cocina de las *Armas de Gordon*, pequeña pero excelente posada de Kippletringan, cuya dueña era mistress Mac-Candlish. La conversación que animaba aquel concurso me evitaré el trabajo de referir los pocos sucesos ocurridos durante el blanco que hemos dejado en nuestra historia, y de que es preciso que se entere el lector.

Mistress Mac-Candlish, arrellanada como en un trono en un inmenso sillón forrado de bayeta negra, estaba saboreando en compañía de dos o tres viejas de la vecindad su taza de exquisito té, sin perder de vista ni un momento a los mozos de la posada que iban y venían continuamente atentos a sus quehaceres. A corta distancia, el sacristán y el sochantre de la parroquia fumaban su pipa de la noche del sábado y remojaban de vez en cuando la palabra con algún traguito de aguardiente mezclado con agua. El diácono Bearcliff, hombre de suma importancia en el lugar, combinaba entramos goceos y uno más; fumaba su pipa, tomaba un taza de té y venía delante con un copón de aguardiente. Dos o tres jayanes apuraban en un rincón de la estancia un jarro de cerveza.

—¿Está preparado el salón? ¿Tiene buena lumbre? ¿No hueca la chimenea? — preguntó la posadera a una criada.

La criada respondió afirmativamente.

—No quisiera por nada en el mundo ser desatenta con ellos, sobre todo ahora que están en la desgracia — añadió volviéndose hacia el diácono.

—Seguramente, mistress Mac-Candlish, seguramente — dijo éste —, y si tuvieran necesidad de tomar en mi tienda por valor de siete, ocho o diez libras, se lo daría a fiado con tanto gusto como al más pudiente. ¿Vienen en la berlina?

—No lo creo — dijo el sochantre —, porque miss Bertrán fué el otro día a la iglesia en su jaca blanca, y por cierto que es de las que más frecuentan la parroquia. ¿Goza da oír cantar los salmos, tan joven y tan linda como es!

—Sí — dijo una de las viejas, — y el joven laird de Hazelwood la acompañó después del sermón hasta mitad de camino de su casa. Daría cualquier cosa por saber con qué ojos mira esos obsequios el anciano Hazelwood.

—No sé con qué ojos los mirará ahora — repuso otra de las bebedoras de té —, pero tiempo es en que no le hubiera dado mucho gusto a Ellangowan ver a su hija andar en amores con el hijo del otro.

—Sí, sí, tiempo fué — respondió la primera con no poco énfasis.

—Estoy segura, vecina Ovens — dijo la posadera —, de que los Hazelwood de Hazelwood, aunque de una buena y antigua familia del condado, jamás hubieran creído que hace cuarenta años nos llegarán a ser algo de tanto como los Ellangowan. ¿Sabéis, amiga, que los Bertranes de Ellangowan son los antiguos Mac Dingawais? Hay un cantar sobre uno de ellos que se casó con la hija de un rey de la isla de Man, que comienza así:

En busca de esposas, rigeos y fama,
Va el mar en su nave surcando Bertrán...

Estoy segura de que Mr. Skreigh podría cantárselo si quisiera.

—Buena mujer — respondió Skreigh (éste era el sochantre) quitándose la pipa de la boca y tomando un sorbitito de aguardiente con gran solemnidad — Dios nos ha dado nuestras habilidades para que hagamos de ellas usos mejores que el de cantar coplas antiguas, sobre todo en víspera de domingo.

—Vaya, vaya, Mr. Skreigh, segura estoy de haberos oído cantar en sábado. Pero volviendo a la berlina, yo sé muy bien que no ha salido de la cochera desde la muerte de mistress Bertrán, es decir, hace unos dieciséis o diecisiete años. Jack Jabos ha ido a buscarlos en mi silla de posta, y no sé cómo no está ya de vuelta, pues está muy cerca y no hay más que dos malos pasos que atravesar; el puente que está sobre el arroyo que viene de Warroch, que por la derecha es fatal, y la cueva de Heavieside-brae, que es un verdadero precipicio para los carruajes; pero Jack conoce bien el camino.

Oyóse en el mismo instante un fuerte aldabazo en la puerta.

—No pueden ser ellos, pues no he oído el coche, ¿Grizel, baja a abrir, menéate!

—Es un caballero solo — respondió Grizel —, ¿le hago entrar en la sala?

—Vámos, será algún palafrenero inglés. ¡Venir a estas horas de la noche sin criado!... ¿No habrá dejado su caballo al mozo de la cuadra? Enciende la chimenea en el cuarto colorado.

—Desearía, señora — dijo el viajero entrando en la cocina —, que me permitiese calentarme un poco, pues hace una noche muy fría.

Su porte, su voz, sus modales, produjeron en la posadera un instantáneo efecto a su favor. Era un hombre muy bien plantado, de buena estatura, e iba vestido de negro como se vio luego que se hubo quitado un levitón que llevaba abrochado hasta el cuello; parecía de unos cuarenta a cincuenta años; sus facciones eran nobles e interesantes, y su porte muy marcial; todo, en fin, en él anunciaba una persona principal. Una larga experiencia había dado a mistress Mac-Candlish un tacto exquisito para distinguir a la primera ojeada la calidad de sus huéspedes y proporcionar a ella su modo de recibirlos:

Su lenguaje acomodaba,
Ahorrate a muy vendido
A la clase y al vestido,
De la gente que hospeda.
—Mistress, vuestra humilde esclava.
—Mister Smith, bien venido.

*** PRODUCTOS *** CAPILATYS

ABSOLUTAMENTE
VEGETALES

LOCION CAPILAR: Preserva y detiene la calvicie; tonifica, fortalece y favorece el crecimiento del cabello. Evita y combate la caspa y seborrea. Frasco de 150 c.c., \$ 4.50; de 250 c.c., \$ 7.-; y de 500 c.c., \$ 12.-



SHAMPOING, para el lavado e higiene de la cabeza. Frasco 100 c.c., \$ 0.90, y de 250 c.c., \$ 2.40.

FIJADOR LIQUIDO VEGETAL, extracto de grasas y aceites; no produce caspa; fija, da brillo y sedosidad al cabello. Frasco de 50 c.c., \$ 0.90; de 100 c.c., \$ 1.50, y de 160 c.c., \$ 2.50.

Venta en perfumerías, farmacias y tiendas, y si no las encuentra en la casa de su preferencia, pídalos hoy mismo, previo envío de giro o bonos postales, directamente a:

LABOR. CAPILATYS Bdo. Uruguay 1269 - U. T. 23 - 8640 Bs. As.

La gente que impide que el agua llegue al país en sus envases originales.

preparado por los laboratorios en Londres de Nu-Organic Remedies Ltda.

VENTAS EN FARMACIAS

FRASCOS DE 40 y 100 TABLETAS.

SE NECESITAN VENDEDORES

A quienes sigan el curso para ambos sexos que dictamos por correspondencia, GARANTIZAMOS UN PUESTO en una importante compañía al finalizar el mismo.

Envíenos \$ 0.60 en estampillas y recibirá una lección de muestra. Solicite informes a

A M C A R

Diagonal R. SAENZ PERA 615 - Buenos Aires

Nombre.....
 Dirección.....
 Localidad.....

¡AQUÍ ESTÁ!

ANUNCIA: NUEVE SEMANAS DE HORROR

1888... Londres... Los callejones oscuros de Whitechapel... Y una sombra siniestra aterrizando la ciudad...

NUEVE SEMANAS DE HORROR

La historia del misterio policial más grande de todos los tiempos. La serie de crímenes más extraña que se pudo imaginar.

NUEVE SEMANAS DE HORROR

Resume cuanto tuvo de diabólica y alucinante la obra trágica de JACH THE RIPPER, el misterioso vengador que hundió a Londres en una pesadilla que duró

NUEVE SEMANAS DE HORROR

El misterio que Scotland Yard no pudo esclarecer.

¡AQUÍ ESTÁ! ha reservado los derechos exclusivos para la publicación de una serie de artículos firmados por Roger Dismund, ex director del Instituto de Investigaciones Crimológicas de Lyon.

NUEVE SEMANAS DE HORROR

comenzó a publicarse en ¡AQUÍ ESTÁ! de hoy.

En aquella ocasión llevó la cortesía hasta la cabeza y por su posada la más hermosaología, y habiéndola encargado el viajero que cuidasen mucho de su caballo, salió ella misma para dar las órdenes necesarias.

—¡Jamás ha puesto los pies mejor caballo en la cuadra de las *Armas de Gordon* — dijo el mozo de la caballería, clogio que como es de presumir hizo subir de punto el respeto de la posadera al dueño de tan excelente animal. Volvió en seguida a la cocina, y habiéndole dicho el viajero que deseaba pasar a otro cuarto, hizo presente que en el que le estaban preparando no estaba todavía bien encendida la lumbre, por lo que le instaló provisionalmente en el mejor asiento alrededor de su fogón, diciéndole si quería tomar algo, pues cuanto había en su casa, añáido, estaba a su disposición.

—Tomaré una taza de vuestro té, si queréis hacerme ese favor, señora.

Echó mistress Mac-Candlish más té *byson* en la tetera, la llenó de agua hirviendo y le presentó una taza con la mejor gracia posible.

—Tengo arriba una sala muy decente — le dijo —, y un cuarto que os gustaría mucho, pero se los he prometido por esta noche a un caballero con su hija que van a dejar el condado, y por lo tanto a buscarlos en una de mis sillitas de posta y los estoy esperando de un momento a otro. No están en el día tan en candelero como antiguamente, pero en esta vida todos estamos sujetos a altos y bajos, como vuestro honor sabe mejor que yo... ¿No os incomoda el humo del tabaco?

—En manera alguna señora; soy un antiguo militar y estoy acostumbrado a él. ¿Me permitiréis que os haga algunas preguntas acerca de una familia de estas cercanías?

Oyóse en aquel momento un ruido de ruedas, y al punto mistress Mac-Candlish acudió a la puerta para recibir a los huéspedes que aguardaba, pero volvió un momento después seguida del postillón.

—Es imposible que vengan — dijo —, el laird está muy malo.

—Pero, Dios mío — exclamó la posadera —, mañana se cumple el plazo, y hoy es el último día que pueden pasar en la quinta: mañana debe quedar todo vendido.

—Pero, ¿y qué se ha de hacer? Mr. Bertrán no puede moverse.

—¿Cómo? Mr. Bertrán — dijo el extranjero —, supongo que no se habla de Mr. Bertrán de Ellangowan?

—Del mismo precisamente, caballero, y si sois su amigo, por cierto que llegáis en bien tristes momentos.

—He estado muchos años ausente; su salud está muy quebrantada, ¿no es así?

—Y no lo están menos sus asuntos — dijo el diácono —, los acreedores se han echado sobre todo y mañana se efectúa la venta. Yo sé quién está por ello que baila de gozo... no diré quién es, pero mistress Mac-Candlish sabe quién quiere decir. (La posadera bajó la cabeza de un modo muy significativo). Los que más favores le deben son los que más le tiran; también a mí me es deador de un piquillo, pero preferiría cien veces que todo se lo llevara la trampa a que por mí sacasen de su casa a ese pobre viejo, y sobre todo cuando está con un pie en la sepultura.

—Ya, pero Mr. Glossin — dijo el sacristán — tiene prisa de que se largue el anciano laird y de que se vendan los bienes, porque teme que se aparezca el hijo el día menos pensado, pues he oído decir que si hubiera un heredero varón, no se podría vender la finca de Ellangowan sin pago de deudas.

—Tenía un hijo que nació hace muchos años — dijo el extranjero —; ¿ha muerto?

—Eso es lo que nadie puede decir — respondió el sochantre con mucho misterio.

—¡Muerto! — dijo el diácono —, y ¿quién puede dudarlo al cabo de veinte años que no se sabe de él?

—No hace veinte años — repuso la posadera —; hará lo más dieciséis a fines de este mes. Mucho dió que hablar por toda esta tierra en el suceso; el niño desapareció el mismo día de la muerte del inspector Kennedy. Si vuestro honor conoce hace años este condado, ciertamente ha conocido también al inspector Frank Kennedy. Era hombre muy bizarro y decididor, y se trataba con el mejor del país; mucho bromearo y bromeados juntos; yo era joven entonces y estaba recién casada con el baile Mac-Candlish (en esto exhaló un suspiro), que tenía en su santa gloria. Si hubiera querido ver la vista por la con los contrabandistas, ¿qué val, ¿era más arrojado?... Pues este caso fue que había un *sloop* de su majestad en la bahía de Wigton, y Frank Kennedy le orden de perseguir al lugre de Dirk Hatteraick. Ya os acordaréis de Dirk Hatteraick, diácono más de un negocio hicieris con él (el diácono respondió con una señal afirmativa). Dirk era hombre de valor, defendió su buque cuando se saltó como una cebolla a la lumbre. Frank Kennedy, que fué el primero que me dio a su bordo, fué arrojado a un cuarto de distancia y cayó en el agua junto a la punta de Wrooch, que desde entonces se llama *salto del ahogado*.

—¿Y qué relación tiene eso — dijo el extranjero — con el hijo de Mr. Bertrán?

—¡Ahí es nada! El niño iba con Kennedy se cree generalmente que pasó a bordo del lugre con él, porque las criaturas parecen estudiar con el mismo diablo para...

—No, no — dijo el diácono —, esto no es exacto: el joven laird fué robado por una canchana gitana que llamaban Meg Merrilies, que vivía me parece que el estoy viendo, que querían engañar del padre del niño que la había hecho azotar en Kippleterre por haber robado un cubierto de plata.

—Si no me engaña la memoria, diácono — dijo el sochantre —, me parece que estáis equivocado como la buena mujer.

—¿Cuál es, pues, vuestra edición de esta historia, caballero? — le preguntó el extranjero volviéndose hacia él con muestras de vivo interés.

—Mejor sería mudar de conversación — dijo el sochantre con solemnidad.

Sin embargo, habiéndole instado para que explicara, empezó por inundar con dos o tres bocanadas de humo la atmósfera de la estancia, y después de haber tosido varias veces para disipar la densa nube en que quedó envuelto, dió principio a la siguiente leyenda, procurando imitar la arrebataadora elocuencia que se usaba sobre su cabeza una vez por semana desde lo alto del púlpito.

—Lo que voy a contaros, amados ovejunos... ¡hem! ¡hem! ¡hem! es, decir, mis amables amigos, no sucedió en un rincón de la tierra y puede servir de confusión a los protectores de los ateos, de los nigrománticos y de toda especie de réprobos. Habéis, pues, de saber que el digno laird de Ellangowan no era tan escrupuloso como hubiera debido en punto a limpiar el país de los hechiceros que le rodeaban. De ello dice el texto: "No dejarás a ningún hechicero". El laird toleraba a algunos que tenían familiares, a estos que leían el porvenir, a aquellos que echaban conjuros, y a todos en fin los que practicaban las artes de la brujería, como acostumbraban los egipcios, que éste es el nombre que los griegos se dan a sí mismos. El laird fué casado muchas veces sin tener sucesión, y a fin de tenerla, consultó a aquella Meg Merrilies, públicamente conocida por bruja en todo el Galloway y en el condado de Dumfriess.

—Algo hay de cierto en eso — dijo mistress Mac-Candlish —, porque me acuerdo de haber oído al laird mandar que le diesen dos copas de aguardiente en la plaza.

—Silencio, buena mujer, déjeme acabar. Hizose en fin embarazada milady, y la noche misma de su parto llegó a la puerta de la quinta — de la plaza de Ellangowan, como sus dueños la llaman — un anciano vestido del modo más extraordinario que imaginarse puede, el cual anciano pidió que le hospedasen por algunas horas. Su cabeza, sus piernas y sus brazos estaban desnudos, aunque hacía un invierno muy riguroso; tenía una barba de tres cuartas de larga por lo menos. Recibiórle en la quinta, y apenas parti milady, preguntó qué hora era y fué a consultar los astros. Cuando volvió dijo al laird que el Malo tendría gran poder sobre el recién nacido; le encargó que le criase en los principios de una sana devoción, que le confiase a la dirección de un santo ninistero que jamás le perdiese de vista, y que rezase con él y por él. Entonces el anciano se desvaneció de repente y jamás se le volvió a ver por estos contornos.

—Ya no puedo callar más — saltó el postillón que, a una distancia respetuosa, había escuchado esta sarta de mentiras —. Con vuestro perdón me dicho, Mr. Skreigh y compañía, pero más larga es vuestra barba en este momento que lo era entonces la del hombre de quien habláis, y yo esperando de que llevaba su buen par de botas y sus guantes y yo...

—¡Chitón, Jack! — dijo la posadera.

—¡Hola! y cómo está tan bien enterado de esos pormenores el amigo Jack? — dijo el sochantre con desprecio.

—Del modo más sencillito del mundo, Mr. Skreigh. Vivía yo por entonces a corta distancia de Ellangowan, cuando llamó un hombre a nuestra puerta la noche en que nació el niño, y mi madre me envió a enseñarle el camino de la plaza adonde quería ir. Si hubiera sido hechicero, cualquiera teniendo necesidad de que le enseñaran el camino? Era un joven de muy buena presencia, bien vestido, con traza de inglés, y repito me llevaba sombrero, guantes y botas como cualquiera persona decente. Verdad es que miró mucho las ruinas del antiguo castillo y que estubo me sé yo cuanto tiempo paseándose por ellas, pues así lo he oído asegurar, pero decir que se desvaneció como un diente, no lo paso, pues yo me tuve el estribo, cuando montó a caballo para irse, y por más cosas que me dió de propina nada menos que media corona. ¿Qué más?, hasta me acuerdo que montaba un caballo castaño que tenía un esparvanto en un brazuelo: era de Jorge el de Dumfries y más de cuatro veces le he visto desde entonces acá.

—Bueno, bueno, Jack — dijo Mr. Skreigh con tono meloso, pero siempre solemne —, nuestras explicaciones de ese hecho no diferirán más que en algunas menudencias: yo no sabía que hubieseis conocido a ese hombre. Ya veis, pues, amigos míos, que habiendo pronosticado aquel extranjero grandes calamidades para el niño, su padre buscó un digno ministro para que velara sobre él de la noche a la mañana.

—Sí — dijo el postillón —, al que llaman Dominus Sampson.

—Que parecía ser una especie de perro mudo — observó el diácono — asegurando que nunca ha podido pronunciar cinco palabras seguidas de un sermón, desde que tomó sus licencias de predicar.

—De modo que — añadió el sochantre alargando el brazo para imponer silencio — velaba sobre el joven laird de la noche a la mañana. Sucedió, pues, que cuando el niño llegó a tener cerca de cinco años, reconoció el laird su error, y se decidió a echar a los gitanos de sus tierras: Frank Kennedy, que era hombre para todo, se encargó de despedirlos. Después de muchos dimes y diretes por una y otra parte, Meg Merrilies, que era la más poderosa de su tribu con el enemigo del linaje humano, le anunció que antes de tres días sería dueña absoluta de su cuerpo y de su alma — esto lo sé de muy buena tinta, como me lo dijo un hombre que lo oyó: Juan Wilson, criado del laird, que iba con él cuando, volviendo de Single-side, se encontró en Gibbie-Knowe a Meg Merrilies, que le vaticinó todas las desgracias que han sucedido luego a la familia. Verdad es que Juan no pudo asegurarme si era Meg, o algún espíritu infernal que había tomado la forma de aquella brujá, porque en efecto aquella era una estatura sobornada.

—Nada tengo que responder a eso — dijo el postillón —, pues yo no estaba entonces en el condado, pero Juan Wilson era un miedoso que no tenía más corazón que una gallina.

—¿Y en qué paró todo eso? — preguntó el extranjero con alguna impaciencia.

—Todo eso paró — repuso el sochantre — en que mientras los de la quinta estaban mirando cómo daba caza un sloop de guerra a un lugre de contrabando, Kennedy apretó a correr de repente en su caballo sin que hubiese ninguna razón para ello, y con tal impetu que ni cuerdas ni cadenas hubieran bastado a detenerle. Dirigióse hacia el bosque de Waverley, donde encontró al joven laird que iba con su ayo, y sin más ni más sentó al niño a la grupa de su caballo jurando que así se estaba hechizando, ambos corrieron la misma dirección, pero como él estaba hechizado, los iba siguiendo vió a Meg Merrilies, o al diablo en forma de esta maldita brujá, alzarse repentinamente del fondo de la tierra, y arrancar al niño con la velocidad del rayo de entre los brazos del aforador, que asenavando al punto la espada, pues era hombre que no hubiera tenido miedo al mismo Satanás.

—Creo que así es la verdad — dijo el postillón.

—Entonces Meg cogió a Kennedy por la cintura, y lo arrojó cono



GOMINA
UNICO FABRICANTE
BRANCATO
PARA PEINARSE
A LA MODA

Rechace las imitaciones

NUESTRO EXITO ESTA AQUI



El hecho de que nuestra enseñanza por correspondencia haya obtenido tanta aceptación y proporcionado tanto triunfo a nuestros alumnos, reside principalmente en el "MÉTODO SCOTCH", que permite estudiar y diplomarse rápida y económicamente porque sus lecciones son FÁCILES, AMENAS y EFICACES, y el estudio por medio de ellas es un placer.

Si Ud. no conoce nuestro liberal sistema, solicite HOY MISMO informes GRATIS y estamos seguros de que se convertirá en uno más de nuestros alumnos que ESTUDIAN HOY para VENCER MARANA.

QUIMICA INDUSTRIAL, CONTABILIDAD, PUBLICIDAD, SECRETARIADO, TAGUIGRAFIA Y DACTILOGRAFIA, APLICATURA, AVICULTURA, JARDINERIA Y HORTICULTURA, COCINA, ARTES Y CONFECION, LABORES Y TEJIDOS, CORTES DECORATIVAS, TECNICO MECANICO, MOTORES A EXPLOSION, DIESEL, TENIC EN TORNERIA Y PRESADO, DIBUJO MECANICO, RADIO, ELECTRICIDAD, ARQUITECTURA, CONSTRUCCIONES, TECNICO EN MORMIGON ARMADO, AGRINEROS, ETC.

S O L O
PESOS
3
A L
M E S

GRATIS
ESTE
CUPON

INSTITUTO
POLITECNICO
AMERICANO

Señor Director del
INSTITUTO POLITECNICO AMERICANO
Av. de Mayo 840 - Buenos Aires
Ruego enviarme informes GRATIS sobre el curso de
Nombre
Dirección
Localidad L. 243

una piedra por encima del pronotorio de Warroch, donde se le encontró aquella misma noche. Que fué de la criatura, francamente hablando es cosa que yo no sabré decir; pero el ministro que teníamos entonces, y que luego ha pasado a una parroquia que le produce más, era de opinión de que el niño había sido llevado al país de las hadas, aunque sólo por cierto y determinado tiempo.

Más de una vez había sonrido el extranjero escuchando esta relación; pero antes de que hubiese podido responder, oyéronse las pisadas de un caballo que se paraba a la puerta, y un momento después entró en la cocina echando las de personaje de importancia un lacayuelo elegantemente vestido, con una escarapela en el sombrero, y diciendo:

—Háganse a un lado hermanos, que voy de prisa.

—Pero al ver al extranjero, depuso su insolente ademán, se quitó el sombrero, y entregándole una carta:

—La familia del laird de Ellangowan, y no digo — está en la mayor pesadumbre, y no puede recibir visitas.

—Lo sé — replicó su amo —. Y ahora, señora — añadió dirigiéndose a la posadera —, tendréis la bondad de permitirme que ocupe el salón de que antes hablabais, una vez que yo no he de venir los huéspedes a quienes estaba destinado?

—Con mucho gusto, caballero — respondió mistress Mac-Candlish cogiendo una luz para irle alumbrando con todas las atenciones de que una posadera se complace en hacer alarde en semejante ocasión.

—Mocito — dijo el diácono al lacayuelo ofreciéndole una copa de aguardiente —, no os vendrá mal este traguito después del trote que habéis traído.

—Ya lo creo que no; mil gracias. A vuestra salud, caballero.

—¿Quién, amigo, ¿quién es vuestro amo?

—¿Quién?, ¿este caballero que estaba ahí sentado? Es nada menos que el famoso coronel Manning, que vuelve ahora de las Indias orientales.

—¿Cómo? ¿Aquel de quien han hablado tanto los periódicos?

—El mismo, precisamente. El fué el que socorrió a Cuddieburn, el quien defendió a Chingalore, y derrotó al gran caudillo de los Maratas, Ram Jooli Bannerman. Yo le he acompañado en todas sus campañas.

—¿Válgame Dios! — exclamó la posadera —, y ahora que me acuerdo que no le he preguntado qué quiere para cenar... Voy volando.

—¡Oh! No hay que apurarse; a él le gusta siempre todo lo mejor. En vuestra vida habéis visto hombre más llano que nuestro buen coronel, y sin embargo, hay momentos en que parece un energúmeno.

No ofreciendo gran motivo de edificación el resto de las pláticas que continuaron cruzándose, vamos, si el lector no lo lleva a mal, a subir al salón.

CAPITULO XII

El honor! — El honor es un ídolo sangriento que el hombre adora a Dios, suprime la guerra, y que nos manda derramar la sangre del prójimo... ¿Cómo puede un hombre borrado tener por su honor, ni manejar el honor de otro? No ofender a nadie, es vencer; sufrir una ofensa es más valor todavía.

BEN JOHNSON.

Paseábase pensativo el coronel por su salón, de arriba abajo, cuando entró la oficina posadera a pedirle sus órdenes. Después de haberse dado del modo que le pareció más conveniente para "el bien de la casa", le suplicó que se quedase allí un momento.

—Párceme, señora — le dijo —, si he comprendido bien la conversación de los apreciables sujetos que hemos dejado abajo, que Mr. Bertrán perdió su hijo de edad de cinco años.

—Sí, señor, sí: lo que es eso no admite duda, aunque hay muchas opiniones sobre el modo

como pasó la cosa, pues es ya historia que lleva muchos años de fecha, y que cada cual cuenta a su modo junto a la lumbre para pasar las noches de invierno, como hacíamos entre nosotros, v. gr., pero lo cierto es que el niño se perdió a los cinco años, como vuestro honor decía, coronel, y que esa noticia dada de sopetón a su infeliz madre, precisamente en el momento del parto, le costó la vida aquella misma noche. Desde entonces acá, el laird ha tenido siempre la cabeza a pájaros, y aunque su hija miss Lucy, cuando llegó a ser mayorcita, procuró introducir algún arreglo en la casa, que podía hacer la pobre criatura? Así es que en el día se encuentran sin casa y sin un pedazo de pan que llevar a la boca.

—¿Podéis acordaros, señora, hacía qué época el niño desapareció el niño?

La posadera, después de haber reflexionado un momento, le respondió que fué precisamente en la misma época en que se hallaban a la sazón, y con ayuda de algunos recuerdos locales fijó la fecha con exactitud en su memoria, como correspondiente a principios de noviembre de 17... .

Dió el extranjero dos o tres vueltas por la estancia, pero haciendo señal a mistress Mac-Candlish de que aguardase todavía un poco.

—¿Es cierto, como me han asegurado — le dijo —, que va a ponerse en venta la finca de Ellangowan?

—¿Por qué ha de serlo? Mañana se le llevará el mejor pastor... Miento, mañana no, que es domingo; ¿Dios nos libre!... Pero el lunes sin falta: al mismo tiempo se venderán el ajuar de la quinta y los aperos de la labranza; todos creen que ahora se atropella la venta, porque con la guerra de América anda el dinero muy escaso en Escocia, y no falta quien quiera llevarse la finca a poco precio. ¿Dios se lo tome en cuenta a los que me obligan a hablar así? — añadió la buena mujer triando de pensar en la injusticia que suponía.

—¿Y dónde será la venta?

—Señor, en el anuncio los carteles, en la misma plaza de Ellangowan, a lo que yo entiendo.

—¿Y quién está encargado de presentar el plano de la hacienda, los títulos de propiedad, etc. etc.?

—Un sujeto muy apreciable, el sustituto del sheriff de este condado. Vive ahí en el pueblo, y si vuestro honor desea verle, le instruirá mejor que nadie de las circunstancias de la desaparición del niño, porque el sheriff, a lo que he oído decir, revolvió cielo y tierra por descubrir la verdad del caso.

—¿Se llama?...

—Mac-Morlan, hombre muy entendido y sumamente estimado en el país.

—Me haréis el gusto de enviarme a decir que el coronel Manning le ofrezca sus respetos, y le suplica se sirva, si puede, venir a cenar con él, y traerle todos los papeles relativos a la venta de esa finca. Igualmente os encargo, buena señora, que no digáis a nadie una palabra de lo que acabamos de hablar.

—¿Yo, señor? Me guardaré muy bien de desplegar mis labios. Mucho desearía que vuestro honor (una reverencia), un ilustre caballero que ha hecho la guerra por su patria (otra reverencia), fuese dueño de la finca, una vez que supiera que perdería la antigua familia (un suspiro), más bien que ese miserable de Glossin, que medra a costa del mismo a quien se lo debe todo... Pero, ahora que me acuerdo, voy a ponerme la manta y los chapines, y voy a ir yo misma a casa de Mr. Mac-Morlan: seguramente le hallaré en su casa; está ahí a un paso.

—Id, amiga mía, id, y mil gracias; diréis a mi criado que suba.

Dos minutos después estaba el coronel Manning sentado a una mesa en la que se veían papeles y recado de escribir. Como tenemos el raro privilegio de leer por encima de sus hombros lo que va escribiendo, vamos a comunicar a nuestros lectores lo más sustancial de su carta,

dirigida a Arturo Mervyn, Esq., en Mr. Hall, Llanbrithwaite, en el Westmoreland. Empezaba refiriendo los pormenores de la vida desde que se separó de su amigo, y por el fin de este modo:

—Y ahora, extrañaréis aún mi nombre Mervyn? ¿Creéis que, después de veinte años de batallas, de heridas, de cautiverios, de desgracias de toda especie, puedo ser yo aquel Guy Manning tan vivo y tan alegre que trepaba con vos a lo alto del Tindal y dejaba gallo silvestre con vida en los árboles de Crossfell? Que vos, que siempre habéis vivido en el seno de la felicidad doméstica, veáis posteriormente el mismo carácter, el mismo fuego de imaginación, es así como el carácter de un temperamento siempre sostenido, a lo largo de un curso de una vida apacible por la salud, ventura. Mi carrera, por el contrario, ha estado sembrada de errores de dudas y de dificultades desde mi infancia he sido el juguete de una tuna y aunque muchas veces un viento contrario me ha conducido a buen puerto, rara vez he sido al que se encaminaba mi voluntad. Como me que os refiera en pocas palabras el destino que ha acompañado mi juventud, sin embargo que han pasado sobre mí cosas más avanzadas.

En primera, diréis, no ha sido muy buena cosa; y todo en ella fué ventura, pero no voy a ser de qué tolerable. Mi padre, hijo de un genito de una familia ilustre, pero poco conocida por los dones de la fortuna, me dejó una casa más patrimonio que el título de caballero de casa, confiado a la protección de dos o tres de mis suyos mucho más ricos que él. Aunque yo me amaban con tal extremo, que continuaban yo un motivo de desazonos entre ellos. Pero el obispo quería hacerme tomar las órdenes para obtener para mí un beneficio; ni río el obispo que quería hacerme abrazar la carrera de comercio, ni asociarme sin casa, que me acordaba del nombre de Manning y Mac-Morlan Lombard-Street. Más felizmente mi persona por entre aquellos dos escollos, mejor decir, entre los dos muelles y los sillones que le ofrecían la teología y el comercio, para ir a dar consigo en una silla de brón. Quiso luego el obispo casarme con una hija y heredera universal del dean de Winton; el comerciante me ofreció la mano de una hija única del anciano Sloethorn, riquísimo fabricante de vinos, que hubiera podido embalsamarme su casa con onzas de oro, y encender su casa con billetes de Banco... Nuevamente escollo por entre ambos rios de tentadas ambición, y tomé por esposa a la pobre Mrs. Wellwood.

Diréis también que mi carrera militar en India, cuando pasó a aquellos países con el gobierno, ha debido proporcionar algunas satisfacciones, y así es, en efecto, la verdad; diréis que, a pesar de no haber llegado a los sesos de mis tutores naturales, no incurri en embargo en su malevolencia, pues mi obispo me legó al morir su bendición, un mones manuscritos, su biblioteca, y una carta muy curiosa, que contenía los retratos de mis famosos teólogos de las iglesias de Inglaterra, y mi acuerdo con el Sr. Pablo Manning, instituido único y absoluto heredero de su renta cada año. Pero ¿qué me ha valido eso? Ya os dije la última vez que nos que llevaba clavado en el corazón un que me seguiría hasta la tumba, y ahora contaros con más pormenores de lo que me sucedió entonces, un suceso que acaso mencionara con circunstancias diferentes y hablenamente inexactas; pero os suplico que habléis a nadie, ni de mi pesadumbre que me causó.

—Su casa, como ya sabéis, me siguió a las Indias. Seña era tan inocente como inflexible, desgraciadamente para ambos, tan irreflexiva como inocente. Mi carácter se había formado parte con los estudios que había hecho,

con la vida de reclusión que siempre había observado, y debo decir en honor de la verdad que no estaba muy en armonía con mi situación de comandante de un regimiento, en un país donde todas las personas de alguna posición están acostumbradas a dar y recibir únicamente la más cordial hospitalidad. En un momento de extraordinaria penuria (ya sabéis cuán difícil suele ser en las Indias completar con blancos nuestras líneas de batalla), un joven llamado Brown se agregó a mi regimiento en calidad de voluntario, y viendo que le atraían las armas le acomodé más que la del comercio que había seguido hasta entonces, se acordó con nosotros de cadete. Para hacer justicia a mi desgraciada víctima, debo decir que se portó con tal bizarría en cuantas ocasiones se ofrecieron, que todos consideraban que le era debido un ascenso a la primera vacante. Ausente por algunas semanas para una expedición marítima, y a mi vuelta hallé al joven cadete muy introducido en mi casa como un amigo íntimo y como acompañante habitual de mi mujer y de mi hija, cosa que me desagradó sobremanera, aunque en realidad nada tenía que decir de las costumbres y carácter de aquel mozo: hasta es posible que me hubiera acostumbrado a él, a no haber mediado ajenas sugerencias. Si habéis leído el *Otelo*, drama que yo no volveré a leer en mi vida, os formaréis una idea de lo que oígué, es decir, de las sospechas que concebí, porque mis acciones, gracias a Dios, fueron menos reprehensibles. Había en mi regimiento otro cadete, llamado Archer, que deseaba también obtener el primer grado vacante, y que llamó mi atención sobre lo que él llamaba la *coquería* de mi mujer con aquel joven. Sofía era celosa, pero estaba muy preciosa de su virtud; mis celos la irritaron y fue bastante imprudente para tomar de ellos pie para fomentar más y más una intimidad que sabía que me desagradiaba. Mediaba entre Brown y yo una especie de aversión instintiva: hizo él, sin embargo, una o dos tentativas para vencer mi preocupación, pero predispuerto contra él como yo estaba, las atribuí a motivos indignos. Viéndose repellido con desdén, desistió; pero por lo mismo que no tenía ni familia ni amigos, de los más dolorosos aquel desaire de parte de Sofía tenía uno y otro.

"No podéis imaginaros cuánto sufro al escribir esta carta; voy, no obstante, a llegar a la finesta catástrofe que por tanto tiempo he acarreado mi vida; pero procuraré ser breve.

"Mi mujer, aunque no estaba ya en su primera juventud, era extraordinariamente hermosa, y sea dicho para mi justificación, gustábele más de lo que debiera, hacer alarde de su hermosura. No me cansaré de repetir que jamás dudé un solo momento de su virtud, pero movido por las artificiosas sugerencias de Archer, creí que sería en poco mi sosiego y que el joven Brown seguía galanteándola con el solo objeto de procurar mi enojo. Acaso él por su parte me temiese por uno de aquellos hombres altaneros que se complacen en hacer gala de su autoridad para oprimir y humillar a sus inferiores. Si creí que mis celos, quiso sin duda, fomentándolos en mi ánimo con sus obsequios a mi mujer, hacerse de las necueñas incomodidades que me temo le obligaba a veces a causarle. Un amigo verdadero quisiera hacerme mirar bajo un punto de vista muy distinto sus rendimientos, acordiendo que tenían por objeto mi hija Julia, aunque inmediatamente dirigidos a su madre con el fin de hacerla prouicia a su amor. No me hubiera dado mucho gusto semejante pretensión en un joven de oscuro nacimiento, pero si me me hubiera ofendido tanto, ni con mucho, como la loca osadía de que interiormente se acusaba y que acabó, en fin, por inspirarme contra él el más ciego rencor.

"Una chispa basta a veces para levantar un incendio; yo había olvidado completamente la causa de nuestra desavenencia, pero una disputa insignificante de juego dió margen entre



"GRAN COMEDOR DE AMBIENTE SEÑORIAL",
TÍPICO PROVENZAL EN ROBLE TALLADO,
Aparador amplio, Bargaño-Biblioteca de 2 cuerpos,
Mesa extensible y 6 Sillas asiento de junco,

\$ 890

LICOR LA RÁBIDA



*Hoy como ayer..., se brinda con
La Rábida.*

*Tenga siempre en su casa una botella
de tan exquisito licor.*

DESTILERIAS "LA RÁBIDA"

CELEBRACION DE 1888
C/ DOMINIO 133 34 • C/ DOÑADELA 1 C/O • B. T. 637 474

nosotros a algunas expresiones acaloradas, que siguieron un desafío. Salamos a la mañana siguiente a un prado distante de la fortaleza de que era yo gobernador y situado en los límites del territorio de mi niando, a fin de que Brown pudiese atender a su seguridad, si le favorecía la suerte. Casi desce ahora que así hubiera sucedido, aunque a costa mía, pero cayó al primer tiro. Acudía yo a darle auxilio, cuando se precipitó sobre nosotros una cuadrilla de *Loodies*, especie de salteadores de profesión que siempre andan a caza de ocasiones de robar y de apresar prisioneros. A duras penas montamos a caballo Archer y yo, y nos abrimos paso por en medio de ellos después de una redida refriega, en la que recibí mi amigo varias heridas muy peligrosas. Para completar las desgracias de aquel funesto día, mi mujer, que sospechaba el designio que me había sacado de la fortaleza tan de mañana, salió en su palanqueta (?) al instante en mi seguimiento, y fué sorprendida y cautivada por otra cuadrilla de aquellos bandidos, salvóla casi inmediatamente un destamado de nuestra caballería; pero no puedo disimularme a mi mismo que los sucesos de aquella fatal mañana tuvieron una pernicioso influencia sobre su salud ya muy quebrantada. La confesión que me hizo Archer acerca del objeto con que me había inspirado falsas sospechas, la franca explicación que tuve con Sofía y la entera reconciliación que siguió a ella entre nosotros, no bastaron a remediar el daño; ocho meses después de este suceso murió en sus brazos, dejándome sólo la hija de quien *miss Mrservyn* ha tenido la bondad de encargarse por ahora. Julia cavó también peligrosamente enferma, lo que me decidió a dar mi dimisión y a volver a Europa, donde el clima natal, el tiempo, y la mudanza de escenas han contribuido a disipar su tristeza y a robustecer su salud.

"Ahora que conocí mi historia, no me preguntaré ya la causa de mi melancolía, no se sorprenderá ver que me abandono a ella con frecuencia, y convendréis en que a pesar de mis riquezas y del buen nombre que erco haberme granjeado, el cáliz de mi vida, si no está envenenado, contiene a lo menos muchas amarguras para mis últimos años de retiro.

"Bien podría añadir algunas circunstancias que nuestro anciano preceptor hubiera mirado como otras tantas pruebas de la fatalidad que nosotros causaron rito, y aun os diré a mayor abundamiento que yo mismo no tengo mucha fe en ellas. Sin embargo, desde mi llegada a la casa desde donde ahora os escribo, he sabido una coincidencia singular, que si en efecto llega a confirmarse, podrá servirnos de terna para una discusión muy curiosa. Nada más quiero decirlo sobre este particular por ahora, pues estoy aguardando a un sujeto para hablar con él acerca de una finca que está en venta en esta parte de Escocia. Tengo una predilección que pudiera llamarse antojo en favor de la expresada finca, y espero que si el logro no le pesará de ella a sus actuales propietarios, porque sé que se ha formado una cábalá para venderla por mucho menos de lo que vale. Adios, querido Mervyn; mi respetuoso recuerdo a *miss Mrservyn*; y autorizadosos, a pasar de vuestras pretensiones de pasar por jovenito, a dar por mi un beso a Julia, queda siempre vuestro,

Guy Manning."

No bien hubo acabado el coronel esta carta, entró en la estancia Mr. Mac Morlan. La excelente reputación del coronel Manning había predispuerto al digno magistrado, que era en efecto hombre de inteligencia y de probidad, a darle con total franqueza, por lo que le expuso sin dilación las ventajas y los inconvenientes de aquella adquisición.

—La mayor parte de la hacienda — le dijo — está vinculada en los herederos varones, y el

comprador tendrá el derecho de conservar en su poder una considerable porción de su valor durante un tiempo determinado, para entregárselo al hijo del laird que desapareció en su infancia, en el caso de que se presente algún día.

—Pero siendo eso así — dijo Manning —, ¿a qué fin atropellar la venta?

—La razón ostensible que se alega — respondió Mac Morlan sonriendo — es que con los intereses del importe de la venta se podrán satisfacer corrientemente los que se deben a los acreedores, que en el día están mal pagados; pero en realidad de verdad, de lo que se trata es de satisfacer las miras de un hombre que desea adquirir la finca a un precio infimo y que para traer las cosas a este extremo ha puesto en movimiento cuantos ardidés ha podido sugerirle su práctica en esta clase de negocios.

Púsose de acuerdo el coronel con Mac Morlan acerca de los pasos que debían darse para desbaratar aquellos miserables manejos. Concesaron en seguida largamente acerca de la singular desaparición de Enrique Bertrán, el día mismo en que cumplía los cinco años según la predicción de Manning, el cual, como va se deja suponer, se guardó muy bien de hacer alarde de ello. Mr. Mac Morlan no se halló presente en aquellos sucesos, pero estaba enterado muy a fondo de todos sus pormenores, y prometió a nuestro héroe que si establecía relación con aquella parte de Escocia, haría que el mismo vieseserif le extendiese una conexión circunstanciada de todos ellos. Con esta seguridad, se separaron igualmente satisfechos del resultado de su conferencia.

Al día siguiente fué el coronel Manning de gran uniforme a la iglesia parroquial del pueblo, donde, aunque no halló a ningún miembro de la familia de Ellangowan, supo que el anciano laird seguía cada vez peor. Jack Jobos, que fué por segunda vez a buscarlos, volvió nuevamente solo, pero anunciando que *miss Lucy* esperaba que su padre podría ponerse en camino al día siguiente.

CAPITULO XIII

Una sentencia en forma, me dijeron: los autoriza a apoderarse de todos sus bienes. Vi allí un cuadro ruñin, de repugnante aspecto, revolviéndome como si fuera una pluma, hachada de cualquier modo para ser vendida en pública subasta. Otro, hablando de ti en términos indecorosos, tomó posesión de los antiguos muebles de tu casa.

Orway.

A la mañana siguiente montó Manning a caballo y, seguido de su criado, se dirigió a Ellangowan, para donde no tuvo necesidad de preguntar el camino. Una venta por justicia es un objeto de diversión en el campo, y en efecto, acudía a ella a la sazón un considerable tropel de personas de todas clases.

Después de haber etuzado por espacio de una hora un pais hermosísimo, descubrió Manning a lo lejos las torres del antiguo castillo. Los pensamientos que absorbían su atención cuando se separó de las muchas años apes, eran muy diferentes de los que ocupaban su ánimo a la sazón. El espectáculo que tenía delante era siempre el mismo, pero ¡cuánto habían mudado los sentimientos, las esperanzas y los deseos del que le contemplaba! La vida y el amor, nuevos entonces para él, hermoseaban toda la perspectiva de su porvenir, y ahora, desengañado en sus afectos, saciado de gloria y de lo que el mundo llama felicidad, perseguido por un amargo recuerdo que nada puede arrancar de su corazón, toda su esperanza se cifra en hallar un retiro donde pueda fomentar la melancolía que le ha de acompañarle hasta el sepulcro. Y sin embargo, dice, cuánto osaría quejarse en este sitio de la inestabilidad de sus esperanzas y de la vanidad de sus proyectos? Los antiguos caudillos que levantaron esas torres y maziacs torres para que sirviesen de fortaleza a sus descendientes y de emblema a su alto poder, ¿podieron pensar jamás que había

de llegar un día en que el último de los *gwan* sería arrojado de sus posesiones, arrojado y sin tener un acilo donde vivir en paz? Pero las bellezas de la naturaleza son débiles: el sol se alzará tan brillante sobre las ruinas, cuando sean propiedad de un extranjero, caigan en manos de un miserable que servir las leyes al logro de sus sordidas pasiones como cuando tremolaba en sus almenas la bandera de su primer fundador.

Engolfado en estas reflexiones llegó Manning a la puerta de la quinta, abierta aya a todo el mundo. Entró por ella la multitud de gentes a quienes atraía el deseo de mirar éste o el otro objeto, o el de satisfacer sus curiosidades. Aun en las circunstancias favorables que se le ofrecieron, no se sintió triste: el desorden de los muebles en su sitio para que los compradores pudiesen mirarlos y llevárselos con más comodidad, ducé siempre una impresión desagradable a la vista. Tal objeto que colocado con ase y gusto en su puesto, pasa por muy decente vez por muy hermoso, parece entonces en su y de poco valor, del mismo modo que las habitaciones despojadas de todo lo que es cómodo y agradable presentan un aspecto ruina y saqueo. Disgusta también ver con tanta curiosidad del vulgo zafio en que están destinados al uso particular de sus dueños, las salas y salones de los espectadores, entre los muebles que les son despreciados, que nada aquella especie de alegría sostenida por el whisky, licor que siempre muy de sobra en Escocia en semejantes ocasiones. Presentaba entonces Ellangowan todos sus habituales accidentes de tales escenas, que acababa de hacerlas aún más dolorosas el coronel, era la consideración de que había la ruina total de una antigua y respetable familia.

Largo rato transcurrió antes de que el coronel persona alguna dispuesta a responder a las reiteradas preguntas que hizo acerca del laird. Al fin una antigua criada que había se enjugaba los ojos con un pañuelo, le dijo que su amo se hallaba algo más aliviado, y que creía que podría salir de la quinta el día; que *miss Lucy* estaba aguardando el momento a otro la silla de posta, y que hacía bien tiempo para la estación, le sacado en su poltrona a la pradera de la plaza para evitarle el disgusto de presenciar aquel doloroso espectáculo. Salió el coronel a buscarle, y pronto vio el pequeño grupo sólo se componía de cuatro personas, la cuesta que tenía que subir para llegar a la bastante empinada, tuvo tiempo para examinarla a medida que iba subiendo y para percó cómo debía presentarse a ellas.

Mr. Bertrán, parafítico y casi incapaz de verse, ocupaba su ancho sillón, en bata de nicolote, cubierto la cabeza con un gorro de dormir, y en sus brazos las piernas en una almohada.

Detrás de él, apoyando ambas manos en un sobre el puño de su bastón, estaba *Dr. Sampson*, a quien a primera vista reconocía el coronel. Las únicas mudanzas que el había producido en él, se reducían a que casaca negra era va de color de ala de nido y a que sus carrillos enjutos estaban muy hundidos que la última vez que le vio en nering. A un lado del anciano estaba una mujer de ra sílfide, una señorita de como hasta siete años, que el coronel supuso al parecer la hija de Ellangowan. Miraba de cuando en cuando con inquietud la calle de árboles donde debía llegar la silla de posta, y se daba en arreglar la manta de modo que se servase bien del frío a su padre, y en respecto con una paciencia angelical a las bruscas guntas en que desfogaba éste su mal humor, aun se atreva a volver los ojos hacia la plaza, aunque el ruido que metía en ella el número concurso de que hemos hablado, debía haber

(*) Litera portatill que se usa en las Indias.—N. del T.

su atención hacia aquella parte. La cuarta persona del grupo era un joven de muy airosa presencia, que parecía participar de las inquietudes de miss Bertrán y del vivo interés que se tomaba por su anciano padre.

Este joven fué el primero que reparó en el su comportamiento y su inmediatidad se llegó a él para apartarle con suma atención de aquellos desagraviados. Manning se detuvo, y le dijo que era un extranjero a quien Mr. Bertrán había recibido hacía largos años en su casa con la más afectuosa hospitalidad; que no se hubiera presentado a él en momentos tan tristes, a no haber creído que le autorizaba a ello en cierto modo el estado de desamparo en que le veía; que, en fin, su único objeto era poner sus cortas facultades a disposición de Mr. Bertrán y de su hija.

Paróse entonces a corta distancia del anciano, que clavó en él sus ojos amorosos, aunque sin dar señales de reconocerle. Dominus, por su parte, sacaba demasiado absorto en su dolor para echar de ver su presencia. Pero el joven algunas palabras en voz baja a miss Bertrán, que se acercó con timidez al coronel, dándole las gracias por su bondad.

— Pero tengo — añadió derramando algunas lágrimas — que mi pobre padre no sea capaz de reconocerlos.

— Léase entonces al sillón seguida del coronel.

— Padre mío — le dijo —, aquí tenéis a un antiguo amigo vuestro, a Mr. Manning, que viene a visitarnos.

— Seguro muy bien venido — dijo el anciano procurando incorporarse para saludar al coronel, mientras pasaba sobre sus marchitas facciones un raso de hospitalaria satisfacción —; pero, Lucy, hija mía, entremos en esto, este caballero tendrá aquí frío. Dominus, buscad la llave de la biblioteca; Mr. Ma... a... el gentleman quedará seguramente tomar algo después del largo paseo que ha dado para venir a vernos.

Sintióse Manning profundamente conmovido por el contraste que le presentaba su memoria entre aquel recibimiento y el que le había hecho a misma persona cuando se vieron por última vez. No pudo reprimir algunas lágrimas, y esta prueba evidente de bondad de alma le valió en el momento la confianza de la desventurada miss Lucy.

— Ah! — le dijo —, este espectáculo es doloroso hasta para un extraño, — sin embargo, aun es más feliz mi pobre padre en ese estado, que si pudiera conocer todo lo que nos está pasando en este momento.

Lérgose entonces al joven un lacayo con librea, y le dijo en voz baja:

— Mr. Carlos, mídale es anda buscando por todas partes para que se vaya por ella el armarío de ébano. Lady Juana Devorgoil la acompañará; — preciso que vaya al instante.

— Díles que no le ha hallado, Tom... o no, escucha; di que estoy buscando los caballos...

— No, no — exclamó Lucy —, nada de eso; si no queréis agravar mi desgracia en este fatal momento, id corriendo a buscarlas... Estoy segura de que este caballero tendrá la bondad de acompañarnos hasta el carruaje.

— Seguramente, señora — repuso Manning —; vuestro joven amigo se irá en mi.

— Adiós, pues — dijo Carlos, y habiendo hablado a miss Bertrán algunas palabras al oído, se retiró precipitadamente empujando no tener fuerza para hacerlo si tardaba más.

— Adónde va Carlos Hazlewood? — preguntó el anciano, acostumbrado sin duda a su presencia y a sus cuidados... ¿Adónde va Carlos Hazlewood? ¿Por qué nos deja ahora?

— Al instante volverá — dijo Lucy.

Ovóse en aquel momento el sonido de varias voces hacia la parte de las ruinas. El lector se acordará de que había entre la quinta y el mar una comunicación, que era precisamente por donde pasaban los que venían hablando.

— Si, hay en efecto, como vos decís, muchas venteras y hierbas marinas, pero si se quisiera levantar una nueva habitación, lo que puede muy bien llegar a ser necesario, se hallarían en el castillo excelentes materiales para ello.

— ¡Cielo santo! — dijo al instante miss Bertrán a Sampson —, es la voz de ese miserable Glossin. Si mi padre le ve no necesita más para morir.

Voltióse Sampson como por máquina, y se adelantó dando enormes sacudidas hacia Glossin, que salía en aquel momento de las ruinas.

— Vete! — le dijo —, ¡vete! ¿Quieres natarle y despojarle!...

— Basta, basta, señor Dominus Sampson — respondió Glossin con altanería —, pues si no sabéis predicar en el púlpito, dejad de predicar aquí. La ley autoriza nuestra presencia en este sitio, conque así, amigo mío, guardaos el Evangelio allá para vos solito.

El solo nombre de Glossin bastaba hacia algún tiempo para poner a Mr. Bertrán en el colmo de la exasperación. El sonido de su voz, que reconoció al momento, produjo entonces en él un efecto singular; púsose al punto en pie sin avda de náde, se encará con él, y le dijo, formando la palidez de su rostro el más extraño contraste con la violencia de sus expresiones:

— ¡Quitate de mi vista, víbora infante, víbora que devoras el seno que se ha abrigado! ¿No temes que se desolenton sobre tu cabeza estas paredes, que los umbrales del castillo de Ellangowan se entreabran para esgartarte? ¿No te hallabas sin amigos, sin asilo, sin recurso alguno, cuando yo te rendí una mano caritativa? ¿No eres tú el que nos arrojas a mí y a esta inocente niña, sin amigos, sin asilo, sin recurso alguno, de la mansión que nos ha albergado a mí y a los míos por espacio de mil años?

SIGA SU VOCACION

- Novelista
- Poeta
- Periodista
- Autor teatral
- Argumentista de cine
- Corresponsal comercial
- Libertista especializado en radiotelefonía
- Redacción y ortografía
- Secretario comercial y privado

y asegure su porvenir estudiando en

A. D. E. L.

ACADEMIA DE ESTUDIOS LITERARIOS

(Unicamente por correspondencia)
que desarrollará y orientará sus aptitudes personales con los conocimientos técnicos que usted necesita para triunfar.

MATERIALE SUS ASPIRACIONES

No Vaeile:

Remítanos el cupón y recuerde que ENSERAMOS UNICAMENTE A ESCRIBIR, PERO ENSERAMOS BIEN.

Sr. Director de la ACADEMIA DE ESTUDIOS LITERARIOS.

Avda. de MAYO 1370 - Buenos Aires.

Remítame, gratis y sin compromiso, INFORMES SOBRE EL PLAN CULTURAL A. D. E. L.

Apellido..... Nombre.....

Calle.....

Ciudad, pueblo o estación..... F. C.....

Provincia o Estado..... País.....

Desde su lugar de origen, previa una elaboración efectuada bajo el más estricto control, llega al mostrador

VIRILINETS

Frascos de 40 y 100 tabletas. Venta en farmacia.

JANE EYRE

La mundialmente famoso novela de Carlot Brontë, cuya publicación en capítulos semanales en "Maribel" constituyó un éxito resonante, al igual que su adaptación a la pantalla bajo el nombre de "Alma Rebelde", acaba de ser presentada por el Editorial Sopena en su conocida y prestigiosa BIBLIOTECA MUNDIAL SOPENA, en dos tomos.

Es una magnífica y sugestiva historia de intriga, amor y misterio.

EN VENTA EN
TODAS LAS
LIBRERIAS

Precio de la obra
completa (2 tomos):
En rústica, \$ 2.-
En cartón, \$ 3.-
(Agregar porte flete
30 ctvos.)

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA
Esmeralda 116 Buenos Aires

Añádeme \$..... para que me remitan
la novela JANE EYRE, en rústica o en cartón,
¡(Techar lo que no se desee.)

Nombre.....

Dirección.....

Localidad..... L. 743

Si Glossin hubiera estado solo, probablemente se hubiera hecho el desentendido a aquella retahíla de injurias; pero la presencia del forastero que veía junto a Ellangowan, y la de la persona que iba con él, que era una especie de maestro de obras, le decidieron a echar mano de toda su impudencia. A pesar de su mucho desearlo, la empresa era difícil en su situación.

—Sir... sir... mester Bertrán... no debéis acusarme a mí... sólo vuestra propia imprudencia...

No pudo al oír esto contener su indignación el coronel.

—Señor mío — dijo a Glossin interrumpiéndole —, sin entrar por ahora en discusiones sobre ese punto, os haré observar que ni el sitio, ni la ocasión, ni mi presencia tal vez, son muy a propósito para esa explicación, por lo que me haréis un gran favor en retiraros sin añadir más palabra.

Glossin era alto, robusto y fornido, por lo que prefirió sostener el ataque de un desconocido que no le parecía hombre muy temble, a continuar defendiendo su mala causa contra las justas reconvenções de su ofendido bienhechor.

—Yo no os conozco, caballero — le dijo —, pero jamás permitiré que se me hable en este tono... —

Mannering era por naturaleza más que medianamente arrebatado. Sus ojos se inflamaron de cólera; mordióse el labio inferior con tal fuerza que se sacó sangre, y acercándose a Glossin:

—Que me conocáis o no — le dijo —, importa muy poco, pero yo os conozco muy bien, y si no os queráis de ahí inmediatamente sin pronunciar una sola sílaba más, por el sol que nos alumbrará que bajaréis esta cuesta más aprisa de lo que la habéis subido.

El tono enérgico y resuelto además del coronel, subyugaron la insolencia de aquel miserable, que después de titubear un momento, dio media vuelta sobre sus talones, y disfrazando su cobardía con el pretexto de que no quería asustar a la señorita, los liberó de su odiosa presencia.

El postillón de mistress Mac-Candlish, que había llegado a tiempo para ver lo que acababa de pasar, dijo en alta voz:

—Si me hubiera encontrado a este tuno en el camino, bien sea Dios que hubiera tenido más gusto en hacerle dar cuatro volteretas por el aire que en echarme un doblón en la faltriquera.

Y al mismo tiempo anunció que el coche estaba a la puerta esperando al anciano y a su hija.

Pero, desgraciadamente, no era ya necesario. El último esfuerzo que había hecho Mr. Bertrán abandonándose a toda su indignación, costó su ya harto débil máquina, y a los pocos momentos de haber caído en su sillón, expiró casi sin exhalar un suspiro. La extensión del vital aliento alteró tan poco su apariencia exterior, que los gritos que lanzó su hija cuando vio apagar sus ojos, y sintió que cesaba de latir su pulso, fueron lo primero que anunció su muerte a los espectadores de aquella dolorosa escena.

CAPITULO XIV

¡Es la una! ¡En el tiempo no pensamos hasta después que pasa! Cuérra anduvo la inteligencia humana en sus ojos. Cual si me hablara un ángel, oigo el soleme son de la campana que da las horas...

YOUNG.

La moral que deduce el poeta Young del medio que hemos adoptado para medir el tiempo, puede aplicarse a nuestro modo de considerar aquella porción de él que constituye la vida humana. Temblamos por los ancianos, por los enfermos, por aquellos a quienes su profesión expone a continuos peligros, creyendo verlos a cada instante a las puertas del sepulcro,

pero sin que ese espectáculo nos haga abrir los ojos sobre la inestabilidad de nuestra propia existencia. Sólo cuando nos llega a nosotros el fatal momento; entonces,

...Temores y esperanzas

Se despiertan de súbito y quieren
Mar aliar la vida a la muerte.
Ver... ¡Qué... Abismos profundos, insostenibles...
La negra eternidad...

La turba de curiosos y haraganes reunida en Ellangowan no se había ocupado más que en sus compras, o en gozar del pasatiempo que había ido a buscar, sin cuidarse en lo más mínimo del infeliz cuya ruina estaba contemplando. Verdad es que muy pocos conocían a la familia. El padre, reducido a un estado de imbecilidad completa, abrumado bajo el peso de sus desgracias, y metido siempre en su cuarto, había sido olvidado por sus contemporáneos; su hija había vivido siempre también sumamente retirada; pero cuando un rumor general anunció que el desgraciado Mr. Bertrán acababa de sucumbir al esfuerzo que había hecho para abandonar la antigua mansión de sus mayores, brotó de todos los corazones un torrente de simpatía, como antiguamente las aguas del peñasco herido por la vara del profeta. La acrisolada nobleza y nunca desmentida integridad de aquella familia fueron recordadas con el debido acatamiento, recibiendo en fin el tributo de respeto y veneración que nunca el infortunio reclama en vano entre los escoceses.

Aprestróse Mr. Mac Morlan a anunciar que se suspendía la venta de los bienes del difunto, y que la joven lady quedaría en posesión de todos ellos hasta que pudiese consultar a sus amigos, y atender a los equívocos de su padre.

Glossin, a quien enmudeció por algunos momentos la general impresión de sentimiento que se apoderó de todos los espectadores, cobró ánimo al ver que no se dirigía contra él ningún síntoma de indignación popular, y tuvo la desfachatez de intimar a Mr. Mac Morlan que procediese al remate.

—Yo tomo sobre mí la responsabilidad de esta suspensión — respondió el magistrado — e informaré al público del día en que se efectuará la venta. Todos están interesados en que se obtenga de ella el mayor producto posible, y el momento presente no es el más oportuno para conseguirlo. Repito que tomo sobre mí toda la responsabilidad.

Salió Glossin de la estancia y aun de la quinta con tanta prontitud como secreto, y probablemente lo haría porque vio que nuestro amigo Jack Jabos estaba ya arregando a una caterva de pillos desarraigados y demostrándoles cuán útil y conveniente sería tirarle por la ventana.

Arregláronse a la ligera algunas habitaciones para recibir a la pobre huérfana y depositar el cadáver del laird. Juzgó Mannering que su presencia era ya inútil y aun tal vez que podría dar margen a malas interpretaciones, por lo que habiendo visto además que varias familias sus mayores timbres de aquella alianza, se disponían a pagar a su árbol genealógico un tributo que no había podido obtener de ellas en vida la desgracia de su pariente, y que seis o siete ilustres barones se disputaban el honor de preside las exequias de aquel a quien ninguno de ellos había ofrecido en vida un asilo (como en la memorable cuestión sobre la patria de Homero), resolvió retirarse de la quinta, y volver al cabo de quince días, que era el plazo señalado para la venta prorrogada de la finca de Ellangowan.

Sin embargo, antes de retirarse, solicitó tener una entrevista con Dominus. Presentóse el culto apesadumado que un forastero deseaba habitar con vuestras de sorpresa suma en su descaerado semblante, al que su reciente dolor comunicaba una expresión de cabal insensatez. Hizo a Mannering dos o tres profundas reve-

rencias, y quedando en seguida silencioso: — móvil, aguardad con paciencia sus órdenes.

—Sin duda no adivinaré, Mr. Sampson, puede tener que deciros un forastero?

—A menos que tenga que proponerme me encargaré de enseñar a algún joven las reglas y las ciencias exactas. Pero como no puedo, no puedo; tengo otros deberes que atender.

—No, Mr. Sampson, no son tan importantes mis miras; yo no tengo hijo alguno varón que le correspondiera a mi hija única un par de años como vos.

—No, seguramente — respondió el coronel Sampson —; yo he sido sin embargo que dirigí la educación intelectual de mis hijos, así como el ama de llaves le ha dado los cimientos vulgares propios de su sexo.

—De mis Lucy es precisamente de quien me gusta hablar. Parece que ya no os acordáis de mí.

Sampson, así que medianamente olvidado de suyo, así se acordaba del astrólogo que había pasado por la quinta hacía largos años, y del extranjero que acababa de vencer la defensa de su amigo y favorecedor contra su hijo, tanto había embrollado todas sus ideas con la muerte del desgraciado laird:...

—En fin, eso poco importa — prosiguió el coronel —; yo soy un antiguo conocido de Mr. Morlan, y tengo los medios de poderme de ser útil a su hija en estos tristes momentos. Pienso además comprar esta quinta, quisiera que todo siguiese en ella muy en hasta que se efectúe la venta. Tendréis el honor, Mr. Sampson, de aplicar esta friolera necesidad de la familia.

Y esto diciendo, puso en manos de Dominus un bolsillo lleno de oro.

—¡Prodigioso! — exclamó Dominus —, ¡si vuestro honor quiere aguardar un momento!

—¡Imposible, imposible, amigo mío! — le dijo el coronel apretando el paso.

—¡Prodigioso! — repitió Sampson siguiendo por la escalera con el bolsillo en la mano, pero en cuanto a este dinero...

Mannering bajaba los escalones de cuatro en cuatro sin escucharle ni responderle.

—¡Prodigioso! — exclamó por tercera vez al llegar a la puerta —, más por lo que me costó este...

Mannering estaba ya a caballo y no podía oírle. Dominus, que en su vida había visto tanto dinero junto, aunque no contenía la suma arriba de unas veinte guineas, empezó a sentir seriamente acerca de lo que debía hacer aquella suma de que se veía depositario, pero fortuna en Mr. Mac Morlan un hombre desinteresado, que le dijo que si quisiera en lo que pudiese necesitar miss Bertrán, siendo dudoso que tal era la intención de la viuda daña.

Se había familias nobles de las cercanías de Ellangowan con instancias a miss Lucy de hospitalidad que ella no pudo decidirse a aceptar, resistiéndose, como era muy natural, a entrar en una casa donde sería recibida más por compasión que por verdadero cariño. Terminó, pues, esperar el dictamen de su tía, que era más cercana de su padre, mistress Margarita Bertrán de Singleisle, soltera ya en sus años, a quien escribió al instante notándole su desventurada situación.

Celebráronse con sumo decoro las exequias de Mr. Bertrán, y no pudo ya considerarse desde entonces la joven huérfana, sino como una persona que tenía un padre, y que había pasado en la quinta en un estado de bienestar, donde por tan largo tiempo su paciencia y su talento de la guerra habían mitigado los sinsabores del infortunio. Mr. Mac Morlan le había hecho esperar que acaso no tendría que donar tan pronto como pensaba aquel día, pero la suerte lo dispuso de otro modo.

Dos días antes del término señalado para el remate de la venta de las tierras y quince

Ellangowan, esperaba Mac Morlan que se presentaría de un momento a otro el coronel Manering, o que le remitiría a lo menos una carta con plenos poderes para representarle en la almoneda, pero no sucedió así. Llegado que fué el día de la venta, pasó muy de madrugada al correo a ver si había alguna carta para él, y no halló ninguna; todavía procuró, sin embargo, persuadirse a sí mismo de que llegaría el coronel para la hora de almorzar, por lo que encargó a su mujer que dispusiese lo necesario para recibirle, y que se preparase a aquella visita; pero todos estos preparativos fueron inútiles.

— Si hubiera podido prever lo que me pasa — dijo —, hubiera corrido toda la Escocia para hallar quien pudiese contra Glossin.

— ¡Vanos lamentos! Llegó la hora prescrita, y todas las partes interesadas acudieron al punto de reunión para proceder al remate de la finca. Empleó Mac Morlan en las formalidades preliminares todo el tiempo que buenamente pudo, y levó en seguida las cláusulas de la venta con tanta lentitud como si hubiera leído su propia sentencia de muerte. Cada vez que se abría la puerta, volvía los ojos hacia ella, pero cada vez con menos esperanza; escuchaba ansiosamente los más leves rumores del campo, creyendo siempre distinguir en ellos el trazo de un caballo o el ruido de un coche... Todo fué en vano. Creyó entonces que acaso Manering había transmitido sus poderes a otra persona, y ni que un momento pensó en darse por resentido de aquella falta de confianza en él, pero pronto quedó también frustrada esta esperanza. Después de una solenne pausa, Glossin ofreció el total de la suma en que estaba tasada la baronía de Ellangowan; nadie pudo, y pasado que fué el término señalado por un reloj de arena, Mr. Mac Morlan se vio obligado, bien a pesar suyo, a declarar judicialmente que la quinta quedaba adjudicada con todos sus dependencias a Gilberto Glossin. Refusando en seguida tomar parte en un espléndido banquete con que obsequió Mr. Gilberto Glossin, *squire*, y señor ya de Ellangowan, a toda la concurrencia, volvióse a su casa de pésimo humor, renegando de los autos y poca formalidad de esos *nababs* indios que nunca saben how lo que querrán mañana.

Tomó, sin embargo, la fortuna en aquella ocasión toda la culpa sobre sí, y aplacó algún tanto su resentimiento de Mr. Mac Morlan.

A cosa de las seis de la tarde llegó un expreso, borracho como una cuba, según dijo la criada que salió a abrirle, con un pliego del coronel Manering, fechado de cuatro días atrás en un pueblo distante como a unas cien millas de Kipperlingan, que contenía plenos poderes dirigidos a Mr. Mac Morlan o a cualquiera otra persona a quien ése quisiera pasárselos, para que comprase en su nombre a cualquier precio la finca de Ellangowan; notificábale, además, que un asunto de familia le llamaba con urgencia al Westmoreland, adonde le suplicaba que le escribiese bajo sobre a sir Arturo Mervyn, Esq. en Mervyn-Hall.

Mac Morlan, en el primer raptó de cólera, tiró la carta y los papeles, y la cabeza de la inocente criada; y difícilmente pudo contenerse para no dar de palos al pícaro mensajero, causa de tantos disgustos.

CAPITULO XV

— No me queda en mí gaveta.
Por valor de una poeta:
De unas tierras dueño soy...
Juan de Escalas,
Si me das tres reales.
Aunque poco, te las doy.
Juan de Escalas, muy contento
Acepta y para al momento.
De las tierras ya es señor...
Bien libreado
Sale, pues no le han costado
Un tercio de un valor.

EL HEREDERO DE LINNE.

El galvegiano Juan de Escalas no era más que un chiquillo de la doctrina comparado con

Glossin, pues éste había hallado el secreto de apropiarse los estados de Ellangowan sin la siempre desagradable ceremonia de soltar el dinero. Apenas supo miss Bertrán esta inesperada desgracia, hizo sus preparativos para dejar la quinta sin demora; Mr. Mac Morlan la ayudó en ellos, e insistió con tanto empeño para que aceptase la hospitalidad en su casa hasta que recibiese una contestación de su parienta, o decidiese, después de pensarlo muy despacio, lo que le convenía hacer, que hubiera creído mostrarse ingrata o descorazonada refusing ofertas hechas tan de corazón. Miss Bertrán era persona muy apreciable, de buen nacimiento y esmerada educación, y muy capaz de hacer agradable para miss Lucy la residencia en su casa. Hallaba, pues, un asilo donde estaba segura de ser bien recibida, por lo que se dispuso, ya algo más consolada, a pagar sus salarios a los pocos criados que componían la servidumbre de su padre y a decirles el último adiós.

Cuando hay por ambas partes cualidades apreciables, semejantes momentos son siempre tristes; en el caso presente, las circunstancias los hacían doblemente penosos. Todos recibían lo que se les ofrecía, y aun una pequeña gratificación, en despedir a su señorita con lágrimas en los ojos, colmándola de bendiciones y rogando a Dios que la hiciese tan feliz como merecía. Sólo quedaba ya en la sala Mr. Mac Morlan, que pensaba llevarse consigo a Dominus Sampson y a miss Lucy.

— Ahora — dijo la pobre huérfana —, sólo me resta despedirme del más antiguo y mejor de mis amigos. ¡Dios os bendiga, Mr. Sampson, y os pague todos los desvelos que me habéis prodigado y el cariño que siempre os debió el infeliz que ya no existe! Espero que me no olvidaréis y que no dejaréis de darme noticias vuestras.

De papel que contenía algunas monedas de oro y se levantó para salir de la estancia.

Sampson se levantó también, pero fué para quedarse hecho una estatua de hielo: la idea de separarse de miss Lucy no se le había ocurrido jamás. Estático y mudo dejó el dinero sobre la mesa.

— Seguramente es muy poca cosa en comparación de lo que vos merecéis — dijo Mr. Mac Morlan interpretando mal aquel movimiento —, pero las circunstancias...

Dominus retiró la mano haciendo un ademán de impaciencia.

— No es por eso, no es por eso — dijo —, pero pensar que yo he comido el pan de su padre y he bebido en su copa por espacio de veinte años y más, he de dejarla ahora... ¡ahora que está en la desgracia!... ¡Oh, no, miss Lucy, vos no podéis exigirlo! No os opondréis a que os siguiera un perro de vuestro padre, y ¿por qué me habéis de tratar a mí peor? ¡No, miss Lucy, mientras vos viva, no me separaré de vos! Ya he pensado en los medios de no seros gravoso, pero como Ruth dijo a Noemi: "No pidas que me separe de tí, doquiera que tú vayas, yo, doquiera que tú habieses habitado yo; tu pueblo será, mi pueblo, tu Dios será mi Dios. Yo moriré donde tú mueras y juntos nos enterrarán." Si, miss Lucy, Dios lo quiere así y sólo la muerte podrá separarnos.

Durante este discurso, el más largo que salió jamás de boca de Dominus Sampson, estaban sus ojos arrasados de lágrimas, y no pudieron Lucy y Mac Morlan reprimir las suyas en vista de aquella inesperada efusión de sensibilidad y cariño.

— Mr. Sampson — dijo Miss Morlan después de haber recurrido sucesivamente a su caja y a su pañuelo —, mi casa es bastante espaciosa, y si quisieris aceptar una cama y un cubierto mientras miss Lucy sea servida de honrarnos con su presencia, tendré la mayor satisfacción en recibir en ella a un sujeto de vuestras prendas.

Entonces, con una delicadeza que tenía por

objeto satisfacer cualquiera objeción que hubiera podido hacer miss Bertrán, temerosa de abusar de tanta complacencia:

— Mis muchos negocios — añadió — me ponen frecuentemente en ocasión de necesitar de alguna persona que entienda mejor de cuentas que mis pasantes ordinarios, por lo que me será de mucho auxilio que me concedáis de cuando en cuando algunos momentos, cuando os sea menos molesto.

— Con mucho gusto, con mucho gusto — respondió Sampson sin darle tiempo para acabar —, yo conozco la teneduría de libros por partida doble, según el método italiano.

Entró entonces en la estancia el postillón para anunciar que ya estaban enganchados los caballos. Sin que nadie hubiera reparado en él, había presenciado Jack Jabos toda esta escena, y de vuelta en la posada aseguró a mistress Mac Candlish, que en su vida había visto una cosa más patética, y que la muerte de la yegua pía, pobre animalito, no había sido nada en comparación de aquello. Esta circunstancia, al parecer significativamente, para Dominus consecuencia de importancia.

Recibió a sus huéspedes con la más cordial hospitalidad mistress Mac Morlan, a quien, como a todos, dijo su marido que había suplicado a Mr. Sampson que se encargase de ajustar algunas cuentas algo embrolladas, y que para poder despachar más pronto y mejor este trabajo, se quedaría en la casa por algún tiempo. El conocimiento que tenía Mr. Mac Morlan del mundo y sus malicias, le indujo a dar aquel colorido a la residencia de Dominus en su casa, considerando que por mucho que honrase a Sampson su condada lenta a la familia de Ellangowan, que igualmente hacía el elogio de ésta, su falta no era en verdad muy propia de un *estudero de damas*, lo que podría muy bien dar que reír a costa de ambos, tratándose sobre todo de una hermosa doncella de dieciséis años.

Ocupóse Dominus Sampson con el mayor celo en las cuentas que, en efecto, le confió Mr. Mac Morlan; pero no tardó en ser notorio que todas las mañanas, después de almorzar, desaparecía siempre regularmente a la misma hora y no volvía hasta poco antes de la de comer, por las noches trabajaba en los encargos de su huésped.

En la mañana del sábado siguiente se presentó a Mr. Mac Morlan con triunfante ademán y puso sobre la mesa dos monedas de oro.

— ¿Para qué es ese dinero, Dominus? — preguntó éste.

— Primeramente, para indemnizaros de lo que os cuesta mi estancia en esta casa, mi muy apreciable amigo, y lo restante para que haga de ello miss Lucy Bertrán el uso que guste.

— Pero, Mr. Sampson, lo que trabajáis por mí me indemniza sobradamente; yo soy aquí el deudor, amigo mío.

— En ese caso, dijo Dominus alargando la mano — todo será para miss Lucy.

— Bien, Dominus, bien, pero este dinero...

— Lo he ganado honradamente, Mr. Mac Morlan; es la generosa retribución de un joven a quien enseñó las lenguas sabias, dándole diariamente lecciones de tres horas.

Con pocas preguntas más fué averiguando poco a poco Morlan que aquel alumno liberal era el joven Hazlewood, y que todos los días se reunían ambos en la posada de mistress Mac Candlish, la cual, habiendo sabido el desinteresado cariño de Sampson a la joven lady, le había procurado aquel infatigable y generoso discípulo.

Esta noticia dió mucho en qué pensar a Mr. Mac Morlan. Dominus Sampson era sin disputa un hombre muy erudito y un excelente sujeto; los autores clásicos merecían ciertamente ser leídos; pero que un joven de veint años anduviese todos los días siete millas de ida y otras tantas de vuelta por gozar de semejante conferencia, nada menos que por espacio de

tres horas, era ya demasiado amor a la literatura para que pudiese creer en él Mr. Mac Morlan. No tuvo éste necesidad de mucha astucia para sonarle muy a su sabor, pues el pobre Dominus no admitía jamás en su cabeza sino las ideas más simples y directas.

—Y decidme, amigo mío, ¿tiene noticia miss Bertrán de vuestra nueva ocupación?

—No, seguramente. Mr. Carlos me encargó mucho que no le dijera palabra, de miedo de que tuviese escrúpulos de participar, aunque indirectamente, del producto de mi trabajo; pero no será posible ocultárselo por más tiempo, pues el joven se propone venir aquí alguna vez que otra a tomar la lección.

—¡Ah, ya!, va caigo — dijo Mac Morlan —. Y decidme, Mr. Sampson, ¿esas tres horas se emplean siempre en el estudio de los clásicos?

—No, por cierto; interpolamos el estudio con alguna conversación.

...*“Nesque temper arcum
Tendit Apollo”*

(No siempre tiene Apolo el arco tendido.)

—¿Y sobre qué suelen girar esas conversaciones?

—Solemos hablar de Ellangowan y también algunas veces de miss Lucy, porque Mr. Carlos es enteramente como yo en ese particular. Cuando empiezo a hablar de ella, no se sé dejarlo, y como muchas veces se lo digo a mi discípulo, aunque en broma, no roba la mitad del tiempo que dura la clase.

—¡Hola, hola! — dijo entre sí Mr. Mac Morlan —, ya sabemos de dónde sopla el viento. Ahora me acuerdo de haber oído algo de eso.

Reflexionó entonces sobre la conducta que debía observar por su protegida y por sí mismo, porque el padre del joven Hazlewood era poderoso, rico, ambicioso y venagativo, y nunca hubiera consentido en un enlace de que no hubieran resultado para su hijo honores y riqueza. En fin, como tenía la mejor opinión posible del juicio y penetración de su pupila, resolví aprovechar la primera ocasión oportuna en que se hallase a solas con ella, para hablarle de aquel asunto como de una mera novedad a que no daba la menor importancia.

Habiéndose presentado pronto esta ocasión, le dije afectando la mayor naturalidad que pudo:

—Os doy el parabién, miss Bertrán, del fortuna que se le ha entrado por las puertas a vuestro amigo Mr. Sampson. Ha hallado un alumno que le da los domingos por cada doce lecciones de griego y de latín.

—¿De veras? Lo celebro en el alma. ¿Y quién puede ser tan generoso? ¿Está ya de vuelta el coronel Manning?

—No, no es el coronel Manning; pero ¿por qué no se piensa en vuestro antiguo conocido Mr. Carlos Hazlewood? Parece que piensa en venir aquí a dar lección, y desearía que la cosa pudiese arreglarse.

Lucy se puso encendida como una grana.

—Por amor de Dios, Mr. Mac Morlan — le dijo —, no lo consintáis. Carlos Hazlewood ha venido ya bastantes desazones por eso.

—¿Por el estudio de los clásicos, amiga mía? Algún día pudo haberle sido enojoso ese estudio, pero en el día es absolutamente voluntario.

Dejó miss Bertrán caer la conversación, sin hacer ningún esfuerzo para continuarla, y quedó pensativa como si estuviese formando algún proyecto en su imaginación.

Al día siguiente llamó a su cuarto a Dominus, le manifestó en los términos más expresivos lo muy agradecida que estaba a su desinteresado afecto y lo mucho que se había alegrado de saber la buena proporción que se le había presentado; pero añadió que el modo de dar sus lecciones que había adoptado Mr. Hazlewood no dejaba de tener algunos inconvenientes para él, y que mientras durasen sería mejor que se decidiese a una separación temporal y fuese

a vivir a la casa de su discípulo, o a lo menos que tomase una habitación en las cercanías. Desechó Sampson esta proposición, como ya se lo esperaba ella en verdad, protestando que no la dejaría ni aun por el empleo de preceptor del príncipe de Gales.

—Pero veo — añadió — que tenéis escrúpulos de participar de lo que yo gano o que tal vez os soy gravoso.

—Nada de eso: erais el más antiguo, acaso el único amigo de mi padre, y siento que me hagáis la injusticia de pensar de mí lo que decís. En cualquiera otra materia desde luego me sometería a vuestro dictamen; pero ahora agradeceré mucho que digáis a Mr. Carlos Hazlewood que habéis hablado conmigo acerca de sus estudios, y que soy de opinión que el venir a continuarnos en esta casa, como piensa, es cosa impracticable y a que es menester que renuncie.

Separó de ella Dominus, cabizbajo y confuso, y no pudo menos, al cerrar la puerta, de pronunciar entre dientes el *versum et nobile* de Virgilio. Al día siguiente se presentó con cara verdaderamente compungida y entregó una carta a miss Bertrán.

—Mr. Hazlewood — le dijo —, va a suspender sus lecciones y ha querido reparar generosamente el perjuicio pecuniario que de ello me resultará a mí, pero ¿con qué se repara el que resultará para él de la pérdida de la instrucción que le reportará mi enseñanza? Hasta en punto a escribir es tal el atraso en que se halla ese joven, que ha tardado más de una hora en trazar esos pocos renglones, y aun para eso ha tenido que hacer tres borradores, que cortar la pluma cuatro veces y que desgarrar qué sé yo cuántos pliegos de papel de cartas, cuando en el término de tres semanas le hubiera yo hecho adquirir un carácter de letra clara, elegante y corrido; ¡Sobre que hubiera llegado a ser todo un calígrafo! ¡En fin, sea como Dios quiera!

No contenía la carta más que algunas líneas reducidas a quejas de la crueldad de miss Bertrán, que no sólo le privaba del placer de verla, mas le aun se permitía aquel medio indirecto de saber de ella y de contribuir a su servicio. Terminaba protestando que aquella severidad era inútil, y que nada podría alterar el inviolable afecto de Carlos Hazlewood.

Merced a la activa protección de miss Mac Candlish, halló Sampson algunos otros discípulos, de clase muy inferior, es verdad, a la de Carlos Hazlewood, y cuyas lecciones no eran tan productivas; pero eso no le impedía llevar muy ufano y cuelligierito todas las semanas a Mr. Mac Morlan el producto de su trabajo, del que sólo se reservaban un pequeño *peculium* para llevar su pipa y su caja de rapé.

Ahora vamos a dejar a Kipplettingan y a reunirnos con nuestro héroe, no sea que se imaginen nuestros lectores que vamos a olvidarle por otra cuarta parte de un siglo.

CAPITULO XVI

Nuestra Polly es una leca
Que no quiere oír consejos,
Ni razones... ¡Hija en casa!
Del que la desce venen
Gasta uno en educarlas,
Tiempo, paciencia y dinero,
Y al primer galán que llega,
Como habla de casamiento...
Dios guarde a vm. muchos años:
Se largan con viento fresco,

GAZ, *Opera del portidoro.*

Después de la muerte de Mr. Bertrán, Manning había decidido dar una vuelta por Escocia, proponiéndose volver a las cercanías de Ellangowan hacia la época señalada para el remate de la venta. Llegó hasta Edimburgo, recorrió diferentes ciudades, pero hallándose en un pueblo, como a unas cien millas de Kipplettingan, adonde había encargado a su amigo Mervyn que le dirigiese sus cartas, recibió una que le anunciaba una noticia poco agradable. Ya hemos tenido la indiscreción de echar una

curiosa ojeada sobre su correspondencia, y ahora vamos a ofrecer a nuestros lectores un extracto de la susodicha carta.

—Os pido perdón, amigo mío, del daño que os he causado, obligándos en cierto modo a hacerme una relación que ha abierto en vuestro pecho heridas mal cicatrizadas. Siempre oído decir que accedían fundadamente a las atenciones de Mr. Brown sólo se debía a miss Manning; pero aun cuando se parecía semejante osadía en su situación merecía castigo. Los filósofos dicen que en el estado de sociedad nos despojamos del derecho natural a la propia defensa, pero sólo bajo la condición de que nos protejan las leyes. Cuando no puede pagar, no hay venta posible. Por ejemplo, nadie negará que yo tengo el derecho de defender mi vida y mi hacienda contra un ladrón, lo mismo que un indio salvaje que conoce mi nombre a los magistrados. La cuestión de resistencia o sumisión debe estar subordinada a mis medios y situación; pero si, bien armado e igual en fuerza, sufro que otro me haga una injusticia o una violencia, parece que me podrá atribuir esta conducta ni a los sentimientos de la moral, ni a la voz de la religión, y a los que el ofendido sea un cuáquero. ¿Y yo, lo mismo una agresión hecha a mi honor por este caso, un insulto, por leve que sea, es más trascendental para mí que el daño que me hace un saltador que atenta a mi vida en un camino real, pues contra éste puedo reclamar las leyes, y para vencer mi honor he de recurrir a los magistrados. Los cuáqueros traido son insuficientes. Creed firmemente, amigo mío, que nada tiene que echarse en camino que se ve precisado a aceptar o proponer un duelo, siempre que medie una ofensa que me haría perder el aprecio y la consideración de toda persona bien nacida, si la sobrelevase indiferencia.

—Mucho siento que penséis establecer Escocia, pero no consulta el que a lo largo no habéis elegido un punto muy distante de la frontera. El del Devonshire al Westmoreland es empresa que arreará a un habitante de India. Yo sé que el Galloway o del condado de Dumfries para venir a hacernos una visita dar un paso para acercarse al sol. Además como presumo, la finca a que habéis echado ojo está inmediata al antiguo castillo donde el sastre por astrólogo hará unos veinte años, bradas veces os he oído describir con entusiasmo todos sus alrededores, para que renunciéis a hacer su adquisición. En su embargo, que el hospitalario y parlero lo que tan bien os recibió entonces, anda perdido por estos mundos, y que su capellán, que con tanta frecuencia me habéis pintado, está en su *verram natura*.

Desearía, querido amigo, poder teneros aquí en mi casa, y no sin gran violencia me permitiría continuaros aunque eor poder aseguraros que en lo que me falta que decir hay la menor indiscreción de parte de mi pupila miss Julia Manning; pero como probaos que todavía merezco el apodo de *claro* que me pusieron en el colegio. En esta palabra, éste es el caso:

—Vuestra hija tiene mucho de la novedad, disposición de vuestro carácter, con un poco de aquella sed de ser admirada, de que adolemos más o menos todas las bonitas. Probablemente será vuestra única heredera, circunstancia poco momento para los que miran a Julia en sus ojos, pero muy importante para los que miran en sus labios y en sus ojos. Ya habéis cuantas veces la he embromado sobre su lánguida melancolía, y sobre esos pasos melancólicos que le gusta dar muy de mañana, y de que nadie se levante, o a la luz de la luna cuando todos deberían estar metidos en la cama, o cuando está uno con la baraja en la mano que viene a ser lo mismo. El incidente sigue puede mirarse todavía como cosa insignificante, pero creo deber esperar para mí, así, a que vos ne deis el ejemplo.

"Dos o tres veces, durante estos últimos cinco días, he oído, ya muy entrada la noche, bien muy de mañana, un caramillo que tocaba aquella canción india que a vuestra hija le gusta tanto. Creí al principio que sería cosa de algún criado filarmónico que, no pudiendo durante el día ejercitar su habilidad, elegía aquella silenciosa hora para imitar los sonidos que había podido oír desde la antesala; pero, habiéndome acordado anoche escribiendo hasta bastante tarde en mi despacho, que ese precisamente destino del cuarto de miss Julia, no sólo oí el ensabido caramillo, mas pude convencerme de que los sonidos salían del lago que está al pie de nuestras ventanas. Desoso de saber quién nos obscuaba a tales horas con aquella serenata, escuché con suma atención, y me cercioré de que no era yo el único que velaba en la casa. Sin duda os acordaréis de que miss Manningering prefirió el cuarto que ocupa, porque tiene un balcón que da sobre el lago; pues bien, amigo mío, oí abrir un balcón, luego unas persianas, y en fin el sonido de su propia voz que entraba en conversación con alguno que le respondía desde abajo. No es esto *muchísimo ruido y pocas voces*; estoy seguro de haber reconocido muy bien su voz tan dulce y persuasiva, y, a decir verdad, la voz que salía del lago estaba en perfecta armonía de ternura y pasión con la suya; pero no pude oír lo que se decían. Abrí mi ventana a fin de oír algo de aquella cita a la española, pero, a pesar de todas mis precauciones, el ruido que hice espantó a los conversantes, cerráronse con precipitación vidrieras y persianas en el cuarto de miss Julia, y el recuerdo batió de los remos en el lago me anunció la retirada del interlocutor masculino; hasta puedo asegurar haber visto una lancha, que, impulsada con no menos destreza que agilidad, salió del lago con tanta rapidez como si hubiese contenido doce briosos remeros. A la mañana siguiente, tanteé a algunos de mis criados, como por mera casualidad, y supe que el guardabosque, al hacer su ronda por la noche, había hallado muchas veces aquel bote en el lago junto a la quinta, que nunca había visto en él más que una sola persona, y que casi siempre había oído el ensabido caramillo. No quisiera irar adelante mis preguntas, por evitar toda sospecha; pero, luego, al almuerzo, hablé como por incidente de la serenata de la víspera, y observé que miss Manningering se puso sucesivamente pálida y encendida. Di inmediatamente a la conversación un giro que pudiese hacerla creer que no había sido mi ánimo en manera alguna echarle una indirecta, pero en lo sucesivo dejé luz toda la noche en mi despacho, y tendré las persianas abiertas, para ahuyentar, si es posible, a nuestro duende nocturno. He insistido sobre el rigor de la estación, sobre la hamaca de la niebla, como un obstáculo para esos pasos solitarios por la noche y por la mañana, a que es tan aficionada Julia, y os confieso que he sentido de veras verla consentir a todo con una resignación que no me parece propia de su carácter. La índole de Julia se asemeja demasiado a la de su padre para renunciar de ese modo a su voluntad, si no conociese que la prudencia debe excitarla a la sumisión.

"Aquí tenéis mi aventura, de la que podéis inferir lo que mejor os parezca. Ni una palabra he dicho de todo esto a mi buena mujer, que, llena de indulgencia para las flaquezas de su sexo, no hubiera dejado seguramente de oponerse a que os diese noticia de estas particularidades, y se hubiera empeñado además en probar sobre el ánimo de miss Manningering los efectos de su elocuencia, facultad que, aunque muy poderosa cuando se dirige a mí, su legítimo objeto, temo que hubiera sido de más perjuicio que provecho en el caso de que se trata. Acaso os parecerá que es más prudente aparentar que ignoráis lo que ha pasado, sin entrar en reconocimientos, o que no dais a todo ello la menor importancia. Julia se parece mucho a cierto amigo mío; tiene una imaginación viva y fogosa

El perfume, invisible personaje

nos sigue y nos rodea, creándonos una aureola de encanto y particular atracción.

Haga Ud. que esa compañía sea grata y distinguida, perfumándose con LOCION CHIPRE de Preal, que, con su aroma fino, delicado y persistente, pondrá una nota de distinción en su tocado.

LOCION CHIPRE de Preal es el perfume femenino por excelencia y simboliza la esencia de la mujer.

Pruebe LOCION CHIPRE de Preal y tendrá la satisfacción de sentirse agradablemente perfumada.

Se vende en todas las farmacias, tiendas y perfumerías, en varios tamaños.

CAMAUER Y CIA.
Soc. de Resp. Ltdo. - Cap. \$ 200.000 -
INCLAM 2839/47 - Buenos Aires

REPRESENTANTES:

URUGUAY:
José C. Codenazzi y Cia. - Paysandú 906
Montevideo.

PARAGUAY:
Vicente Scovone y Cia., Palma 224-26
Asunción.



GEORGIA CARROLL
Warner Bros. Player



EXTRACTO
Y LOCION

Chipre de PREAL

(El perfume femenino por excelencia)

sa que le pinta con colores exagerados así los bienes como los males de la vida; es, sin embargo, una criatura preciosa, tan apreciable por sus gracias como por su talento y su buen corazón. Le he dado con mil amores el beso que me enviasteis para ella, y en recompensa me apretó la mano con sus lindos dedos. No dejéis de volver cuando antes a abrazaros, y encretao conatod con la vigilancia de vuestro afectísimo

ARTURO MERVYN.

"P. D. Naturalmente desearé saber si tengo algunas sospechas acerca de quién pueda ser el amigo de la serenata: a decir verdad, ninguna tengo. Entre todos los jóvenes de estas cercanías que por su clase podrían aspirar a la mano de miss Julia, no conozco ninguno que me parezca hombre para hacer el papel de héroe de novela. Pero al otro lado del lago, casi frente por frente de Mervyn-Hall, hay una miserable posada que es el punto de reunión de toda especie de vagabundos — poetas, comediantes, pintores y músicos — que vienen a inspirarse en estos pintorescos alrededores. Su hermosa ruina condensa a la incomodidad, que no es pequeña, de tener siempre encima ese enjambre de botarates. Si Julia fuera hija mía, más temería por ese lado que por ningún otro; es género y novelesca, escribe seis cartillas por semana a una amiga de colegio, y a veces es peligroso para una niña tener que buscar un tema cualquiera para ejercitar sobre él sus sentimientos o su pluma. Adios, amigo mio: si hubiese tratado este asunto más seriamente, hubiese creído hacer una injusticia notoria a vuestros sentimientos, pero si no lo hubiera ocultado, temería haber sido imprudente."

A consecuencia del contenido de esta carta, despachó el coronel su infiel mensajero a Mr. Mac Morlan, con los poderes necesarios para que hiciera la adquisición de la finca de Ellangowan, y se dirigió hacia el sur, sin detenerse hasta que llegó a la quinta de su amigo Mr. Mervyn, situado a la orilla de uno de los lagos del Westmoreland.

CAPITULO XVII

Compadecido el cielo
De los amantes que en la ausencia lloran,
Pues un tanto convida
Al arte epitalámico el inspiró.
O queriendo un poeta
De que héroes hacer la fin pintara,
Que en carta, más perfecta,
Ellos mismos la hiciesen discurrir.

Imitación de Pope.

El primer cuidado de Manering, después de su regreso a Inglaterra, fué poner a su hija en un excelente colegio para completar su educación; pero viendo que no progresaba a medida de su impaciencia, la sacó a los tres meses y le tomó maestros en su casa; pero aquellos tres meses le bastaron para formar una eterna amistad con miss Matilde Marchmont, señoría de su misma edad, es decir, de unos diez y ocho años. A aquella fin amiga iban dirigidas las formidables cartas que salían de Mervyn-Hall en alas del correo, desde que habitaba miss Manering en aquella quinta. La lectura de algunos pocos extractos de aquellas cartas es necesaria para la buena inteligencia de esta historia.

PRIMER EXTRACTO

"Ah, querida Matilde, qué pesadumbre la mía. La desgracia me persigue desde la cuna. Considera que estamos separados por tan leve causa — por una falta de gramática en un tema italiano y tres notas equivocadas en una sonata de Paeisello! Pero tal es el carácter de mi padre, al cual no sé si podría decir si es mayor ni temura que mi admiración o mi temor. Sus triunfos en la guerra, su costumbre de ver doblegarse todos los obstáculos a la energía de su voluntad, aun cuando parecen insuperables, todo esto ha contribuido a dar

a su carácter una tenacidad y un rigor que, ni consento la menor contradicción, ni disculpan la menor flaqueza. Verdad es que él no tiene que acusarse de ninguna. ¿Sabes que corren rumores, medio confirmados por algunas palabras que me dijo mi pobre madre al morir, de que está iniciado en ciencias, hoy perdidas en el mundo, que dan al que las posee la facultad de penetrar los oscuros y recónditos arcanos del porvenir? La idea de tamaño poder, o aun el talento y la inteligencia con que puede suplirse, — no derraman, querida Matilde, un baño de misteriosa grandeza sobre el que los posee? Dirás que estos son devanos de novela, pero considera que he nacido en el país de las hadas y de los talismanes, y que estoy acostumbrado a oír desde mi infancia esos cuentos deliciosos de que vosotras no podéis gozar sino en pálidas traducciones. ¡Oh, Matilde!, quisiera que hubieras podido ver los aterrados semblantes de mis doncellas indias, inclinados con una especie de devoción estática alrededor de la que en un lenguaje entre poético y fantástico contaba aquellas mágicas historias. No me admira que las ficciones de los europeos parezcan frías e insultas al lado de los maravillosos efectos que, como yo he visto, producen en los que las escuchan las fábulas del Oriente."

SEGUNDO EXTRACTO

"Tú eres depositaria, querida Matilde, de los secretos de mi pecho; tú sabes el afecto que conservo a Brown, y no quiero decir a su memoria, porque estoy convencida de que vive y de que me ama como siempre. Mi malograda madre había autorizado los obsequios que me tributaba — acaso imprudentemente, considerando las preocupaciones de mi padre en punto a nacimiento y clase —, pero en aquella época yo era una niña, y no se podía exigir de mí que tuviese más cordura que aquella bajo cuyo amparo me había colocado la naturaleza. Mi padre estaba siempre ocupado en los deberes de su profesión; yo no le veía sino muy rara vez, y estaba acostumbrada a mirarle con más respeto que confianza. ¡Pluguiera al cielo que no hubiera sido así! Todos habiéramos ganado en ello."

TERCER EXTRACTO

"Me preguntas por qué no informo a mi padre de que todavía vive Brown o a la memoria de que ha sobrevivido a la herida que recibió en aquel fatal desafío, como también de que escribí a mi madre para anunciarle su convalencia y la esperanza que tenía de verse pronto libre de su cautiverio; pero no reflexiones que un militar, que ha visto caer tantos hombres en el campo de batalla, debe mirar sin duda con bastante indiferencia una catástrofe que casi me petrificó cuando llegó a mi noticia. Si le enseñase aquella carta, — sus resultaría que Brown, conservando aún las pretensiones al amor de tu pobre amiga que determinaron a mi padre a atentar contra su vida, turbaría la tranquilidad de su alma mucho más que su supuesta muerte? Si rompe sus cadenas, estoy segura de que volverá a Inglaterra, y entonces será el momento de reflexionar sobre el medio de descubrir a mi padre que existe. Pero si por desgracia llegase a desvanecerse esta dulce y secreta esperanza, ¿a qué fin descubrirle un misterio a que van unidos tantos amargos recuerdos? Mi querida madre tenía tanto que llegase a saber que había autorizado a Brown a servirme, que creo que preferiré hacerle sospechar que mis obsequios se dirigen a ella, a descubrirle cuál era su verdadero objeto, y ¡oh, Matilde!, cualquiera que sea la veneración que debo a la memoria de mi madre que ya no existe, necesario es que haga también justicia al padre que me ha conservado el cielo. Lo confieso, no puedo menos de creer que la conducta que adoptó mi madre era injusta con respecto a mi padre, no menos que peligrosa para ella y para mí. Pero, ¡paz a sus cenizas!... Sus

acciones le fueron dictadas más bien por razón que por su cabeza, y no le esta a su hija, que ha heredado todos sus defectos, ventar el velo que los cubre..."

CUARTO EXTRACTO

MERVYN.

"Si la India es el país de la magia, éste, querida Matilde, es el de la novela. Su aspecto tal que parece que la naturaleza ha prestado el sus más sublimes escenas: sonoras montañas que esconden en el firmamento peladas cimbras, lagos que serpando en las umbrías conducen en cada recodo a una vez más pintorescos, rocas que se pierden las nubes; aquí las agrestes asperezas de un tor, allí las deliciosas escenas de Claudia (lebres pintores). ¡Gracias a Dios que he fin un objeto que mi padre y yo estamos des en mirar con entusiasmo! Admiraré la naturaleza como poeta y como pintor, pero do el mayor placer en oír sus observaciones que demuestran sus efectos en los magníficos testimonios de su poesía, siera que fijara su residencia en este país, pero tiene el proyecto de ir más hacia el norte, y en este momento dando una vuelta por Escocia, donde, según creo, de comprar alguna finca para darse a ella definitivamente. Amigos todos le inspiran en favor de aquel país su predilección, de modo, querida Matilde, cuando me establezca en la nueva casa, padre será para alegrarme aún más de verla."

"Que delicia cuando nos volvamos a ver. Matilde, me dar un abrazo a tu lado." "Actualmente vivo en casa de Mr. Mervyn, antiguos amigos de mi padre. La familia es verdaderamente una buena pastora, entre castellana y labradora, pero los recursos de la amistad, ¡cielo santo! no hubiera valido a tu triste amiga (a la besa patas en miss Mrs. Teachen) en la posada. Ya ves que no se me han olvidado los deberes de colegio. Por lo que hace a sir Arturo, es muy lejos de poder compararse con mi padre, pero me divierte y sabe seguirme el paso complaciente, no carece de cierta gracia, pero en general tiene muy buen humor, haciendo sido en su juventud, según creo, te bien parecido, se precia no menos de ser un poco de inteligente agricultor. Yo me vierto en hacerle dar largos pascos por los brez de los montes y al pie de las cascadas, justa retribución admiro sus plantas de de alfalfa y de pipirralgo. Estoy segura de que me tiene por una pobrecita muy sencilla y novelesca, de no mala figura (todo se decir) y de muy buen fondo; yo por lo convengo en que el buen Mervyn puede con bastante acierto del exterior de su persona, pero no le concedo suficiente tacto para penetrar y comprender sus sentimientos, acompañada, me das sus bromas corrientes, un poquito (porque es el caso que el hombre es algo gotoso), y me cuenta las anécdotas de la alta sociedad, que él se da de conocer muy a fondo; yo le escuchó, me nuestro lo más alegre, lo más amable más candorosa que puedo y congeniamente mil maravillas."

"Pero, ah, querida Matilde, cuando me haría el tiempo en este romántico habitado por esta pareja tan poco adecuada a las escenas que la rodean, si no fuera exactitud en responder a mis insignificantes cartas! Yo te lo ruego, no dejes de escribirme los menos tres veces por semana; no puedes faltarme materiales."

QUINTO EXTRACTO

"¿Cómo comunicarte lo que tengo que decirte? Mi mano y mi corazón tiemblan en minutos que casi me es imposible escribirte."

CAPITULO XVIII

Hablar a un hombre por la ventana! ¡Buena, buena! SHIRKOPFANE, Munko rufido por aad.

decía yo que vivía, que me era fiel, que no quería perder mis esperanzas? ¿Cómo puedes vivir, querida Matilde, que los sentimientos que me inspiras, como nacidos en una edad tan temprana, son hijos más bien de mi fantasía que de mi corazón? ¡Oh, bien segura estaba y lo soy ahora más que nunca, de que me durarán para la muerte! Pero volviendo a lo que tengo que decirte, préstame toda tu atención, querida Matilde, y sea esta prueba de confianza el más sincero, el más sagrado testimonio de nuestra eterna amistad.

¡Así suelen todos recogerse muy temprano, pasado temprano para que mi corazón, abrumado de inquietudes, esté ya dispuesto a entretemperarse el descanso. Cojo, pues, generalmente un libro y paso una o dos horas leyendo en mi cuarto, que, como ya creo haberlo dicho, tiene un balcón que da sobre un hermoso lago, del que he procurado sacar el bosquejo que te he remitido. Mervyn-Hall, que era antiguamente una fortaleza en cuya construcción no hubo de desatenderse ningún medio de defensa, está situado en la misma orilla del lago, bastante alejado para que pueda navegar por él un barchuelo. Había yo dejado aunque las persianas cerradas solamente, porque quería seguir mi rumbo, antes de irme a la cama, admirarme en el balcón y contemplar el efecto de la luz de la luna sobre las aguas del lago. Estaba profundamente engolfada en aquella hermosa escena del Mercado de Venecia, en que dos amantes, describiendo la calma de una noche de verano, procuran a porfía hallar en ella nuevos encantos; los sentimientos de mi corazón se confundían con los que me inspiraba aquella deliciosa poesía, cuando el sobre el lago se oyó el sonido de un caramillo. Yo te he dicho que era el instrumento favorito de Brown. Quién podía tocarle en aquel sitio y en una noche que, aunque serena y hermosa, era demasiado fría para que el solo placer de dar un paseo llevase a nadie al lago a tales horas, y sobre todo estando la estación tan adelantada? ¿Acuérrame a la ventana y me puse a escuchar a mis cinco sentidos. Los sonidos cesaron por un momento, empezaron de nuevo y aun parecían que se iban acercando cada vez más; al fin distinguí sin poderme equivocar aquella cancioncilla india que tú llamabas mi música predilecta: ya sabes quién me la enseñó.

«Era él», me eran unos sonidos que me traía al viento para anunciarme su muerte?

Un buen rato pasó antes de que me fuese posible resolverme a salir al balcón; nada en el mundo me hubiera determinado a hacerlo, si no hubiera tenido la convicción íntima de que debía aún, de que debía volverle a ver, pero mi convicción me alentó, y aunque temblando me puse a cabeza, me resolví en fin. Vi una lanterna que no había más que una persona... ¡Oh, Matilde! ¡Oh, Matilde! ¡Al instante le conocí después de tan larga ausencia, a pesar de la oscuridad de la noche, como si le hubiera visto el día antes, como si hubiera brillado sobre nosotros la luz del sol! Dirigió su lanterna hacia el balcón y me habló: no sé lo que me dijo ni que le respondí; las lágrimas me cortaban la vista, pero eran lágrimas de júbilo. Los ladridos de un perro a corta distancia turbaron nuestra entrevista y nos separamos prometiéndonos volvernos a ver en el mismo sitio y a la misma hora.

«Pero en qué parará todo esto? ¿Puedo responder a esta pregunta? No, ciertamente. El día que le ha liberado de la muerte, y le he acordado de su cautiverio, que ha liberado también a mi padre de la desgracia de derramar la sangre de un hombre que por nada en el mundo hubiera querido tocar un solo cabello de su frente, el cielo me sacará tal vez de este conflicto. Entretanto, bástame la firme resolución de que jamás tendré que sonrojarse ni Matilde de mi mejor amiga, ni mi padre de su hija, ni mi amante del objeto de mi vida temeraria.»

Continuaremos dando algunos extractos de las cartas de miss Manning, para que conozcan nuestros lectores la natural sensatez, buenos principios y sensibilidad de aquella señorita, aunque deslucidos tal vez por una educación imperfecta y por la torcida dirección de una madre que miraba en el fondo de su corazón a su marido como a un tirano, y que acabó por temerle como si verdaderamente lo fuera. Miss Manning había leído muchas novelas, las complicadas intrigas que contienen le habían cautivado de tal modo, que quiso manejar una en su propia casa, constituyendo a su hija, de edad de dieciséis años, en su principal heroína. Complaciase en pequeños misterios, daba a la cosa más insignificante una importancia suma, y temblaba sin embargo a la idea de la indignación de su marido si llegaba a descubrir aquellos ridículos manejos. Así muchas veces formaba un proyecto por el solo placer de formarle, o acaso por espíritu de contradicción, no podía retroceder cuando hubiera querido hacerlo, procuraba salir de sus atolladeros por medio de nuevos artificios, o cubrir sus errores con el velo del disimulo, y muchas veces se hallaba engañada en sus propias redes, resultando de aquí que el temor de que se descubriera el embrollo más inocente la metía continuamente en nuevos embrollos y por lo tanto en nuevos apuros.

Por fortuna, el joven a quien tan imprudentemente había introducido en su intimidad y cuyas miras sobre miss Julia había fomentado a hurtadillas del coronel, tenía un fondo de honradez y una rectitud de principios que hicieron menos peligrosas sus relaciones con madre e hija de lo que hubiera debido esperar miss Manning. Sólo podía objetársele la oscuridad de su nacimiento, pues por lo demás,

Con altos sentimientos vino al mundo. Amor a la virtud, ansia de gloria: Principio noblemente su carrera. Y todo anuncia que será muy honrada.

Pero no era posible que resistiese a la tentación que le ofrecía la imprudencia de miss Manning, ni que dejase de pensarse de una señorita cuya hermosura y buenas prendas hubieran justificado su pasión, aun en sitios donde estas cualidades se hallan más generalmente que en una remota fortaleza de nuestras posesiones en las Indias. La carta del coronel a Mr. Mervyn ha dado ya suficientes pormenores sobre los resultados de la imprudencia de miss Manning, e insistir más sobre este punto sería abusar de la paciencia de nuestros lectores.

Vamos, pues, a presentar los extractos que hemos ofrecido de la correspondencia de miss Julia con su amiga.

SEXTO EXTRACTO

«He vuelto a verlo, Matilde; otras dos veces nos hemos visto. En vano me he empeñado en convencerme de que estas secretas entrevistas son peligrosas para ambos, en vano le he excitado a seguir su carrera sin pensar más en mí, asegurándole que estov sin cuidado y que soy feliz desde que sé que no ha sido víctima del resentimiento de mi padre. El me responde... ¿pero cómo decirte todas las respuestas que a él se le ocurren? Reclama las esperanzas que mi madre le autorizó a concebir, y aun ha tratado de persuadirme a que le dé mi mano sin esperar el consentimiento de mi padre. Pero a esto, querida Matilde, jamás me decidirá. He refusedo positivamente, aunque para ello he tenido que imponer silencio a la voz de mi cruzado; pero cómo salir de este fatal laberinto en que a los dos nos han metido la suerte y la imprevisión propia y ajena?

«Tanto he discurrido sobre esto, Matilde, que tengo la cabeza aturrida. He pensado que lo me-

GRATIS

enviamos este libro de 24 páginas, con glosas, modelos y descripciones.

“LA GUITARRA: SEIS CUERDAS Y UN CORAZON”

MANDE ESTE CUPON y 10 ctvs. en estampillas para gastos de franqueo y lo recibirá a vuelta de correo.

CASA AMERICANA
 “Una tradición en guitarras”
 Av. de MAYO 959 — Bs. AIRES

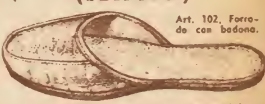
NOMBRE _____

CALLE _____ No. _____

LOCALIDAD _____ F. C. _____

La Fábrica HOMEDES, Labardén 222, Buenos Aires, que con tanto éxito lanzó al mercado argentino su

PANTUFLA - CHINELA (SLIPPER)



Art. 102. Modelo con suela de material, a pesos 2.50 PRESENTA SUS MODELOS DE INVIERNO



Art. 111 - 112. Colores: negro, azul, rojo, marrón y gris; suela de material con tacco, forro de lana. Precio por par, a... \$ 3.50 Envios contra reembolso agregar \$ 0.50

FABRICA HOMEDES, LABARDEN 222 — BUENOS AIRES

Tenemos algunas vacantes de Representantes, disponibles para poblaciones importantes del interior. Los interesados deberán ser personas o firmas solventes, que estén dispuestos a adquirir contra reembolso las nuevas muestrarios.

por sería declarárselo todo a mi padre, que es acreedor a esta prueba de confianza, porque verdaderamente me ama con una ternura que jamás podré pagarle. Creo, además, haber observado su carácter lo suficiente para conocer que no es arrebatado y violento sino cuando sospecha que quieren engañarle, y acaso en este punto ha sido mal juzgado por alguna persona que le era muy cara. Tiene además sentimientos muy caballerescos y muchas veces le he visto tributar a la pintura de una acción generosa, de un rasgo de heroísmo o de virtud, lágrimas que no hubieran podido arrancarle en la situación más desesperada. Pero a esto opone Brown que es su enemigo personal; y luego la oscuridad de su nacimiento! Sería para mi padre un golpe terrible... ¡Oh, Matilde!, supongo que ninguno de sus asistentes había estado en la batalla de Poitiers ni en la de Azincourt. Si no fuera por la veneración de mi padre a la memoria de sir Miles Manning, ni explicaría con él sin la mitad del temor que tengo ahora".

SÉPTIMO EXTRACTO

"En este instante recibí tu carta, y tu desdichada carta! Gracias, querida amiga, gracias por tu simpatía y por tus consejos; sólo puedo darte tanta amistad con una confianza sin límites. "Me preguntas cuál es la extracción de Brown para que inspire a mi padre tanto desprecio. Su historia se reduce a muy pocas palabras: es escocés de nacimiento; pero habiendo quedado huérfano, una familia relacionada con la suya, y establecida en Holanda, le recogió y cuidó de su educación. Destináronle al comercio, y en su primera juventud le enviaron a uno de nuestros establecimientos en el Indostán, donde su tutor tenía un correspondiente; pero cuando llegó a las Indias, aquel correspondiente había ya muerto, por lo que no le quedó otro recurso que el de entrar en la dependencia de otro caso de comercio, a la guerra que empezó por entonces y la necesidad de alistar nuevos reclutas para el ejército, abrieron la carrera de las armas a todos los jóvenes inclinados a ella, y Brown, cuya disposición marcial nunca se ha desmentido, fué uno de los primeros en dejar la senda de la fortuna por la de la gloria. Ya conoces lo restante de su historia; pero imagínate cuál sería el desprecio de mi padre, que desprecia el comercio (aunque sea dicho así) para entre nosotras, casi todos sus bienes fueron adquiridos por el hermano de mi abuelo en esta honrosa profesión) y que tiene una antipatía particular a los holandeses; ¡figúrate, digo, cómo escuchará las proposiciones a la mano de su hija única de parte de Van Beest Brown, criado por caridad en la casa de Van Beest y Van Brugen! Jamás daría su consentimiento, y... ¿querrás creerlo? Casi, casi estoy por decir que poco falta para que yo participe de esa flaqueza rídicula. "¡Missus Van Beest Brown!... ¡Trácioso nombre en verdad... ¡Qué insustanciales somos!"

OCTAVO EXTRACTO

"Todo se perdió, Matilde: nunca tendré valor para confesárselo a mi padre, y aun temo que iba descubriendo mi secreto por otro conducto, o que me quitaría hasta el mérito de una concesión espontánea y destruye las esperanzas que un no atrevía a conservar. Una de estas noches pasadas vino Brown al lago según costumbre, y ¡son de su caramillo ni anunció su llegada; habíamos convenido en que ésta fuera siempre la señal. Estas románticas cercanías atraen un numeroso concurso de viajeros a todas horas, y escribíamos que si llegaban en la quinta a reparar a Brown, pasaría por uno de aquellos admiradores de la naturaleza que se complacen en exaltar los sentimientos que les inspira su aspecto en vagas armonías; el placer de escucharlas podía también servirme de disculpa si llegaban a verme asomado al balcón, pero en esta última entrevista, mientras le estaba hablando aún de mi proyecto de declarárselo todo a mi padre, q

que él se oponía obstinadamente, o que se abría con mucho tiento la ventana del despacho de Mr. Mervyn, que casi precipitadamente bajó de mi cuarto; hice señal a Brown de que se alejara y me retiré al punto con alguna esperanza de que acaso no nos habría descubierto.

Pero, ¡ah, Matilde!, estas esperanzas se desvanecieron apenas vi a la mañana siguiente a Mr. Mervyn cuando nos reunimos para almorzar; sus miradas, su aire socarrón, sus risitas falsas, todo me anunció que nos había visto. En mi vida me he sentido más dispuesta a enfadarme de veras; pero es preciso tener un poco de política, y ahora se limitan mis paseos al jardín adonde sin inconveniente puede seguirme: el pobre gótico pegado al muro faldado como mi sombra. Una o dos veces le he sorprendido tratando de sondear mis pensamientos y de espíar la expresión de mi semblante. Ha hablado de sonatas y de caramillos, ha insistido sobre la vigilancia y ferocidad de sus perros y sobre el cuidado con que hace su ronda el jardinero todas las noches con una escopeta bien cargada; ha echado en fin una puntadita sobre las trampas, redes y cepos que tiene en sus tierras. No quisiera hacer un desaire a un antiguo amigo del autor de mis días en su propia casa, pero tendría gusto en probarle que soy hija de mi padre y no suya, cosa de que ciertamente quedaría bien convencido Mr. Mervyn el día en que me decidiera a responder a sus indirectas en el tono que se merece. De una parte me seguía y se le agradezco en el alma, y es de que no ha dicho una sola palabra de todo ello a su mujer; ¡Pobritos sermones en gracia de Dios me hubiera echado la buena señora sobre los peligros del amor y del relente de la noche en el lago, sobre los reumatismos y los aventureros que enamoran a las mujeres por su dote, sobre la conveniencia y utilidad del agua de manzanilla y de las ventanas bien cerradas! No puedo menos de hablarte en tono de broma, Matilde, y, sin embargo, mi corazón está traspasado de dolor. No sé qué es de Brown, aunque pretendo que sólo el temor de que desbarren sus visitas nocturnas le retrase de venir. Vive en una posada al otro lado del lago, bajo el nombre, según me ha dicho, de Dawson (hijo de grajo); no tiene buena mano para escoger nombres, fuerza es conocerlo. No creo que haya pedido su licencia absoluta, pero nada me ha dicho de sus actuales planes.

"Para completar mis angustias, mi padre ha vuelto de repente y de muy mal humor. La buena de nuestra patrona, según he inferido de una conversación muy acalorada que ha tenido con su ama de gobierno, no le esperaba hasta de aquí a una semana; pero se conoce que su llegada no ha sorprendido a Mr. Mervyn; se muestra conmigo muy frío y reservado, lo suficiente para quitarme toda la resolución de que necesitaría para hablarle con franqueza. El achaca su murria al malogro de un proyecto que había tocado muy a pecho de comprar una finca hacia el sudoeste de Escocia, pero no puedo creer que tan leve motivo baste para tenerle tan mustio. Su primera excursión fué para atravesar el lago en un bote con Mr. Mervyn e ir a la posada de que ya te he hablado: imagínate si estaría yo en brasa esperando su vuelta. Si hubiera reconocido a Brown, ¿quién sabe cuáles hubieran sido las resultas? Pero volví sin que nada anunciara que le hubiera reconocido. Acabo de saber que piensa alquilar una quinta en las cercanías de Ellangowan, que es la finca que quería comprar y con que tantas veces me ha machacado los oídos; parece ser que está persuadido de que no tardará en volver a ponerse en venta. No cerraré esta carta hasta que sepa con más certeza cuáles son definitivamente sus intenciones.

"Acabo de tener una entrevista con mi padre en la que me ha dicho acerca de sus proyectos lo que le ha parecido conveniente. Esta mañana, después de almorzar, me dijo que le siguiese a la casa de rodillas y que temblara, Matilde, y no exagero si te digo que me tembló al seguirle. Yo no sé realmente lo que tenía; sólo

sé que desde mi niñez estoy acostumbrada a cuando le veo en un momento de ira, que me mira de sus cejas. Díjome que me sentase, y mi vida he obedecido de mejor gana, porque, si en verdad, no podía tenerme en pie; y pasándose de arriba abajo por la estancia, ha visto a mi padre, y me acuerdo de que llamé la atención, como a todos los que he visto la extraordinaria expresión de sus facciones, ojos son naturalmente claros, pero la suya es la cólera; les dan un no sé qué de penetrante y sombrío; tiene también la costumbre de pasearse los labios cuando está muy irritado y me recuerda. Aquella era la primera vez que me hallaba sola con él desde su vuelta de Escocia como veía en su semblante todas esas cosas, y me agitación, no dudé que iba a entrar de lleno en el asunto de que yo más tenía oírle hablar.

"Para consuelo mio, pronto vi que me estaba engañando, y que, si en efecto tenía noticia de descubrimientos de Mr. Mervyn, no me iba a prestar en contestaciones conmigo sobre esto.

"Julia — me dijo —, ni apoderado de bien de Escocia que me ha alquilado una casa bien anueblada con todo lo necesario para otros, a unas tres millas de la que yo me voy a comprar.

Hizo un esto una pausa, como si aguzara los oídos.

"Cualquier sitio que os agrade, papá, me viene de menos de agradarme a mí igualmente, dije.

"¡Ya!, pero no pienso, Julia, que sola todo el invierno.

"Tendremos a Mr. y missus Mervyn entre mí, y luego en alta voz: — La sociedad vos elijáis será muy de mi gusto seguramente respondi.

"Lo creo, pero te advierto que tanta me empalaga: esa docilidad es muy buena para en práctica, pero es temido que siempre el mismo me recuerda la rastro de un de nuestros esclavos negros de Escocia una palabra, Julia, sé que te gusta la idea de pensar convidar a una señorita, hija de un amigo que murió hace poco, a que venga a jugar conmigo con nosotros.

"Por amor de Dios, papá, nada de exclamé, viniendo el temor a la prudencia.

"No se trata de un ayá — respondi, diciendo el ceño —, sino como yo he dicho a señorita tan joven o más que tú, criada en la cueva del infortunio, y cuyo excelente podrá ser de mucho provecho.

"Responder a esta pulla hubiera sido me en un terreno muy resbaladizo, por preferí hacerme la desentendida. Después breve silencio:

"¿Y es escocesa esa señorita? — le dije.

"Sí — me respondió con sequedad.

"¿Y tiene mucho acento?

"¡Qué acento ni qué diablo! ¡Te importa mucho que pronuncie a o al! Hablo con formalidad, Julia; sé que es nada a la amistad, es decir, a entablar una a que das este nombre (¿qué me dices dureza, Matilde?), y yo quiero ponerme a dices de adquirir una amiga que merezca bien de tal. A este fin he resuelto que esa venga si gusta a pasar algunos meses con y que me que hablará de todas las cosas debidas a la desgracia y a la virtud.

"Ciertamente, papá. Y esa mi futura ¿tiene el pelo rojo?

"Échome al oír esto una mirada furiosa, dirás que bien la merecí, pero ¿qué que parece sino que el mismo diablo me meces las ocurrencias más importunas.

"Te es tan superior, prendi Julia — pondió mi padre de muy mal talante — como en juicio, y en afecto a sus amigos.

"¿Y creéis, papá, que esa superioridad buena recomendación? Vaya, vaya, mis con demasiada formalidad lo que que una charra; sea quien fuere esa señorita, déis estar seguro de que basta y sobra

recomendéis para que no halle en mí el motivo de queja. Pero decidme — añado — si persona alguna de la sirva? Porque bien sería que si viene sola, será menester que me de buscarla una doncella.

No... , rigurosamente hablando... no tengo ningún criado... , pero... el capellán que en casa de su padre es un excelente sujeto, y que me ayuda a acompañar.

Un capellán, papá! ¡Dios nos libre!...

Señora, sí, un capellán; ¿qué tiene eso de malo? ¿Es nuevo para ti ese nombre? ¿No sabes también nosotros un capellán en casa de los escabinos en las Indias?

Señor, papá, pero allí eras vos el gobernador. También gobierno aquí, miss Manning, a los unos en mi familia.

Seguramente; y vos leerá el rito de la anglicana?

¿Parece candor con que le hice esta pregunta al traste con gran parte de su grave — Basta, basta — me dijo —; no te quisiera maliciosa, pero nada ganaría con reñirte.

Los dos personas de que te he hablado, una es un muchacho ciertamente, y en cuanto al que capellán, por no saber qué otro nombre darle, es un sujeto muy estimable, aunque de edad. Muy a las claras sería menester de él para que lo echara de ver el infeliz.

El último me acomoda bastante. Pero decime, ¿la quinta que vamos a habitar, está tan buena situada como ésta?

Como no será tan de tu gusto, porque no te ventanás que den sobre el lago, ni más que la de tu piano.

¿Y qué, querida Matilde, si me dejaría pagar un taque brusco, la impresión que me hace tal, que quede sin saber qué responder, embargo, como ya habrás visto por el que antecede, estov mucho más animada que yo misma hubiera podido esperar.

¿Y vive, está en libertad, se halla en Inglaterra. Con esta certeza, todo me importa poco.

¿Y a los dos o tres días salimos para nuestra residencia; no dejaré de escribirte lo que me preocupa de nuestros dos escoceses, de quienes sobradamente razones para suponer que no me darán más ni mentes que dos dignos espías, uno de cada y otro con casación, que mi padre me introducir en su casa por los motivos que me dejan discurrir. ¿Qué contraste con la soledad que yo desearía! Pero ¿cómo ha de ser? —

¿No legemos escribiré a mi querida Matilde, y cuando de cuanto ocurra de nuevo a su amiga hasta la muerte.

JULIA MANNERING. "

CAPITULO XIX

Cenada de colinas

Y demás arboladas que rebagan

Con ondas cristalinas

Un arroyo, se alzata

La respuesta vibranda que habitaba.

¡Oh soledad sombría

Donde natura de sus galas todas

Vistoso alarde hacías!...

WATSON.

El ambiente de la hacienda que había adquirido Mr. Mac Morlan para el coronel Manning en Woodhouse, espaciosa y elegante quinta situada al pie de un cerro cubierto de un bosque que guardaba de los vientos del norte y este; la que se abría sobre una pradera limitada por una gran arboleda, y a su espaldal se extendían excelentes tierras labrantías a la vera de un arroyo que se veía desde las ventanas. Un jardín muy lindo, pero al antiguo uso, un palomar abastecido, y las suficientes huertas para atender a todas las necesidades de la familia, y de aquella quinta una mansión tan cómoda como placentera.

había resultado Manning fijó su residencia al momento por una temporada. Aunque acostumbrado al hijo de la India, no era amigo de la ostentación de sus riquezas; tenía aquel aire demasiado orgullo verdadero para que se cabida en su corazón la vanidad. Esta-

blecióse, pues, sobre un pie muy decoroso y adecuado a su clase y caudal, pero sin hacer ni permitir que nadie en su casa hiciese alarde del fausto que ya entonces se consideraba como euidad distintiva de un *habib*.

Tenía, además, puesta la vista en Ellangowan, que no había renunciado a la esperanza de comprar, y que Mr. Mac Morlan creía que Glossin tendría que volver a poner en venta, pues ya varios acreedores le disputaban el derecho de conservar en su poder la porción de su valor que él retenía de hecho, y se sospechaba que en caso de una liquidación, no tendría fondos suficientes para satisfacer todos los créditos. Acaso parecía extraño que conservase Manning tanto apego a un sitio en que no había estado más que una vez, muy poco tiempo y en una época tan remota; pero las circunstancias de que allí había sido testigo habían herido profundamente su imaginación. Parecía que su propio destino tenía algunos puntos de contacto con el de la desgraciada familia de Ellangowan, y sentía un inexplicable deseo de verse propietario de aquella azotea desde donde había leído en el libro

LA MUJER HERMOSA



Ojos claros y cabellos sin teñir; esta hermosa mujer se nos muestra tal cual es cuando se levanta de dormir. Si todos hicieran lo mismo, serían cantados los "bellezas" en el mundo; la mayoría de estas herosas dejan su hermosura entre los sábanos. Y quien se casa con ellas al amanecer desea divorciarse al amanecer.

Las señoras francesas, las señoras Reines, parece poseer colores y formas oronaciones excelentes, capaces de contentar al más exigente de las meriadas a cualquier hora de la tarde, de la noche y de la madrugada, que ya es mucho decir.

de las estrellas la singular catástrofe acaecida al único heredero del nombre de Bertrán, catástrofe en que veía una misteriosa correspondencia con la suerte de su malograda esposa, cuyo recuerdo desgarraba su alma y su corazón. Además, una vez que se le hubo metido en la cabeza hacer aquella compra, no pudo llenar con paciencia la idea de ver desbaratados sus planes por un miserable como Glossin, de modo que este nuevo pique de amor propio se unió al capricho que ya tenía para afeerrarle más y más en su propósito de hacer a todo trance aquella adquisición, apenas le fuese posible.

¡Tágameos justicia, sin embargo, al noble carácter del coronel; el deseo de aliviar la desgracia de miss Lucy contribuyó mucho a determinarle a establecerse en las cercanías de Ellangowan. Sabía, además, cuán conveniente sería para su hija la compañía de miss Bertrán, cuyo título superior a su edad y bello carácter le eran conocidos, pues Mr. Mac Morlan le había confiado en secreto su conducta con respecto al joven Carlos Hazlewood. Proponerle que le hubiese

APRENDA RADIO!

Curso completo en 4 tomos, \$ 20.— Claramente expuestos están en estos libros las más modernas teorías de la radiotelegrafía y telegrafía. Además se incluyen lecciones para la construcción de receptores y transmisores, con un amplio estudio sobre cine sonoro.

Cada tomo, \$ 5.— (Flete: \$ 0.75)
Envíe C. Reséndiz a: Pédidos a A. WARD
Sgo. DEL ESTERO 1519 - Bs. As.

seguido lejos de los sirios donde había pasado su juventud, y donde tenía los pocos amigos de su padre, le hubiera parecido poco delicado, pero en Woodhouse podía muy bien convidarla a pasar una temporada con su hija sin exponerse a humillarla con visos de dependencia. Miss Lucy, después de haber tribeudado un poco, aceptó su oferta de ir a pasar algunas semanas con miss Manning; pero, a pesar de todos los delicados miramientos que usó con ella el coronel para disfrazarle la verdad, bien conoció la pobre huérfana que su principal objeto era ofrecerle un asilo y su protección.

Prescintiendo por entonces recibió de mistress Bertrán de Gingsleda, la parienta a quien, como ya hemos dicho, consultó sobre lo que debía hacer después de la muerte de su padre, una carta tan fría y tan atenta como buenamente imaginarse puede. Enviábale, es verdad, una pequeña suma, pero la excitaba a observar la más estricta economía, la aconsejaba que entrase en pensión con alguna familia honrada, ya fuese en Kippletringan, ya en las cercanías, y terminaba asegurándole que, a pesar de la escasez de sus recursos, se quitaría el pan de la boca antes de dejar a su préstamo expuesta a la necesidad. No pudo menos miss Bertrán de derramar algunas lágrimas al leer esta carta tan poco consoladora; acordándose de haber oído decir que, en vida de su madre, aquella buena señora había pasado muchos años en Ellangowan, donde probablemente hubiera terminado sus días, a no haber tenido la fortuna de heredar sobre una cuatrocientos libras de renta. Fuertes tentaciones tuvo miss Lucy de devolverle la friolera que la vanidad, luchando con la avaricia, había arrancado a la descaudada solterona; pero, después de haberlo pensado bien, se decidió a escribirle que la aceptaba como un préstamo que esperaba pagarle algún día, y ya consultó relativamente a la oferta que había recibido del coronel Manning. A vuelta de camino le llegó la contestación, temiendo sin duda mistress Bertrán que una delicadeza mal entendida, o una verdadera insensatez (éstas eran sus mismas expresiones), indujesen a su sobrina a rehusar aquellas excelentes proposiciones, y a preferir ser una carga para sus parientes. No le quedaba, pues, a miss Lucy otro partido que tomar, a menos de continuar siendo gravosa a Mr. Mac Morlan, que era demasiado liberal para ser rico. Las familias de quienes había recibido semejantes ofertas cuando murió su padre, no se acordaban ya de ella, bien fuese porque se alegrasen mucho que no las hubiese aceptado, bien por resentimiento de que hubiese dado la preferencia a Mr. Mac Morlan.

Triste hubiera sido la situación de Dominus Sampson si la persona que se interesaba por miss Lucy no hubiera sido el coronel Manning, admirador nato de todo ente original, y que conocía por Mr. Mac Morlan su excelente proceder con la hija de su antiguo protector. Informóse el coronel de si poseía aún el buen Dominus aquella imponderable tauturnidad que tanto le distinguía en Ellangowan, y habiendo sabido que en este particular, como en todos, era siempre el mismo: "Hacedme el favor de decir a Mr. Sampson — escribió a Mac Morlan en su próxima carta —, que necesitaré de su auxilio para hacer el catálogo y el arreglo de la biblioteca de mi tío el obispo, que he dado orden de que me envíen por mar; tendrá también que hacer copiar y poner en orden algunos papeles. Fijad sus emolumentos en la suma que os parezca regular,

te visitas a la quinta con el consentimiento de la familia de sus padres.

¿Quién sabe — decían éstos — lo que puede haber de esas visitas? Miss Manning es heredera de buena familia, muy rica, y no nos desdramatice para Carlos.

Los admirados con esta esperanza, estaban muy contentos de pensar en el temor que por un momento habían tenido de que sus hijos se prendasen de la mano de la pobre Lucy Bertram. Pero no tenía un cuarto, ni más recomendación que una ilustre cuna, una figura lindísima y un temperamento angelical, Manning era más prudente; se refería como el verdadero tutor de miss Manning, y si bien no creyó necesario romper tropiezo de relaciones entre ella y un joven que quien era un partido excelente bajo todos aspectos, excepto bajo el de los bienes de fortuna, y a lo menos reducirías a tales límites que no podría mediar entre ellos ningún compromiso serio, hasta que el joven conociese un poco más de mundo, y hubiese llegado a edad en que pudiese ser capaz de decidir por sí mismo en materia en que está tan interesada la felicidad de toda la vida.

Después de esta suerte pasaban su tiempo los habitantes de Woodbourne, Dominus estaba ocupado, en cuerpo y alma, en administrar la biblioteca del difunto obispo, que heredado por mar de Liverpool y había ocupado el camino hasta la quinta un treinta o cuarenta carros. Imposible sería describir su entusiasmo al ver llegar la inmensa cantidad de libros que venían; parecía un engrucimiento. Hinchar sus dientes como un oregón, algo los asustó como los mástiles de un navío y exclamó con voz de trueno en las repetidas explosiones de delirio: ¡Prodigioso! En su vida — dijo — vi esto tantos libros juntos, como no fuera la biblioteca de la universidad, casi al nivel de un bibliotecario, a quien siempre había considerado como al hombre más grande y más sabio de la tierra, le ponía en su opinión a la altura y delicada de un poeta, y sorprendente en otros aspectos. En nada disminuyeron sus entusiasmos de alegría cuando hubo echado una ojeada a la ligera sobre el contenido de aquellos volúmenes; verdad es que encontró entre ellos y entre sí con desdén algunas obras de literatura moderna, como poemas, dramas, memorias, pronunciando en tono de oráculo: ¡Superficial! pero la mayor y más preciada parte era de un género muy distinto. El difunto rector, un erudito teólogo de los que yo no sé encontrar, había llenado su biblioteca de volúmenes que ostentaban aquellos rancios y venerables caracteres tan felizmente descritos por un poeta antiguo:

Aquellos antiquísimos librotos
En folio, encuadernados con madera
Y la espalda en los costos y en el centro
Y además bien forrados de buqueta:

Aquellos hojas que por largos años
Entre estado metidas como en prensa
Entre las apretadas manecillas:
De polido metal con que se cierran:

Aquellos anchas márgenes que fueron
Un tiempo blancas, y que hoy son rojas;
Aquellas tomas donde en letras de oro
El título flamante se conserva...

Se veían allí libros de teología y de controversias apócrifas, a centenares, los polígotos, los manuscritos, sermones, manuscritos e impresos, algunos de los cuales habrían dado suficientes materiales a un predicador de nuestros días para hacer una docena, tratados antiguos y modernos sobre todas las ciencias, las mejores y más raras ediciones de todos los clásicos; tales eran obras que formaban el fondo de la biblioteca venerable obispo, y que ya devoraba con los ojos nuestro Dominus Sampson. Empezó al instante a formar el catálogo de todos ellos con la acostumbrada atención, perfilando cada letra tan pronto esmero como un amanuense que escribe por primera vez a su dama, y a medida que iba leyendo los títulos de las obras, las colocaba

por orden en el estante que les estaba destinado, con no menos cuidado y veneración que si hubieran sido otras tantas piezas de preciosa China. A pesar de todo su celo no adelantaba mucho el trabajo; muchas veces le sucedía al subir la escalera de mano para colocar un libro en las tablas más altas, adormirse momentáneamente y quedarse engolfado en su lectura horas y horas, sin acordarse de si era o no incómoda la postura en que le cogían estas frecuentes distracciones, hasta que tenía que ir un criado a traerle de los faldones de la casaca para anunciarle que la sopa estaba en la mesa. Iba entonces al comedor, engullida en un santiamén cuanto podía haber a la mano, respondía sí o no a cuantas preguntas le hacían, y apenas levantaban el mantel volaba sin perder un segundo a su adorada biblioteca.

Cuán felizmente pasaba.
Así la vida Talaba

Y ya que hemos dejado a los principales personajes de nuestra historia en una situación que, aunque muy agradable para ellos, debe haberlos sido poco interesantes para nuestros lectores, vamos a volver la vista hacia una persona a quien aun no hemos hecho más que nombrar, y que es

EL VACIO DOLOROSO

Cierto crítico exigente, y quizá de mala intención, hablaba mal de la obra de Alejandro Dumas, hijo. Hacía especial hincapié en la frase del dramaturgo que dice: "cuantos dolores que causan momentos de debilidad". Y decía:

—Esto es realmente raro. ¿Cómo puede doler una cosa vacía?

—Meses más tarde, Dumas encontró al crítico y le preguntó si no había cambiado de opinión.

—No — le respondió el otro —, no comprendo todavía cómo una cosa vacía puede doler.

—Lo felicito a usted por su salud, señor — replicó Dumas —. Evidentemente usted no ha tenido nunca un dolor de cabeza.



acredora a todo el interés que pueden inspirar el infortunio presente y la inseguridad del porvenir.

CAPITULO XXI

¿Y qué dirás, filósofo? — Que puede vencer amor la ley de la fortuna: Que alguna vez sucede a los nobles que la nobleza al mérito se una, Y el orgullo del genio al de la cuna.

CRASS.

V. Brown — no me atrevo a escribir con todas sus letras su tres veces malhadado nombre — había sido desde su infancia el ludibrio de la suerte; pero la naturaleza le había dotado de uno de aquellos templos de alma a que comunica la desgracia nuevo vigor. Era de buena estatura, varonil aspecto, activo y emprendedor; sus facciones, sin ser regulares, tenían una expresión de inteligencia y alegría, y cuando hablaba o estaba animado por cualquier afecto, era verdaderamente interesante. Su porte anunciaba la profesión militar, que había abrazado por vocación, y en la que había llegado al grado de capitán, habiéndose apresurado el sucesor del coronel Manning a reparar la injusticia que por resentimiento

Remito su nombre y dirección a los Estudios Latinoamericanos, Boletín 932, Capitel, y a vuelta de correo recibirán GRATIS Y SIN COMPROMISO la "GUBIA DE ENLACE" N.º 12, con sus artículos, con deducción de los costos que causen por correo.
Ver primera Hoja Literaria.

los personales había éste hecho a Brown, privándole del ascenso que le era debido, y que no recibía hasta la salida de su cuartiviro, época en que ya Manning había regresado a Europa. Poco tiempo después pasó Brown a Inglaterra con su regimiento, y su primer cuartiviro fue el conde de Argyll, donde se encontró su antiguo coronel, que no tardó en averiguar, y al que se dirigió sin demora con la firme resolución de ver a Julia. No se creía obligado a guardar ningún miramiento con el coronel, porque, ignorando los infames medios con que había logrado malquistarlo el impostor Archer, lo miraba como a un tirano que había abusado de su autoridad para atropellar sus derechos, y que le había provocado a un desafío sin más objeto que el de hacerle renunciar a sus obsesivos — una toleda más digna de ser querida que la correspondía, y viva más allá — a más, había apoyado sus pretensiones. Estaba pues, determinado a no dejarse abatir sino por su misma amada, mirando la herida que había recibido, y el cruel cuartiviro que de ella había resultado, como injurias directas que le dispensaban de gastar muchas ceremonias con el coronel. Ya basten nuestros lectores a qué punto había llegado en el logro de sus proyectos cuando descubrió Mr. Mervyn sus visitas nocturnas.

De resultas de esta desagradable ocurrencia, dejó el capitán la posada en que residía bajo el nombre de Dawson, de modo que todos los esfuerzos de Manning para descubrir al autor de las misteriosas serenatas del lago fueron infructuosos. Resolvió, no obstante, no desmayar en su empresa, mientras le dejase Julia un solo rayo de esperanza; y como no había tenido valor la hermosa enamorada para ocultarle los sentimientos de su corazón, no ya sólo su vehemente amor, mas también un verdadero pique de pundonor que callado se excitaba a Brown a la perseverancia. Como sin duda prefería el lector oír de boca del mismo Brown cuáles eran sus esperanzas y sus planes, vamos a presentarle un extracto de la carta que escribió por entonces a un capitán suizo, llamado Delasserre, que servía en su mismo regimiento, y era su mejor amigo y su confidente.

EXTRACTO

"No tardes en escribirme, querido Delasserre; considera que sólo por tu conducto puedo saber lo que pasa en el regimiento, y que tengo mucha curiosidad por ver en qué paró la causa de Ayrre, y si Elliot obtuvo o no la mayoría; también quisiera saber cómo van los alistamientos, y si nuestros oficiales bisoños se van haciendo a la vida militar. Nada te pregunto de nuestro excelente amigo el teniente coronel, pues cuando pasé por Nottingham tuve el gusto de verle feliz en el seno de su familia. ¿Qué dicha para nosotros, pobres diablos, Felipe, cuando tenemos un momento de respiro entre las fatigas de la guerra y la muerte, si logramos evitar, las enfermedades, el plomo, y el acero! Un antiguo soldado retirado del servicio es siempre atendido y respetado; a veces es algo gruñón, pero se le perdona que lo sea. Si un eclesiástico, un médico, un abogado, se quejasen de no ganar bastante, o de medrar poco, bien cosas se abrirían para decirles en sus barbas que a nadie echasen la culpa de lo que sólo era efecto de su propia incapacidad; pero el más estúpido veterano que cuenta por tercera vez la manoseada historia de un sitio o de una batalla, o cualquier otra vez por la que se ganó un ascenso, se ve escuchado con interés, y de hallar sinceras simpatías cuando, meneando su cabeza con calma, habla con indignación de los novales que sus jefes han preferido. Y tú y yo, Delasserre, extranjeros ambos (porque aun cuando yo podría probar que soy escocés, apenas me miraría un inglés como su compatriota), podemos blasonar de no deber nuestros grados a na-

die más que a nosotros mismos, y de haber ganado con la espada lo que por falta de dinero o de protección no hemos podido ganar de otro modo. Los ingleses son gente muy sensata; al paso que se ponen a sí mismos en las nubes, y afectan menospreciar a todas las demás naciones, tienen buen cuidado de dejar abiertas de par en par puertas y ventanas traseros por donde nosotros, extranjeros, menos favorecidos por la naturaleza, podamos introducirnos a participar de sus muchos ricos, semejantes en cierto modo al que yo he fundado que poseerá la colina del lado de un plato que desea repartir entre sus parroquianos. En una palabra, tú, cuya orgullosa familia, y yo, cuyo destino adverso, han hecho de nosotros unas especies de aventureros, no podemos menos de recordar con placer que al servicio de la Gran Bretaña, si no medramos en nuestra carrera tanto como podríamos desear, no será ciertamente porque no nos franquean el camino, sino por falta de medios con que pagar el portazgo. Por eso si puedo persuadir al amo de aquella casita que poseerá la colina del lado del amor de Dios que se limite a comprar una charretera de alfileré (antiguamente se compraban los grados en Inglaterra), que obre con prudencia, que cumpla bien con su obligación, y que deje a la suerte el cuidado de proporcionarle ascensos.

"Ahora, amigo mío, apostaré a que estás riñendo por saber el fin de mi novela. Ya te dije que descubiertas que fueron mis citas nocturnas en el lago, resultó serme por algunos días, que me casé en dar una vuelta a pie por las montañas del Westmoreland, en compañía de un joven artista inglés, llamado Dudley, de quien me he hecho bastante amigo. Es sujeto muy apreciable, y desearía que le conocieras; pinta regularmente, dibuja muy bien, tiene muy buena conversación, y toca la flauta con perfección; en medio de tantos méritos, tiene uno mayor que todos ellos, y es el de no poder ser más modesto.

"De vuelta de esta pequeña excursión supe por mi patrón que el amigo Dudley se iba a hacer un reconocimiento. Mi patrón había cruzado el lago, y había estado a verle con un forastero.

"—Y qué clase de hombre era ese forastero, amigo mío?

"—Oh! era un caballero muy espantado, que parecía de tropa, y a quien llamaban coronel; Squire Mervyn me hizo más preguntas que si hubiesen ido a tomarme declaración. Ya yo tenía mis sospechas, Mr. Dawson (ya te he dicho que éste es mi nombre supuesto), pero no le he dicho palabra de vuestras visitas al lago por las noches; no, no; lo que es a saber callar nadie me ganará, y eso que Squire Mervyn es hombre que se pierde de vista para eso de sonarse a uno, es muy trucha. Siempre me pregunta los nombres de todos los que llegan a mi posada, y no para hasta que averigua si se acercan o no se acercan a su quinta. Pero lo que es Joe Hodges no se deja engatusar por nadie tan fácilmente.

"Bien conocerás que no me quedaba más arbitrio que el de pagarle su cuenta al digno Joe Hodges y mudarse de aires, o ponerle en el secreto de mis amores, que no me daña en nada, y que me trae alguna. Acababa, además, de saber que nuestro antiguo coronel efectuada la sazón su retirada hacia Escocia, llevándose consigo a la pobre Julia. He sabido por los que llevaban el equipaje que va a tomar sus cuarteles de invierno en una quinta llamada Woodbourne, al sudeste de Escocia; ahora está muy alerta, y quiero dejarle meter en sus trincheras sin darle una nueva alarma; pero cuando estéis en ellas, señor coronel, a quien debo tantos favores, andad listo y cuidado con lo que se hace.

"Te protesto, Joe, que creo a veces que el confín de contradicción entra por algo en la vehemencia de mi amor y en la tenacidad con que estoy resuelto a llevar adelante mi propósito. Creo que tendré más placer en obligar a ese hombre insultante y altanero a llamar a su hija mistress Brown a secas, que en poseerla con su consentimiento, aun cuando me diese con él todo su caudal, aun cuando me autorizase el rey a usar el apellido y las armas de los Manningers.

Una sola consideración me arredra: Julia es joven y novelesca, y no quisiera hacerla dar un paso de que acaso podría arrepentirse algún día. Sería para mí una pesadumbre mortal que llegase un momento en que, aunque no fuese más que con la expresión de su mirada, me acusase de haber destruido sus brillantes esperanzas, que pudiese decirme con razón, y no sería la primera vez que otro tanto ha sucedido a muchos maridos, que si la hubiese dejado tiempo para pensar sereno, hubiera obrado con más cordura y acierto. No desearé, sin embargo, que me quisiese; semejante porvenir me aterra demasiado, persuadido de que Julia, en su situación actual, no puede formarse una idea exacta de la extensión del sacrificio que me haría. Sólo de nombre conozco la indigencia, y si a veces le sonreí la idea del amor en una cabaña, es una cabaña elegante y ricamente adornada, como las que se ven en las novelas y en los parques de los que gozan doce mil libras esterlinas de renta. Su educación no la ha preparado a la privación antes que a aquella verdadera cabaña suiza, de que tantas veces hemos hablado, y a las dificultades que necesariamente hallaríamos antes de llegar a ese deseado retiro. Como es ésta que debe pensarse muy despacio. Aunque la hermosa y bellas prendas de Julia, no menos que la ternura con que creo que paga la mía, han hecho en mí alma una impresión profunda, quiero, antes de consentir en que haga por mí ningún sacrificio, estar seguro de que sabe muy bien lo que me sacrifico.

"¿Me has oído, Delasere, bisonjandome de que esto prueba tendrá un resultado muy favorable a mis deseos? «Es sobrada vanidad en mí suponer que mi escaso mérito, mi más escaso caudal, y la firme resolución de consagrar mi vida a su felicidad, bastarán a hacerle llevar la pérdida de cuanto debe abandonar por seguirme. El lujo, las pompas, los placeres y diversiones de lo que llaman la alta sociedad, tendrán más atractivos para ella que la perspectiva de la felicidad doméstica en el seno de un mutuo e inalterable amor. Nada digo de los bienes, ni de las malas cualidades están tan singularmente mezcladas en él, estas últimas neutralizan de tal modo las primeras, que el placer de evitar el influjo de aquéllas en su suerte debe consolar a Julia del disgusto de separarse de éstas; así me parece que la necesidad de dejar a su padre esa circunstancia que no debe en manera alguna retraerle de acceder a mis deseos. Entretanto procuro no desanimarme; he sufrido demasiados reveses para tener una presumosa confianza en el éxito; pero también he vencido demasiados obstáculos para que me sea fácil renunciar a mis esperanzas.

"Quisiera que vieses este país; estoy seguro de que te encantaría, pues a cada paso me recuerda las animadas descripciones que tantas veces me has hecho de tu país natal. Todo tiene en esta tierra para mí el atractivo de la novedad. Aun que nacido, según me han dicho siempre, en las montañas de Escocia, no conservo de ellas más que un recuerdo muy confuso. La admiración con que vi por primera vez a las altas costas de la Zelandia, me ha conservado mejor el recuerdo de que todo lo que precedió a aquel momento; pero esta misma sensación, unida a algunos vagos recuerdos anteriores, me confirma en que pasé los primeros años de mi infancia entre montañas y riscos, a paso que la sorpresa que sentí al desembarcar en un país llano como la Zelandia provincia de que no hallaba en él los objetos que me eran familiares, y que habían producido una impresión indeleble en mi imaginación infantil. Me acuerdo de que cuando pasásemos en la India aquella famosa montaña del Mivora, mientras casi todos nuestros compañeros sólo se acordaban de sus prodigiosa altura y del imponente espectáculo que tenían delante, yo participaba de sus sentimientos y de los de Cameron, cuyo asombro en vista de aquella agreste y magnífica naturaleza iba unido a las gratas sensaciones que inspira todo objeto que nos recuerda los felices tiempos de la infancia. A despecho de mi educación holandesa, una montaña azul es como una amiga para mí, el estruendo de un torrente co-

mo el cántico con que arrullaban mi sueño de era niño. Jamás he probado esas sensaciones fuertemente como en este país de las montañas, y no puedes formar una idea de que siento que no te permitan tus deberes pañarme en mis excursiones. He procurado algunas vistas de estos contornos; han salido muy mal; Dudley, por el contrario, dibuja primerosamente con un toque que parece imitico, al paso que yo soy un aficionado, y poniendo aquí desmenuada la masada de barro para que lo consideres una imitación. Tendré que volver a mi casa decididamente, de todas las bellas artes, la pintura es la única que se digna disputar los vóres.

"Sabías que el coronel Manningers es el más jante de primera tija? No lo creo demasiado altanero para mostrar sus talentos a un subalterno. Pues sábet, amigo, me dibujó muy bien. Después que Julia se fue de Mervyn-Hall, sir Arturo la ha acompañado a los dibujos de la que el coronel no pudo que los cuatro primeros, a causa de su mala partida. Dudley asegura que está muy buena maestra; al pie de cada uno de ellos además una breve descripción en verso que representa. «Sálle es acaso profano, ¿pueda el coronel Manningers? Pero este hombre ponga tanto conato en sus talentos como otros en lucrarlos. ¿Que es insocial era con nosotros? ¿Cuán poco te parece en todas ocasiones a base en una conversación interesante para su predilección a aquel miserable Archer inferior a él bajo todos aspectos? ¿Y qué field es un triste prócer de Escocia? ¿Archer hubiera sobrevivido a las heridas del día de mi desafío con el que hubiera declarado cosas que acaso expusieron consecuencias de este carácter tan desé de personas a quien dijo más de una vez que si yo quisiera ser un hombre de bien, me harían formar muy distinta opinión; pero murió, y si tenía que darme explicación, como indicaban estas palabras tiempo para ello.

"Me propongo hacer una nueva expedición por estas montañas aprovechando estos días que nos proporcionan estos días y Dudley, que es casi tan buen andador como yo pienso acompañarme. Nos separaremos de los confines del Cumberland, desde donde voy a mi casa de Londres, calle de Mary-le-bone, a dedicarme a lo que él llama mercantil de su profesión. Según la existencia alguna que se divide en dos diferentes entre sí que la del artista, me entusiasma que sea de la gloria del arte, de los ora exclusivamente en las bellezas de la naturaleza para buscar inspiraciones y carteras, y ora teniendo que despañarme y exponerlas a la insupportable indiferencia crítica más insupportable todavía de los hombres del gran tono. «Durante el verano yo voy a ir a una linda y salvaje granja heredada en medio de las más grandiosas de la naturaleza, al paso que durante el invierno y la primavera estoy, no sólo metido en un estudio, mejor iría emparedado en un nido de quiquizami, sino lo que es peor, condenado a blegarme al capricho de los demás y materialmente como un esclavo ante cada una. Le he prometido hacerle traer un centimo contigo, Delasere, y no dudaré tanto satisfecho de su talento como entusiasmado por las brucias y los torres.

"Cuando me separe de Dudley, podrá me han informado, entrar en Escocia con unos despolados al norte de Cambridge seguir ese camino para dar tiempo de sentir sus reales, e ir en seguida un reconocimiento en forma. Adiós, no creo volver a tener ocasión de escribirte ni llegada a Escocia."

—A pie; y si esa jaquita que veo ahí en la cuadra es vuestra, no me siento con bríos para seguirla.

—Lo creó, a menos que podáis andar catorce millas por hora; pero podéis llegar esta noche a Riccarton, donde haréis un parador, o si queréis llegar hasta la casa de Jack Gríve, en el Hough (colina), seguramente os recibirán muy bien. Me pararé a echar un trago cuando pase por su puerta y le prevendré que vais a llegar... Pero no, ahora me ocurre otra cosa mejor. ¡Eh, buena mujer!, ¿podéis prestar a este caballero el gallozway del buen hombre (del dueño)? Mañana os lo devolveré uno de mis mozos.

El gallozway estaba pociendo en el monte y no se dejaba agarrar a dos tirones.

—Vaya, cómo se cree, di émoslo por hoy; pero espero mañana sin falta. Y ahora, buena mujer. Dios os guarde, porque quiero llegar a Liddell antes de anochecer, y sabéis que vuestro Waste (erial) no goza de la mejor reputación que digamos.

—Mal hecho, Mr. Dinmont, andar así desacreditando vuestra tierra... Nadie se la metido con nadie en el Waste desde que Savney Gulloch, el bulionero, fué robado por Rowley Overdes y Joe Penny; a quienes hace dos años ahoraron en el campo de la Cruz. Desde entonces no se ha vuelto a oír hablar de ninguna tropelía; no hay más que gente muy de bien por estos contornos.

—Sí, Tibb; eso será verdad cuando ciega el diablo, y todavía no tiene dañada la vista. Pero es el caso, buena mujer, que acabo de dar un volzazo por el Galloway y el condado de Dumfries, de vuelta de la feria de Carlisle, que trae las faltriqueras bien provistas, y que no me haría malista de Dios la gracia que me despalbasen la boka, estando ya tan cerca de mi casa; conque, lo dicho, Dios os guarde.

—¿Habéis estado en Dumfries y en el Galloway? — dijo la vieja que estaba fumando al fogón y que aun no había hablado palabra.

—Sí, buena mujer, y no me pesa.

—¿Conocí un sitio llamado Ellangowan?

—¿Ellangowan!, qué pertenecía a Mr. Bertrán? Por supuesto que lo conozco. El laird murió hará unos quince días, a lo que he oído.

—¿Murrió? — exclamó la mujer, quitándose la pipa de la boca y acercándose al labrador — ¡murrió! ¿acertáis seguro de ello?

—¿Pues no? ¡Poquito ruido en gracia de Dios metió el tal sucesor por toda esta tierra! Murió precisamente el mismo día en que se puso en venta la quinta con todas sus dependencias, y como por eso dió la justicia un plazo para el remate, más de cuatro se quedaron con medio palmo de narices. Parece ser que era el último descendiente de una antigua familia, y su muerte fué sentida, porque la buena sangre va escaseando en Escocia más de lo que sería menester.

—¿Murrió? — repitió la anciana, en cuyos rostros lectores habrá reconocido ya tal vez a su antigua amiga Meg Merrilies —; en ese caso, le perdono: ¡Dios le tenga en su gloria! Pero ¿decís que no ha dejado mayorazgo?

—En efecto, y por eso se ha vendido la quinta, que dicen que no se hubiera podido vender si hubiera dejado un heredero varón.

—¿La han vendido! — exclamó la gitana con voz terrible —; ¿y quién ha osado comprar los estados de Ellangowan, sin tener en sus venas sangre de los Bertranes? ¿Quién sabe si el heredero de los Bertranes no vendrá algún día a reclamar lo suyo? ¿Quién ha osado apoderarse de Ellangowan?

—Un antiguo escribano, a lo que entiendo... un tal Glossin...

—¿Glossin! ¿Gilberto Glossin, a quien tantas veces he llevado en mis brazos, por que no era su madre mucho más que yo?... ¡Ese ha tenido la desfachatez de comprar la baronía de Ellangowan! ¡Vivimos en unos tiempos muy extraños, así Dios nos ayude. Males le desé, es cierto, pero no tantos... ¡Desgraciada, desgraciada!, ¿por qué le maldije?

—Quedó un momento pensativa, pero con el brazo tendido para impedir que se fuera Dinmont, que a cada una de sus preguntas hacía un

movimiento para salir de la estancia, pero que viendo el vivo interés que manifestaba aquella mujer, se quedaba por pura complacencia.

—¿Lo han de ver y lo han de oír: la tierra y el agua no estarán en paz por más tiempo! ¿Sabéis si el sheriff del condado en que está situado Ellangowan, es el mismo que había años atrás?

—No es el mismo; aquí ha hallado mejor acomodo en Edimburgo. Pero quedad con Dios, buena mujer, que se hace tarde y tengo que irme.

—Siguióle ella hasta su caballo, y mientras apretaba la cincha, arreglaba la maleta y ponía el bocado a su rocín, hizole acerca de la muerte de Mr. Bertrán y del paradero de su hijo nuevas preguntas a que escaseamente pudo responder el labrador.

—¿Habéis visto alguna vez un sitio llamado Dornelcugh, a una milla poco más o menos de la plaza de Ellangowan?

—Sí, le he visto; es un valle muy escabroso, donde todavía se conservan algunas tapias viejas. Me acuerdo de que le visité un año que quería arrendar aquellas tierras.

—¿Feliz morada en otro tiempo! — dijo Meg Merrilies como hablando consigo misma —; ¿habéis reparado en los años que os quedan? ¿Sabéis cuánto tiempo os queda para ir a la tierra, y sus retoños cubriendo el techo derruido. ¡Cuántos copos he hilado sentada a la sombra de aquel sauce!

—El diablo es esta pobre vieja con su sauce, su raíz y su Ellangowan. Vaya, vaya, buena mujer, hacéis a un lado, que voy de prisas; ahí tenéis seis peniques para echar una copa de aguardiente, que eso valdrá más que tanto charlar.

—¡Tantas gracias, buen amigo, y ahora que habéis tenido la atención de responder a todas mis preguntas, voy a daros un buen consejo; pero no tratéis de averiguar más. De aquí a un momento vendrá Tibb Mumps a ofrecerme que echéis un trago de despedida; os preguntará si pensáis tomar el camino de Willies-bar o el de Consowhart-moss, por el cerro o por el llano; y le responderéis lo que os parezca, pero cuidad — añadió en voz baja y con no poco énfasis —, de hacer lo contrario de lo que respondáis.

—Echóse a reír el labrador, prometió hacerlo así y en seguida se retiró la gitana.

—¿Y seguiréis su consejo? — le preguntó Brown, que había oído todo este diálogo.

—¡No por cierto, buena pregunta! Más temería indicarle el camino que voy a tomar que decirselo a Tibb Mumps, aunque tampoco Tibb merece la mayor confianza, por lo que os aconsejo que no paséis aquí la noche, creedme.

Un momento después, fué Tibb Mumps, el bodogenero, a ofrecer a Dinmont un trago de despedida, que él aceptó. Como Meg había anunciado, le preguntó si tomaría el camino del cerro o el del llano, a lo que respondió que tomaría este último, y después de haber repetido a Brown que le esperaba al día siguiente a más tardar en Charles-Hope, metió espuelas a su caballo y se alzó a muy buen paso.

CAPITULO XXIII

... En los caminos reales
Este encuentra la horca, aquel cien palos,
SHAKESPEARE, *Cuento de invierno*.

No echó Brown en saco roto, como suele decirse, la oferta del hospitalario labrador; pero mientras pagaba la cuenta, no pudo menos de fijar su atención en Meg Merrilies; su aspecto era en un todo semejante al que describimos cuando por primera vez le introdujimos en la quinta de Ellangowan. Sus negros cabellos empezaban ya a encanecer con los años, y algunas arrugas surcaban su expresión y aspecto semblante; pero se conservaba derecha y firme, y su vivacidad era siempre la misma. Se había observado que la vida activa, aunque no laboriosa, que hacía aquella mujer, le daba, como a muchas de su misma clase, un dominio tal sobre su fisonomía y sus movimientos, que todas las actitudes que tomaba eran naturales, descambaradas y pintorescas. Estaba a la sazón de pie junto a una ventana, de

modo que podía verse muy bien su rostro, y su daderamente varonil; tenía la cabeza echada hacia atrás, para que el sombrero que la cubría no la impidiese ver a quien parecía examinar con suma atención cada movimiento que hacía, a cada palabra pronunciada, se le veía agitada por un sentimiento casi imperceptible; a él por su parte dejaba también de sorprenderle bastante mirarla aquella singular fisonomía sin explicable interés.

—¿Si se me habrá representado alguna vez sueños esa mujer? — decía hablando consigo mismo —; ¿será que me recordará tal vez de las extrañas figuras que he visto en los sueños?

Mientras resolvía estos pensamientos, y como iba dando la vuelta de media guinea, repente la gitana con singular rapidez se acercó a Brown, y le cogió la mano. Creyó él que su ánimo era darle una muestra de su talento en el arte de decir la buena o mala suerte, pero no tardó en conocer que estaba leyendo otros sentimientos.

—¿Decidme, joven, en qué país nacisteis — exclamó —, cómo os llamáis y vuestro oficio.

—Mi nombre es Brown, buena mujer, y soy de las Indias Orientales.

—¿De las Indias Orientales! — exclamó la gitana, y exhalando un suspiro que pudo ser él; yo estoy loca. Todo lo que me parece que es lo que desco ver en las Indias Orientales! No puede ser, no ser él. Con todo, vuestra presencia y modo de vuestra voz, me han recordado muchos tiempos. Adiós, no os paréis en el camino; halláis a algunos de los míos, no os acordéis de ellos y nada os harán.

Brown, que ya había recibido la media guinea, le puso un chelín en el bolsillo de la patrona, y tomando el camino que había seguido el labrador, se alzó a buen paso, con la ventaja de haber pasado por las recientes huellas que había dejado en el suelo el caballo de Dinmont. Merrilies le fué siguiendo con los ojos, pero le perdió de vista.

—No hay remedio — dijo entonces consigo misma —; es preciso que yo vaya a ese joven; es preciso que vuelva a ver la plaza de Ellangowan. El laird ha muerto con la muerte acaban todos los reconocimientos que era un excelente hombre, pero no es ya el mismo que antes, conque le meteré en el bosque... Al fin y al cabo, ¿qué me importa a mí la cárcel... ¿pues! ¿Quiero volver a ver antes de esos hermosos bosques de Ellangowan!

Brown entretanto proseguía su camino, y como iba dando la vuelta de media guinea, repente volvió llamado el Waste del Condado de Dumfries, en un estado de ruina apariencia, en la que sin haber entrado Dinmont, pues las patas del caballo seguían aquella dirección; a poca distancia de allí, las mismas huellas le anunciaban que proseguía su camino.

—Desgracia! — dijo Brown entre sí —; el labrador se hubiese quedado aquí hasta que hubiera tenido el gusto de pedirle informes acerca del camino, que se me avanzó menos apetitoso me va pareciendo.

Realmente la naturaleza, como si quisiera signado aquel terreno para barrera natural de naciones enemigas, ha estampado un carácter de horror y desolación. Los árboles son tan escasos, que a poca distancia se descubren por aquellos contornos pedregales y están situadas a gran distancia unas de otras. Vense en derredor algunos vestigios de esfuerzos que se han hecho para dar una apariencia de vegetación; pero los árboles porros errantes de una parte a otra, y un cordel las patas traseras, para ahorrar de cuadra, anuncian que el principal país es la cría caballar. El pueblo es

ario y más tosco que en el restante del Cumandú, lo que proviene tanto de su agreste modo de vivir como de sus continuas relaciones con los vagabundos y forajidos que van a quedarse en aquellos despoblados de la persecución de la justicia. Los habitantes de toda aquella zona eran ya hasta tal punto, en la época a que se refiere esta historia, un objeto de desconfianza y desprecio para sus vecinos más civilizados que existía y acaso existe aún en Newcastle un reglamento que prohíbe a todo maestro de escuela acercado en aquella ciudad, tomar por su cuenta a ningún natural de aquellos dilatados territorios. Hay un refrán que dice: cuando quisiera ir a tu perro, él que está rabioso, y puede hacerse, que cuando se da a un hombre o a una clase de hombres una mala fama, es más que probable que acabarán por merecerla. Brown no creía estos pormenores, y el lenguaje de Dimmont y de la gitana agravaba aún más sus sospechas; pero era hombre que no conocía el mundo, no llevaba sobre sí nada que pudiera dar ocasión a un ladrón, y esperaba cruzar el desierto con la luz del día. En esto, sin embargo, se equivocó, y lo que había creído al principio, y ya se veía a negrear el horizonte cuando acababa de entrar en unos vastos arenales.

Alstando el paso lo más que pudo, tomó un joven capitán una estrecha vereda que se abría por entre densos jarales y profundos matorrales, cercados a veces de zanjas llenas de agua que era un término medio entre el agua y el arena, y a veces de montones de guijarros y de arena que los torrentes habían desmenuzado de los cerros inmediatos y acumulado en ciertos puntos. Admirable como un hombre de caballo había podido pasar por aquellos jarales, y sin embargo veía las huellas del paso de Dimmont, y aun creía oír a bastante distancia el sonido de sus cascos sobre las piedras.

Perseguido, pues, de que el ladrador no se ganaría tanto terreno como él entre los matorrales y las breñas, apretó más y más el paso con la esperanza de alcanzarle y de aprovecharse de su conocimiento del terreno. En el momento en que echó a correr su perro en línea recta hacia adelante, ladrando de una manera particularmente apresurada.

Presuroso Brown a subir a la cima de una colina inmediata, desde donde pudo ver lo que le causaba la inquietud del fiel Vasp. En la hondonada, como a un tiro de bala, un hombre, en quien al punto reconoció a Dimmont, se defendía valerosamente contra dos que le atacaban a la vez; habíase apeado de su caballo y gemía como Dios le daba a entender el dolor de su látigo. Acudió presuroso en su auxilio nuestro viajero, pero antes de que llegara al punto de la contienda, un terrible garratón en la cabeza derribó por tierra al pobre labrador, a quien uno de los villanos agresores continuaba creando sin compasión. El otro malhechor, al encontrarlo de Brown, llamó a su compañero diciéndole:

—Ese ya está despachado — queriendo dar a entender sin duda que ya no estaba en estado de vivir, y ni aun de quejarse.

Uno de ellos llevaba un cuchillo, y el otro una escopeta; pero como el barranco en que pasaba esta escena era muy angosto:

—Como no tengamos armas de fuego — dijo uno entre sí — no los tomo.

Permitieron sobre él los bandidos prorrumbar en furiosas amenazas e imprecaciones; mas pronto conocieron que su adversario era hombre de muy buen valor, y después de haber recibido dos o tres buenos trancazos, uno de ellos le dijo:

—¡Por qué diablos no seguís vuestro camino, si

no vos no va nada! —
—No se acordándole a Brown entrar en capitulación, y no queriendo dejar a merced de aquellos salvados al infeliz a quien querían despojar, y aun también quitar la vida, emprendió de nuevo con ellos, cuando Dimmont, vuelto en sí del agotamiento que le había causado el fiero golpe que había recibido en la mollera, púsose en

pie, cogió su látigo, y acudió a tomar parte en la refriega. Como los dos bellacos habían hallado en él un temible enemigo, aun cuando improvisó se le echaron encima cogiéndole solo y desprevenido, no juzgaron prudente aguardar a que uniese sus fuerzas a las de quien había probado que bastaba para darles harco que hacer a los dos, y aparearon a correr por entre los retamales huyendo a toda prisa, perseguidos por Vasp, que se había portado gloriosamente en la pelea, hostilizando al enemigo por la vanguardia, y efectuando de esta suerte una útil división de fuerzas en favor de su amo.

—¡Díablos! ¡bien entiendo ahora de casa vuestro perro! — fueron las primeras palabras del buen labrador, que llegó con la cabeza toda ensangrentada, y que inmediatamente reconoció a su libertador.

—Supongo, amigo, que no estaréis peligrosamente herido.

—¡Bah!, no es cosa mayor. Mi cabeza está hecha a prueba de chichones, y a vos las gracias, la conservaré por ahora; pero yo sé preciso que me ayudéis a hallar mi caballo, y montéis también conmigo a las ancas, porque no será malo que pongamos tierra por medio antes de que cargue

VENECIA SE DEBE A ATILA

A Atila se debe, indirectamente, la existencia de Venecia, la magnífica y curiosa ciudad de Italia. Los habitantes del norte y de las riberas del Adriático, atemorizados por los estragos que causaban los hunos bajo el mando de Atila, se refugiaron en las lagunas de la desembocadura del río Po, fundando allí la ciudad de Venecia, a mediados del siglo V.

CURIOSIDAD

Dos tercios de la América del Sur se hallan en la zona tropical. Es el continente que tiene la zona verdaderamente tropical más extensa del mundo.



sobre nosotros toda la cuadrilla, que acaso no andará muy lejos.

Quiso Ja buena suerte que el caballo no se hubiese alejado cuatro pasos, y habiéndole cogido al instante, titubeó Brown en montarle, temeroso de cargar denudado al pobre animal.

—No hay cuidado — respondió su dueño —, Dumple llevaría seis hombres como una pluma, si su espina fuera bastante largo para ello; pero, por amor de Dios, no perdamos tiempo, que ya veo asomar a lo lejos una cñfila de tunos, y yo me parece acertado aguardarlos.

Brown conoció por su parte que la aparición de cinco o seis jayvanes, que en efecto acudían a todo correr, debía poner otoo a los cumplimientos; montó, pues, a las ancas de Dumple, que, aunque cargado con dos mocetones como dos triquetres, partió con no menos velocidad que si sólo hubiera llevado con no menos cantidad de cinco a seis años. Su amo, que conocía el terreno a palmos, le aguijaba bastante, cuidando con suma destreza de elegir el mejor camino, lo que casi hacía inútil el admirable instinto del animal, que en todos los malos pasos nunca dejaba de buscar el más expedito. Esto no obstante, estaba el camino tan lleno de escabrosidades, y tenían tantas veces que separarse de la línea recta, que no le era posible tomar mucha delantera sobre los que los perseguían.

Remita su nombre y dirección a los Escuelas Latinoamericanas, Boycott 922, Caracas, o envíe su correo a: GRATIAS Y SIN COMPROMISO, L. S. G. U. G. DE SERENAZA, de 92 páginas ilustradas, con detalles de los países que encasamos por correo.
—Ver primero tope interior.

—No hay cuidado — dijo el resuelto escocés a su compañero —: una vez que hayamos pasado el arroyo de Withershin, el camino muda de aspecto, y mucho han de correr para alcanzarnos.

Pronto llegaron al citado arroyo, cubierto de junco y espadaña, y de raudal tan poco corriente que más que un arroyo parecía un pantano o, por mejor decir, un lodazal. Dirigió Dimmont su rocín hacia el sitio por donde le pareció que sería más fácil vadearle; pero Dumple se plantó de repente, agachó la cabeza como para reconvenir más de cerca al agua que querían hacerle pasar, aguzó las orejas, dio algunas monotas en el suelo, y quedó inmóvil como si fuera de piedra.

—¿No haríamos mejor — dijo Brown — en apearnos y abandonar al caballo, o hacerle pasar tirándole del freno?

—No, no — dijo el piloto —; dejemos a Dumple que haga lo que quiera, que yo sé muy bien que tiene más entendimiento que muchos cristianos. Esto diciendo, soltó la rienda, y, dirigiéndose a su caballo — ¡Ea — le dijo — elige el camino que te acomode; ve por donde puedas.

Dumple, dejada la elección a su albedrío, fué trotando a otro punto del arroyo, que a Brown no le pareció tan transitable como el primero, pero que el instinto o la experiencia hicieron preferir al animal; allí entró en el agua, y llegó a la opuesta orilla sin dificultad.

—Ya estamos — dijo Dimmont — fuera de los jarales donde se hallan más caballerizas para las bestias que posadas para los racionales. Si llegamos ahora a Matán W'az, ya no hay cuidado.

En efecto, pronto llegaron a un camino empedrado, resto de una antigua calzada construida por los romanos, que cruzaba aquellos ásperos riales con dirección al norte; empezaron ya desde entonces a andar de nueve a diez millas por hora, no exigiendo Dumple para tomar resuello más que pasar de cuando en cuando del galope al trote largo.

—Bien podría espolearle para que fuese aún más aprisa — dijo su amo —, pero es preciso considerar que lleva a cuestas a dos menes sobradamente zancudos y que sería cargo de conciencia reventar al pobre Dumple; no había caballo mejor en la feria de Carlisle.

Brown fué también de opinión de que no se debía cansar al caballo, y añadió que, como ya estaban a cubierto de todo peligro, no haría mal Dimmont en vendarse la cabeza con un pañuelo, no fuese que la acción del fresco de la tarde encañase su herida.

—¿Y para qué? — dijo el impávido labrador —, lo más que le puede hacer es que se cueje la sangre; así se evita un emplasto.

Brown, que en su carrera militar había visto recibir muchas heridas, no pudo menos de observar que nunca había hallado en ningún herido tanta indiferencia.

—¡Bah, bah! ¿Había de acouinarme por un miserable chirlo en la cabeza?... Pero de aquí a cinco minutos estaremos ya en tierra de Escocia, y es preciso que vengáis conmigo a Charles-Hope; es cosa hecha.

Aceptó Brown con mucho gusto la hospitalidad que tan cordialmente le ofrecía el buen labrador. Era ya bastante entrada la noche, cuando llegaron a la orilla de un riachuelo que se deslizaba serpeando por una frondosa vega; las montañas que se ofrecían a la vista eran más verdes y más escarpadas que las que poco antes habían pasado, y sus herbosas vertientes se extendían hasta la vera del nanso río. Sin asombrar por su extraordinaria altura, ni por su romántico e imponente carácter, recreaban la vista por su aspecto solitario y placentero. No se veían por allí ni caminos, ni cercas, ni tierras labrantas; parecía aquello una campiña elegida por un patriarca pa-

ra apacitar sus rebeliones. Los restos de algunas pocas torres desmanteladas y ruinosas probaban que aquel país había sido antiguamente habitado por hombres muy diferentes de sus actuales pobladores, es decir, por aquellos aventureros conocidos bajo el nombre de *freeters* (mercedados), a cuyas proezas dieron harto campo las guerras entre Escocia e Inglaterra.

Bajando una cuesta que remataba en un vado que conocía muy bien, atravesó Duple el río, y apretado el paso, le costó como el espacio de una milla. Dirigióse entonces hacia dos o tres casas de humilde apariencia, cubiertas de bálago, y cuyos ángulos opuestos unos a otros indicaban un soberano desprecio de todas las reglas de la simetría; aquellas casas formaban el cortijo de Charles-Hope, o, según el lenguaje del país, *el Ligar*.

Oyóse al acercarse nuestros viajeros un terrible estrépito de ladridos producido por las tres generaciones de los Pimientos y de las Mostazas, y una infinidad de deudos y allegados suyos, cuyos nombres no han pasado a la posteridad. La voz del Labrador restableció el orden; abrióse la puerta, y una muchacha medio desnuda, a cuyo cargo estaba ordenar las vacas, y que acababa de desempeñar su obligación, asomó la cabeza un momento, y se retiró al interior del cortijo gritando:

—Mistress, mistress, es el amo que llega con otro caballero.

Duple, puesto en libertad, dirigióse sin ayuda de nadie a la puerta de la cuadra, y saludó con algunos relinchos a sus amigos que se hallaban en ella, y que desde dentro le volvieron atentamente su saludo. Brown entretanto se veía y se deseaba para preservar a su pobre Wasp de la insolencia de los otros perros, que, con una aspeza más propia de sus nombres que de la hospitalaria condición de su dueño, no parecían dispuestos a recibirle con mucho agrado.

Un momento después fué un mozo de labranza a meter a Duple en la cuadra, mientras que mistress Dimmont, cuya figura era tan agradada cuanto era bello su carácter, salió a dar la bienvenida a su marido con sincera alegría.

—¡Vaya, vaya, que bastante tiempo has estado fuera de casa!

CAPITULO XXIV

¡Oh Liddell en tus márgenes amenas
Jamás la poesía
Cantó sus dichas ni loró sus penas;
En ellas solamente
Se oye noche y día
De algún pastor el suspirar doliente
Que exhala sus amantos amarguras;
Pero tampoco al gollo de occidente
Ningún río va a dar ondas más puras.

AMSTRONG. *El arte de conservar la salud.*

Los actuales labradores del sur de Escocia son gente mucho más civilizada que sus padres, y las costumbres que voy ahora a describir, si no han desaparecido del todo, están a lo menos sumamente modificadas. Sin perder su sencilla rústica sencillez, cultivan áreas desconocidas a la generación que los ha precedido, y aplicables no sólo a la progresiva mejora de sus haciendas y de los medios de hacerlas productivas, más también a todas las comodidades de la vida. Sus casas están mejor dispuestas, sus hábitos los ponen al nivel de las clases civilizadas, y el más laudable de los lujos, el lujo del saber, ha hecho muchos prosélitos entre los montañeses durante estos últimos treinta años: su mayor defecto, el de haber demasiado, va disminuyendo por días. La franqueza de su hospitalidad es siempre la misma, pero, generalmente hablando, tiene un carácter más culto, y no raya como antes en exceso.

—¡Eh! El diablo tiene esta mujer en el cuerpo — dijo Dandy Dimmont desprendiéndose de los brazos de su mitad, pero suavemente y mirándola al mismo tiempo con cariño —, no ves, Ailie, a este caballero?

—Volvióse Ailie a Brown para disculparse,

—Es que tenía tanto gusto en ver a mi marido...

— le dijo —, pero, Dios mío, ¿qué tenéis uno y otro?

Acababan entonces de entrar en una sala, donde la luz que estaba sobre una mesa le hizo la sangre correr de la descalabrada de Dimmont, y que había recostado copiosamente sus vestidos y los de su compañero.

—¡Apostaré, Dandy, a que has tenido como suelas alguna quimera con algún chalan de Bewcastle! Verdaderamente que un hombre casado, y con hijos como tú, debería saber mejor lo que vale la vida de un padre.

Y mientras esto decía, tenía la buena mujer los ojos arrasados de lágrimas.

—Vaya, vaya, mujer, dijo el marido abrazándola con toda la cordialidad que el momento — bien enterada estás por salir mía; este caballero es buen testigo de cómo al salir de casa de Louie Lowther, donde me paré un momento a echar un trago, al entrar en el despoblado, y por cierto que iba a muy buen paso para llegar temprano, salieron de entre los matorrales dos bribones; se echaron de improviso sobre mí, me tiraron del caballo abajo, me dieron un cachiporrazo en la cabeza que me dejó todo turulato sin dejarme tiempo para sacarme el polvo con mi látigo; yo no hubiera acudido en mi auxilio este digno caballero, todavía me hubieran dejado por parado y sin un chelín en el bolsillo para fin de fiesta; primero a Dios y luego a él debes, pues, el volverme a ver.

Dicho esto sacó de la faltriquera una bolsa de cuero bien repleta y se la dió a su mujer diciéndole que la guardara.

—¡Bendiga Dios a este caballero, como yo te bendigo con todo mi corazón! — dijo Ailie — ¡Pero cómo hehenos de probarle nuestro agradecimiento? Ofrecerle la mesa y el aposento, es cosa que a nadie ni aun al más infeliz se le niega en esta casa; si hubiera — añadió echando a la bolsa una mirada de soslayo, pero con una delicadeza y una timidez que quitaba a aquella oferta todo lo que hubiera podido tener de ofensiva hecha de otro modo —; si hubiera algún otro medio...

Brown vio y apreció la mezcla de sencillez y de generosa gratitud que respiraba en las palabras y en el ademán de aquella buena labradora, y no pudo menos de conocer que su más que modesto equipaje, todo rojo además y cubierto de sangre a la sazón, podía legítimamente hacerle considerar como un objeto de consideración y acaso de caridad. Aprecúrselo, pues, a decir que se llamaba Brown, que era capitán en el regimiento... de caballería, que viajaba a pie por recreo y por economía, y acabó por instarla a que examinase la herida de su marido, que él no le había dejado reconocer.

Mistress Dimmont estaba más acostumbrada a ver a su marido con la cabeza al aire, que hallarse en presencia de un capitán de dragones. Cogió una servilleta casi limpia, y olvidando por algunos momentos el cuidado de la cena en que ya se ocupaba, dió a su marido un golpecito en el hombro diciéndole:

—Vaya, sientate ahí, que siempre andas buscando desazones para tí y para los demás.

Hizo Dandy Dimmont dos o tres cabriolas y empezó una danza montañesa para burlarse de la inquietud de su mujer, después de lo cual consistió en sentarse y confió a su inspección su respa, redonda y negra cabeza. Brown había visto al cirujano del regimiento manifestar inquietud por heridas menos graves. Ailie mostró, en efecto, bastante inteligencia en su operación quirúrgica; empezó por cortar con sus tijeras los mechones de pelo llenos de sangre coagulada que hubieran podido embarazarla en su manipulación; cubrió las heridas con hilas empapadas en un agua vulneraria que pasaba por un soberano específico en todo el condado de que se habla un prodigioso consumo las noches de feria, después de lo cual sujetó el emplasto con una venda, y a pesar de la resistencia del paciente, puso sobre todo ello, para que nada se moviese de su sitio, un gorro de dormir muy apretado. Dióle frías con aguardiente sobre algunas contusiones que tenía en la frente y en los hombros, lo que no

permitted Dimmont en manera alguna, pero le hubo pagado la medicina un anillo traído boca.

Ofreció en seguida mistress Dimmont a tratar a Brown con la más cordial franqueza, él respondió que sólo necesitaba un poco de una jofaina y una toalla.

—Antes hubiera debido pensar en el Ailie —, pero no me he atrevido a abrir la puerta, porque ahí están todos los chicos y criaturas, que rabian por venir a dar un beso a su padre.

Esto explicó a Brown la gritería y a que se oía a la puerta de la sala y que se dejó de sorprenderle al principio, y que trató a Brown con el mismo respeto, como en caso que el de echar el cerrojo apenas oído acercarse; pero apenas abrió la puerta para ir a buscar la palangana y la toalla, aun se le ocurrió hacerle pasar a otra sala una turbanluta de chiquillos de pez, hizo irrupción en la estancia, unos y otros a la cuadra, adonde habían ido a dar la mano a su amigo Duple, otros de la cocina escuchaban las consejas y cantares de Elizabeth, y los otros pequeños medrosos como que acababan de saltar de la asustagritando hasta desganarse que querían un beso a papá y ver qué les traía de las manos que había recorrido en su viaje. No tardó el din de la cabeza rota empezó por besar a chiquillería a la redonda, e hizo en esta distribución general de muecos, truco y bizcochos; en fin, cuando el estrépito y zara llegaron a ser tales que ya no se podía aguantarlos:

—¡Toda la culpa es de la buena mujer! Dandy al captar es siempre de ella que loogan cuanto les da la gana.

—¡Yo? Dios nos ampare — dijo Ailie — trabaja en aquel momento con la jofaina y la toalla... ¡vaya un pecado! ¿Pues y cómo medrosos? Nada más puedo hacer por los chicos; ¡madre angélica!

Levantóse entonces Dimmont, y entre amenazas y empujones, echó fuera a los alborotados, excepto a los dos más mayores, una muchacha que arrañó, dijo a los capaces de portarse con juicio. Por su razón, pero con menos miramiento, echó a todos los perros, excepto a los dos más patriarcales el viejo pimiento y la taza, a quienes frecuentes castigos y la paz que suele acompañar a la edad habían inspirado sentimientos tan buenos que, previo un mutuo reconocimiento de haber gruñido algún tanto, admitieron a compañía a Wasp, que hasta entonces se mantenía apartado del resto de la familia, y sintieronse bucanamente en el interior de un pie de certero que todavía con una lana y que equivalía para ellas a la membrana de Bristol.

La actividad de la dueña de la casa llamaban la señora en la cocina y la señora en la sala, había ya costado la vida a los pollos, que por falta de tiempo para ser de otro modo, figuraron pronto en la familia en las parrillas. Un buen trozo de fiambrer, huesos, tostadas de manteca y un din de harina de cebada, cocido todo en excelente cerveza de la cosecha de la mañana, una botella de exquisito aguardiente, y un ron una cena a que Brown se sentía muy puesto a hacer honor: pocos soldados, hubieran dejado de darse por muy contentos ella, después de un día de mucho ejercicio batalla. Mientras la dueña de la casa preparaba una robusta moza, cuyos carrillos eran rosados como el lazo de su moño, a los restos de la cena, y ponía sobre la mesa un cántaro y el agua caliente que tenía en la criada (tan embecada estaba contenta un capitán en actual servicio), preguntó a su huésped si se arrepentía de no haber seguido los consejos de la gitana.

—¿Quién sabe? — respondió Dimmont — gitanos son el diablo; acaso no hubiera

peligró más que para caer en otro mavor; y lo digo por mal, porque si esa pobre vieja se algún día a Charles-Hope, he de darle punta de aguardiente y una libra de tabaco que le sean más levantaderos los Tros delerno. El diablo, el diablo son, como decía buen padre, pero van mal cuando los guían y de todo hay un poco en los granos, de uno como de malo.

Las y otras pláticas les hicieron apurar otra vez de cerveza y exigieron un nuevo refuerzo de aguardiente, de agua y de azúcar, pero un rechazo en fin decididamente prolongaron por aquella noche, alargando el cansado camino y el molimiento de la refrigera, estaba firmemente persuadido de que huía de todo punto excoado por haberse al buen labrador que el excesivo beber ocasionara fatales resultas para su herida, cuanto muy reducido, pero en el que había excelente cama, recibió al viajero, a quien dieron las sábanas y demás blanquería que se fundamente se preciaaba su patrona de no se hubieran podido hallar en ninguna otra tales ni tan buenas, porque precisamente Nelly y ella habían hilado el lino para ellas, las habían blanqueado en la pradera secado y labonado en la exquisite agua de que no podría hacer una mujer, más fuera una reina?

Verdad es que competían con la nieve en blanco y que la hierba sobre que habían estado girada para blanquear, les había comunicado grata fragancia, Wasp, después de haber dado la mano a su amo para darle las buenas noches, se echó a los pies de su cama, y pronto se vieron sepultados en un delicioso olvido de las cosas mundanas los sentidos de nuestro

CAPITULO XXV

Conagrad, ¡oh brometes!
Vuestro valer nato
A extermiar las hordas de ladrones
Que infestan vuestros campos; y ese brío
Que en la casa se emplea,
Fatal también a los malvados

TIMPSON. Las Estaciones.

Dró Brown bastante a la mañana siguiente salió de su cuarto con objeto de echar una mirada a la vivienda de su nuevo amigo. Todo en las cercanías del cortijo parecía desastrosamente y inculto; la huerta era miserable, y no se podía ver en ella ningún cuidado para hacerla productiva, ni la menor precaución para guardar de las aguas estancadas que inundaban buena parte de su terreno; ante bien, ofrecía ausencia total de aquella elegancia que da aspecto tan risueño a las casas de labranza. Conocióse, sin embargo, que cosas diferentes no provenían de pobreza, sino de desidia que acompañaba, sin de poco gusto y de ignorancia. Por otra parte, un estable lleno de vacas viejas, un cuarto entero bien repuesto de leche, requesones, maneca y quesos, diez buenas yuntas de caballos para las labores del campo, sin contar otros dos caballos montar, una muchedumbre de criados activos, curiosos y al parecer contentos con su sueldo en una palabra, cierto aire de abundancia que no doquiera se veía, anunciaban al cortijo de un señor acomodado. En la casa había un pantano que dominaba el río, preservaba a sus alrededores, por su bien aireada posición, de las malas influencias de las inmediaciones. A una distancia estaba ya reunida toda la caterva de los muchachos, unos corcoteando y otros haciendo una casita de barro alrededor del tronco de una enorme encina, llamada el chaparro o cascada de Charles, en memoria de un antiaventurero de este nombre de quien decía tradición que había habitado en aquel sitio, cerca el cortijo y la delness había un pantano en toda aquella tierra el *hack*, y que se decía que había sido antiguamente para la casa de una fortaleza de que ya no quedaba sino vestigio, pero que había sido la residencia

A TODO HOMBRE INTERESA

Conocer el Método Naturista (Neumo-Hidropático) BIER y KHUNE, combinados, para combatir el INFANTILISMO GENÉSICO y Desarrollar y Regenerar el VIGOR MASCULINO sin droga alguna. ÚNICA casa especializada en el país, con 17 años de dedicación continuada a su clientela, siendo ésta la mayor garantía de seriedad que podemos ofrecer al público.

GRATIS Remitimos el libro científico explicativo de 62 páginas, en sobre cerrado y sin membrete, a quien la solicite, acompañando \$ 0.30 por franqueos.

CASA "A. E. CIDEX" - ESPARTACO N° 904 (Suc. 6) - BUENOS AIRES

del héroe de que acabamos de hacer mención. Procuró Brown entrar en conversación con los muchachos, pero "se le escaparon de entre las manos como azogue", atreviéndose sólo los dos mayores a pararse para mirarle cuando estuvieran ya muy lejos. Dirigió entonces sus pasos hacia el collado, al que llegó atravesando el pantano sobre unas piedras puestas de intento, pero por desgracia no tan anchas ni tan sólidamente afianzadas en el suelo como era de desear. Apenas empezaba a subir la cuesta cuando vio un hombre que bajaba por ella.

Pronto reconoció en aquel hombre a su bondadoso huésped, a pesar de que el *maná* (este es su nombre propio) o *plaid* (manta) gris de los patos escoceses, reemplazaba su chaquetón de camión. Un gorro de piel de gato mismo cubría más cómodamente su cabeza de lo que hubiera podido hacerlo un sombrero, a causa de las vendas que la ceñían. Al verle asomar entre la nie-

haberse saludado recíprocamente, preguntó el capitán a su huésped si se sentía aún de su herida y si estaba con cuidado por sus resultas.

—Ya la había olvidado — dijo el animoso Dimmont —; pero ahora que estoy en ayunas y tengo el entendimiento claro, me ocurre que si vos y yo tuviéramos una buena estaca cada uno, no les volveríamos la espalda a media docena de aquellos tunos.

—Pero no habierais obrado cuerdate, amigo mío, en quedarnos un par de horas más siquiera en cama después de haber recibido tales confusiones?

—Confusiones, decís, capitán? — replicó el rayano (habitante de la frontera), riéndose con desdén —; yo nunca he tenido confusiones en la cabeza. Un día me caí desde lo alto de la peña de Christenbury, y sin quedar confuso por eso, me levanté como si tal cosa, y me fui por mi propio pie a buscar a mis perros que traían a mal traer a una zorra. No, no, yo no sé lo que es tener confusiones a menos que alguna vez se me vaya la mano al empujar el todo y, eso es cosa que se sucede a cualquiera. Además, tenía que echar hoy un vistazo al ganado y cerciorarme por mi mismo de que todo va como Dios manda, porque como dice el refrán, el ojo del amo engorda al caballo; cuando yo falto, más piensan los mozos en hacer su santísima voluntad que en cumplir con su obligación. Y a propósito, acabo de encontrar ahí cerca a Tom Todshaw con algunos labradores de las cercanías que van a pasar la mañana cazando zorras; ¿queréis que nos ireguemos a ellos? Os quedaréis con Dumble y yo montaré la vegua.

—Pero temo tener que dejaros esta misma mañana, Mr. Dimmont.

—¡Dejarme! El diablo me lleve si me dejáis antes de quince días. No, no se encuentran todas las noches amigos como vos en los cerros de Bewcastle.

Brown no llevaba prisa en su viaje; capituló, pues, con su huésped y quedó decidido que pasaría una semana en Charles-Hope.

De vuelta en el cortijo hallaron un abundante almuerzo que presidió Ailie, la cual cuando oyó la proyectada cacería, si bien no le dió entrada aprobación, tampoco manifestó inquietud ni sorpresa.

—Tú siempre has de ser el mismo, un eterno busca-ruidos; nunca sentarás cabeza, hasta que un día te traigan a casa con los pies hacia adelante.

—Calla, calla, mujer — respondió Dandy —; ya sabes tú que después de todas mis calaveradas no valgo un ardite menos.

Esto diciendo insistió a Brown a despachar pronto el almuerzo que presidió Ailie, la cual cuando oyó la proyectada cacería, si bien no le dió entrada aprobación, tampoco manifestó inquietud ni sorpresa.

Pusiéronse, pues, en camino, abriendo la marcha el labrador; pronto salieron de la vega y se hallaron en medio de unos cerros escarpados, pero sin precipicios; a uno y otro lado se veían hondas barrancas, por las cuales durante las lluvias e inundaciones del invierno, se precipitaban con ímpetu furiosos torrentes. Algunas densas nieblas, restos de las nubes matinales, flotaban todavía sobre las cimas de los ríos; una lluvia menuda había barrido la escarcha y formando cien caprichosos arroyuelos que recamaban la verdura como otros tantos hilos de plata. Dimmont llevaba su vega al trote sin ningún recelo por las angostas yerdas formadas en las ver-

LOS SOLTEROS SE LIBERAN



Han bailado el "record" de tejido sin etapas. Estas mujeres incansables, en su desmedido afán por elevar la libertad superior en la tierra, que es la de no necesitar para nada la intervención de las mujeres en su vida privada, ni siquiera en íntimo, han logrado la terminación de algo que ya puede merecer el nombre de "sucesor". Se lo está proponiendo una "libertad" en la cuestión, para que indique fallas y aconseje los últimos toques de perfeccionamiento. Quedan en la acción nada más que estas tres recalcitrantes luchadoras, los tres solterones más empedernidos; los demás desertaron: entráronse las aguas y la lana a las mujeres. Veremos cuánto duran los que quedan.

bla marutina, Brown, que como buen militar estaba acostumbrado a juzgar de los hombres por su fuerza física, no pudo menos de admirar la estatura, recta complexión y eso firme de Dimmont; éste por su parte hacía interiormente el mismo cumplimento a Brown, cuyas formas atléticas podía examinar a la sazón mejor de lo que hasta entonces lo había hecho. Después de

tientes de los montes por las pisadas del ganado, hasta que divisaron a lo lejos otros humos a pie y a caballo que se dirigían como ellos al punto de reunión señalado. No concebía Brown cómo se podían correr zorras en unos montes donde un caballo acostumbrado al llano no se hubiera atrevido a tocar el suelo, pues separarse sólo palmo de verticero trazado, hubiera sido suficiente para despeñarse caballo y caballero en un barranco y hacerse pedazos en las peñas. No disminuyó su admiración cuando llegó al sitio donde debía efectuarse la cacería.

Después de haber subido hasta bastante altura, halláronse en una meseta que dominaba un *glén* (barranca) muy largo, pero sumamente angosto; allí se estaban reunidos los cazadores con un aparato que verdaderamente hubiera confundido a cualquier miembro del *Psyché Hunt* (club de cazadores), porque, en efecto, siendo el objeto de la expedición más bien destruir una raza dañina que gozar del recreo de la caza, no podía la pobre zorra: disputar su vida tanto tiempo como si la hubieran perseguido en el llano. Su natural astucia, sin embargo, no menos que la naturaleza del terreno, le daban algunos recursos que no debía a la generosidad de los cazadores. La barranca estaba rodeada de peñones tajados y naturales tapias de tierra, hasta un cierto punto, y allí se veían las cañales estaban cubiertas de espinos y retamas. A lo largo de esta especie de valle se colocaron de trecho en trecho los cazadores a pie y a caballo, cada labrador tenía consigo por lo menos dos hermosos perros, de aquella raza de sabuesos tan estimada antiguamente en Escocia para la caza de montería, pero que ha degenerado mucho en la actualidad por haberse cruzado con otras castas. El mono, especie de guardabosques a quien se da un tanto por cada raposa que destruye, estaba en el fondo del valle, atronando por los ladridos de media docena de perros que le acompañaban, bien amestrados en aquel género de caza. Una multitud de zarceros, incluidas las tres generaciones de los pimientos y de las mostazas, aguardaban ya también en el campo bajo la custodia de un pastor; con ellas estaba de refuerzo un crecido número de podencos, de alanos, de perros de todas especies tamaños y colores ladrando en coro. Otros cazadores, apostados en lo alto de los riscos, tenían sus galgos atrallados, y estaban allí con el fin de tirar contra la zorra, si intentaba ésta escapar por las alturas.

El espectáculo, aunque poco halagüeño para un cazador de profesión, ofrecía no obstante el carácter más seductor y pintoresco. Los que ocupaban lo alto de los cerros, destacándose sobre el vaporoso firmamento, parecían moverse en los aires, y la impaciente jauría, ansiosa de tomar parte en la caza, no cesaba un punto en sus brinco y en sus ladridos, y tascaba las correas que le impedían ir a reunirse con los otros cazadores en el fondo de la barranca, donde no era la escena menos animada. El sol no había disipado aún la niebla enteramente; el viento la impedía en gruesos copos de una a otra parte, y ora se distinguían como al trasluz de una gasa los movimientos de los cazadores que perseguían su presa, ora se veía clara y distintamente correr sin triábur por entre ásperas breñas, azuzando a los perros; algunos en lejananza parecían unos verdaderos pignones. Cuando los cubría de pronto una niebla muy densa, los cerros de los hombres y de los animales, los caballos, los ladridos de los perros parecían salir de las entrañas de la tierra en aquella invisible cacería; cuando la zorra, acosada de uno a otro extremo de la barranca, la abandonaba por trepar a las cimas de los cerros, todos los que colocados en ellas seguían con la vista sus movimientos, soltaban al punto sus sabuesos que, más ágiles que la zorra y no inferiores a ella en arrojío y fuerza, pronto acababan a dentelladas con la rapaz alfa.

En este modo, sin atención ninguna a las reglas ordinarias de esta especie de caza, pero con notoria satisfacción de todos los bipedos y cuadrípedos que en ella tomaban parte ofensiva, parecieron cuatro zorras en aquella bien empleada

mañana; el mismo Brown, a pesar de haber asistido a las regias batidas de la India y de haber cazado tigres, montado en un elefante con el nabab de Arcot, confesó que se había divertido infinito. Acabada la expedición, varios labradores de los que habían tomado parte en ella fueron convidados, con arreglo a las reglas de hospitalidad e libedades en aquel país, a ir a comer a Charles-Hope.

Al volver al cortijo, Brown se halló un buen rato al lado del mono, y le hizo algunas preguntas acerca del modo cómo ejercía su profesión; pero se conocía que aquel hombre procuraba evitar sus miradas y huir de su compañía y de su conversación, cosa que no supo Brown a qué atribuir. Era un mozo de buena estatura, bien plantado, moreno, muy vivo y que parecía muy a propósito para la activa profesión que ejercía; pero su semblante no anunciaba la franqueza y buen humor propios de un cazador; estaba como inquieto y caviloso, y procuraba evitar que le mirasen cara a cara. Después de algunas insignificantes observaciones sobre el resultado de la batida, dióle Brown una pequeña propina y fué a reunirse con su huésped, dirigiéndose todos juntos al cortijo, donde hallaron todo dispuesto para recibirlos, merced a los cuidados de gentiles que allí se ocupaban de la casa y de la comida, y la buena voluntad suplió ampliamente lo que pudo faltar en punto a elegancia y finura.

CAPITULO XXVI

¡Acudieron los Elliot y los Armstrong, bizarra gente!

Trova de Juan Armstrong.

Sin detenernos a enumerar las ocupaciones de los dos señores, que como se redujeron a los ordinarios pastos, como campestres de cazar y montar a caballo, poco podrían interesar a nuestros lectores, nos limitaremos a mencionar una que es en cierto modo peculiar a Escocia y que puede llamarse la caza del salmón. Esta caza, en que se mata y coge el pescado con una pica o, por mejor decir, tridente llamado *waster* (arpon), está particularmente en uso en la embocadura del Esk y de los demás ríos de Escocia en que abunda el salmón. La caza se hace de noche y de día, pero más comúnmente de noche, pues entonces sube el pescado a flor de agua y fácilmente se le descubre al resplandor de las hachas que se llevan de intento, o de las hogueras que se encienden en unos hornillos con leña embreada. En la cacería de este género a que asistió Brown, algunos de los principales actores de ella, embarcados en un bote, ocupaban la parte del río inmediata a la presa de una aceña, mientras que los otros, esparcidos por la orilla, presentaban una insigne cabal de las antiguas barcas, blandiendo sus arpones y sus teas, y acosando con los primeros a los salmones, que hacían todo lo posible por evitar sus tiros, unos huyendo desparviados contra la corriente del río, otros escondiéndose entre las raíces de los árboles y las peñas de la orilla. Pero el más leve indicio bastaba para anunciar su presencia a los que estaban en el bote; el menor ruido, una mata que se movía, eran suficientes para indicar al diestro cazador el punto adónde debía lanzar su dardo.

Los que estaban acostumbrados a aquella pesca se divertían muchísimo con ella, pero Brown, que en su vida había manejado un arpon, pronto se aburríó de ver que sus tiros, en vez de dar en el salmón, daban siempre en las relucientes peñas de la orilla; ni podía menos tampoco de mirar con cierta compasión al pobre pescado, reluchando con las ansias de la muerte, revolcarase en el fondo del bote que bañaba con su sangre. Hizo, pues, que le dejasen en tierra, y habiéndose subido sobre un *hengue* o risco escarpado que se adelantaba un tanto sobre el río, pudo disfrutar mejor del espectáculo que tenía delante. Más de una vez se acordó de su amigo Dudley el artista, viendo los varios juegos de claroscuro que la luz de las hachas producía en la superficie del agua. Parecía a veces que una estrella lejana re-

flejaba en las ondas su vivo ravo, semejante que enviaba los *Kelpies* o genios de las según las creencias tradicionales del país, a indicar las húmedas sepulturas de sus muertos. Ahora la luz más cercana y brillante iluminaba vamente todos los objetos; haciéndolos y comunicando un mirar rojizo a los de las peñas y al campo circunvecino, como se convertía en un pálido crepúsculo al medio en breve una profunda oscuridad. Entonces daba la claridad sobre el barco, veíanse los pescadores, ora inmóviles en su presa, ora con el brazo levantado para el arpon; y el encendido color de sus semblantes los vivos reflejos luminosos que hacían la lancha como si fuera de fuego, como aquel espectáculo, que a veces es tan admirable.

Después de haberse entretenido un tanto en observar aquellos varios efectos de la luna, siguió Brown el curso del río hasta al cortijo, mirando al paso las demás cosas que se ocupaban en la pesca desde la orilla. Lo común se juntan tres pescadores, de los el uno tiene la tea y los otros dos los arpones. Habiendo visto en uno de ellos a un hombre que se afanaba inútilmente a sacar a tierra un enorme salmón que atravesaba el río, se dirigió a un individuo que Brown con objeto de ayudarle a aquella excelente presa; el que tenía el mono cuyo cauteloso desvío le había impedido bastante en otra ocasión, como se dió en el capítulo anterior.

—Venid aquí, caballero, venid aquí —ron los que lo vieron acercarse —; venid este salmón; ¡como un cerdo se resiste a dilo!

— ¡Ten firme el arpon! ¡A tierra con la tea raso, raso! ¡No tienes más fuerza gato! — Tales eran los gritos que dirigieron los presentes al pescador que se desahogaba a tierra el susodicho salmón, y que que luchar contra el empuje de la corriente y la resistencia de un pescado que no sabía cómo componerse para que escapara su presa. Habiendo Brown entonces al pescador, cuya situación era más apurada:

— ¡Eh!, armirad la luz a este buen amo mono! — dijo a este último, que de un modo tan gracioso y tan distintamente lo reconoció por sus miradas y rez, morrea; pero apenas hubo montero la voz de Brown y visto que se acercaba, cuando en vez de acercarse le dejó caer en el río como por casualidad. — ¡El demonio es este Gabriel! — dijo viendo flotar sobre el agua la tea que había caído — el mismo demonio es, Dios me perdone! ¡Qué! ¡Imposible que yo pueda sacar a oscuras! ¡En mi vida he visto otro tan gracioso!

Atención algunos en el río hasta mañana para ayudar al pobre pescador, sacó el salmón a la orilla, y entonces se vio el bote que pesaba cerca de treinta libras. La conducta del mono dió mucho que pensar a Brown, puesto que no se acordaba haberle visto en su vida, ni podía decir qué motivo evitaba sus miradas. (Será uno de los saltacortes que le habían arrebatado estos días antes? Esta hipótesis no era inverosímil, aunque en aquel momento una observación relativa al porte y a la figura del hombre; los tales saltadores llevan grandes sombreros de ala ancha calados hasta las chaquetas largas de paño burdo, y ninguna particularidad recordaba en sus trajes ni en sus cosas que pudiese confirmarle en que fueran realmente el mono uno de ellos. Resolví por lo que pudiera acontecer, comunicar pechas a Dinmont, pero por muchas preguntas que hice acerca de la misma persona, Volvieron los pescadores, los amigos de color borin, pues no bajaron de ciento libras nuevos y cogidos sólo en aquella. Los más abultados se reservaron para los ríos, y los demás fueron distribuidos entre los pastores, los mozos de los cerros

res de las cercanías y demás gente infima, un sustento principal durante el invierno se hace a la carne de este pescado, hecha cecina, más añadida que cebollas y patatas. Los pescadores además de una generosa distribución de cerveza y de whisky, amén de dos o tres botellas que se cocieron de intento en una olla que cenasen aquella noche. Siguió Brown huésped y a los numerosos amigos de este cocinero, donde se sirvió la cena en una mesa diatada que bien hubieran podido reunirse en medio de ella Juan Armstrong y toda su alcaudrilla; pronto resonaron por todas partes estrépitosas demostraciones de una franca salud, sazonzadas con frecuentes chistes, bromas y carcajadas. Tendió Brown la vista en derredor buscando entre tantos joviales rostros alguna caradura del montero, pero en vano; más que hizo, no pudo encontrarla.

Acabóse en fin a hacer recabar sobre él la percepción.

Extraño lance le ha sucedido a uno de vosos, amigos míos — dijo a los pescadores —; pero no sé a quién. Hablo del que dejó caer por casualidad su teja en el río cuando uno de sus compañeros estaba echando los bofes por sacar orilla un enorme salmón.

—Por casualidad, eh? — respondió un pastor, era el mismo que había herido al pescador su arpon —; buena casualidad nos dé Dios, apegar los *roughies* (antorcha de madera) cuando yo tenía yo cogido el salmón!... Tan pronto estoy como de la luz que me alumbraba de Gabriel lo hizo ex profeso, porque es hombre quien le gusta poco ver que otro hace las cosas que él.

—Por supuesto — dijo otro —, y preciso es que me avergonzaron cuando no aparece por aquí, pues también es hombre Gabriel a quien gustan los buenos bocados como a cualquier vecino.

—Es de esta tierra? — preguntó Brown. No, señor, hace poco tiempo que vino, pero no es un cazador; creo que ha de ser de la ciudad de Dumfries.

—Y cómo se llama?

—Gabriel de qué?

—Dios lo sabe; aquí no hacemos mucho caso de los apellidos. Uno solo sirve para todo un

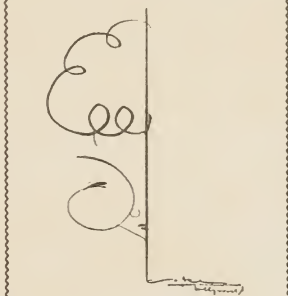
Habéis de saber, caballero — dijo un anciano —, poniéndose en pie, y habiéndole al oído, que todos los que estáis viendo se llaman Armstrong o Elliot, y no salen de tres o cuatro familias por este estrío; así es que para distinguir entre sí, los nobles y los labradores toman el nombre del sitio en que residen, como el ejemplo Tom de Todshaw, Will de Flat, John de Sorbrietes, y nuestro buen amo que me presentaste, de Charles-Hope. Luego la gente de poco más o menos, o como si dijéramos los peores, son conocidos por algún apodo par, como Christie el tonto, Deuke el jorobado, o por el título de su profesión, como Gabriel de la zorra, o Gabriel el montero. Como yo hace mucho tiempo que ando por esta tierra, creo que nadie le conozca por otro nombre; pero no es bien hecho murmurar de él — añadió —, y lo cierto es que nadie le gana a un cazador, aunque no sea tan diestro como uno de nosotros en la pesca del salmón.

Dinmont y varios de sus amigos pasaron a la estancia a acabar la noche a su modo, de modo que los demás entregárase libremente a sus ociosas algarazas a fin de no tenerla a raya con su presencia. Aquella noche, como todas las que le precedieron, Brown en Charles-Hope, se dedicó a unirse a un grupo de amigos a comer y beber incansables horas. Acaso este último hubiese degenerado en grave exceso a no mediar la intervención de algunas buenas mujeres, porque el deseo de ver el resultado de la memorable caza de aquella noche había llevado a Charles-Hope a varias *mistress* (señoras) (título que tenía allí una significación muy distinta de la que se le da en la alta sociedad) de los vecinos cercanos. Siendo de opinión de que se llenaban las

poncheras con sobrada frecuencia, y de que era muy de temer que acabase la parte masculina del concurso por olvidar su amable presencia, arremetieron valerosamente a los rebeldes bebedores, capitaneadas por la buena Ailie, y tanta maña se dieron, y tanto denuevo desplegaron, que puso Venas a Baco en completa derrota. Entraron en seguida en la estancia el gaitero y el primer violín de la comarca, y gran parte de la noche se pasó en danzar al son de su música.

Una caza de nutrias y otra de tejones hicieron pasar alegremente a los habitantes de Charles-Hope los dos días siguientes. Espero que no desmerecerá nuestro viajero en la opinión del lector, por muy aficionado que sea a la caza, si le digo que en esta última batida, habiendo perdido una pata delantera el pequeño Pimiento, y habiendo estado la joven Mostaza a pique de pinchar con la uña de un tejón, pidió a Mr. Dinmont como particular merced que dejase en su madriguera sin molestarla más tiempo a la pobre alimaña que había hecho una defensa tan bri-

CARICATURA AUDAZ



Observe, el lector, estas coprichosas líneas. Primeramente no encontrará nada más que eso: líneas. Luego descubrirá que se trata de una cara de mujer. Y si tiene "buen ojo" verá en seguida que esta mujer es... una concidimisa actriz cinematográfica: Claudette Colbert.

Por lo menos, así lo ve Coke, el famoso caricaturista chileno.

llante. Semejante súplica, en boca de otro, hubiera dado risa al labrador, pero, hecha por Brown, limitóse a manifestar la sorpresa que le causaba, diciendo:

—¡Diosa ocurrencia! Mas más vez que os interesaré por él, ninguno de mis perros lo perseguiré mientras viva; pondré una señal en su madriguera, y le llamaré el tejón del capitán. Nada puedo rehusaros ahora ni nunca, pero cuidado que también es idica rara ir a interesarse por un tejón.

Después de una semana consagrada a las diversiones que ofrece el campo, después de haber recibido de su huésped todas las muestras de una franca amistad, despidióse Brown de las márgenes del Liddel y del hospitalario cortijo de Charles-Hope. Los muchachos, de todos los cuales había llegado a ser grande amigo, pusieron el grito en el cielo cuando llegó el momento de la despedida, y tuvo que prometerles veinte veces que volvería pronto, y que les tocaría en su camarillo las canciones que más les gustaban, hasta que las aprendieran de memoria.

—Volved, capitán — dijo una chiquituela des-

Trabaje con provecho en su propia casa



Adquiera, sin pérdida de tiempo, la máquina para tejer medias "La Mostaza", con la que usted puede obtener fácilmente hasta \$ 300.— mensuales. Le compramos las medias bajo contrato y usted gana por su manejo. AMPLIAS FACILIDADES DE PAGO. Visitemos o solicite folletos e ilustras.

THE KNITTING MACHINE CO

Santa M^o 482

Buenos Aires

cardilla —, y Jenny será vuestra mujer.

Jenny tenía ya once años, y fue a cultivar su rubor detrás del delantal de su madre.

—Volved, capitán — dijo otra chiquilla de seis años, adelantando sus redondos moletos para que le diera un beso —y os casaréis conmigo.

—Más duro corazón que el mio había de tener — dijo Brown entre sí —, quien se separase de tan honrada gente con indiferencia.

La buena mujer, con la modestia propia de una matrona, y con aquella afectuosa sencillez que caracterizaba a los antiguos tiempos, presentó también su mejilla al viajero.

—Poco valemos — le dijo —, pero si en algo creéis que podemos servirnos...

—Acepto, amiga mía, acepto esa oferta, y permitidme que empiece a aprovecharla desde ahora; hacéme un *plaid* gris, en un todo igual al del buen hombre.

En el poco tiempo que había pasado en Charles-Hope se había hecho a los hábitos y al lenguaje del país, y estaba seguro del placer que causaría aquella solicitud a *mistress* Dinmont.

—Preciso había de ser que no suvieramos un copo de lana — dijo la buena mujer radiante de alegría — para que no os hiciese uno del que os aseguro que habéis de quedar contento. Mañana mismo hablaré a John Goodside, tejedor de Castletown, ¡Dios sea con vos, capitán, y ojalá seas tan feliz como desearé que los demás lo sean! No a todos se les puede desear otro tanto.

No debo omitir que Brown dejó su fiel *Wasp* en el taller de Charles-Hope, previendo que podría acabar inmovilizado en algunas ocasiones en que tuviese necesidad de silencio y misterio. Quedó, por consiguiente, encomendado al cargo del hijo mayor, que prometió darle, como dice el antiguo cantar,

Un rinconcito en su mesa.

Un rinconcito en su cama,

y no permitir que tomase parte activa en ninguna de aquellas arriesgadas expediciones en que la raza de los Pimientos y de las Mostazas había sufrido mutilaciones harto frecuentes. Preparóse, pues, Brown para su viaje, después de haberse despedido por una temporada, con mutuo sentimiento, de su fiel compañero.

Todos los labradores de aquellas montañas son buenos jinetes, y suelen pasar días enteros a caballo. Acaso la vasta extensión de sus haciendas, que por lo general contienen inmensas dehesas, y la necesidad de recorrerlas con frecuencia para vigilar sus ganados y sus pastores, han introducido entre ellos esta costumbre; un celoso anticuario la haría ascender tal vez a los tiempos del *Conto del último Ingles*, en los que veinte mil jinetes se reunían alrededor de la hoguera que les servía de fanal. Sea de esto lo que fuese, el hecho que refiero es cierto, y de él resulta una preocupación que hace crecer a los escoceses de los montes limítrofes que no se puede viajar a pie más que por economía o por necesidad; Dinmont insistió, pues, con grande empeño en que aceptase Brown un caballo. Quiso el buen hombre aceptar el primer caballo del condado de Dumfries, adonde había dispuesto que le dirigiesen su maleta, y desde donde se proponía continuar su viaje a Woodbourne, residencia de Julia Manning.

Durante el camino, hizo el capitán algunas preguntas a su compañero acerca de la reputación que tenía por aquella tierra el misterioso montero; pero nada pudo averiguar, pues había llegado a ella cuando andaba Dinmont recorriendo las vecinas ferias.



—Trazas tiene de gran bellaco, y no juraré yo que no corre sangre gitana por sus venas, pero estoy seguro de que no es uno de los bribones que nos atacaron; si alguno de ellos se me pone delante, de mi cuenta corre darle su merecido. Aan cuando sea gitano, no todos ellos son tan malos como se cree, y si algún día vuelvo a ver a la vieja de marras, he de darle para comprar un par de libras de tabaco, porque, a decir verdad, creo que me dió un buen consejo.

Cuando llegó el momento de separarse, dió el labrador un largo y recio apretón de manos a su nuevo amigo, y le dijo en seguida:

—Capitán, la cosecha ha sido buena este año, las lanas se han vendido bien, y va he pagado todos mis arriendos vencidos; cuando Ailie se haya hecho un vestido nuevo, y haya equipado a los chicos, no sabré qué hacerme del dinero que me quede. Quisiera ponerlo en manos seguras, lo que valdrá más que emplearlo en azúcar y en aguardiente. He oído decir que la gente de tropa puede a fuerza de dinero adquirir ascensos, y si esto es cierto, y pueden hacerse al caso unas doscientas o trescientas libras, un simple recibo vuestro será para mí lo mismo que dinero contante, y tendríais todo el tiempo que quisierais tomaros para devolvérmelo. Os hablo con la corazón en la mano; me haríais un verdadero favor.

Brown, que conoció y apreció la suma delicadeza con que, deseano hacerle un servicio, apantaba aquel excelente hombre pedirle uno a él, le dió las más expresivas gracias, y le aseguró que recurriría a su bolsa sin cortadía ni escrúpulo, y se obligaban a ello las circunstancias. En seguida se separaron con recíprocas y cordiales demostraciones de aprecio.

CAPITULO XXVII

Si tienes algunos sentimientos de caridad en el alma, vénelos del otro lado y déjame morir en paz. *Junco Dillie.*

Alquiló nuestro viajero, en el pueblo en que se separó de Dinmont, una silla de posta, en la que se proponía ir a Kippletringan, y tomar allí los informes necesarios acerca de la familia reunida en Woodbourne, antes de noticiar a miss Mantering su llegada a las cercanías. Tenía que andar veinte o treinta millas por un camino apenas trazado, y para colmo de desdicha empezaba a nevar copiosamente. El postillón, sin embargo, no opuso ninguna dificultad durante las primeras millas, y sólo cuando ya era enteramente de noche, declaró que no sabía dónde estaban. La noche que continuaba cayendo cada vez con más brío, hacía tanto más apurada esta situación cuanto el viento la dirigía precisamente de cara al postillón, y como cubría además todo el campo circunvecino, de nada le serviría el conocimiento que tenía del terreno, siéndole por consiguiente imposible dar con la carretera. Apesé Brown del carruaje, y tendió la vista en derredor, esperando hallar alguna habitación donde pudiera informarse del camino de Kippletringan, pero no vió ninguna; fué, pues, preciso continuar andando a la buena ventura. Hallábase rodeado de arboledas bastante considerables, lo que le hizo presumir que no debían estar lejos de alguna quinta o cortijo. En fin, después de haber andado como por espacio de una me-

dia hora, paróse el postillón protestando que sus caballos no querían dar un paso más; y asegurado al mismo tiempo que divisaba una luz entre los árboles, que sin duda provenían de alguna casa, y que iba a informarse del camino; echó, pues, pie a tierra, y, con un par de botas que nada hubieran tenido que envidiar en punto a consistencia y fortaleza al escudo de Ayax, emprendió su expedición; pero Brown, que no podía refrenar su impaciencia, viendo que precisamente había de tardar mucho en despachar, le hizo volver atrás, y le dijo que se quedase cuidando de la silla de posta y de los caballos, que él iría a preguntar al camino; mandato que obedeció el postillón con mucho gusto.

Dirigióse nuestro viajero hacia una cerca de zarzas, por entre la cual veía brillar la luz, a fin de hallar algún medio de llegar a ella; y en efecto, después de haberle dado vuelta por un buen rato, encontró un boquete que conducía a un sendero que cruzaba los bosques muy dilatados por toda aquella parte. Parecía probable que aquella senda le condujera a la luz, objeto de su expedición, más pronto se la ocultaron los árboles; después de haberla seguido por un buen trecho, durante el cual era bastante ancha y se extendía en línea recta, halló que empezaba a formar varios recodos y que era va poco menos que imposible reconocerla a pesar de la viva claridad que reflejaba la nieve. Dirigióse, no obstante, a tientas, abriéndose paso entre las malezas, hacia el punto donde le pareció que debía estar la luz, y anduvo de esta suerte sobre cosa de una milla sin verla ni hallar rastro de habitación alguna. No podía creer que lo que había visto fuese un fuego fatuo; había brillado demasiado tiempo y siempre en el mismo punto, para que esto fuese posible; antes bien, todo le movía a creer que salía de la choza de algún pastor. El terreno por donde andaba era ya sumamente escabroso y empezaba a formar una pendiente muy rápida, lo que unido a la circunstancia de cubrir la nieve todas sus escabrosidades, ocasionó dos o tres costaldas a nuestro viajero. Comenzó, pues, a pensar seriamente en volverse atrás, con tanto más motivo cuanto la nieve arreciaba por momentos.

Al hacer, esto no obstante, un postrer esfuerzo para avanzar algunos pasos más, tuvo la gran satisfacción de volver a ver de pronto la luz a corta distancia y a su mismo nivel, según lo que pudo juzgar; pero no tardó en conocer que se había hecho ilusión en esto último, y como continuaba siendo cada vez más rápido el declive del terreno, llegó a temer y aun le pareció indudable que habría algún barranco o alguna ancha zanja entre él y el objeto de sus investigaciones. Tomando, pues, las mayores precauciones que pudo, continuó bajando la cuesta hasta que llegó al fondo de un estrecho valle en el que serpeaba un arroyuelo, cuya corriente estaba en varios puntos cortada por la nieve amontonada en ellos. Vió a su alrededor las ruinas de una porción de cabanas, de las que aun quedaban en pie algunas plantas, notables por el contraste que formaba su color oscuro con la blanca superficie sobre la que se alzaban; todos los techos estaban desmoronados, y sus hacimados escorbos cubiertos de nieve, ponían frecuentes y embarazosos estorbos a los pasos de nuestro viajero. No desmayó éste, sin embargo; antes bien, pasó el

arroyuelo sobre el hielo, no sin algunos después de haber estado varias veces, a que de dar las narices en tierra, se ha junto a la luz que buscaba.

Difícil era, a tan escasa claridad, discernir la naturaleza del edificio que alumbraaba; parecía ser una construcción cuadrangular considerable, y que podía haber servido de vivienda a un labrador acomodado de retiro y fortaleza a algún antiguo soldado; pero ya sólo se conservaba la planta de piso bajo, que servía de techo a aquella habitación. Acercóse Brown al sitio en que salía la luz, que era una especie de tronera como las que se ven en los antillanos. Deseoso de reconocer el interior del edificio antes de penetrar en él, miró B la citada abertura, y una escena de des ofreció a su vista. Estaba encendida la tencia una gran lumbrada cuyo humo de haber inundado muy bien toda la por un agujero abierto en la bóveda; a las vistas a aquella escasa luz, tenían la mellosa apariencia de unas ruinas de dos siglos por lo menos. Uno o dos tonos de cajones rotos y varios fardos desamados por el suelo con el mayor desorden, la atención de Brown se fijó principalmente en las personas que ocupaban aquel miserable jergón, cubierto sólo con una vistosa tendido un hombre, cuyo rostro pálido, que a no ser por la luz que se veía, anunciar la muerte. Brown se tomó por un cadáver. Habiéndole do con atención se convenció de que la agonía, pues vio en él aquella letrajosa respiración que precede a la vida. Una mujer embosada en la que estaba sentada sobre una piedad junto a un miserable lecho; tenía los codos apoyados en las rodillas y estaba vuelta de cara hacia el ribudo, de modo que la lámpara no podía ver su rostro. Cuando en cuando la boca del moribundo se abrió como que podía ser un bebédico o una y cantaba en los intervalos, en voz baja una cadencia monótona, una de aquellas que nos más bien conjuros que recita el brujo de Escocia y del norte de Inglaterra lecho de los moribundos, para facilitar la paración del alma y del cuerpo, atribuyéndole la misma virtud que los católicos al sus las campanas. Acompañaba la música un dulce armonía con un continuo tarascuerpo como si con él hubiera querido compensar las palabras que cantaba eran corta diferencia:

Sal, alma, del cuerpo doliente y cansado.
Del muerto despojo de angustia y tortura.
Sacude la pálida, yerta figura:
Ya canta tu requiem el templo inundado.

Las lividas de la reliquia humana;
Sienta tu separar los santos del cielo;
La madre de Cristo sea tu consuelo,
¡Escucha!... ya tocan por ti los campanas.

No temas las nievas del riado invierno.
El rodo granizo que tala y desmenuja.
El viento ha de cubrirte la blanca mortaja.
Y el sueño en que duermas será consuelo.

¡Acaba! prepárate el cuerpo a dejar
Que llega el momento y acaba el dolor;
Exhala el postrero pensamiento estéril.
Que ya la mañana comienza a rayar.

Detúvose al llegar a este punto la cantora, impudica por dos o tres largos gemidos del aríbudo, que parecían anunciar su postrera hora.

—No, no — murmuró ella a media voz —, no puede morir con eso en el espíritu: eso lo debe aún.

El cielo no quiere sus puertas abrirse:
Tiempo la tierra quiere reabrirse.

—Es preciso que abra la puerta — añadió, yéndose puesto en pie, avanzó hacia ella, dando de no volver atrás la cabeza, y descolando dos cerrojos (porque a pesar del miserable estado del cuarto, la puerta estaba cuidadosamente cerrada), levantó el pestillo diciendo:

Abrete, pestillo: todo acabó ya:
La muerte ha florado, la vida se va.

Brown, que acababa de dejar su sitio, se halló bastante cata a cara con ella cuando abrió la puerta. Retrocedió un paso la mujer, y Brown entró en la estancia, reconociendo al instante y con mucho gusto, a la misma gitana con quien había encontrado en Bewcastle. También ella reconoció inmediatamente, y su agritad, su dante, la ansiedad que se manifestó en todo continente, presentaron una viva imagen de compasiva ogra de un antiguo cuento de bruja que aconsejó a un viajero que no entrase en ninguna morada de su marido. Las primeras palabras que dijo alargando la mano hacia él como si fuera a reconvenirlo, fueron:

—No os dije que no os meterais con ellos? ¿dad con separar a los que pelean! ¿no habéis venido a sitio donde se muere de muerte mala!

—No diciendo cogió la lámpara y dejó caer la luz perpendicularmente, de modo que le iluminase de lleno, sobre el rostro del moribundo, los ojos duros y desfigurados facciones estaban en armonía en las convulsiones de la muerte. Tenía la cabeza entrapajada con vendas empapadas en sangre, como lo estaban también en muchas partes el jergón y la manta; era evidente en el rostro que aquel desdichado no moría de muerte natural. Retrocedió Brown a la vista de aquel terrible objeto, y volviéndose hacia la gitana, exclamó:

— ¡Infeliz! ¿Quién ha dado muerte a ese hombre?

— ¿Los que podían hacerlo — respondió Meg Merillies sin apartar del moribundo sus ardientes miradas —. Tiene una larga y dolorosa agonía, pero ya llega a su término; tiene sabida yo que va a morir cuando llegasteis. Ésas son las últimas palabras. ¡... Ya es cadáver!

— ¿Dijeron en el mismo instante algunas voces delante distancia.

— Ya llegan — dijo a Brown —, muerto sois, pero tengáis tantas vidas como pelos en la cabeza.

— ¿Vió Brown la vista por el cuarto buscando las armas, pero no halló ninguna; precipitándose entonces hacia la puerta, con intención de escapar entre los árboles y de huir de un sitio en el que no podía menos de tener por una caverna de asesinos; pero Meg Merillies le detuvo asiendo por un brazo con varonil vigor.

— ¡Aquí, aquí — le dijo —, quedados y estáis morido; pero veáis lo que veáis, oigáis lo que oigáis, siempre quieto y no resoláis siquiera. Brown, en aquel trance desesperado, discurrió

que lo único que podía hacer era abandonar enteramente a aquella mujer y obedecerla a ciegas. Hizole tenderse sobre un montón de paja que había en un rincón de la estancia en el lado opuesto al que ocupaba el cadáver, cubriéndole muy bien con ella, y extendió encima a mayor abundamiento dos o tres costales vacíos que había en el suelo. Deseando observar todo lo que iba a suceder, acomodóse Brown de modo que le quedase la vista expedita, y aguardó con viva zozobra el resultado de aquella aventura tan singular como desagradable. Entretanto la gitana acomodaba el cadáver estirando los miembros, extendiendo un brazo a cada lado y repitiendo entre dicentes que era mejor hacerlo antes de que se enfriase. Puso sobre su pecho un plato de madera lleno de sal, coló una vela de sebo a su cabecera, otra a sus pies, las encendió, y tornó a su costado esperando la llegada de los que poco antes se habían dejado oír.

Brown era soldado y valiente, pero era hombre al fin, y en aquel crítico momento vencieron en él tan completamente los temores al valor, que se sintió cubierto de un sudor frío pensando que corría peligro de ser descubridor por aquellos miserables, que precisamente debían formar una cuadrilla de asesinos, y que no tenía ni armas, ni más medio de defensa que sus súplicas, que serían para ellos un motivo de escarnio, y sus gritos para pedir auxilio, que no podrían llegar a oídos de nadie más que de los mismos bandidos. Toda su esperanza, en fin, estaba cifrada en la compasión de un ser asociado a aquellos malvados, cuya infame profesión debía haberla hecho inaccesible a todo humano sentimiento; casi le sorprendió la especie de interés que la gitana mostrara. Desojábase por buscar en aquel atezado y rugoso semblante, cuando le iluminaba la luz de la lámpara, algunos de aquellos signos que anunciaban la humanidad, la compasión y que rara vez abandonan a las mujeres, aun las más degradadas; pero nada de eso se veía en aquella mujer. El interés, cualquiera que fuese, que la determinaba a su favor, no provenía de ningún natural impulso de compasión, y no se debía ciertamente más que a una extraña y caprichosa asociación de sentimientos, a una inexplicable simpatía, acaso más bien a una semejanza imaginaria, como la que creyó hallar con su padre lady Macbeth en el rey dormido. Tales eran las reflexiones que rápidamente se sucedían en la mente de Brown, mientras consideraba desde su escondite aquel singular personaje; entretanto nadie llegaba y así estaba tentado de volver a su primera intención de apelar a la fuga, maldeciendo la irresolución que le había hecho meterse en un sitio donde le era ésta tan imposible como la resistencia.

Meg Merillies parecía estar también ojo alerta y muy sobre sí. Prestaba el oído al más leve rumor que venía del bosque, y cada vez que oía o creía oír alguno, volvía a acercarse al cadáver y siempre hablaba algo que componer o alargar en su posición.

— Es un hermoso cuerpo — decía a media voz — y merece que se le entierre con esmero.

No parecía en verdad sino que apacentaba con cierto placer, hijo de la costumbre, sus ojos en aquel repugnante espectáculo, considerándole con tan minucioso interés como hubiera podido hacerlo un profesor de anatomía. Tendió sobre el cadáver, a manera de mortaja, una larga capa negra que sacó de un rincón; dejó la cara ex-

puesta al aire, después de haberle cerrado la boca y los ojos, y dispuso la capa y la manta de modo que no se vieran las manchas de sangre, a fin, dijo, de dar al cuerpo una apariencia más decente.

Entraron el fin en tropel, en la estancia, tres o cuatro hombres de raza verdaderamente patibularia.

— ¡Meg, hija de Satanás, ¿por qué dejas la puerta abierta? — fué el primer saludo de uno de ellos.

— ¿Y quién ha dicho nunca que debe dejarse la puerta cerrada cuando está un hombre agonizando? ¿Cómo había de salir su alma estando cerradas esas rejas y echados esos cerrojos? — ¡Luego ha muerto? — dijo uno de ellos acercándose al lecho para examinarle.

— ¡Sí, sí, bien muerto está — repuso otro —, y aquí tenemos con qué brindar por que haga buen viaje.

Y esto diciendo, sacó de un rincón del cuarto un barril de aguardiente, mientras se apresuraba Meg a prepararles pipas y tabaco. De la actividad que desplegó en esta ocupación, sacó Brown buen agüero en favor de la fidelidad de aquella mujer; era evidente que quería emborachar a aquellos desalmados, para evitar que pudiesen descubrirle sí, por casualidad, alguno de ellos se acercaba al sitio donde estaba escondido.

CAPITULO XXVIII

Nosotros no tenemos bienes ni hogar; no conocemos techos, ni puertas con cerrojos; entre nosotros no hay voces sagradas que sujeten el antojo de los malvados. La luz del mediodía nos sorprende en una caverna, y nuestro sol es la tenebrosa oscuridad de la noche. ¡Ah, ve, tú, piepi, alerta, alegras compañeros, la tierra engaña, y ama a desputar nuestro día. — *Juana Benítez.*

Ya entonces Brown podía contar sus enemigos: éstos eran cinco. Dos de ellos eran hombres muy fornidos, que parecían marinos o se habían desfilado de ellos; los otros tres eran un anciano y dos mozos, que por su tez morena y negros cabellos debían pertenecer a la tribu de Meg Merillies. Pasábanse uno a otro la copa en que bebían el aguardiente.

— ¡A su buen viaje! — dijo uno de los marinos empujando el codo —; ya pasado una gran borrasca, pero ya está en el puerto.

Omitiremos por respeto a nuestros lectores las repetidas imprecaciones con que aquellos dignos bandidos sazonaban sus pláticas, conservando sólo lo que no pueda ofender los oídos castos.

— Ya no le importan ni el viento ni la tempestad — dijo otro —, pero más de una vez le han dado que hacer los vendavales del nordeste.

— ¡Aver hizo su último crucero — repuso el primero que había hablado — y ahora puede rezar por él la vieja Meg, para que tenga el viento próspero.

— No rezaré ni por él ni por ti, ni por ningún perro como vosotros — dijo Meg —; pero mudados están los tiempos desde que yo veía los muertos. Los hombres eran hombres entonces, y sabían pelear en campo raso, a la luz del sol y no a sesmar de noche. Los nobles tenían buen corazón y no hubieran negado el pan y la cama a una pobre gitana, no había uno solo de nosotros, desde el abuelo Juan Faa hasta el niño Christie que llevaba yo en brazos, capaz de quitarles ni una hilacha. Pero vosotros no seguís las buenas reglas Antaños, y no es extraño que

ACANTO PIESFELICES

Una vaca en el camino

Por CAO



o alcanzan tantas veces los azotes y los ceños. No, no, ya no sois los mismos de antes; coméis el pan de un hombre honrado, os bebéis su cerveza, dormís en su cama, y en recompensa le saqueáis su hacienda y le cortáis la cabeza. Más sangre hay en vuestras manos, perros, que en las de un hombre que muere peleando a buen sueldo en el estriber — añadió — añadió — mucho tiempo luecho con las garras de la muerte, porque no podía ni vivir ni morir; pero a vosotros, la mitad del condado es veré patalear en una horca.

La profecía de Meg Merrilés los hizo a todos reír a carcajada tendida.

—¿Y por qué has vuelto, vieja loca? — dijo uno de los gitanos —, no podías quedarte donde estabas y decir la buenventura en los alrededores del Cumberland? ¡Arrea, diablo con falsas, y ve a donde se ronda algún por ahí fuera; ya no sirves más que para eso.

—¿No sirvo más que para eso, eh? — replicó la indignada matrona —; para algo más servía en la gran batalla entre los nuestros y los de Patricio Salomón, y si estas manos no te hubieran levantado del suelo, Juan Bailie hubiera dado buena cuenta de tus huesos, ¡pobre diablo!

Siguió a esta vigorosa réplica una carcajada a costa del héroe asombrado en la susodicha ocasión.

—Esa es, madre mía — dijo uno de los marineros —, eche un trago con nosotros y lo pasado, pasado.

Apuró Meg la copa que le ofrecían y, separándose de la conversación, fué a sentarse junto al sitio donde estaba escondido Brown, de modo que no hubiera sido posible acercarse a él sin obligarla a levantarse, y ninguno parecía dispuesto a molestarla, por el momento.

Sentáronse alrededor de la lumbre y se discusieron a celoso consejo, pero como hablaban en voz baja y en una especie de germanía ininteligible, sólo pudo comprender Brown a duras penas, que hacían contra alguno furiosas amenazas.

—Se le ajustarán las cuentas — dijo uno al oído del que estaba a su lado.

—En eso yo no me meto — respondió éste.

—¿Te has vuelto cobarde, Jack?

—No por cierto, no lo soy más que cualquiera de vosotros; pero me acuerdo que un lance sujeciente a ese acabo con el tráfico hará unos veinte años. ¿Has oído hablar del salto del afador?

—Sí, sí, muchas veces le oí — dijo el otro indicando el cadáver con un movimiento de cabeza — contar esa aventura. ¡Cuidado si se desmenujaba de risa explicando cómo le arrastró hasta la cima!

—Pues eso fué lo que tuvo suspendido el comercio tanto tiempo.

—¿Y por qué?

—¿Por qué? ¡repuso Jack —! la gente tuvo miedo y no quiso volver a comprarnos por el valor de un chelín.

—Pues a pesar de todo — dijo el otro — es preciso que nos vengamos de él, y si llegamos a encontrarle entre dos luces, no hay que tenerle compasión.

—Ya se ha dormido Meg — dijo uno que no había hablado hasta entonces —. La pobre vieja empieza a chochear, y si nos tenemos al oído sobre ella, algún día nos ha de delatar. Miedo tiene de su misma sombra la maldita brujía.

—No hay que temer — dijo el más anciano —. Meg es de buena casta y la última de quien yo desconfiaría, pero tiene sus extravagancias como cualquiera.

Continuó la conversación por algún tiempo, pero en términos de todo punto ininteligibles para Brown. Empleaban un dialecto oscuro que les era peculiar, sin que, ni de los términos de que se servían ni de los ademanes con que los acompañaban, pudiera inferirse el asunto de su conferencia. En fin, uno de ellos viendo a Meg bien dormida o fingiendo estarlo, dijo a uno de los mozos que fué a buscar a Pedro el Ne-

gro (maleta, en *caldo*) para empezar cuanto antes a destriparle. Salió el muchacho y volvió un momento después con una maleta que Brown reconoció al punto por ser la suya. Acordóse inmediatamente del desgraciado posición que se había quedado solo con el carruaje, y temió que le hubiesen asesinado aquellos malvados. Era horrible dolo le hizo escuchar aún con mayor atención todo lo que decían mientras vaciaban la maleta y pasaban revista a toda su ropa, para ver si de ello podía sacar alguna conjetura sobre la suerte del pobre postillón; pero estaban los bandidos demasiado satisfechos con su presa y harto embebecidos en examinarla despacio, para entrar en pormenores acerca del modo cómo había caído en sus manos. Contenia la maleta algunas alforjas, un par de pistolas, una cartera en la que había algunos papeles, dinero, etc. etc. En alguna otra ocasión no hubiera podido Brown llevar en paciencia la desvergüenza con que se repartían sus despojos, riéndose además del despojado; pero su situación era demasiado crítica para dejarle pensar en nada más que en los medios de conservar la vida.

Después de un suficiente escrutinio de la maleta, y de una equitativa distribución de su contenido, dedicáronse a los ladrones a la importante ocupación de mendurar los tragos, en la que emplearon la mayor parte de la noche. Esperó Brown por algún tiempo que al fin acabarían por emborracharse completamente y que entonces le sería posible escapar; pero su peligrosa profesión los obligaba a ser muy cautos en el beber, y supieron preservarse de la embriaguez. Cuatro de ellos se dispusieron a echarse a dormir, mientras el quinto se quedaba de centinela, en lo que a las dos horas fué elegido por los demás. Los otros dos de los que de acción despertó a toda la cuadrilla, la cual, con indecible satisfacción de Brown, empezó a hacer sus preparativos de marcha, disponiendo cada cual a llevarse los varios efectos que le habían cabido en suerte. Pero aun quedaba algo que hacer; dos de ellos, después de haber registrado por todas partes, no sin dar frecuentes sustos a Brown, cogieron un azadón y una pala, otro cargó con un hacha que estaba detrás de la paja sobre la que estaba tendido el cadáver, y mandó a los otros dos que salieran los tres de la estancia, en la que se quedaron de guardia los otros dos, que eran justamente los dos vigorosos marineros.

Media hora después volvió uno de los tres que habían salido y dijo algunas palabras a sus compañeros; éstos entonces cogieron el cadáver que Meg había amortajado, como ya hemos dicho, se lo echaron a cuestras y salieron con él. Despertóse en el mismo instante la vieja sibila de su sueño verdadera o fingido, llegóse a la maleta como para curiosearla, y se efectuó con la rapidez del pensamiento a Brown, diciéndole en voz baja, pero imperiosa, que la siguiese sin perder un momento, orden que obedeció nuestro héroe, como ya se deja suponer. Quiso llevarse a lo menos sus papeles, sus pistolas y el dinero, pero la vieja se opuso a ello con firmeza; y reflexionando que si se llevaba algo de lo que le pertenecía, las sospechas de los bandoleros recaerían naturalmente sobre aquella mujer, quien en todas las apariencias iba a ser deudor de la vida, renunció inmediatamente a su intento, pero no pudo resistir a la tentación de coger al paso, sin que ella lo viese, un cuchillo de monte que había dejado caer sobre la paja uno de los ladrones. Dueño de aquella arma que escondió muy bien, respiró ya más libremente y se creyó casi fuera de peligro; el frío y la incómoda postura en que había estado toda la noche, habiéndole que sus miembros, y a pesar de los calentamientos que le atormentaban, siguió no sin dificultad el veloz paso de la gitana, hasta que le era libre y el ejercicio le volvieron toda su energía, restableciendo en su cuerpo la circulación de la sangre.

Avivaban algún tanto a la sazón la claridad

de una mañana de invierno los vivos de la nieve que la helada había vertida sobre ella como un espejo. Echó Brown una ojada sobre todo lo que le rodeaba, a poseer en estado de reconocer aquellos en caso de necesidad. La península que había pasado la noche y de la que, hemos dicho, sólo se conservaba una estaba apoyada sobre una roca y dominada por un riachuelo de que ya hemos hecho sólo era accesible por el lado del valle, a ella por donde corría aquí. Impedían a ella por los otros tres lados, precipicios profundos que Brown vio con terror que el riachuelo que casualmente más de peligro; si hubiera querido dar la vuelta por el lado del pueblo, no sin intención, infaliblemente se hubiera encontrado en un despeñadero. Era el valle trecho que los árboles de ambos lados iban en algunos puntos, formando comas, cubiertas de nieve a la sazón, y de toldo de escarcha bajo el cual corría el riachuelo, en los sitios en que no estaba corriente. Poco más adelante se entraba en el valle convirtiéndose en una pequeña cascada, y continuando entre el río y las montañas del pueblo, se cruzó con el río cruzado Brown la noche anterior. Sus brotes ennegrecidos por la intemperie y los de musgo le parecieron aún más que el contraste que formaban con la nieve blanca amontonada el viento alrededor de él.

No pudo Brown echar más que una ojada sobre aquella triste y desamparada; su conductora, después de haberse un momento, como para darle tiempo para que curioseara, pasó con una curiosidad que observó un hombre de confianza, que seguía el camino en que veían estampadas sobre la nieve las huellas de ciertos de varios hombres, pues todo le hacía creer que sin duda pertenecían a bandoleros con quienes a pesar suyo se había pasado la noche; pero un momento de esto bastó para desvanecer sus sospechas. Era creíble que una mujer que podía entrarle indifeso a aquellos miserables, y que se vendría entonces que se hallaba en el caso, y cuando tenía tantas probabilidades de escaparse y tantos medios de defenderse, más, el arma que llevaba guardada en su seno acababa de tranquilizarse; siguió, pues, con confianza y en silencio. Corrió el riachuelo o más bien arroyo, por el donde se conocía que le habían pasado que los habían precedido en aquel punto, cuyo rastro continuaba hasta un punto de la estancia que se encontraba al valle. Llegó a él, como la gitana una vez de escabrosidades que remataba en un punto que dominaba las ruinas; aunque la gitana le había el camino y le hacía a veces resbaladizo, andaba Meg con paso firme y seguro como persona que conocía muy terreno. Llegó en fin a la cima del cerro un vericuetu tan empinado que Brown convencido de que por él había bajado, apenas se movió a comprender cómo había descendido cien veces al bajar, ya allí una llanura como de unas dos millas, al fin de la cual se extendían y dilatados plantíos de árboles.

Seguía Meg conduciéndole por los cerros contiguos al valle, hasta que llegó en la hondonada algunas veces confluencia entonces hacia un frondoso bosque verde a cierta distancia, y apenas hubo pasado a él:

—Seguís todo derecho — le dijo — de nuevo se estrecha el valle, y a los tres minutos. No perdáis un momento, alejados; vuestra vida vale más que la de muchos. Pero todo lo habéis perdido — Metió la mano en una enorme falda de la que sacó un holcón gris.

—Muchos de vuestra familia han da-

a Meg y a los suvos; bastante ha vivido Meg para remuneraros en cierto modo — y dichoso pósole la bolsa en las manos.

—Esta mujer ha perdido el seso — dijo Brown — sí; pero no era el momento muy oportuno para una explicación, pues continuaban rindiéndose las voces en el fondo del valle, y no se podía dudar que proviniesen de los bandidos.

—¿Cómo podré devolveros este dinero — le dijo — y pagaros el gran favor que me habéis hecho?

—Tengo que pediros dos cosas — respondió Sibila hablando muy bajo y muy de prisa — una, que jamás habléis de lo que habéis visto esta noche, y la otra que no salgáis del condado sin volverme a ver, que dejáis a mi cargo a *Armas Gordon* las señas del sitio donde podré veros, y que cuando os encontréis conmigo, sea en la iglesia o en la plaza, en una boda o en un entierro, un sábado o un domingo, comido o ayuno, todo lo dejéis por seguirme al instante. — De poco podrá aprovecharos eso, buena madre.

—Puede ser a mí no me aproveche, pero a sí, y eso es lo que yo busco. No creáis que voy loca, aunque tengo hartos motivos para ello, no es por eso, ni por eso, ni por eso, ni por eso, sino muy bien lo que os pido y por qué os lo pido. La voluntad de Dios os ha salvado de muchos riesgos, y su voluntad es que vos os de instrumento para reintegraros en las posesiones de vuestros mayores. Empeñadme, pues, promesa que me pedis; espero que de ese modo me se ofrecerá ocasión de volveros vuestro dinero con alguna usura. Sois ciertamente una señora como hay pocas, pero...

—Idos, idos! — exclamó alargando el brazo — no volváis a acordaros de esa bolsa, que es vuestra; pero acordaos sí, de vuestra promesa y guardaos de seguirla, ni aun con la intención de hacerlo.

Después esto, volvió a tomar la senda del valle, dejó la cuesta con rapidez haciendo rodar por sus pisadas pedazos de nieve y gruesos troncos.

A pesar de su prohibición, buscó Brown un pretexto desde donde poder verla sin ser visto, pero no conocía cuán necesario le era andarse con tanta cautela; una peña que se alzaba en medio de los árboles a la vera del valle, le sirvió de escondite. Hincó una rama en tierra y adelantando la cabeza con mucho tiento, la vio reunirse en el fondo del valle con toda la cuadrilla de la noche anterior, que entonces contaba dos o tres hombres más. Habían barrado la nieve al pie de un cerro y abierto una huera bastante profunda, alrededor de la cual estaban todos en pie, unos dos que bajaban al fondo un bulto, entrado en un lienzo por el estilo de una vela de vela, que Brown miró al instante que sería un cadáver que había vino amojatrar la noche anterior. Guardaban invividos y silenciosos por espacio de medio minuto, como si pensasen con cuidado en la pérdida de su compañero; pero si eran sus disposiciones, no estuvieron mucho tiempo bajo su influencia, pues pronto se separaron todas las manos en rellenar con tierra sepultura, y Brown, viendo que no podían ir en desparchar, calculó que lo mejor que le haría hacer era seguir los consejos de la gitana, y se puso, pues, en camino y sólo pensó en llegar pronto antes a los plantíos de árboles que tenía en el fondo del valle.

Allegado que hubo a ellos, lo primero en que se ocupó fué en la bolsa que le había dado la gitana. Habíala aceptado sin titubear, aunque con alguna repugnancia, nacida de la especie de persona a quien se la debía; pero merced a ella, se sentía libre de un grande apuro. Su dinero, a excepción de algunos chelines que llevaba en el

bolsillo, iba todo en la maleta, y de ésta, desgraciadamente, se hallaban en posesión los amigos de Meg. Necesitaba algún tiempo para escribir a su apoderado, o aun para dirigirse a su hospitalario amigo de Charles-Hope, que con mucho gusto le hubiera prestado cuanto hubiera sido menester. Resolvió, pues, entretanto, recurrir a la bolsa de Meg, esperando tener en breve ocasión de devolvérsela con algo más.

—Precisamente contendrá una suma insignificante — dijo —, y bien core además que la buena mujer no dejará de atrapar para desquitarse algunos de mis billetes de banco.

Haciendo estas reflexiones abrió la bolsa, persuadido que no hallaría en ella arriba de unas tres o cuatro guineas; pero, ¡cuál fué su sorpresa al ver, además de una gran cantidad de monedas de oro de diferentes valores y de varios paises, y que podían ascender como a unas cien libras, una multitud de sortijas y otras joyas muy

Los Humoristas

CUENTO BREVE

por MAX Y ALEX FISCHER

Para imprimirlo en el reverso de las tarjetas de invitación para los banquetes de las exposiciones de pintura.

Dos horas habíamos desambulado ella y yo a través de innumerables salas.

Bamos a franquear el umbral de una sala nueva.

Ella murmuró:

—Me parece que ya hemos estado aquí. Experimenta una extrema sorpresa.

—¿Cómo? — pregunté. — En el caso de nuestro paseo es un retrato los cuadros!; Y los ha mirado lo suficiente para poder reconocerlos al primer golpe de vista!... ¡Y decir que yo la tenía por una crítica-rara exquisita, desde luego, pero únicamente capaz de interesarse por trivialidades!... ¡Decir que yo suponía que solamente el deseo de asistir a una ceremonia tan parisiense la había decidido a acompañarme hoy aquí!... La verdad es que nos formamos de esta mujer una opinión bastante tonta, bastante errónea, bastante..."

Me sacó de mis reflexiones: — ¡Sí, sí, de verdad! Estoy completamente segura de que hemos pasado ya por esta sala. La reconozco, por haber visto hace poco en el mismo sitio... sentada en el sofá, a esa señora gorda que lleva el sombrero adornado con una pluma preciosa.



importancia parecía mucho más considerable!

No menos ardo que confuso quedó Brown al ver en sus manos objetos cuyo valor aparente superaba al de cuanto poseía, y que según todas las probabilidades habían sido adquiridos por los mismos nefandos medios que habían puesto su malera en poder de los bandidos. Su primer pensamiento fué informarse de la residencia del juez de paz más inmediato, hacerle una declaración de cuanto le había pasado y poner en sus manos el tesoro de que se hallaba depositario de un modo tan impensado; pero un momento de reflexión le hizo palpar los inconvenientes que resultarían de dar este paso. Primeramente hubiera sido faltar a la promesa que había hecho de no hablar palabra sobre los sucesos de aquella noche, y comprometer además la seguridad, ac-

so la vida de una mujer a quien era deudor de la suya propia, que le había entregado escandalosamente y con un exceso de desconfianza hubieralabrado un exceso de generosidad; era, pues, preciso renunciar absolutamente a esta idea.

Además, era extranjero, desconocido en aquel país; la pérdida de sus papeles le ponía hasta en la imposibilidad de darse a conocer por lo que realmente era ante el magistrado, acaso ignorante y estúpido, a quien podía dirigirse.

—¿Ya lo pensaré más despacio — dijo —; acaso se halla algún regimiento acantonado por estas cercanías, y en ese caso un intelectual en el servicio con mis relaciones con muchos oficiales del ejército no pueden menos de franjearme un crédito que ciertamente no obtendré de una autoridad civil; entonces puedo contar que el comandante de la fuerza me ayudará a arreglar las cosas de modo que no se siga ningún perjuicio a esa pobre anciana, que tan útil me ha sido en esta ocasión. Un magistrado civil se creería obligado a enpezar por prenderla, y yo sería la causa de cuantas desgracias pudieran sobrevenir... No, no, pues cuando se trata de una mujer en persona, ella se ha portado bien conmigo, y yo igualmente me portaré bien con ella; quiero que disfrute el privilegio que dispensa un consejo de guerra, en el que el pundonor militar modifica la estricta aplicación de la ley. Además, hemos de vernos en Kipple... Kipple-loup... ya, yo me acuerdo cómo me dijo... y entonces le restituiré su bolsa y compóngase la justicia como pueda para echarle la garrá.

Sacó Brown de la bolsa para atender a las primeras necesidades del momento cuatro monedas, proponiéndose no tardar en restituirle a su sitio, y le cerró firmemente resuelto a no volver a abrir más que para devolvérsela a la que se le había dado o para depositarla en poder de la justicia. Acordóse luego del cuchillo de monte que llevaba consigo, y su primera idea fué tirarle entre los árboles; pero el temor de encontrarse con alguno de aquellos saltadores fué causa de que no se resolviera a desprenderse de él. Aunque no llevaba uniforme, su traje tenía cierto aire militar y era bastante a él un arma sin que pareciera extraño, con tanto más motivo cuanto la costumbre de llevar espadas los paisanos, aunque algo anticuada, no había caído bastante en desuso para que llamasen la atención los que perseveraban en conformarse a ella. Cifóse, pues, el cuchillo a la cintura y prosiguió su marcha esperando hallar pronto el camino que le había indicado la gitana.

CAPITULO XXIX

Juntas pasamos nuestra alegre infancia, Edad de la inocencia, y allí un momento, Herminia, nada alteró nuestro contento Ni de nuestro cariño ni de nuestra constancia. En las mismas labores Siempre nos ocupábamos; Siempre las mismas ideas; Una y otra bordábamos, Y los mismos cantares entonábamos; En nuestro dulce calma Erámos de dos cuerpos solo un alma.

SHAKESPEARE. El sueño de una noche de verano.

JULIA MANNERING A MATILDE MARCHMONT.

—¿Cómo puedes decirme, querida Matilde, que mi amistad se entibia, que mi cariño fluctúa? ¿Es posible que yo olvide jamás a la amiga que ha elegido mi corazón, y en cuyo seno he depositado todos los sentimientos que la pobre Julia se atreve a confesarse a sí misma? No menos injuria eres suponiendo que prefiero la amistad de Lucy Berrán a la tuya; lejos de ser así, te aseguro que no le he dedicado nada de lo que tú sibes. Es seguramente muy buena muchacha, la quiero de veras, y aun confieso que las ocupaciones a que juntas nos dedicamos desde por la mañana hasta por la noche, me han dejado menos tiempo disponible del que exige una correspondencia tan regular como la nuestra; pero no poseo ningún adorno de sociedad, y todo su saber se reduce al francés y al italiano, conocimientos que debe al monstruo más grotesco que

has visto en tu vida y a quien mi padre ha tomado en cierto modo por su bibliotecario, para probar, según creo, el poco caso que hace de la opinión de las gentes. El coronel Manning parece estar determinado a que nada de lo que le atañe o tiene siquiera alguna relación con él, pueda pasar por táfalo. Me acuerdo de que en la India se encontró no sé dónde un perillito de mala muerte, que daba asco mirarle, patizambo, derrengado y con unas orejas que le arrastraban; púsole en la cabeza hacer de aquel hediondo bichejo su favorito, para dar en cara al gusto y a la opinión generales, y recuerdo que una de las pruebas que alegaba de lo que él llamaba la petulancia de Brown, era que había criticado las patas tuertas y las orejas largas de Bingu. A fé de quien soy, Matilde, que pienso que sólo en un mundo de miseria principio, ha podido formarse una alta idea del pedante más chabacano de la tierra. Le hace sentarse a su mesa, donde echa la bendición en el tono de voz en que van gritando las pescaderas por las calles; embula tajos de a libra como se echan paquetes en un carro, y como hombre que no sabe lo que engulle; dice la acción de gracias desentonando a cada palabra y vuélva a sepultarse en un montón de enormes libros, roídos por las ratas, "tan bonitos como éos." Si tu padre alguna vez quisiera que me enseñara a leer, no dejaría de divertirme bastante el pobrecillo; pero apenas empiezo a preparar mis baterías contra Mr. Sampson (que éste es el nombre del susodicho gracioso personaje), me mira Lucy con un aire tan compungido, que me quita las ganas de llevar adelante la burla, y mi padre frunce las cejas, se muerde los labios y acaba por dispararme algún sarcasmo que me deja cortada.

"No era mi ánimo, sin embargo, hablarle de este ente; sólo quería decirlo que como yo poseo muy pocas las lenguas antiguas y las modernas, se ha encargado de enseñar estas últimas a Lucy, y creo que si mi nueva amiga no sabe el griego y el latín, y aun el hebreo de añadidura, sólo debe agradeceréelo a su propia senescaz que le ha hecho obsistarse en no aprenderlas. Realmente hablando, tiene un gran fondo de instrucción, y te aseguro que me admira el arte que posee de sacar provecho para su recreo de sólo reparar y coordinar en su cabecero de la cabeza, tan pronto como se le olvidan las palabras que quiere emplear, a gustarme mucho más que cuando le estudiábamos con aquel majadero de Gicippi, porque así debe escribirse su nombre, y no Chippichipi. Ya ves que empiezo a ser altamente erudita.

"Pero acoso quiero más a miss Bertrán a causa de los adornos que le faltan, que de los conocimientos que posee. No sabe ni una nota de música, y baila como una lagareña, es decir, que pone en ella sus cinco dedos, las espaldas, las caderas y sus miembros, y da algunas lecciones de arpa, que ella recibe con una gratitud y docilidad, y le he enseñado varios pasos de los que nos hacía hacer monsieur La Pique; ya sabes que decía que yo daba grandes esperanzas de ser famosa bailarina.

"Por las noches nos lee papá algunas poesías en alta voz, y te aseguro que en tu vida has oído leer mejor los versos. No se parece a aquellos lectores amaranados que confundiendo la lectura con la declamación, arrugan la frente, ponen la mirada sañuda, manotean y gesticulan como si estuvieran representando en un teatro; nada de eso es del gusto de mi padre; sin tratar de llamar la atención por su tono y sus ademanes violentos, se limita a hacer notar con tino y mesura y con la mera inflexión de la voz los sentimientos expresados por el autor que lee. Lucy monta muy bien a caballo; su ejemplo me ha quitado el miedo, y a pesar del rigor de la estación, damos largos paseos por las orillas, muchas veces a caballo, y a pie. De todo esto resulta, querida mía, que no me queda para escribirte tanto tiempo como antes.

"Además, puedo darte la excusa habitual de todos los perecosos, y es la que nada tengo que decirte. Mis tiempos, mis esperanzas, mis inquietudes con respecto a Brown, poco interés

podrían ofrecerte, desde que sé que estás en libertad y en cabal salud. Además, te confieso que me tiene muy resentida, y que me parece que ha andado muy poco galante en no hacerse saber sus intenciones y darme noticias suyas. Acaso había algo de imprudencia en nuestras entrevistas, pero no creo que te tocabas a Mr. Van Beest. Brown ser el primero en advertirlo y desaparecer de resultas, de la noche a la mañana. Si tal es su opinión, le aseguro que en este punto estamos enteramente conformes, y que más de una vez he pensado que mi proceder no ha sido el más cuerdo posible en esta ocasión. Sin embargo, tengo tan buena opinión del pobre Brown, que no puedo menos de atribuir su silencio a algún motivo extraordinario, lo que realmente me tiene a veces en gran pena.

"Pero volvamos a Lucy Bertrán. No, Matilde, no, jamás será tu rival en mi corazón; tus celos son infundados. Es una niuchacha amable, sensible, cariñosa; pocas personas hay a quienes recurriría yo de mejor gana para hallar consuelos en los males verdaderos de la vida, pero esos males son muy raros, y yo necesito una amiga que sepa simpatizar con las penas del corazón. El cielo sabe y tú lo sabes también, Matilde, que esas penas necesitan los consuelos de la amistad, pero los resultados de la amistad que yo necesito, te considero como de más importancia; esa especie de simpatía es desconocida, absolutamente desconocida a Lucy. Si me viese enferma con calentura, pasaría una noche y otra noche velando junto a mi cabecera y me prodigaría sus servicios con infatigable paciencia, pero no se daría mejor traza que su extravagante preceptor para calmar la fiebre del corazón, como tantas veces lo ha hecho mi querida Matilde. Lo que me tiene también algo quejosa es el oírlo decir ni una palabra; estoy segura de que es correspondido, y este mutuo amor tiene sus puntos de interés novelesco. Miss Lucy, a lo que he oído decir, debería haber sido una heredera riquísima, pero la prodigalidad de su padre y el tejanameje de un picaro administrador en quien tenía puesta Mr. Bertrán toda su confianza, la han arruinado completamente. Uno de los jóvenes de más mérito de estas cercanías está perdido por ella; pero como sus padres me son muy ricos y es hijo único, yo no creo que darán sus esperanzas, a causa de la desproporción de sus bienes.

"Mas, a pesar de esta prudencia, de esta modestia, de este desinterés, Lucy sabe muy bien lo que se hace. Estoy segura de que ama al joven Hazlewood, y tampoco dudo que él logrará hacerse confesar, si tanto mi padre como ella misma quisieran darle pie para ello; pero es el caso que he de saber que el coronel Manning trillaba a miss Bertrán todas aquellas atenciones que a nadie le sonaban a amante, en la situación de Hazlewood, en ocasión de declararse sin rodeos. Quiera Dios que no le suceda a mi buen papá lo que a todos los que se meten en negocios ajenos. Te aseguro que si yo fuera Hazlewood, sus cumplimientos, sus reverencias, sus obsequios, el cuidado que pone en ofrecerle la mano, en acompañarla a todas partes, me harían riquísima gracia, y más de una vez he sorprendido al joven enamorado sumergido en reflexiones que me parece que no tienen otro fundamento. Figúrate qué papel tan deseado hará tu pobre Julia en tales ocasiones! Aquí, mi padre haciéndose el able con mi amiga; allí, Hazlewood ocupado en espigar una a una todas sus palabras, todas sus miradas, y yo contentando yo tengo la triste satisfacción de interesar a ningún ser humano, ni siquiera al exótico monstruo de quien ya te he hablado, que sentado en un rincón y con la boca abierta, tiene conscientemente clavados los ojos en miss Bertrán, como si fuera una admiración estúpida, como una estatua.

"Todas estas cosas, unas veces me atacan los nervios y otras me hacen reír. La conducta de mi padre y de los tortolitos me iba ya estomagando tanto, estaba ya tan aburrida de ver que nadie hacía caso de mí como si tal Julia no existiera en el mundo, que al fin el otro día dirigí un ataque contra Hazlewood, ataque a que, sin

incurrir en la nota de desatento, no podía de responder. Poco a poco fui aclarando su defensa, y te aseguro, Matilde, que es ven muy guapo; nunca me acuerdo de haber parecido tan bien. Iba animándose lentamente la conversación, cuando llegó oída un melancólico suspiro de Lucy, imaginárame que fui demasiado generoso y va adelante mi victoria, y que no lo he hecho así cuando no me hubiera dado respeto a papá, que afortunadamente estaba muy ocupado en aquel momento a miss Lucy una larga descripción de los usos y costumbres de una raza de indios, illos con dibujos que hacía al intento en los papeles para bordar que tenía Lucy sobre su escritorio, y se iba perdiendo los rales llamándose de pinturas de trajes orientales yo creo que tanto pensaba ella en aquel en el vestido que se estaba bordando, como los turbantes y atavíos de los vasallos Mogol. Sin embargo, buena suerte tuvo no viera papá todo el mérito de mi procedimiento, porque es enemigo nato de todo lleva visos de coquetaría.

"Pero, por lo que hace a Hazlewood, en aquel semicírculo perceptible a Matilde, y a la atención de los presentes, apenas me había prodigado a un objeto que estaba de merecerlas como tu Julia; con una especie de sentimiento y contricción verdadera me acerqué a la misista de labor de Hízole una observación bastante injusta, era menester nada menos que un oído como el de un amante, o el de una observadora como yo, para distinguir en la voz que le dio Lucy, un tono más frío y más acedo que el que él había perdido en su conciencia muy limpia, sólo en ella me venía, y quedó todo cabizbajo y yo me concreté que era propio de mí generoso intervenir como mediadora, Tercé, pues conversación, en tono de persona desinteresado tercero en discordia, que nada ni oído; fuimos travendo poquito a poco guapa habitual entre ellos, y después de haber servido por un buen rato de canal de comunicación por cuyo conducto se transmitían mensajes de amor y de odio, me acerqué a ajedrez, y mientras estaban engolfados en su juego, me dispuse a dar guerra a Lucy, todavía estaba emborronando papel con los de vestimentas orientales. Nuestros ojos de ajedrez estaban sentados juntos encima, apoyados los cerdos en un costado, el cual estaba el tablero; el coronel se puso a una mesa atestado de libros y papeles, extremo opuesto de la sala, que es muy grande y muy cómoda. Los cuadros están cubiertos de una tela llena de ringorrazos, que el mismo hizo dudo que pudiera explicar el que me representa. Descrita ya la disposición de ella, escucha la conversación que entablo por lo ajedrez.

"—El ajedrez es un juego muy interesante, ¿no es así?

"—Dicen que sí — respondió sin sermone con una mirada que me decía que así lo infero, era efecto, a juzgar por la atención que le prestan mis Lucy y Hazlewood.

"Levantó inmediatamente la cabeza, y me dijo por un momento su dibujo; pero sin ver cosa que pudiese excitar sus sospechas al instante volvió muy sosegado a los pliegues del turbante de un Marata, y me interrumpió de nuevo en su trabajo diciendo:

"—¿Qué edad tiene miss Bertrán, por favor? — preguntó, y tu voz me volvió tan tímida que me quedé muda.

"—¡Oh, eso no! Ya tendrá algo más, me estás diciendo que sabe servir el té mejor que yo, y hacer como se debe los de la mesa... ¿Por qué no le dais de para siempre el derecho de presidir en el

"—Hija mía, o tú has perdido el poco que tenías, o eres más maliciosa aun de lo que pensaba.

— Prefiero esa última interpretación, pues por en el mundo quisiera pasar por una...
— ¿Y por qué hablo con usted si lo fueras?

— Pues vale que no es tan disparatado lo que me dices. Todos convienen en que soy lo que me da un buen mozo... (una sonrisa asomó a los labios), es decir... para vuestra edad...
— ¡Fruñó las cejas que no es mucha. No me oculta que tengo poco juicio, y que una mujer más grave y sensata os haría más feliz. Me da en el nudo con que me cogió la mano mezclada de enojo y de cariño que me parezca una reconvencción por haber broncado con ustedes.

— ¡Julia — me dijo —, mucho puedo perdonar por su natural liebreza, porque la considero como un amigo a que me he hecho acreedor por no haberme cuidado bastante por mí mismo de su educación; hubieras debido, sin embargo, reñerla en una materia tan delicada. Si no respetas los sentimientos que conserva tu padre a la memoria de su madre que has perdido, no olvides a lo que me corresponde el derecho del infortunio, y cuando yo se alegrara al saber que mis Berrán una vez más saldrán que acaban de escaparse en un momento de irreflexión, eso sólo bastaría para que yo renunciara a su asilo, y a exponerse a su protección a todos los peligros de un mundo que tan despiadado y duro se ha mostrado hasta ahora con ella.

— ¿Qué podía yo responder a este, Matilde? ¿Me hiciste culpada, pedi perdón, e hice firme propósito de enmendarme, de modo que yo me quedara completamente neutral. En honor y en conciencia no puedo atenerme a lo que quiere Lucy, porque si no aun por pasatiempo su conquista de un mundo, a pesar de la poca confianza que me tiene en mí la picarilla, ni tampoco me es posible después de la grave reprimenda de mi padre que me mate sobre una materia tan delicada.

— ¿Que para pasar el tiempo, me entretengo con leer muñequitos de papel, y en tirarlos a la pizarra para ver cómo arden; dibujo con la pizarra una tarjeta chancante sobre la que yo te aseguro que amo, e hice un estudio de Hydr-Al? Me toco cualquier cosilla en la ventanilla de la arpa, como algún librote muy viejo que me empieza por la última hoja, y continúo leyendo hasta el principio. Lo cierto es que, a pesar de la verdad, el silencio de Brown empieza a molestarme seriamente inquieta. Si hubiera tenido que dejarse, ciertamente me lo hubiera escrito a usted. ¿Sería posible que no lo creyera hubiese aceptado sus cartas? No lo creo: esto sería un error a todos sus principios; pero yo sería un hombre cuando le fuera en ello nada menos que impedir que me escapase al alba por la ventana.

— ¿Jesús, y qué expresión se ha escapado de mi boca? Casi me avergüenzo de haberla escrito; sea a ti, Matilde, que tan acostumbrada estás a mi humor. Ello es que, al fin y al cabo, tampoco debo hacerme un gran mérito de haber encontrado Dios manda, pues no es Mr. Van der Brown un amante bastante fogoso para que yo le ponga un objeto de amor a dar un paso considerado — él deja todo el tiempo necesario para reflexionar; es justicia que debe hacerse —, quiero, sin embargo, condenarle sin orfite, ni poder poner en duda la varonil firmeza de su carácter que tantas veces te he ponderado. Si yo fuera capaz de temor, de duda o de inconstancia, me parecería que me interesaré por él.

— ¿Y por qué, me dirás tal vez, cuando vejo a mi amante una conciencia tan firme, tan intachable, me doy por sentida de no ser el objeto de su amor? Me lo obsesque de Hazlewood: bien me da al día me hago yo misma esta pregunta, y me da una respuesta que puedo darme es — ¡mira simpleza! — que sin querer dar pie a una verdad formal, a ninguna mujer le gusta ser desatendida y desairada.

— Te escribo todas estas tonterías, porque sé que te divertirán, cosa que verdaderamente me interesa. Me acuerdo de cuando hacíamos a hurtas algunas visitas imaginarias al país de las maravillas, y siempre admirabas lo grandioso, lo romántico, lo romántico sobre todo: aventuras de

libros de caballería, enanos, gigantes, vestigios; doncellas desvaldidas, encantadores, espectros, apariciones, manos sangrientas, etc.; yo prefería las intrigas complicadas de la vida común, o cuando más, lo maravilloso producido por mediación de alguno de nuestros genios del Oriente o de una benéfica hada. A ti te gustaba lanzar la nave de tu vida sobre el inmenso océano con sus botaniches calmas y sus deshechas borrascas, sus precipicios entretabios, y sus olas arrojándose como montañas hasta el firmamento, mientras yo prefería que mi barchilla bogara en un lago o en una serena bahía, cuyas aguas rizase una brisa bastante rápida para hacer difícil la navegación, y exigir cierta destreza en el piloto, pero no para inspirar graves temores. Así es que, todo bien considerado, creo que tú hubieras debido tener por padre al mío, con el orgullo que le inspiran los timbres de su casa y su árbol genealógico, con su cabaleresco pundonor, sus grandes talentos, sus profundos y misteriosos estudios. Hubieras debido también tener por padre a Lucy Berrán, cuyos antepasados, que fueron antiguamente señores de toda esta romántica comarca, tienen apellidos tan difíciles de retener en la memoria como de escribir con buena ortografía; y que nació, según he oído decir confusamente, en circunstancias raras e interesantes. Deberías, en fin, tener nuestra antigua residencia escocesa, rodeada de montañas, y nuestros solitarios paseos a las ruinas de sus inmediaciones, ruinas frecuentadas por duendes y fantasmas, y su deberia tener, en cambio, los verdes, los arroyuelos, los pajarillos de verdeura, y las flores conservadas en estufas de Pene-

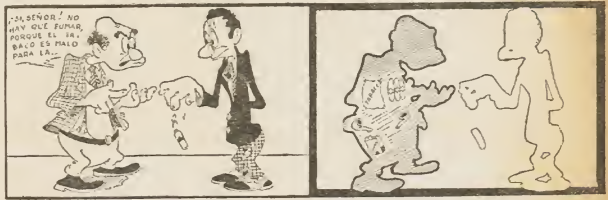
hacerse una relación de un suceso de esa clase. Pero ya tanta diferencia de ser testigo de una escena de horror a leer su descripción, querida Matilde, como de estar suspendido al borde de un precipicio sin tener más apoyo que una rama medio tronchada, a admirar este mismo precipicio representado en un país de Salvador. Pero no antiepiemos sobre lo que tengo que referirte.

— La primera parte de lo que voy a contarte es bastante terrible, aunque nada tiene que ver con los sentimientos de un corazón que tú conoces. Habrás de saber que toda esta tierra es singularmente favorable al comercio de contrabando, a que se dedican una porción de gentes perdidas de la isla vecina de Man. Estos contrabandistas son numerosos, resueltos, formidables, y varias veces han llenado de espanto a toda esta comarca, en particular siempre que se ha tratado de poner coto a su ilícito tráfico. Las autoridades, ya sea por timidez, ya acaso por motivos más vergonzosos, toleran sus demasías, y la impunidad sólo sirve para alentar a los culpados. Parecía natural que mi padre, extranjero en este país, y sin ninguna especie de autoridad oficial en él, nada tendría que ver con esta gente, pero es de creer que, como el mismo dije, he nacido bajo la influencia del planeta Marte, y que en ninguna circunstancia de su vida ha de verse libre de los horrores de la guerra.

— A cosa de las once de la mañana del lunes pasado, se proponían mi padre y Hazlewood ir a dar una vuelta por las orillas de un pequeño lago situado como a unas tres millas de esta quinta, con el objeto de entretenerse en cazar patos silvestres, y mientras estábamos Lucy y yo

RAYOS X

Por HALEBLIAN Y DEL CASTILLO



Park, con tu bondadoso, cachazuda e indulgente tía, con su capilla por la mañana, su siesta por la tarde, su whist por la noche, sin olvidar sus caballos tan gordos, y su cochero más gordo todavía. Te advierto, sin embargo, que no me olvides a Brown en este proyectado trueque; su buen humor, su animada conversación y franca galantería, se acomodan con mi plan de vida, así como su bizarra presencia, sus nobles facciones y esforzado aliento, vendrían como de molde al héroe de un libro de caballería. Pero una vez que no está en nuestra mano mudar de condición, lo mejor que cada cual puede hacer es contentarse con la que Dios le ha deparado*.

CAPITULO XXX

No acepto vuestro desafío, y si seguís echándose esos fieros, atrácanse mi puerta. Venga la buena Storm! — Nada me importa, sirviendo como sirvo al buen duque de Norfolk.

El alegre diablo de Edmanton.

— Apenas restablecido, y después de algunos días de cama, como la pluma, querida Matilde, para comunicarme las inesperadas y dolorosas escenas de que acabamos de ser testigos, o por mejor decir, actores, ¡Ah, qué mal hacíamos en chancarnos con el porvenir! Terminaba mi última carta con algunas observaciones bastante inusuales sobre tu afición a todo lo novelesco y extraordinario, y ¡cuán lejos estaba entonces de imaginarme que a los pocos días tendría que

disponiendo nuestro plan de estudios para todo el día, oímos de repente, no sin algún sobresalto, el galope de varios caballos que se acercaban, cuyos cascos hacían resonar fuertemente la tierra endurecida a la sazón con la helada. En el mismo instante vimos tres hombres a caballo, armados con escopetas, cada uno de los cuales llevaba de la diestra otro caballo cargado de bagajes, que sin seguir el camino real que hacía varios recorridos, se metían por las tierras para llegar en línea recta a la puerta de la quinta. Se conocía que iban en gran desorden; corrían a todo escape y volvían la cabeza a cada momento como si temieran ser perseguidos. Salieron al zaguán mi padre y Hazlewood a preguntarles quiénes eran y qué se les ofrecía, a lo que respondieron que eran dependientes de la aduana, que acababan de apresar a distancia de unas tres millas aquellos caballos cargados de géneros de contrabando, pero que los contrabandistas habían ido a buscar refuerzo, los habían perseguido jurando que recobrarían sus mercancías y asesinarán a los que se les habían quitado; y en fin, que sabiendo que mi padre había servido en las tropas de S. M., se habían decidido a refugiarse en Walsdourne, unos agentes del gobierno, expuestos a ser asesinados por haber cumplido su obligación.

— Mi padre, que en su exaltado pundonor militar recibía con grande acatamiento a un perro que se le presentase en nombre del rey, dió or-

den inmediatamente para que se metiesen las mercancías en la quinta, recibió en ella a los tres dependientes del resguardo, e hizo que se armasen todos los criados para defenderse en caso de necesidad. Ayudóle a todo Hazlewood con suma inteligencia, y hasta el mismo extravagante animalucho a quien llamó Simpson, salió de su gazerpa y empujó valerosamente a uno de aquellos dependientes para la cabeza de tigris en la lidia; pero inmediatamente se disparó por sí sola en manos del pobre hombre, y poco faltó para que matase de un tiro a uno de los aduaneros. Al oír aquella inesperada e involuntaria explosión de su arma, Dominus (que éste es el mote de nuestro mamarracho) exclamó: «¡Prodigioso!», exclamación habitual en él cuando le admira mucho alguna cosa; pero no hubo poder humano que bastara a separarle de aquellos escarabados, por lo que fué indispensable dejársela, aunque con la precaución de no darle municiones. Yo entonces no supe nada de esto, aunque oí el tiro que me asustó mucho, pero pasada la escena que voy a referirte, nos describió Hazlewood a Lucy y a mí con todos sus pelos y señales el denodado comportamiento del buen Dominus.

«Luego que hubo puesto mi padre la quinta en estado de defensa y cobrado todo su gente en las ventanas con sus escopetes, nos dijo que nos retirásemos a la cocina, si no me engaño. Pero va tanta diferencia de ser testigo de uno en el peligro. Aunque muerta de miedo, tengo bastante del carácter de mi padre para preferir presenciar un peligro que nos amenaza, a oír sus efectos sin poder juzgar de su naturaleza y de sus progresos. Pálida como una estatua de alabastro, Lucy tenía los ojos constantemente clavados en Hazlewood y permanecía sorda a las súplicas que le hacía para que se fuera a decir verdad, a menos que derribasen las puertas, el riesgo que corrimos no era cosa mayor, pues las ventanas estaban casi atascadas con almohadones y — cosa que Dominus lamentó amargamente — con enormes volúmenes en folio que se bajaron de intento de la biblioteca, no dejando más huecos que los necesarios para hacer fuego sobre los sitiadores.

«Tomadas todas estas disposiciones, nos sentamos en el centro ya casi espaldado a los mimbales, quedándose los hombres cada cual en su puesto, sin hablar palabra y reflexionando sin duda acerca del peligro que se acercaba. Mi padre, que estaba en medio de aquella escena como en su elemento, pasaba de uno a otro, reiteraba sus órdenes y recomendaba sobre todo que nadie hiciese fuego hasta que él diese la voz de mando. Hazlewood, a quien la serenidad de mi padre inspiraba nuevo aliento, le servía de ayudante de campo, desplegaba la mayor actividad y transmitió sus órdenes a todos los puntos y en cuidar de su pronta ejecución. Nuestras fuerzas, incluidos los aduaneros, ascendían a doce hombres.

«Interrumpido, en fin, el silencio de aquella penosa expectación un sonido que desde lejos parecía el rumor de una cascada, pero en el que luego que se hubo acrecido, distinguimos el galope de un considerable número de caballos. Yo había tenido la precaución de acercarme a una tronera, desde donde podía ver llegar al ejército enemigo, compuesto de treinta hombres, o tal vez más, a caballo. ¡En tu vida has visto fachas más atroces! A pesar del rigor de la estación, casi todos iban en mangas de canisa, con pañuelos en la cabeza, y estaban perfectamente armados con carabinas, pistolas y cuchillos. Yo, hija de militar y acostumbrada desde mi infancia a la imagen de la guerra, en mi vida he temblado tanto como temblé al ver pasar a los soldados y al oír las furiosas exclamaciones que prorrumpió al ver que les habían arrebatado su presa. Parándose, sin embargo, a ver los preparativos que se habían hecho para recibirlos, y parecido como que celebraban consejo entre sí. Al fin, uno de la cuadrilla que tenía la cara toda tiznada con pólvora, sin duda para no ser conocido, se adelantó tremolando un pañuelo blanco en la punta del cañón de su carabina, y pidió

hablar al coronel Manning. Mi padre, con infinito terror mío, abrió la ventana junto a la cual se había colocado, y le preguntó qué era lo que se le ofrecía.

«Queremos lo que es nuestro y nos ha sido robado por esos tiburones — respondió el emisario —; nuestro teniente me manda que os diga, que si nos lo vuelven bien a bien, por esta vez quedan perdonados esos ladronzcos, pero que si no, pegamos fuego a la quinta y a nadie se da cuareal — amenaza que repitió muchas veces, sazonándola con una admirable variedad de imprecaciones y horribles juramentos.

«—¿Y quién es vuestro teniente? — le preguntó mi padre.

«—Aquel caballero del porriño tordo — replicó el malsin —; aquel que lleva un pañuelo colorado en la cabeza.

«—¿Sí, eh? Pues decíd de mi parte a aquel caballero y a los dos pillos que le acompañan, que si no se quitan de ahí al instante hago fuego sobre ellos sin más ceremonia.

Y dicho esto cerró la ventana y rompió la conferencia.

«Apenas se reunió el parlamentario con los suyos cuando prorrumpió entre todos juntos en una espantosa gritería, o más bien en rabiosos alaridos,



dos, y dispararon sobre la quinta una descarga cerrada que hizo pedazos todos los vidrios de las ventanas; pero las precauciones tomadas de antemano impidieron que penetrara ninguna bala en las habitaciones; otras dos descargas hicieron sin que se les respondiese con un solo tiro. Vió entonces mi padre que algunos cogían hachas y azaldones, probablemente con objeto de echar la puerta al suelo, y exclamó inmediatamente:

«¡Todos quietos, menos Hazlewood y yo! Hazlewood, apñatad al embajador! ¡Fuego!

«El, por su parte, disparó sobre el hombre del caballo tordo, que cayó en el acto. No fué Hazlewood menos certero; el parlamentario que va se había apeado de su caballo y se adelantaba con una palanca en la mano, cayó igualmente arrojado de un balazo. Estas dos bajas escarmentaron a los demás, que sin perder un momento empezaron a montar a caballo más que aprisa, sin que fuesen necesarios ya más que algunos tiros para ponerlos en dispersión, llevándose sus muertos o heridos, pero no pudimos cerciorarnos de si habían sufrido más pérdidas que las dos citadas. Un momento después de su retirada vimos llegar, con gran satisfacción mía, un destacamento de tropa, que estaba acantonado

en un pueblo inmediato y había acudido a las primeras descargas. Un puñado de aduaneros y al convoy hasta la ciudad, y lo restante de la tropa, accediendo a las instancias, se quedó todo aquel día siguiente en la quinta para ponerla a los ojos de los proyectos de venganza de aquéllos.

«Tal fué, querida Matilde, mi primer deber de añadir que se halló en la quinta a corta distancia de la quinta y a un camino real, el cuerpo del hombre que tiznado la cara con pólvora, y que no habían podido llevarse sus compañeros respiraba cuando le hallaron, pero expirado de media hora. Examinado el cadáver se vió que era el de un montañés de estas comarcas, que se hallaba en la quinta en custodia. Recibimos los parabienes de las autoridades establecidas en las inmediaciones, convinieron en que unos cuantos ejemplares bastarían para tener a raya a aquellos malhechores. Distribuyó mi padre compensas proporcionadas a los criados, y hasta las nubes el valor y serenidad de Lucy. Llegó a las once de la noche, pero no recibimos también correspondientes cumplidos por haber resistido con firmeza y no haber sido combatientes con gritos y lloriqueos. Yo hace a Dominus, mi padre le propuso que de sus respectivas cajas de padre, pero le lionizó en extremo; no se cansaba de cuidar de ponderar la excelencia de su caja. —Así reluce — decía — como un verdadero oro de Ofir —. Dificilmente de otro modo, pues era efectivamente metal; pero sea dicho en honor del metal estoy segura de que aun cuando se usara el real, no le estimaría ni más ni menos que como al oro finamente de color; todo su mérito para él se cifra en el valor a mi padre. ¡Ya he tenido que me infeliz para poner en su sitio los libros que nos sirvieron de parapeto, y sobre reparar los desastres que padecieron el servicio en calidad de obras de fe. Nos ha traído algunas postas y balas, pero le refrigiera fuerza a sepultarse en apuros de volúmenes y que él había escrito su cuidado con el estuario de humor se haría una pintura cómica del asunto, causaba la opatía con que escuchaba temeraria relación de las heridas y mutilaciones habían sufrido sotto Tomás de Aquino venerable san Crisóstomo; pero no me dispuesta a bromear, y aun me falta un otro suceso que me interesa algo más que le he contado. Me siento, sin embargo, satisfecha que dejó para mañana la continuación de mis aventuras. Voy a hacer cerrar esta carta ahora mismo, para que no se cuidado por tu invariable amiga,

JULIA MANNING

CAPITULO XXXI

¿Qué mundo es éste?... ¿Conoceré esa hermosa Shakespeare. El 1799

JULIA MANNING A MATILDE MANNING

«Voy, querida Matilde, a continuar en el punto donde la interrumpí

«Por espacio de dos o tres días no más que del sitio que habíamos sostenido sus consecuencias probables, por temor les, propusimos a mi padre que nos llevar una temporada a Edimburgo, o a Londres, Dunfríes, donde se reúne muy buena parte de este proyecto no obtuvo su aprobación con mucha prudencia y que no que en su manera ninguna obra de defensa de la quinta, por consideración patriótica, y aun por las pérdidas que a él se le hubieran seguido de dar un paso tempestivo; que debíamos suponerle tomar las medidas convenientes para la seguridad de su familia; que quedándose quieto en estaba seguro de que los contrabandistas

de hacer escarmentados en su primer visita, a hacer una segunda, en lugar de que, dadas muestras de temerlos, sólo se conseguiría por el peligro que se quería evitar. Tranquilízame por estos argumentos y por la independencia con que miraba el peligro que temíamos, eran poco a poco a ir perdiendo el miedo continuar nuestros paseos habituales. Observo, en embargo, que mi padre cuidaba mucho de por las noches se cerraron muy bien todas las puertas, y que recomendaba muy particularmente a los criados que viviesen en sus armarios y preparadas a fin de servirse de ellos en caso de necesidad.

Como hace tres días nos ocurrió un lance que digo algo más que pensar que el ataque de los contrabandistas.

Ya te he dicho que hay a corta distancia de Wobourne un pequeño lago a cuyas orillas vive mi padre y Hazelwood a cuarenta ándades de allí. Ocurriéronse al almuerzo, días pasados que tendría gusto en ir a ver correr las puestas ya segunda, en un lago está el río de hielo. Había nevado mucho la noche antes, pero la helada había endurecido la nieve, así que no habría inconveniente en que vamos solos al lago, con tanto más motivo como el camino estaba lleno de gente que acudía con el mismo objetivo. Insistió Hazelwood acompañarnos, y nosotros por nuestra parte quisimos en que llevase su escopeta, por lo que me caía suceder. Riéronse no poco a la idea de ir a ver de cazarlo a ver patinar, pero por complacencia hicieron que llevase un layo y una escopeta. Por lo que hace a mi padre como no le gustan los sitios donde sólo se va a ver gente, a menos que se trate de una reunión de ir a ver hacer el ejercicio, no quiso ir a la partida.

Como muy de mañana. Hacía un tiempo frío pero sumamente despejado, y pronto me vino la grata influencia que ejercer una atmósfera pura, así sobre el cuerpo como sobre el espíritu. Nuestros pasos hasta que el lago está en un pequeño estanque que hallamos sólo con agua, a hacerlo aún más agradable. Por otra parte, una cuesta algo empinada que subir, ganaba algo ancho que atravesar nos hacían agradable el auxilio de Hazelwood, lo que, en un momento, en nada disminuía el placer que causaba a Lucy aquellos accidentales obstáculos. La escena sobre el lago era hermosa. Lloviznaba uno de sus lados un escarpado risco, del que pendían, formando vistosos cascillos a los pies del sol, mil enormes carámbanos; al otro lado un pequeño pinar que ofrecía a la sazón el único cuadro de una multitud de árboles cubiertos de nieve. Sobre la superficie del lago se veía una infinidad de figuras en perpetuo movimiento, unas cruzándose en línea recta con la línea de la golondrina, otras formando grandes giros con singular destreza. Numerosos pescadores agolpados a las orillas del lago, se veían en mirar a los vecinos de las dos partes, en niveles despidiéndose en una multitud de ruidos, honor a que daban la mayor importancia juzgar por el vivo interés que se veía en todos los semblantes. Dimos una vuelta alrededor del lago, de brazo con Hazelwood, quien hablaba con suma bondad a los niños y a los muchachos, y parecía verdaderamente muy querido de todos. En fin, pensamos retirarnos.

Por qué me paro en tan insulsos pormenores. Bien sabe Dios que no es por la importancia de lo que ahora, sino por la importancia de lo que, que próximo a alargarse, se agrava desahogado. La más débil rama de la orilla, así como llegar lo más tarde posible a la parte lastimada de mi narración. Preciso es, sin embargo, que llegue a ella, pues necesito a lo menos la comedia de una amiga en esta imprevisita desgracia. Volvimos a la quinta por un caminito que pasa al pinar de que ya te he hablado. Lucy había saltado el brazo de Hazelwood, que nunca me vino sino en caso de absolutamente necesario; y yo, de brazo con él, Lucy iba detrás de nosotros, y el layo nos seguía como a unos dos

o tres pasos. Tal era nuestra posición, cuando de repente, como si hubiera salido del fondo de la tierra, se nos puso Brown delante al volver un recodo del sendero. Iba vestido con el mayor desaliño y parecía además sumamente agitado y sombrío; no pude, al verle, reprimir un grito de sorpresa y de terror. Atribuyó Hazelwood mi turbación a motivos muy diferentes de los que en realidad la causaban, y mientras Brown se acercaba con intención de hablarme, le mandó con mucha altanería que se hiciera atrás y no molestase con su presencia a la dama a quien tenía el honor de dar el brazo; a lo que Brown replicó en el mismo tono, que no necesitaba sus lecciones para saber cómo debía comportarse con aquella dama o con cualquiera otra. Yo creo que Hazelwood, llena la cabeza todavía de las amenazas de los contrabandistas y tomándose acaso por alguno de ellos, no oyó o no entendió bien su respuesta; cogió la escopeta de manos del layo, que ya se nos había reunido, y apuntando a Brown a boca de jarro, le dijo que si no se retiraba al instante le atravesaba de un balazo. Mis gritos, pues el terror no me permitía articular ni una sola palabra, no hicieron más que

"NO DIJO SUS ÚLTIMAS PALABRAS"

Felipe II, hijo de Carlos V, en los últimos instantes despidióse tímidamente de sus hijos, rezó un credo e hizo que le leyesen un pasaje del Evangelio, durante cuyo lectura dióle tal congojo que todos le creyeron muerto; pero aun se reunió y besó repetidas veces un crucifijo. Después, sin decir palabra y con sólo un ligero estremecimiento, dejó de existir.

ESTADÍSTICA

En los Estados Unidos se fabricaron en el año 1950, 10.811.000.000 de cigarrillos de papel.



acelerar el desenlace de aquella fatal escena. Brown, viéndose amenazado, asió la punta del cañón de la escopeta, y forcejeó un momento con mi acompañante para quitársela, cuando de pronto el tiro e hirió en un hombro a Hazelwood, que cayó al instante bañado en su sangre. Nada más vi; una nube pasó por delante de mis ojos, y a no haberme sostenido Lucy hubiera caído desmayada; por ella supe luego que el desgraciado autor de aquella catástrofe permaneció algunos momentos contemplándonos a todos con ojos desecajados, hasta que habiendo auido gente a los gritos de mi amiga, tomó otra vereda y se internó en el bosque, sin que se haya vuelto desde entonces a saber de su paradero. El layo no tuvo por conveniente detenerse, y las señas que dió de él a los que acudieron, los excitaron más bien a ejercer su humanidad socorriendo al herido, que a desplegar su valor persiguiendo a un hombre desesperado y según la descripción del pobre layo, vigoroso como el que más y perfectamente armado.

"Hazelwood fué transportado inmediatamente a Woodbourne, por ser lo más cerca; aseguran que su herida no es de peligro, pero se conoce que el pobre sufre mucho. Por lo que hace a Brown, las consecuencias de esta aventura pueden ser más desastrosas para él. Ya antes era un objeto de aversión para mi padre, y ahora se

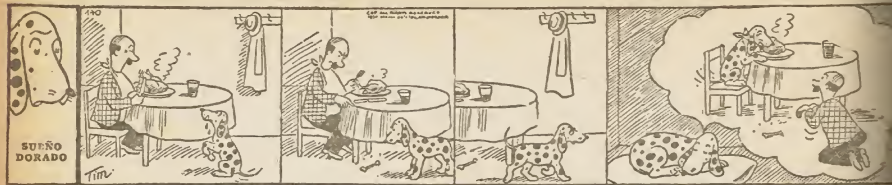
halla expuesto al rigor de las leyes y a la venganza del padre de Hazelwood, que amenaza volver cielo y tierra para descubrir al agresor de su hijo. ¿Cómo podrá sustraerse a la vengativa actividad de un padre? ¿Cómo, si es descubierta, evitará el rigor de las leyes que, según he oído, llegan hasta el punto de amenazar su vida? ¿Cómo hallar un medio para avisarle del peligro que corre? El mal disimulado dolor de Lucy, ocasionado por la herida de su amante, es para mí un nuevo origen de martirios; no parece sino que todo lo que me rodea se conjura contra mí para echarme en mi cara una indirecta que a todos nos ha dado tanto que sentir.

Dos días he estado realmente enferma, pero la seguridad de que Hazelwood va mucho mejor y de que no se ha podido descubrir al que lo ha herido, que se tiene por cierto sea uno de los contrabandistas, me ha reanimado mucho; dirigiéndose contra ellos, como es natural, todas las pesquisas, debe serle más fácil a Brown escaparse, y supongo que a esta parte ya estará fuera de peligro. Como el patrullero declaró todo un sello recorrente todas estas cercanías, y cada noticia de las mil que a cada paso nos llegan y a cada instante se desmenten de que se ha prendido al roe o de que se ha descubierto quién es, me hace sufrir lo que no te puedo imaginar.

Entretanto mi mayor consuelo es la generosa conducta de Hazelwood, quien persiste en declarar que, cualesquiera que fuesen las intenciones del hombre que le hirió cuando se acercó a nosotros, está íntimamente convencido de que el tiro sólo por mera casualidad y sin que tuviese el desconocido intención de herirle. Por otra parte, el layo sostiene que la escopeta fué arrancada de manos de Hazelwood y dirigida adrede contra él, y Lucy asegura lo mismo. No los acuso de malas intenciones, pero de tal modo están sujetos a error los testimonios humanos, que por más que ellos digan, y por más sinceridad con que hablen, la verdad es que sólo una maldita casualidad hizo que se disparase el tiro, y que si no se hubiera declarado todo un secreto a Hazelwood, pero es demasiado joven para confidante, y se me resiste mucho, además, confesarle mis flaquezas. Ya una vez he estado a punto de confiárselo todo a Lucy, y para irlo preparando, empecé por preguntarle si se acordaba qué tal traza tenía el hombre con quien nos encontramos desgraciadamente; pero me hizo de él una descripción tan horrosa, que me quitó las ganas y el valor de confesarle mi amor a semejante monstruo. Hazelwood es que mis Bertrán este muy obedecida por la pasión, pues pocas figuras hay más interesantes que la del pobre Brown. Mucho tiempo hacía que no le había visto, y aunque como ya te he dicho, iba vestido con el mayor desaliño, y aunque su repentina aparición y la malhadada escena que siguió a ella, no eran muy a propósito para presentarnosle bajo un aspecto favorable, todavía no pude menos de admirar la gracia de su porte y la expresiva dignidad de sus acciones. ¿Verdad que me gusta mucho su conducta? respondiendo a esta pregunta? Escríbeme con indulgencia, querida Matilde; apuro cuando lo has hecho de otro modo? Sin embargo, te lo repito, escribeme cuanto antes y no me riñas. No me hallo en situación de estar partido de las reconcenções, ni me encuentro capaz de responder a ellas con mi habitual buen humor. Siento los terrores de un niño que jugando inadvertido, pone en movimiento una máquina complicada, y al ver rechinando las cadenas y los ruidos del derredor suyo, está igualmente trémulo de la terrible fuerza que su débil motor ha puesto en acción, como aterrado de las consecuencias a que le expone su imprudencia sin que se sea posible evitarlas.

"No debe omitir decirte que mi padre no puede estar conmigo más cariñoso y tierno; sólo atribuye a mi complejión nerviosa y al susto que he pasado la indisposición que me ha tenido en cama. Toda mi esperanza se cifra en que Brown haya hallado medio de fugarse a Inglaterra a Irlanda o a la vecina isla de Man; en todo caso es menester que esté escondido y tenga paciencia hasta que Hazelwood se restablezca

EL PERRO ASDRUBAL



enteramente de su herida. Por fortuna, las comunicaciones entre la Escocia y los países circunvecinos no están muy expeditas, y es de creer que si un efecto ha logrado fugarse, no será fácil que lo cojan; si le prendieran ahora, estando el suceso tan reciente, las consecuencias podrían ser terribles para él. Entretanto procuro fortalecer mi espíritu con los argumentos que se me ocurren contra la posibilidad de tan mala desdicha. ¡Ah!, ¡cuán pronto han sucedido a aquella serena y monótona vida de que antes estaba dispuesta a quejarme, crueldades, verdaderas amarguras! Pero no quiero afligirme más tiempo con mis tristezas. Adiós, adiós, querida Matilde: tuya hasta la muerte.

JULIA MANNERING.!!

CAPITULO XXXII

No puede el hombre ver bien con los ojos las cosas de este mundo; mira con los oídos. Obsérvese como ese juez atormenta a ese infeliz reo con sus preguntas... Pero escuchas, escuchas que mudan de sitio: dime ahora, ¿cuál es el juez, cuál es el reo?

SHAKESPEARE. El rey Lear.

Una de los que más se desvían por descubrir al que había herido al joven Carlos Hazlewood, era Gilberto Glossin, *esquire*, escribano en ***, y a la sazón laird de Ellangowan, y juez de paz en el condado de ***. Muchos motivos tenía para tomar tan a pecho aquel negocio; pero presuminamos que nuestros lectores, que ya tienen alguna tintura del carácter del tal sujeto, no los atribuirán a su celoso y desinteresado amor a la justicia.

La verdad es que este respetable personaje no era tan feliz como había esperado que llegaría a serlo cuando sus manejos lo pusieron en posesión de los estados de su bienhechor. Cuando pensaba en su antiguo estado, no siempre se daba el parabién del éxito de sus amanos. Veía que estaba enteramente excluido del trato y sociedad de la nobleza de las cercanías, al nivel de la cual había esperado elevarse; no era admitido en sus reuniones particulares, y aun en las asambleas generales de que no podían echarle, todos le miraban de reojo, y no le hacían ningún caso, para lo cual, a decir verdad, por mucho entraban las preocupaciones y por mucho también la moral pública ultrajada. Los nobles del condado lo despreciaban a causa de la oscuridad de su nacimiento, y lo aborrecían por los viles medios de que se había valido para enredar. Todavía era peor visto entre los plebeyos; lejos de darle cuando le hablaban el título territorial de Ellangowan, ni aun siquiera le decían Mr. Glossin; siempre era para ellos Glossin a secas, y hasta tal punto ajaban su vanidad estos desaires, que en una ocasión se le vió dar media corona a un pobre que, pidiéndole limosna, le llamó tres veces seguidas Ellangowan. Esta general falta de consideración le era tanto más sensible, cuanto veía a Mr. MacMorlan, aunque mucho menos rico que él, perfectamente recibido en todas partes, querido y respetado del rico como del pobre, y honestamente ocupado en echar los cimientos de un canal regular, pero sólido, con la aprobación y general aprecio de cuantos le conocían.

En medio del despecho que le causaba lo que él hubiera querido llamar las preocupaciones y necesidades de sus paisanos, Glossin era harto diplomático para darse abiertamente por sentido. Conocía que su elevación estaba demasiado reciente para perdonada, y que los medios que se le habían proporcionado eran demasiado odiosos para olvidados; pero, con el tiempo, decía, todo se perdona, y todo se olvida. Dotado de toda la travesura propia de un hombre que ha hecho su fortuna estudiando las flaquezas humanas, y aprovechándose de ellas, todo se le volvía espial alguna ocasión de hacerse útil a los mismos que le despreciaban. Los ricachos de la provincia suelen ser muy dados a pleitos sobre los lindes de sus tierras y otros mil motivos; el auxilio de un hombre versado en las leyes podría serle, pues, a alguno de ellos de mucho provecho el día menos pensado. Tenía suma confianza en sí mismo, y estaba muy persuadido de que a fuerza de maña y de paciencia llegaría a ser hombre de importancia entre sus vecinos.

El ataque de la quinta del coronel Manning, seguido pocos días después de la circunstancia de haber sido herido el joven Hazlewood, le pareció una ocasión oportuna para probar de cuanto utilidad podía ser al país un magistrado activo (pues lo había sido algún tiempo en comisión), amañado en la práctica de los tribunales, e incluso más que nadie de poner coto a las demasías de los contrabandistas, gente a quien conocía muy a fondo, por haber estado más de una vez asociado con ellos, ya como partícipe de sus ilícitas ganancias, ya como simple consejero, si bien de poco tiempo a aquella parte había roto con ellos todas sus relaciones. Sabía que la vida de los grandes hombres de aquella calaña está expuesta a mil azares, y que sobradas razones los obligan a mudar con frecuencia de teatro fundamental para creer que sus diligencias podrían comprometer a sus antiguos amigos, quienes acaso tendrían medios de volverle la reciproca. La parte que había tonado en sus fechorías era circunstancia que, en su opinión, no debía impedirle consagrar a la utilidad pública, o más bien a sus propios intereses, la experiencia que le había proporcionado. Obtener el aprecio y la protección del coronel Manning no era para él adquisición en poses momento, y granjarse el favor del anciano Hazlewood, que era, como suele decirse, el cacique del condado, era cosa más importante todavía. En fin, si llegaba a descubrir y hacer declarar a los culpados, tendría la satisfacción de prender, humillar y aun en cierto modo desacreditar a Mr. MacMorlan, a quien, como sustituto que era del sheriff de aquel condado, competía naturalmente el cuidado de practicar aquellas diligencias, y que ciertamente perdería mucho en la opinión pública si hacía esto voluntariamente, y obtenía además lo que él con todos los medios que la ley ponía a su disposición no había podido alcanzar.

Impulsado por tan poderosos motivos y muy relacionado con todos los agentes subalternos de la justicia, puso Glossin en juego todos los medios posibles para descubrir y prender a alguno

de la cuadrilla que había atacado a W... y más particularmente al individuo que había herido a Carlos Hazlewood. Prometió recompensas, sugirió varios arbitrios, y en fin, su influjo con todas las personas que sabía que protegían por debajo de la mano, contrahiendo, haciéndoles presente que debía sacrificar a uno o dos de aquellos que se exponerse a que se los acusase de complicidad con ellos. Por algún tiempo, sin embargo, todos sus esfuerzos fueron inútiles; debajo temía o favorecía demasiado a los contrabandistas para hacer ninguna declaración que pudiera perjudicarlos. Llegó, en fin, a un digno magistrado que un suceso, muy correspondiente exactamente a la del hombre que había herido a Hazlewood, se había dado en la villa de Kiplerlingan. Hecha esta importante noticia, pasó inmediatamente a dicho magistrado con ánimo de sonsear astutamente una antigua conocida mistress Mac-Candlish.

Acaso se acordará el lector de que MacMorlan no gozaba de gran concepto en el país de aquella buena mujer. Hizole, pues, pasar go plantón en la sala donde le introdujeron de la posada, y habiendo, en fin, bajado que se le ofrecía, correspondió a sus saludos con la mayor sequedad; después cual se entabló el diálogo entre ellos en la forma siguiente:

—Hermosa mañana de invierno tenemos mistress Mac-Candlish.

—Sí, señor, hace una mañana muy hermosa.

—Mistress Mac-Candlish, quisiera saber si jueces de paz comerán aquí, según su costumbre al salir de la sesión del lunes que viene.

—Lo creo; lo supongo: suelen hacer eso. Y dicho esto hizo una ligera inclinación de cabeza para retirarse.

—Un momento, mistress Mac-Candlish, de prisas estás, amiga mía? Ahora mismo pensando en que un Club que se reúne en la posada una vez al mes sería cosa que podría convenir.

—Seguramente, siempre que fueran unas personas respetables.

—Por supuesto, por supuesto — dijo Glossin — proyectado y gente de arraigo en el país.

—Lo tocé con que recibí mistress Mac-Candlish esta proposición no indicaba provecho en sí le pareciese mal, nada de sólo que dudaba que pudiese lograrse bajoprecios del que lo proponía. En una palabra una cosa negativa, sino una tontería, lo conocí Glossin en efecto, pero resuelto a no amostazarse por tan poca cosa.

—¿Y qué tal, está muy concurrido el club? Muchos huéspedes, ¿eh?, como que no faltan, a Dios gracias, pero estoy do falta en el mostrador.

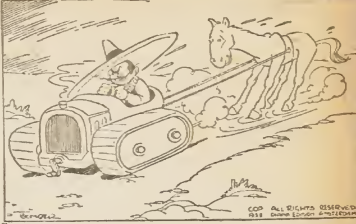
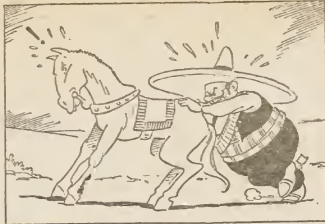
—¡Vaya, vaya! ¿No podéis sacrificar un momento a un antiguo parroquiano? Decidme acordáis de un joven alto, de buena figura, paró aquí una noche esta semana pasada?

—Verdaderamente que no puedo decir

PANCHO SOMBRERO

LE GANO

por TOONDER

CCO. AL. RICHTER. DESARROLLO
1951. DIBUJO. LEONARDO. AMSTERDAM

vo no reparo en si mis huéspedes tienen las piernas largas o cortas, con tal que las pueda prezar una cuenta muy larga.

—Si no es larga, ¿vos sabéis alargarla, eh, miss Mac-Candlish? —Ja, ja, ja! Pero el joven que os hablo tendría como unos seis pies de altura, llevaba una casaca gris, con botones de pelo castaño y sin polvos, ojos azules, narices; viajaba a pie, sin criados ni equipaje... fuerza debía acordaros de haberle hospedado la posada.

—Y os parece que no tengo yo otra cosa que más que examinar el pelo, los ojos y las piernas de los que paran en mi casa?

—En fin, mistress Mac-Candlish, no quiero decir que hay vehementes sospechas de que os hablo ha cometido un crimen, y que, a consecuencia de esas sospechas, yo, en calidad de marido, os pido una declaración, y si no respondéis de grado a mis preguntas amistosas, voy a hacer el juramento de decir la verdad.

—Todo eso será muy santo y muy bueno, pero la verdad es que yo no entiendo de prestar juramentos; desde que mi difunto marido, Dios lo sabe en su santa gloria, pasó a un sitio mejor, Kippeltringen, siempre me dirijo al reverendo Mr. Grainger, y ya concierdes que yo no puedo jurar sin haber hablado antes a nuestro abogado, especialmente tratándose de un pobre extranjero y sin amigos como...

—Acaso se desvanecerán vuestros escrúpulos, y evitaré la molestia de ir a consultar a Mr. Grainger, cuando os diga que el pajarico que me os hablo es el que ha heredado a vuestro hijo Carlos Hazlewood.

—Dios mío! ¿Quién tal hubiera pensado de si hubiera sido por vuestras o por alguna quimera de las vuestras guardas o por cosa semejante, Nelly Mac-Candlish se hubiera dejado arrancar la lengua de soltar ni una palabra que pudiera hacerle daño. Pero si realmente es el que ha heredado a Mr. Hazlewood... pero no lo creo, miss Glossin; ya conozco vuestras mañas. No puede semejante picardía de un joven que tiene una buena traza; si, si, ya estov al cabo de la vida; nos conocemos, Mr. Glossin. Queréis sonreírme y... pues...

—Veo que no tenéis confianza en mí, mistress Mac-Candlish; pero echad una ojeada sobre esta declaración firmada por los que han visto cometido el crimen, y juzgad vos misma si las señas del acusado no son las mismas que las de vuestro hijo.

—Pues en la mano un legajo de papeles que me llevó con atención, quitándose de cuando en cuando las gafas para levantar los ojos al cielo para enjuagar una lágrima, pues quería al joven Hazlewood como a las telas de su corazón. No quiero saber más, no quiero saber más que lo que es, y una vez que es así, le abandono, ¡Pienso! ¡descastado!... ¡Válgame Dios, y qué cosas se lleva uno en este mundo! En mi vida he visto una cara más penial ni una traza más de hombre de bien; yo hubiera dicho que el pobre tenía alguna pesadumbre..., pero le aban-

dono... ¡tunante! ¡Haber disparado un tiro a Carlos Hazlewood! ¡y delante de aquellas señoras, pobres palomas sin hiel! Preguntadme, preguntadme todo lo que queráis, Mr. Glossin.

—Conque, según eso, ¿convenís en que un sujeto de esas señas se hospedó en vuestra posada de la noche que precedió al día en que se cometió el crimen?

—Mucho que sí, y todos en casa estaban prendados de él; no había alma viviente que no le tuviese por un joven muy guapo y muy amable; y no sería ciertamente por el gasto que hizo, pues no pidió más que una chuleta de carne, media pinta de cerveza y una o dos copas de vino. Yo lo comencé a tomar el té conmigo, pero no se lo puse en la cuenta, y por más señas que no quiso cenar, porque dijo que estaba rendido de haber caminado toda la noche. Pues, como si lo viera: vendría de hacer alguna de las suyas el muy bribón.

—¿Sabéis por ventura cómo se llama?

—Sí que lo sé —respondió la posadera tan impacientemente de desembuchar cuanto sabía, como obstinada antes en no declarar—. Me dijo que se llamaba Brown, y añadió que seguramente vendría a preguntar por él una mujer ya entrada en años, una especie de pitana... Bien dice el refrán: "Dime con quién andas, y te diré quién eres..." ¡Abhárase visto hombre más malvado! Pues como iba diciendo, cuando se fué por la mañana, pagó su cuenta religiosamente y aun dejó una pequeña gratificación para la muchacha, porque habéis de saber que Grizy no tiene más salario ni más renta que lo que le quieren dar los huéspedes, pues yo no le pago más que dos pares de zapatos al año y algún regalito que siempre le hago por pascuas, porque al fin y al cabo...

Juzgó ya Glossin necesario interrumpir a la

buena posadera, que se iba separando demasiado de la cuestión.

—Al grano, al grano, amiga mía — le dijo con afectada blandura.

—Pues, señor, luego que hubo pagado su cuenta, me dijo: "Si viene una mujer de tales y tales señas a preguntar por Mr. Brown, le direis que he ido a ver correr patines al lago Creeran, y que volveré para la hora de comer", pero no volvió, aunque aquí le aguardábamos tan firmemente persuadidos de todos que vendría, que yo no mismo le aderecé unos pollos con salsa, cosa que yo no hago todos los días, ni para todo yente y viénte. Mr. Glossin. Pero en mi vida hubiera imaginado la picardía que iba a hacer... ¡Disparar un tiro a Carlos Hazlewood, y a un inocente cordero!...

Mr. Glossin, después de haber, como astuto inquisidor, dejado que exhalara la buena mujer su sorpresa y su indignación, le preguntó si el presunto reo había dejado en la posada algunos efectos o algunos papeles.

—Sí, ha dejado; un lío tengo ahí suyo, no muy abultado, y también me dio algún dinero para que le hiciese hacer media docena de camisas con vueltas, y por cierto que ya las tiene entre manos Peg Basley; le servirán para ir a Lawn-Market (plaza donde se ajustan a los criminales) al grandísimo pillastrón!

Mr. Glossin pidió ver el lío, pero esta proposición no hubo de acomodar mucho a la posadera. —No era su ánimo — dijo —, entorpecer las diligencias judiciales; pero cuando le confían algún objeto, se consideraba responsable de él. Por lo demás, no tendría inconveniente en llamar al diácono Bestriff, y si Mr. Glossin quería hacer en su presencia un inventario de lo que contenía el paquete y darle un recibo... o bien, lo que creía aun mejor, poner los sellos a todo y depositarlo en manos del diácono, le parecía que era todo lo que se podía exigir de ella.

—No se dirá — añadió — que no me pongo en la razón.

Viendo que nada podía vencer la desconfianza y natural sagacidad de mistress Mac-Candlish, envió Glossin a llamar al diácono Bestriff para hablarle respecto al malvado que había heredado a Carlos Hazlewood, estas fueron sus mismas expresiones. Sorprendido por este alarmante llamamiento, llegó el diácono al minuto con la peluca puesta al revés, lo que provenía de la precipitación con que, a imitación del juez de paz, la había sustituido al gorro blanco que cubría ordinariamente su cabeza cuando esperaba en su tienda a los compradores. Sacó entonces mistress Mac-Candlish el lío que le había dejado Brown, en el cual se halló la bolsa de pitana. Al ver los preciosos objetos que contenía, contristado interiormente mistress Mac-Candlish de las precauciones que había tomado antes de entregársela a Glossin, mientras que éste, con muestras de desinteresado candor, fué el primero en proponer que se hiciese un escrupuloso

REFRAN ESPAÑOL

En la mucha necesidad, dice el amigo la verdad.

PLANTA PARA BOTAS

En Australia se cria una especie de malva que se usa muy a menudo para limpiar el calzado. El jugo de ocho flores da bastante líquido para lustrar perfectamente un par de botas.



inventario de todo el contenido de la bolsa y se confiase su depósito al diácono, hasta que llegase el momento de presentarla al tribunal. No quería en manera ninguna, hizo observar, constituyéndose personalmente responsable de objetos que parecían de tan crecido valor, y que sin duda habían sido adquiridos por los más ilícitos medios.

Examinó entonces el papel en que estaba envuelta la bolsa, y que se reduía a un sobre roto de una carta en que sólo se leía a *Vr. Brozen, esquire*. La posadera, a quien la vista de toda aquella profusión de alhajas y de monedas de oro confirmaba en las sospechas que había procurado inspirarle Glossin y la resolución de contribuir con todo ahínco al descubrimiento del reo, le informó que su posillón y el mozo de la caballería habían visto al extranjero en cuestión junto al lago el día en que fué herido el joven Hazlewood.

—Envié un recado para que comparciese al instante el antiguo conocido de nuestros lectores, Jack Jabos, quien confesó francamente que había visto y hablado aquella mañana en el lago Creeran al forastero que yo había hospedado la noche antes en las *Armas de Gordon*.

—¿Y qué giro tomó el forastero? — preguntó Glossin.

—¿Qué giro? No tomamos giro ninguno; de hecho nos fuimos por el hielo...

—¿Pero de qué hablabais?

—¿De qué? De nada; me hacía preguntas como hubiera podido hacerlas cualquiera otro forastero — respondió el posillón, posido al parecer del espíritu de cautelosa desconfianza a que poco antes había renunciado su ana.

—¿Y qué preguntas eran esas?

—Me preguntaba los nombres de los que patinaban mejor, y de las señoras que los estaban mirando.

—¿Y quiénes eran esas señoras? ¿Qué os preguntó acerca de ellas?

—¿Quiénes eran aquellas señoras? Eran miss Julia Manmering... y miss Lucy Bertrán, a quien conocéis muy bien, Mr. Glossin — añadió Jabos con socarronería —. Iban paseándose sobre el hielo con Mr. Carlos Hazlewood.

—¿Y qué le dijisteis de esas señoras?

—¿Qué le dije? Que la una era miss Lucy Bertrán de Ellangowan, que debía haber sido una buena sucesora heredera del condado, y la otra miss Julia Manmering, que iba a casarse con el joven lord Hazlewood, a quien daba el brazo... En fin, decíamos lo que dice todo el mundo; es un suero muy guapo.

—¿Y qué os respondía?

—¿Qué me respondía? Nada en sustancia...

Las miraba mucho, y me preguntó si estaba segura de que miss Manmering iba a casarse con Mr. Hazlewood. Yo le respondí que era positivo y que nadie podía saberlo mejor que yo, porque mi prima tercera Juana Clavers (también es algo pariente vuestra, Mr. Glossin, bien conocéis a Juana, ¿eh?, que cose para el ana de llaves de Woodbourne, me ha dicho cien veces que es cosa que no admite duda.

—¿Y qué dijo a todo eso el forastero?

—¿Qué dijo? — repitió Jabos que parecía haberse constituido en un eco de Mr. Glossin — no dijo nada; las siguió mirando pasearse por el lago con unos ojos que parecía que se las quería tragar, y no volvió a decir esta boca es mía, aunque, precisamente entonces estaban corriendo más diestros patinadores que vimos en toda la mañana. Luego tomó la senda que va a parar al bosque de Woodlourne y no le volvió a ver.

—¡Jesús, Dios mío! — exclamó mistress Mac-Candlish —, ¡y qué desalmado debe de ser ese picarón para ir a matar al pobre muchacho a la vista de su novia!

—¡Oh, mistress Mac-Candlish! — dijo Glossin —, muchos casos semejantes se han visto en este mundo, y seguramente quería vengarse, y cuanto más cruel, tanto más dulce es la venganza para el malvado.

—¡Dios nos ampare! — dijo el diácono Bear-cliff —; pobres criaturas cosas cuando su gracia nos abandona. ¿Cómo pudo olvidar ese hombre

que dice la Escritura: "La venganza es mía y yo la ejerceré"?

—Pero, señores — dijo Jack, que, con su gramática parda y natural sensatez, solía, como suele decirse, dar en el clavo mientras los otros no hacían más que dar en la herradura —, me parece que eso no está bien pensado. Nunca me podrá entrar en la cabeza que vaya un hombre a coger la espeta de otro para escarajele un tiro con ella. Un poco de tiempo he sido suplente del guardabosque, y así Dios me ayude como creo que, aunque no soy de los más re- hechos ni valgo para otra cosa más que para arrear un par de caballos, y meter las piernas en un par de botas, el hombre más forzado de toda Escocia no hubiera podido quitarme ni escopeta, porque antes que él me echara la mano, le hubiera yo quitado el hipo de un balazo. Nadie que tenga dos dedos de frente podrá creer semejante disparate. Apostaría mis mejores botas, y tengo un par nuevecito, flamante, que compré en la feria de Kirkudbright, a que todo ello no ha sido más que una chiriipa; pero, si nada

lish que le preparase una buena comida y cinco amigos suyos para el sábado se dio en fin media corona a Jack Jabos, a tenerle el estribo.

—Pues, señor — dijo el diácono a mistress Candlish luego que se quedaron solos en el mostrador un vaso de cerveza ofreció —, no es tan fiero el león como se tan, ¿no da gusto ver a Glossin en tan tan empeño en los asuntos de condado? — Así es la verdad, diácono — dijo —, y me admira que nuestros nobles haga un hombre como él el que ellos berían hacer; pero mientras el dinero no hay cuidado que nadie le haga su venganza de las manos de este o de las de...

—Y yo tengo para mí — dijo Jack, entonces por junto al mostrador — que no sacará más que ignominia de todo por lo que es cuenta, aquí tengo una media corona.

CAPITULO XXXIII

Un hombre que cree que la muerte no es un sueño profundo; sin cuidado, sin inquietud por lo pasado, por lo presente ni por lo que, desengañado cree que todo ocurre con SHAKESPEARE. Medida por...

LOS PICOS MAS ALTOS DEL MUNDO

Gaurisankar o Mont Everest (Himalaya)	8.840 metros
Kangtshikarung (Himalaya)	8.619 "
Kantschindching (Himalaya)	8.584 "
Dhaulagiri (Himalaya)	8.175 "
Tengri Chan (Tibet)	7.300 "
Aconcagua (Andes)	7.035 "
Ojos salados (Andes)	6.870 "
Tupungato (Andes)	6.800 "
Mercedario (Andes)	6.800 "
Monte Pissis (Andes)	6.780 "
Cerro Lullillaco (Andes)	6.723 "
Tres Cruces (Andes)	6.620 "
Incahuasi (Andes)	6.580 "
El Muerto (Andes)	6.540 "
Nacimiento (Andes)	6.460 "
Cerro Romado (Andes)	6.350 "
Chimborazo (Andes)	6.310 "

SE FUMO LA TARJETA

El gran caricaturista británico George Strube, inventó una originalísima tarjeta de visita. Cuando llegó a la oficina desconocido, ningún director de revista o diario quería recibirla.

—Tuve que concebir un recurso eficaz — contó en cierta ocasión —, de modo que imprimí en letras doradas mi nombre y dirección con el palabra "artista", en los más caros cigarrillos egipcios que pude encontrar. Calculé que si la originalidad de la idea no convencía al director, luego fumaría mi tarjeta de visita, y me recibiría al día siguiente. Así ocurrió.

más tendis que decirme, voy a echar un pienso al ganado.

Y dicho esto se fué a su cuadra.

El mozo de la caballería, que le había acompañado en su encuentro con Brown, prestó la misma declaración. Igualmente que a mistress Mac-Candlish, fué preguntado si el presunto reo llevaba consigo algún arma, a lo que respondió que sólo le habían visto un cuchillo de mano en el bolsillo a la cintura.

Ahora que se me ocurre — dijo el diácono a Glossin agarrándole por un botón de la casaca (porque, a fuerza de cavilar sobre aquel intrincado negocio, había olvidado la nueva dignidad de su interlocutor) —, ¿no es sumamente inverosímil que un hombre que no lleva más que un cuchillo, vaya a meterse con otro que lleva una escopeta?

Empezó Glossin por desistir su botón de entre las carnes uñas del diácono; pero con mucha blandura, pero le convenía estar muy bien con todo el mundo, y en seguida, en vez de responder a su observación, le preguntó los precios del té y del azúcar, y habló de hacer su provisión para todo el año. Envió a mistress Mac-Cand-

Glossin había extendido una sumaria declaración de todos estos descubrimientos. Habían trabado la cuestión, y no podían ser provecho en sus pesquisas; pero el hecho informado, sabe por los citados interesados todo lo que hizo Brown desde el día que le dejamos en el camino de Kirkudbright al instante en que, devorado de hastío presentado en mala hora delante de Julia ring, y se vio empeñado en un lance que un modo tan fatal.

Volvió Glossin a Ellangowan, refiriendo lo que había oído, y cada vez más sobrio de que una activa y eficaz medida parte en aquel misterioso negocio, sería difícil seguro de granjearse el aprecio de él y del laird de Hazlewood, lo que no solamente de desear; acaso también mucho el amor propio en su deseo de prueba de sagacidad y de inteligencia. Tuvó, pues, una gran satisfacción de ver, de vuelta en la quinta, que mistress Mac-Candlish, y otros señores agentes del mismo jaez, habían mirado hombre, y le estaban aguardando en la casa.

Apesó sin perder un momento en el el zaguán.

—¡Id corriendo a decir a mi pasante — dijo a un criado —, le hallaré en el tubo verde copiando el libro de asientos bien ni despacho, acerad un sillón a y preparad un taburete para Mr. Scrogg y yo — dijo a su pasante, que se le presentó —, buscadme la obra de Mackenzie sobre los crímenes; abrid sección *Vii publica et privata*, y mostradme en el capítulo sobre los que usan armas. Ahora echad una mano para que me quite el levitón, colgadme en el respaldo y haced que me entren el preso. Su señera él... ¡Ah! antes que se me vaya sea primero Mac-Guffog.

—¡Hola, Mac-Guffog! ¿Dónde habéis estado ahora?

Era Mac-Guffog un mocetón robustísimo, con un cogote como un toro, la cabeza llena de granos y verrugas, y bicezo queriendo. Después de haber hecho algunas señas a manera de cortesías para saludarlo, empezó su historia en una algarabía de aspavientos y guiños que indicaban perfecta conformidad de ideas entre el diácono y su ovente.

—Habrá de saber vuestro honor — dijo me fui al sitio de que me había visto aquella tabernilla, a la vera del agua, de pacha aquella mujer que va conoce vuestro honor. Vaya — me dijo —, ¿qué ocurrió? ¿tái algo para Ellangowan? — Por supuesto respondió —, pues ya sabéis que el mis-

án de Ellangowan solía antiguamente... Bueno, bueno — dijo Glossin —, dejaos de ir y vanos a la estación... Corriente. Pues como iba diciendo, me senté y pedí una carajilla de aguardiente que quería comprar, para hacer tiempo hasta que viniera.

— ¿Quién? — dijo Mac-Guffog volviendo el dedo hacia de la mano derecha hacia la cocina donde estaba el preso —. Llegó embobado en una larga y no necesitó más que echarle una mirada al plato para conocer que no venía desmenuado, pero por hablarle de modo que pudiese creer en la isla de Man, y tuve cuidado de ponerle entre la tabernera y él, de modo de que me viese. Comenzamos a beber, y le aposté a que se echaba al coleto de un trago la cuarta de una pinta de aguardiente de Holanda. — ¿Cómo se la apuesta, y se bebió su aguardiente con tal cosa. Llegaron entonces Slounging Jack Black Spur, que ya estaban avisados, y los tres nos echamos sobre él de repente, cogiéndole desde el cuello, le atramos muy bien de pies y manos, y después nos manifestamos como un cordero. Desde entonces ahí ha echado un buen sueño, y yo me fresco como una margarita de mayo para responder a todas las preguntas que quiera hacerme algún honor.

— ¿En qué relación, acompañada de manotes y gestos, recibió los elogios y parabienes que usted se esperaba el narrador.

— ¿Y tenía amas? — preguntó el juez, — por cierto; esa gente nunca va sin un sacapuntas y un par de pistolas por los pechos.

— ¿Llevaba consigo algunos papeles? — preguntó el juez.

— ¿Y está diciendo puse sobre su bufete una carajilla de aguardiente.

— ¿Además retiratos, Mac-Guffog, y hacé que se vayan al preso. No os alejéis.

— ¿Y me dio el digno corchete, y dos o tres minutos después se subió en la escalera un rechin de caídas y entró en la estación el preso con esposas.

— ¿Y los en los pies y en las muñecas. Era el hombre que me contaba la concepción heroica de un niño, y me dijo en fin, que aunque las cosas de su frente y su cabello entrecan amunados una edad asaz avanzada, y aunque no era muy alto, pocos hubieran querido medirle.

— ¿Y me dio el digno corchete, y dos o tres minutos después se subió en la escalera un rechin de caídas y entró en la estación el preso con esposas.

— ¿Y los en los pies y en las muñecas. Era el hombre que me contaba la concepción heroica de un niño, y me dijo en fin, que aunque las cosas de su frente y su cabello entrecan amunados una edad asaz avanzada, y aunque no era muy alto, pocos hubieran querido medirle.

— ¿Y me dio el digno corchete, y dos o tres minutos después se subió en la escalera un rechin de caídas y entró en la estación el preso con esposas.

— ¿Y los en los pies y en las muñecas. Era el hombre que me contaba la concepción heroica de un niño, y me dijo en fin, que aunque las cosas de su frente y su cabello entrecan amunados una edad asaz avanzada, y aunque no era muy alto, pocos hubieran querido medirle.

— ¿Y me dio el digno corchete, y dos o tres minutos después se subió en la escalera un rechin de caídas y entró en la estación el preso con esposas.

— ¿Y los en los pies y en las muñecas. Era el hombre que me contaba la concepción heroica de un niño, y me dijo en fin, que aunque las cosas de su frente y su cabello entrecan amunados una edad asaz avanzada, y aunque no era muy alto, pocos hubieran querido medirle.

— ¿Y me dio el digno corchete, y dos o tres minutos después se subió en la escalera un rechin de caídas y entró en la estación el preso con esposas.

— ¿Y los en los pies y en las muñecas. Era el hombre que me contaba la concepción heroica de un niño, y me dijo en fin, que aunque las cosas de su frente y su cabello entrecan amunados una edad asaz avanzada, y aunque no era muy alto, pocos hubieran querido medirle.

— ¿Y me dio el digno corchete, y dos o tres minutos después se subió en la escalera un rechin de caídas y entró en la estación el preso con esposas.

— ¿Y los en los pies y en las muñecas. Era el hombre que me contaba la concepción heroica de un niño, y me dijo en fin, que aunque las cosas de su frente y su cabello entrecan amunados una edad asaz avanzada, y aunque no era muy alto, pocos hubieran querido medirle.

— ¿Y me dio el digno corchete, y dos o tres minutos después se subió en la escalera un rechin de caídas y entró en la estación el preso con esposas.

— ¿Y los en los pies y en las muñecas. Era el hombre que me contaba la concepción heroica de un niño, y me dijo en fin, que aunque las cosas de su frente y su cabello entrecan amunados una edad asaz avanzada, y aunque no era muy alto, pocos hubieran querido medirle.

como para examinarle mejor, puso las píntolas a su lado sobre el pupitre, y le dijo con voz severa:

— Sois Dirk Hatteraick de Flessinga: ¿lo sois o no? Hablad.

Volvió los ojos el preso maquinalemente hacia la puerta, como si hubiera temido que estuviera alguno espiando junto a ella. Glossin se levantó, abrió la puerta de par en par, de modo que desde el banco en que estaba sentado pudiese el preso cerciorarse de que nadie le escuchaba, y, habiéndola cerrado en seguida, volvió a su asiento y repitió su pregunta:

— ¿Sois o no sois Dirk Hatteraick, antiguo capitán del *Yan Jans Haogentapen*?

— ¡Mil diablos! Pues si sabéis quién soy, ¿para qué me lo preguntáis?

— Porque me sorprende veros donde menos deberíais estar, si en algo tenéis vuestra seguridad — dijo Glossin.

— ¡Mil demonios! No tiene en mucho la suya quien de ese modo me habla.

— ¿Cómo? Desmenuado, cubierto de cadenas y en ese tono me habláis, capitán! — replicó Glossin con ironía —. Si queréis creerme, bajad esos humos, que por vida mía, no le conviene a quien difícilmente saldrá de esta costa sin dar

para hablarlos de un asunto que os concierne.

— ¿Del niño? — interrumpió Glossin con presteza.

— ¡Yat, mynbeer! (sí, señor).

— ¿Vive?

— Como vos y yo.

— ¡Cielos! ¿Pero está en las Indias?...

— No, a fe mía; aquí está, en esta costa precisamente.

— Pero Hatteraick... eso... sí es cierto, lo que no creo, ya a arruinarnos a entrambos, porque es imposible que se le haya borrado de la memoria vuestra el hecho de entonces; su regreso puede tener también para mí fatales consecuencias...

Lo repito, a los dos nos arruinará.

— Y yo os digo — respondió el desalmado marino — que sólo a vos os arruinará, porque yo ya lo estoy, y si me ahorcan, buenas noches.

— Pero qué diablos os ha traído a esta costa?

— No tenía un chelín, el hombre apretaba, y creía que ya nadie se acordaba de la fechoría de mirras.

— ¿Vamos!, ¿qué puedo hacer? — dijo Glossin con evidente ansiedad —. A soltarlos no me resuelve, pero no podríais haceros liberrar en el camino? Seguramente que sí; ea, poned ahí cuatro renglones a Brown, vuestro ingeniero, y haré que os lleven por el camino que costea el mar.

— No, no, imposible: Brown murió; lo mataron, lo enterraron, se lo llevaron ya todos los demonios.

— ¿Ha muerto? ¿Le han matado? ¿En Woodbourne supongo, eh?

— ¡Yat, mynbeer.

Silencioso y pensativo quedó Glossin. En la confusión de los mil pensamientos que le agitaban, caíale el sudor de la frente, mientras que el miserable que tenía delante, mascaba su tabaco con imperurbable cachaza.

— ¿Quedo arruinado, completamente arruinado — decía Glossin entre dientes —, si se presenta el heredero; y entonces, ¿cuáles serán las resultas de mis relaciones con esta gente? ¿Escuchadme, Hatteraick; no puedo ponerlos en libertad, pero puedo facilitarlos los medios de escanaros; yo siempre estoy dispuesto a hacer bien a un antiguo amigo. Voy a meteros por esta noche en una pieza del antiguo castillo, y a dar a los encargados de custodiaros doble ración de grog; Mac-Guffog caerá en la misma celada en que os cogió. Las ventanas y las rejas de aquel cuarto están como prendidas con alfileres, no tendréis más que dar un salto de unos doce pies, y hay en el suelo un palmo de nieve.

— ¿Pero quién me quitará estos grillos? — dijo Hatteraick.

— ¡Aquí tenéis — respondió Glossin sacando de un arriario una lima que le entregó — un amigo que trabajará por vos, y ya conocéis el camino que va de las ruinas al mar.

— ¿Sucedió Hatteraick sus cadenas con alegría como si ya se sintiera en libertad, e hizo un esfuerzo para alargar la mano hacia su protector. Púsose Glossin el dedo en la boca celando una mirada a la puerta para recomendarle la discreción, y prosiguió dándole sus instrucciones.

— Una vez en libertad — dijo —, lo mejor que podéis hacer es ir a Dermelchug...

— ¡Rayos y truenos!, no haré tal; esa madre-guerra es ya conocida.

— ¡Diablo! Bien; pues entonces tomad mi lancha, que hallaréis amarrada a la costa, y servíos de ella, pero esperad en la punta de Warroch hasta que vos veamos.

— ¿En la punta de Warroch? — dijo Hatteraick frunciendo el ceño —; y habré de esperaros en la cueva, eh? Preferiría que fuera en cualquier otra parte. Ese sitio se me resista... dicen que en él se suele aparecer... pero ¡truenos y rayos!, nunca le sé en vida y menos le temeré muerto.

— ¡Condenado me vea si hay quien pueda decir que Dirk Hatteraick tuvo miedo jamás de un perro o de un diablo! Ea, lo dicho dicho; allí os aguardaré.

— Corriente — dijo Glossin —, y ahora es preciso que llame a mi gente.

— Tiró en efecto de una campanilla y subió Mac-Guffog con sus sardeles.

La conocía



— ¡Abi tiene el señor Fernández. Dígale que he salido. Y póngase a leer una novela, si no lo cree.

cuenta muy por menor de un pequeño accidente sucedido hace años en la punta de Warroch.

Una expresión sombría como la noche brilló en las miradas de Hatteraick.

— Yo por mi parte — continuó Glossin —, harro siento tener que usar de rigor con un antiguo conocido, pero mi deber lo exige, y ahora mismo voy a enviáros a Edimburgo en una silla de posta.

— ¡Mil truenos! No lo haríais — dijo Hatteraick en tono algo más templado — si pudierais daros como en otro tiempo un medio cargamento en letras a la vista sobre Van-Beech y Van Bruggen.

— Todo eso es ya tan antiguo, capitán — respondió Glossin con indiferencia —, que realmente no me acuerdo de cómo fui recompensado de mi trabajo.

— ¿De vuestro trabajo? De vuestro silencio, si no lo lleváis a mal.

— Entonces hacia yo algunos negocios todavía, pero ha tiempo que me he retirado enteramente.

— Sí, pero yo tengo mis barruntos de que aun sería muy posible que volvierais a las andadas — respondió Dirk Hatteraick —. Y ahora que me acuerdo, mal rayo me parta si no deseaba veros

—Nada puede sacar, Mac-Guffog — le dijo — del capitán Janson, como le da la gana de llamarse por ahora, y ya es tarde para enviarle a la cárcel del condado. ¿No hay en el castillo un cuarto donde se le pudiera meter por esta noche?

—Sí, hay, por más señas que ni tío el constable tuvo encerrado en él tres días a un preso en tiempo de Mr. Borrán de Ellangowan. Pero ya debe tener sus cuatro dedos de polvo el tal cuarto desde aquella causa que se suscitó en el juzgado de primera instancia antes del año 1715.

—Lo sé, lo sé, pero no es para que pase en ella mucho tiempo, sino para una noche no más, y para eso cualquier cosa basta. Hay un cuarto al lado; en él encenderéis lumbre para vosotros, y yo cuidaré de enviaros algo con que matar el tiempo, ¿estáis? Cuidado con encerrarme bien este pájaro de cuenta, pero dadle lumbre también, que la estación lo exige. Acaso mañana se justifique... ¿quién sabe?

Con estas instrucciones y con una copiosa provisión de comestibles y de bebidas fermentadas, despidió el juez al castillo donde debían quedarse de guardia toda la noche, aunque con el deseo de que no la pasasen y la esperanza de que no la pasarían toda velando ni haciendo oración.

Ya se decía suponer que tampoco tendría Glossin una noche muy sosegada. Su situación era peligrosa en extremo, pues en efecto toda la nominia de su vida parecía envuelta en derredor suyo y próximo a perderse para siempre. Al mostrarse, sin embargo, y más de cuatro vueltas dio en la cama sin que le fuera posible conciliar el sueño. Durmióse, en fin, pero fue sólo para soñar con su antiguo bienhechor, ora cubierto de la palidez de la muerte, como le vió por última vez, ora en toda la fuerza y lozanía de la juventud, acercándose a él para arrojarle de la antigua mansión de sus mayores, sólo luego que después de haber andado errante horas y horas por un despedaño, llegaba a una ventana de donde salían estrépitosos gritos de algazara, y que habiendo entrado en ella, la primera persona que vió delante de sí era Frank Kennedy, todo ensangrentado y cubierto de heridas, tal cual se le halló junto a la punta de Warroch, pero levantada en la mano una ponchera llena de ponche inflamado. Cambió en seguida de escena y le pareció hallarse en una cárcel donde oyó a Dirk Hatteraick, que acababa de ser sentenciado a muerte, confesar sus crímenes a un sacerdote.

—Después de haber hecho aquella muerte, decía el penitente, nos retiramos a una cueva, de que sólo un hombre tenía noticia en todo este país. Estábamos discutiendo sobre lo que deberíamos hacer de la criatura, y ya pensábamos en dársela a los gitanos, cuando oímos precisamente sobre nuestras cabezas los gritos de los que nos andaban buscando. En aquel momento entró un hombre en la cueva; aquel hombre era el único que la conocía, pero nos le hicimos amigo a costa de la mitad del valor de todo lo que tenemos en el mundo. Nos fuimos a Holanda en un barco que fue a recogerlos a la costa a la noche siguiente; aquel hombre era...

—¿No, no era yo? ¡Lo niego! — gritó Glossin desafiador y esforzándose en su mortal angustia para dar aún más energía a sus palabras salió de su agitado sueño.

Aquella especie de fantasmagoría mental era la vez de su conciencia. La verdad era que Glossin, conociendo mejor que nadie las guardas de los contrabandistas, mientras los tenía los ojos cubiertos en diferentes direcciones, él se fue derecho a la cueva, donde supo el asesinato de Kennedy, a quien supondrá prisionero en su poder. Justo sería decir que su ánimo era emplear su mediación en favor del aduanero, pero los halló profundamente consternados, pues a la rabia que los había impelido a asesinar a Kennedy, habían sucedido en todos, menos en Hatteraick, los remordimientos y el espanto. Glossin era muy pobre en aquella época y estaba acerbado de deudas; por ello tenía ya una gran necesidad de dinero, y considerando su inexperience y su sencillez entreveía la posibilidad de enriquecerse a su costa, y aun

la de apropiarse todos sus bienes, si llegaba a desaparecer el heredero inmediato, dejando a un padre incauto la facultad ilimitada de dar rienda suelta a sus prodigalidades. Estimulado por la necesidad presente y por la perspectiva de un riesgo porvenir, aceptó la oferta que le hicieron los contrabandistas en su terror, de dargeniento del lugar, y cuyo importe le abonaron en letras de cambio sobre la casa de Van Beest y Van Bruggen, bajo la condición de que les guardaría fielmente el secreto, y los excitó a llevarse consigo al niño, que ya tenía bastante conocimiento, les dijo, para informar bien a la justicia de la sangrienta escena de que había sido testigo. El único paliativo que pudo la ingenuidad de Glossin ofrecer a su propia conciencia, fué la violencia de la tentación que le brindaba a por el pronto y con la esperanza de un buen ciudad para lo sucesivo. Procuraba además persuadirse a sí mismo de que la necesidad de su propia conservación casi legitimaba su conducta. ¿No estaba hasta cierto punto en poder de aquellos piratas? Si hubiera desechado sus ofertas y pedido socorro, aunque los que podrían dárselo

QUE TRABAJE EL MAR

Los noruegos emplean un sistema muy primitivo para desmenuar los barcos de madera que ya no les sirven por viejos. Para ello los llevan a la parte más rocosa de la costa, y después de anclarlos, dejan al cuidado de las olas de la próxima borrasca el hacerlos pedazos. Cuando el mar recobra la calma, recogen los fragmentos que flotan en la superficie y los venden para leña.



SIN EQUIVALENCIA

Nos volvimos locos — ha dicho Barrett — el día en que pagamos con oro al que escribe un libro. ¿No comprendemos que no hay equivalencia posible entre un pedazo de metal y un pedazo de alma?

no estaban muy lejos, acaso no hubieran llegado a tiempo para salvarle de manos de unos hombres que, con menos motivo, acababan poco antes de cometer un asesinato.

Agitado por los negros presentimientos que engendra una conciencia impura, saltó Glossin de la cama y se asomó a una ventana que daba sobre el antiguo castillo; eran las once de la noche. La escena que describimos al principio de esta obra estaba cubierta de nieve, y la brillante aunque triste blancura de la tierra, contrastando con el vecino mar, le comunicaba una tinta livida y sombría. Un país cubierto de nieve, aunque, considerado en abstracto, puede ofrecer cierta belleza, a los ojos que naturalmente están acostumbrados al frío, ardor y soledad. le comunican siempre un carácter de lobreguez y desolación. Los objetos más visibles en su estado natural, desaparecen entonces, o están tan singularmente desfigurados, que no parece sino que estamos viendo con asombro un mundo desconocido. No eran éstas, sin embargo, las reflexiones que se agolpaban a la mente de aquel hombre despreciable, sus ojos estaban clavados en las gigantescas y sombrías ruinas del antiguo castillo, donde en dos ventanas labradas en la maciza pared de un torreón o almenar, dos brillantes dos luces que salían, la una del cuarto donde estaba encerrado Hatteraick, la otra de la habitación ocupada por los que le estaban custodiando,

—¿Se habrá escapado?, jugará... Esos hombres incapaces de una fiel... ¿la observarán hoy para mi ruina? No está ahí todavía, tendré que enviarle a Mac Morlan y otro cualquiera le formará. Se descubrirá quien es... saldrá conmigo y para vengarse de mí, lo declarará... Mientras se sucedían rápidamente esas imágenes en la imaginación de Glossin, un ruido de repente una de las luces, como si biera interpuesto en la ventana un cuerpo... ¿Qué momento de angustia!

—Sin duda ha roto sus cadenas y va a las rejas; no tardará en conseguirlo, la pared está toda desmoronada... ¿Quién caído hacia fuera... las he oído resonar las piedras!... El ruido ya a desmoronarse... ¡Maldiga Dios la torpeza de ese zopenco!... ¿Vuelvo a ver la luz?... Le habiéndola se le estarán manifiando de nuevo... y le habiéndola se habiéndola un momento poco, pero si acaso han oído caer la reja... se asoma de nuevo a la ventana... ¿La luz... ¡ya está en libertad!

Un ruido sordo, semejante al que un cuerpo que cae desde cierta altura... ve, anunció en aquel momento que el tuado Hatteraick su proyectada evasión... después vió Glossin deslizarse como un pedruzco en las ruinas... forma una orilla del mar. ¿Nuevo origen entonces de las bras!

—¿Tendrá fuerza para manejar él solo... Preciso será que yo vaya a ayudarle... no... ya la ha botado al agua... la vela... ya está en alta mar... ¿tiene... así fuera un huracán que... en los asomios!

Después de este último cordal descenso Glossin siguiendo con la vista la línea que llegó a la punta de la altura de donde era, no obstante la claridad de que fué imposible distinguir de las olas serena superficie bogaba viento en popa, fecho de verse libre del peligro inminente, fué ya, algo más sosegado, a un nuevo.

CAPITULO XXXIV

¿Por qué, dios! no me ayudas a que... malita ensangrentada sin... Tito

Grandes fueron a la mañana siguiente el pecho y confusión de los esbirros de custodiar al preso, cuando descubrió se les había escapado. Presentóse Mac Glossin con la cabeza turbada no muy grog que por el miedo, y recibió una reprimenda por su negligencia en el cumplimiento de su deber. Sólo suspendió el ruido del juez su aparente celo en tomar las medidas necesarias para apoderarse del fugitivo... darse de su irritada presencia, que se veía en todas direcciones (menos una)... pedales muy particularmente que hiciese minuciosas pesquisas en Dernelnegh, de nocturno refugio a toda especie de res y vagabundos. Luego que se hubo razado de ellos, no perdió un momento girse por mil vericuetos extravajados de Warroch, donde debía tener su entrevista con Hatteraick, por quien esperaba salir oportunamente con el niño, y con el consentimiento de su conferencia de la noche anterior, circunstancias relativas al regreso del de Ellangowan a su país natal.

Imitando las estratagemas de una ventratera de burlar la saña de una jaena, acaso, procuró Glossin llegar al lugar, dejando en el camino los menos visibles.

—¡Ojalá nevase — dijo volviendo atrás la cabeza — y borrase la nieve más pisada!... que los que andan buscando me captan descubriéndoles se guiará por ellas y así sorprendernos. Preciso será que baje a

interne luego por entre las peñas.

En efecto, no sin mucha dificultad, a la dirigéndose entre las peñas y la orilla del mar precisamente la hora de la subida de la marea. En su cautelosa excursión, unas veces al vista a las cimas de las rocas desde donde eran podido descubrirle, otras la tendía a hinar, temeroso de que le divisasen desde el boque.

Hubo un momento sus temores para dar a otras sensaciones más amargas cuando por junto al sitio donde se había hallado el cuerpo del desgraciado Kennedy, y que era visto por el peñón o fragmento de roca que acompañaba o seguía su caída desde lo alto del promontorio. Véanse amontonadas en el fondo del mar multitud de veneras y pelados guilanes, y estaba además cubierto de lígamo y plantas marinas, pero todavía se diferenciaba por su forma y su naturaleza de otras rocas que le rodeaban. Inútil es decir que Glossin había dirigido sus pasos hacia el sitio, de suerte que hallándose entonces él por primera vez después de aquella mala catástrofe, la escena de que años antes había sido testigo se representó a su mente en el momento con sus más horribles colores. Véase de cómo, semejante un vil criminal, salió a hurtadillas de la cueva, y mezclándose disimulo al consternado grupo que rodeaba el cadáver, temblando de que cualquiera le descubriera de dónde venía; recordó también cómo había evitado en su terror echar los ojos a aquel horroroso espectáculo. Los lastimeros suspiros de su bienhechor, ¡mi hijo!, ¡mi hijo!, iban todavía en sus oídos.

— ¡Dios de bondad! — exclamaba —, ¿vale todo lo que he ganado los trasudores que paso en este mundo, y las angustias y los acerbos remordimientos que desde aquella época hasta ahora han atormentado mi vida? ¡Ah, ojalá estuviera como ese desgraciado, y él como yo, lleno de vida y de salud! Pero ¿qué digo, insensato!, los lamentos ya llegan tarde...

Reconociéndose, pues, a sus temores, adelantó hacia la cueva, que estaba tan inmediata al sitio, que los asesinos, después de haber cometido su crimen, podían oír desde ella las conjeturas que hacían los que encontraron el cuerpo de su víctima; pero nada podía estar perfectamente disimulado que la entrada de la cueva estaba guardada. Esta entrada, que era un boquete de roca que se abría en la madriguera de una zorra, y que estaba al pie de una peña, precisamente en la boca de una negra y altísima roca que servía de pantalla para ocultarla a la vista de todos los que no estaban en el secreto, y para indicar su entrada a los que, conociéndola ya, quisieran entrar en ella. El espacio que mediaba entre la cueva era sumamente estrecho, y como además atestado de arena y guijas arrojadas a la marea, era imposible descubrir la entrada de la cueva de desembarazarla de todos aquellos escombros, además de lo cual, a fin de estar todavía más cubierto de una sorpresa, solían los conductos que frecuentaban aquella guarida, muy bien el boquete por dentro con piedras y plantas acuáticas que parecían depositadas allí por las olas. Dirk Hatteraick no había tomado esta precaución.

Como nada tenía de cobarde, sintió Glossin un palpitar al corazón y le temblaban las piernas al disponerse a entrar en aquel secreto mundo de iniquidades. Para tener una entrevista con un miserable a quien con razón tenía por uno de los mayores perwersos de la tierra. "Ninguno interés tiene en hacerme daño", era la única

reflexión que le animaba. Examinó, no obstante, sus cachorrillos antes de desembarcar el boquete y de entrar en la cueva, lo que hizo arrastrándose sobre las manos y sobre las rodillas. La abertura, que era al principio tan angosta y tan baja de techo que sólo andando a gatas se podía entrar por ella, se ensanchaba a pocos pasos formando una bóveda que se elevaba a una altura considerable; el terreno que iba subiendo en regular pendiente, estaba cubierto de una arena muy menuda. Antes de que hubiese vuelto Glossin a ponerse en los dos pies, oyó retumbar en las concavidades de la cueva la campanuda voz de Hatteraick, quien procuraba, sin embargo, no darle toda su extensión.

— ¡Truenos y rayos! ¿Sois vos? — le dijo.
— ¿Estáis a oscuras?
— ¿A oscuras? ¡Pues no he de estarlo, voto a tal! ¿De dónde queráis que sacara luz?
— Aquí traigo yo con que encenderla — y di-

Dijo el LIBERTADOR:

Serás lo que debes ser, y si no, serás nada. JOSÉ DE SAN MARTÍN.



PLUMAS

De cada tonelada de acero pueden sacarse más de diez mil gruesos de plumas para escribir.

De MARTIN FIERRO

Debe trabajar el hombre
Para ganarse su pan;
Pues la miseria, en su afán
de perseguir de mil modos,
Llama a la puerta de todos
Y entra en la del haragán.

De CICERON

Como un campo aunque fértil no
puede ser fructuoso sin cultivo, así
es el ánimo sin doctrina.

cho esto, sacó Glossin del bolsillo un fósforo y encendió un farolillo que llevaba consigo.

— Pero es preciso también encender lumbre, porque llevéme el diablo si no estoy tiritando de frío.

— Seguramente no hace calor — dijo Glossin amontonando y pegando fuego a una porción de astillas de barricas y de otras maderas secas que andaban desparramadas por la cueva desde la última vez que estuvieron ambos en ella.

— ¡Calor, eh? ¡Y qué calor ha de hacer en esta maldita nevera! Sólo he podido evitar no quedarme tieso como un carabambón dando pasitos de arriba abajo sin parar un momento y pensando en las alegrías franchachelas que hemos tenido aquí en otros tiempos.

Empezaba ya a brillar una hermosa llamarada,

a la que arrió Hatteraick su atezado rostro y callosas manos con una precipitación comparable a la de un hambriento que se arroja sobre un pedazo de pan. Luminaba aquella viva claridad sus ásperas facciones, y el humo que salía de la hoguera y que sólo podía hacerle soportar el rigor del frío, después de circular alrededor de su cabeza, se alzaba hasta el techo de la bóveda, donde salía sin duda por las grietas y rendijas que servían igualmente para renovar el aire interior cuando la subida de la marea tapaba el boquete que hacía las veces de entrada.

— Aquí os traigo algo que almorzar — dijo Glossin sacando del bolsillo un trono de carne fiambre y un frasco de aguardiente.

Apoderose con ansia de este último Hatteraick, y después de haber echado un buen trago, exclamó con alegría:
— Eso me gusta; ¡bueno, bueno! Esto resucita a un muerto.

Y en seguida entonó este fragmento de una canción holandesa:

El vino, el aguardiente, la cerveza,
Nada tiene mejor naturaleza;
Todo lo que se suba a la cabeza,
Lleva mi aprobación.
Con la copa en la mano canto y río
Y al huracán cantando desafío.
Tú que eres otro tonto, amigo mío,
Repite mi canción.

— ¡Bien dicho, buen capitán! — repuso Glossin, y tonándole el tono cantó lo que sigue:

Vengan ríos de vino y de aguardiente,
Y las copas rompiendo alegremente,
Iré a nadar en ellos con mi gente,
¡Por vida de Satán!
Los dos me seguiréis por descontento,
Hasta ir cada cual por nuestro lado.
Yo a la tierra, tú al mar, y a ser ahogado
¡Eso otro perillán!

— ¡Yo lo digo, camarada. Conque vata, ¿estás ya repuesto? ¿Podremos ya hablar de lo que nos importa?

— De lo que os importa a vos, queréis decir, que lo que a mí me importaba, que era salir de aquella maldita ratonera, ya está hecho.

— Cachaza, cachaza, anigueto; voy a probaros que nuestros intereses son los mismos.

Hizo Hatteraick como que le daba una tose-cilla seca, y Glossin prosiguió después de una breve pausa.

— ¡Cómo dejaste escapar al muchacho?

— ¡Truenos y rayos! ¿Y era yo por ventura su hijo? El teniente Brown se lo dio a un primo suyo establecido en Middelburgo, asociado a la casa de comercio de Van Beest y Van Bruggen, le encargó que lo había hecho prisionero en no sé qué escaramuza o cualquiera mentira por este estilo, y le dijo que lo guardara para criado o para lo que más le acomodase. ¿Yo dejarle escapar, eh? No sería hombre el chiquillo a estas horas si yo le hubiera atrapado por mi cuenta, a buen seguro.

— Bueno, bueno; ¿y lo tomó por criado en efecto?

— Nada de eso; el viejo Van Beest le cobró cariño, le medio adoptó por hijo, lo puso en un colegio y luego lo envió a las Indias. Hasta creo que tenía intenciones de enviarlo a esta tierra, pero Brown le dio a entender que su viaje a Escocia podría perjudicar a nuestro comercio.

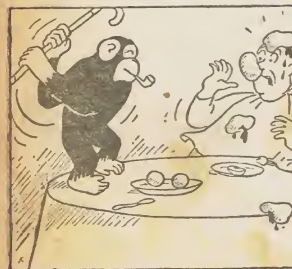
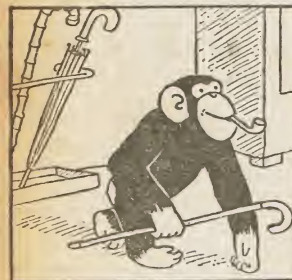
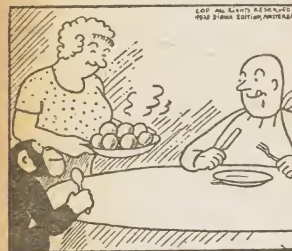
— ¿Creéis que sepa ahora quién es?

— ¡Y cómo ha de saberlo, truenos y bombas! Lo cierto es que por mucho tiempo conservó algunos recuerdos... ¡Pues no tenía diez años el maldito cuando levantó de cascos a otro diablo inglés, tamaño como él, para apoderarse de la lancha de mi lugre y volverse a su tierra? ¡Mala peste en él!... Lejos estaban ya los arrastrados cuando pude atraparlos, y buen susto pasé

EL MONO SABIO

LO QUISO IMITAR

Por TIM



temiendo que hicieran zozobrar la lancha...

—¡Ojalá hubiera zozobrado... con ellos dentro!...

—Tenía yo una rabiá, que le plantificó un puñetazo tal que fué rodando por la cubierta como una pelota... ¡Pero, yo, ya!, el grandísimo tunante nadaba como un pato, y con todo ya estaba si se ahoga si no se ahoga cuando le eché una mano, porque lo menos una milla le hice ir nadando para que le sirviera de escarmiento. ¡Por las garras de Nicolás (el diablo)! ya os daré qué hacer, yo lo fio, ahora que es hombre hecho y derecho. Criatura era todavía que no se le veía en el suelo, y ya era vivo como una centella e imperioso como un rayo.

—¿Cómo ha vuelto de las Indias?

—¿Qué sé yo? La casa de comercio en que trabajaba en la India se fué a pique, lo que hizo dar un buen bajón a la de Middelburgo, según tengo entendido, y por eso me dejé enviar aquí a ver si podía renovar algunas antiguas relaciones, persuadido como lo estaba, de que ya nadie se acordaba de mis antiguas hazañas. En mis dos primeros viajes no fué mal, pero temo que ese cuadrúpedo de Brown lo haya echado todo a rodar dejándose matar por el coronel.

—¿Y por qué no fuisteis con él?

—¿Por qué no fui con él? Mal rayo me parra si a nadie tengo miedo, pero la expedición era demasiado tierra adentro y temía que diesen caza al lugre.

—¡Cierto; pero volviendo a nuestro joven...

—Sí, sí, eso es lo que os interesa.

—¿Cómo sabéis que está aquí?

—¿Cómo? Gabriel le ha visto en las montañas.

—¡Gabriel! ¿Y quién es ese Gabriel?

—Un gitano, a quien hará unos diez y ocho años embarcaron por recomendación del difunto Ellangowan a bordo de un *sloop* de guerra, el *Shark*, mandado por aquel indigno capitán Pritchard. El fué el que me trajo el aviso de que el maldito *sloop* iba a perseguirme y de que a Kennedy era a quien tenía que agradecerlo; Kennedy y los giranos no eran muy amigos que digamos. Ese Gabriel pasó a las Indias en el mismo barco que vuestro hombre, y bien le reconoció cuando le vió días pasados, aunque el otro no tuvo tan buena memoria; pero también es verdad que se ocultó de él lo más que pudo, porque habiendo sido desertor y habiendo servido contra Inglaterra, ya le apretaban bien el gollete si le echaran el guante. Enviémos, pues, a decir que andaba por esta tierra, pero así se me da a mí de él como de los cables que ya no sirven para maldita de Dios la cosa.

—Conque, aquí para entre nosotros y de amigo a amigo, ¿real y verdaderamente está en Escocia?

—Por vida de Satanás, ¿no os tengo dicho que sí?

—¿Por quién me tomáis?

—Por el picaro más infame que calienta el sol — dijo Glossin para su capote; pero mudando al punto de conversación. — ¿Cuál de los vuestros es — le dijo — el que ha herido al joven Carlos Hazlewood?

—¡Mil tempestades! — dijo el capitán — ¿párcecos que hemos perdido el seso? Ninguno de nosotros lo ha herido, ¿gestamos? Yo lo digo, ¿Qué bienes nos hubieran venido con esa gracia? Demasiados compromisos nos ha traído la barrabasada que ha hecho Brown atacando la quinta de Woodbourne o como la llamen.

—Pues yo he oído decir — repuso Glossin — que Brown fué precisamente el agresor de Hazlewood.

—Pues yo os digo que eso no puede ser, porque Brown estaba a seis pies debajo de tierra, en Dernelcough, la víspera del día en que acació

el lance. ¿Os parece que habría resucitado a hacer esa habilidad?

Un rayo de luz penetró entre las cortinas ideas en que titubeaba Glossin.

—¿No me habéis dicho que mi hombre vos le llamáis, lleva el apellido de Brown?

—Eso es, Van Beest Brown; el

Van Beest Brown, de nuestra casa de Van

Van Bruggen le medio prohibió, lo sé.

—Entonces — dijo Glossin fríandose los crines — él es, vive Dios, quien ha comenrimen.

—¿Y qué tenemos nosotros que ver en Reflexión Glossin un momento, y en expedientes, abandonó al punto la idea, con lo que acercándose a Hattera además de cordial franqueza:

—Ya sabéis, amigo mío — le dijo — más nos importa es sacudirnos de encima chachao.

—¿Eh? — preguntó el capitán dando pice de berrido.

—No — continuó Glossin —, no es que yo desee que se le haga ningún mal... si... si no fuese necesario, pero en caso de haber llegado las cosas, no tiene otro medio que comparecer ante la justicia por llevar el mismo nombre que el que se hallaba en la zarcainca de Woodbourne, segundo por haber disparado un tiro a Hazlewood, con intención de herirle a tarlo.

—¿Y qué?, ¿qué sacaréis con eso enarbolar los colores de su pabellón, levantarle el embargo.

—Verdad es, amigo Dirk; la cosa es justa, querido Hatteraick, pero el campo suficiente para tenerle en el campo que haga venir sus pruebas de Inglaterra cualquiera otra parte. Yo sé lo que me comprometero Glossin de Ellangowan, juez condado, a recusar cuantas fianzas cuando fueran las mejores de toda Escocia después de su segundo interrogatorio en gen qué cárcel pensáis que le hare poner.

—¿Qué se me importa a mí?

—Sí, amigo mío, sí, se os importa a vosotros, pero las mercancías que os importáis guardas y metieron por de pronto en el *bourne*, están ahora depositadas en la *Portanferry*, pueblecillo a la orilla del mar, pues, encerrar al reo...

—Cuando le hayáis pescado.

—Muy bien dicho, cuando le hayáis que no tardaré. Lo haré, pues, encerrarlo en el pueblo, que ya sabéis que es por medio con la aduana.

—Por supuesto; eso por sabido se me da.

—Yo cuidaré de alejar el piquete de desembarcaros por la noche con el fin del logre, recobraréis vuestras mercancías llevaréis con vos el preso a Flessinga, esto?

—Bien pensado... o a América.

—Lo mismo da.

—O... a Jericó.

—Pues... a donde os parezca.

—Ya... o al fondo del mar.

—No... no es decir que yo quiera.

—No, pero lo dejáis a mi arbitrio, ¿pestaes? Tiempo ha que nos conocéis, qué sacaré yo de todo eso, yo, Dirk?

—Y qué, ¿no os interesa a vos lo mismo? Además, ¿no acabo de libertaros?

—¡Me habéis libertado! ¡Truenos!

En el próximo número:

soy quien me he libertado. Además, como decías ayer, *tan amigo es eso, que ya no suero*. ¡Ja, ja, ja!

¡Vaya, vaya, no lo echamos a barato; yo no sombre para dejarnos sin un regalillo, pero ente el negocio os interesa tanto como a mí. Cómo que?... ¿Y quién posee todos los del muchacho? ¿Ha visto Dirk Hatteraick un solo chelín de sus rentas?

¡Vaya, vaya, os digo que la cosa os interesa como a mí.

¿Cómo me tocará una mitad del todo? ¿No?... ¡La mitad!... ¿Pensarías acaso en a vivir conmigo a Ellangowan a partir ga-

no, rayos y borrasca! Pero podéis darme mitad de los réditos y sacarme de pobre, con vos!... ¡mal año!...; no por cierto tendría una casita de recreo en Middelburg con huerta y jardín, ni más ni menos que Argomastree.

con un león de palo a la puerta y un carpintado en la tapia del jardín con la pipa boca. Pero reflexionad un poco, Hatteraick, ¿qué os servirían todas las huertas y los tulipanes y todas las quintas de Hosi si os ahorcaran en Escocia?

Hatteraick al traste con todo su descaro esta observación:

¡Diablo! ¡ahorcado, eh?

¡Ahorcado, sí, ahorcado, señor capitán. El diablo no podría libertad a Dirk Hatteraick a la buca por asesino y contrabandista el joven Ellangowan se queda en esta y el digno capitán se obstina en continuar sus travesuras. Y aun podría añadir que, como habla mucho de una próxima paz, sería que las Altas Potencias, por complacer a nuestra aliada, consintiesen en la extradición de un hombre acusado de las maldades que os he dicho, aun cuando se estuviera quieto en Hosi.

¡Millón de rayos y truenos! Y puede que sea

esto decir — añadió Glossin viendo el libro producido la deseada impresión —, no decir que yo me cierre en no dar nada con esto puso a Hatteraick en la mano un banco de algún valor.

Y esto es todo? — dijo el contrabandista —; vos llevastéis la mitad de un cargamento por el honor de nuestra expedición de la punta de la buca, y eso que con sólo llevarnos el mucho quedabais demasiado pagado, y ahora... pero, amigo mío, vos olvidáis que... que en caso presente os hago recuperar vuestras ganancias.

¡Por mi cuenta y riesgo; para eso no necesito de vos.

¡Dudo, capitán, porque sin mi mediación, no hallar un buen destacamento en la aduana veríamos entonces cómo os componíais. ¡Vamos, que será lo más generoso que os puede, pero es preciso que os pongáis a la razón y tengáis conciencia.

El diablo me lleve si no me irrita eso más todo lo que lleváis dicho! Vos robáis y matar, y me hacéis robar y matar, y con todo eso, ¡maldiciones!, venís a hablarme de conciencia! No podéis hallar un medio más honrado de deshaceros de ese pobre muchacho?

¡No, *meynbeer*, pero poniéndose a vuestro

¡... mi cargo, eh!... A buena *carga* de plomo y plomo... En fin, si es necesario, adelante; ya podéis suponer la cuenta que yo daré al ángel de Dios.

— ¡Oh, amigo mío!, yo espero que no será necesario tal rigor...

— ¡Rigor! ¡Quisiera que hubierais tenido los sueños que he tenido yo esta noche en esta mala perrería, cuando me eché ahí a dormir sobre ese montón de retañas... Primero me pareció que veía al condenado danzante de marras con las costillas rotas, berreando como cuando lo tiré desde lo alto de la peña... ¡Ja, ja! Hubierais jurado que estaba ahí, ahí mismo, donde estáis vos, patealeando como una rana espachurrada. Y luego...

— ¡Bah, bah, amigo capitán! — dijo Glossin interrumpiéndolo —, ¿qué significan esos melindres? Si os volvíis gallina, teneid entendido que tanto para uno como para otro, todo se lo llevó la trampa.

— ¡Gallina! No, no, jamás: no he vivido tantos años para parar en medroso.

— ¡Ea, vaya otro trago, que se os va enfriando el corazón. Y ahora decidme, ¿os quedan todavía muchos de vuestros antiguos marineros?

— Ni uno, ¡todos han muerto escopetados, ahogados, ahorcados y condenados! Brown era el último y ya no me queda más que el gitano Gabriel, quien creo que mediante algún dinero se decidirá a venirse conmigo; pero de él nada hay que temer, pues su interés está en no chistar; además que la vieja Meg, que es tía suya, ya cuidaría de que callara.

— ¿Quién es esa Meg?

— Meg Merrilies, la gitana, la hija del diablo.

— ¡Vive todavía?

— ¡Vive (S)!

— ¿Y está aquí?

— En Dernelengh se hallaba la otra noche, cuando dos de los míos, y yo con algunos de sus gitanos, que son más negros que la pez, entramos a Brown.

— ¡Esa mujer va a ser para nosotros otro quebradero de cabeza, capitán, ¿Crecéis que callará?

— Por supuesto; ha jurado por el salmón que si no hacíamos daño a la criatura, nunca saldría de sus labios cómo murió el ahogado; y en efecto, aunque en el calor de la primera rabia le pegué con mi cuchillo una mojada en el brazo, cuando la prendieron y le pidieron declaración y la desterraron con mil demonios, no cantó ni una palabra de lo sucedido. La vieja Meg es fina como el acero.

— ¡Verdad es eso, como vos decís, mas con todo, si se la pudiera llevar a Zelandia, o a Hamburgo... o... o... o a cualquiera otra parte, ya me entenderéis, siempre sería mejor.

Púsose Hatteraick de puntillas, y mirando a Glossin de pies a cabeza a vista de pájaro:

— ¡No lo veo pezuñas de macho cabrío — dijo — y sin embargo por fuerza este hombre es el mismo diablo! Pero teneid entendido que Meg Merrilies es todavía más amiga suya que vos, y prueba de ello es que en mi vida he tenido un temporal más perro que cuando me embarqué después de haberla herido. No, no, no quiero volver a andar con ella en dímes y díretes, que yo sé muy bien que es gran bruja, y que ella y Satanás son carne y uña. Por lo que hace al muchacho, si no es cosa de que se pueda seguir perjuicio a nuestro comercio, consiento en quitarosle de encima cuando me aviséis que le habéis soplado en la cárcel.

Concertaron en fin su empresa brevemente los dos dignos asociados, y se pusieron de acuerdo sobre los medios de darse recíprocamente las noticias necesarias, lo que era tanto más fácil cuanto el lugar de Hatteraick podía sin inconveniente permanecer a la vista de aquellas costas, mientras no cruzasen por ellas buques de guerra.

PANCHO SOMBRERO

¡CON EL SOMBRERO!

Por TOONDER



"LA REINA DE ESPADAS"

(CONCLUSIÓN DE LA PAGINA 7)

bora charolada de un militar, ya la media rayada y el zapato provisto de hebilla de un diplomático. Las pelizas y las capas desfilaron ante un majestuoso portero.

Hermann se detuvo.
—¿A quién pertenece esta casa? — preguntó a un policía.

—A la condesa *** — respondió el soldado.
Hermann se estremeció. La maravillosa anécdota volvió a su imaginación, y se puso a pasear por delante del edificio, soñando con la condesa y su magnífico secreto.

Era ya tarde cuando regresó a su casa. Tardó mucho en dormirse, y, cuando al fin lo logró, vio en sueños el tapete verde, las cortas, fajos de billetes de Banco y un montón de monedas de oro. Barajó las cartas, jugó con gran valor, ganando sin cesar, y, al fin de la partida, quedó dueño absoluto de todos los valores que había sobre la mesa.

Despertó muy temprano y la pérdida de su quin céntica fortuna arrojólo a profundo suspiro. Fué a errar por la ciudad nuevamente y no tardó en encontrarse otra vez delante de la casa de la condesa ***. Una fuerza misteriosa parecía atraerle hacia la casa. Detúvose y se puso a contemplar las ventanas, viendo en una de ellas una cabecita adorable, de cabellos negros, inclinada sobre un libro o sobre alguna labor. Cuando levantó la cabeza, distinguió Hermann una carita fresca provista de ojos negros. Este minuto decidió su suceso.

III

Me escribís, ángel mío, cartas de cuatro páminas en menos tiempo del que se precisa para leerlas.

(Correspondencia.)

Apenas hubo salido Lisaveta para quitarse el sombrero y la capa, mandóla llamar nuevamente la condesa y le ordenó que enganchasen otra vez el carruaje. Descendieron para subir a éste, y, mientras que dos lacayos suspendían a la anciana y la introducían por la portezuela, Lisaveta descubrió, junto a la misma rueda, a su ingeniero, que la tomó por el brazo; y, antes que la muchacha volviése de su asombro, el joven había desaparecido dejando entre sus manos una carta.

Guardósele dentro del guante, y durante todo el paseo no vio ni escuchó nada. La condesa tenía la costumbre de dirigirse a cada instante preguntas como estas: "¿A quién hemos encontrado? ¿Cómo se llama este pueblec? ¿Qué dice ese letrado?" Pero esta vez Lisaveta contestaba al azar, resultando sus respuestas despropósitos. La condesa acabó por enojarse.

—¿Qué te sucede, hija mía? — le dijo, amostazada —. ¿Es que te has vuelto imbécil? ¡O no me escuchas, o no entiendes lo que te digo!... ¡Pues yo bien acordé te hablo, que todavía no chocheo!

Lisaveta no la escuchaba. Tan pronto regresaron a casa, corrió a su habitación y recurrió del guante la carta, que no estaba sellada.

Leyóla de cabo a rabo. Conteníala una declaración de amor: era tierna, respetuosa, traducida palabra por palabra de una novela alemana. Pero, como la joven no sabía el alemán, encantóse su lectura.

Sin embargo, esta carta no dejaba de inquietarla en alto grado. Era la vez primera que entraba en relaciones con un joven; su audacia le daba miedo; reprochábale su imprudente conducta y no sabía qué resolver. ¿Dejaría de sentarse delante de la ventana, a fin de quitar al joven, mediante esta señal de indiferencia, toda idea de proseguir la aventura? ¿Le devolvería su carta? ¿Le respondería en un tono categórico y frío? No tenía a nadie a quien

confiar su secreto: ni amigas ni conserjas. Lisaveta decidióse a contestar.

Sentóse ante una mesa de escribir, tomó papel y pluma y permaneció pensativa. Comenzó muchas cartas, que desgarró en seguida: unas veces las palabras parecían demasiado tiernas, otras excesivamente severas, hasta que, al fin, logró trazar unos renglones que le satisficieron. Su carta decía así:

"Estov segura de que vuestras intenciones son honradas, y de que no habéis querido ultrajarne con un acto irreflexivo; pero nuestras relaciones no deben comenzar de este modo. Os devuelvo vuestra carta y espero que, en lo sucesivo, no tendré que lamentarme de una inmerecida ofensa."

Al día siguiente, tan pronto descubrió a Hermann, levantóse Lisaveta de su asiento, abrió uno de los postigos y arrojó la carta a la calle, confiada en la destreza del joven oficial. Este la recogió y entró en una confitería. Al romper el sello, encontróse con su carta y con la respuesta de Lisaveta. Era más de lo que esperaba y regresó a su casa absorbido por su intriga.

Tres días después, una joven atildada traía a Lisaveta una escuela del almacén de modas. Abrióla con inquietud, previendo una petición de dinero, mas de repente reconoció la letra de Hermann.

—Os habéis equivocado, hija mía — dijo entonces —, esta escuela no es para mí.

—Dispensad, ¡sí lo es! — respondió la descarada sin disimular una sonrisa astuta —. ¿Queréis leerla?

Lisaveta recorrió con la vista el papel. Hermann le pedía una cita.

—¡Imposible! — exclamó, no menos admirada de la prontitud de la petición que del medio de que se había valido —; esto no está escrito para mí.

E hizo mil pedazos la carta.
—Si no era para vos, ¿por qué la habéis desgarrado? — observó la muchacha —; yo se la hubiera devuelto a quien me la encomendó.

—Os ruego, hija mía — dijo Lisaveta, ruborizándose al escuchar estas palabras —, que no me traigáis más cartas. Y decid al que os ha enviado que debiera avergonzarse...

Pero Hermann no se desanimó por esto. Lisaveta recibía diariamente del joven cartas por diferentes conductos, las cuales ya no estaban traducidas del alemán. Hermann las escribía bajo el impulso de su pasión; empleaba un lenguaje apropiado; mezclábase en ellas con la intensidad de un deseo loco, el desorden de una fogosa imaginación.

Lisaveta no trató ya de devolverlas: embriagábase con su lectura, le contestaba y sus respuestas eran cada vez más largas y más tiernas. Un día, al fin, le arrojó por la ventana una carta concebida en estos términos:

"Hoy hay baile en la embajada de ***. La condesa asistirá a él. Permaneceremos allí hasta las dos de la mañana. Ahí tenéis una ocasión magnífica de verme cara a cara. En cuanto salga la condesa, sus criados se marcharán de paso. El portero permanecerá en el vestibulo; pero, generalmente, no tardó en retirarse a su habitación. Venid, a las once y media. Id derecho a la escalera. Si encontraréis a alguien en el vestibulo, preguntadle si está en casa la condesa. Os responderán que no. En este caso, habrá freascido el plan y tendréis que retiraros. Pero lo probable es que no encontraréis a nadie. Las criadas estarán en su cuarto. Una vez en el vestibulo, dirigidos a la izquierda y caminad derecho hasta la alcoba de la condesa. Allí, detrás de la mampara, veréis dos puerrecitas que

dan, a la derecha, a un gabinete con condesa nunca entra, y la de la izquierda es un corredor, en el que encontraréis una alta escalera de caracol que conduce a la habitación."

Hermann temblaba como un tigre en la hora indicada. A las diez de la noche se presentó delante de la casa de la condesa. Hacía un tiempo espantoso: el viento furioso, caían copios de nieve, muchas gotas de lluvia, los faroles proveían luz melancólica y las calles estaban de vez en cuando salpicadas por algún resaca de caballo, en acecho de viajeros cansados. A pesar de no llevar más que un bien sencillo, Hermann no sentía frío ni la nieve.

Por fin aproximóse a la puerta de la condesa, y vio Hermann a la encorvada y envuelta en una peliza azulina, sostenida por dos lacayos; traía puesta una faja fría, y la cabecita de flores naturales, apareció Lisaveta. La portezuela con estripieto y perlas, con el rodado sobre la suela, moviéndose que el portero cerraba otra vez la puerta.

Las ventanas se oscurecieron. Hermann puso a pasear por delante de la casa, eran las once y veinte. Después se quedó inmóvil debajo de un farol, con los pies en las manillas de su reloj, esperando que cursiesen los últimos minutos.

A las once y media en punto subió Lisaveta a la condesa y penetró en el alumbreado por una luz muy viva. La condesa estaba en el jardín. Hermann, en la escalera, abrió la puerta de la mansión y vio un criado dormido debajo de un sofá en el fondo de una vieja butaca. Cruzó ante él con firme y rápido paso, y el salón estaban casi a oscuras para de la antecámara apenas los vio.

Penetró en el dormitorio. Delante de una trina de los viejos iconos ardía una vela de oro. Butacas forradas de seda, butacas terciopeladas, sofás cuyos dorados estabros se alzaban simétricos y tristes, a lo largo de las paredes, tapizadas con papeles de China, y unas y otras, pintadas con retratos de la señora Lebrún. Uno representaba a un hombre de unos cuarenta años de edad, encarnado y redondo, con uniforme de oficial, sobre el cual ostentaba una pluma de una bella joven, de aguilina nariz, y entre sus empolvados cabellos. Veíanse a las partes posteriores de porcelana, el reloj del famoso Leroy, abanicos y cuadros de objetos decorativos, inventados del siglo pasado al mismo tiempo que el tratado de Montgolfier y el magnetismo de Mesmer.

Al dar Hermann la vuelta al mar, descubrió detrás de él una cama pequeña y roja; a la derecha encontraba la puerta que comunicaba con el gabinete, y, a la izquierda, la que daba al corredor. Abrió esta última la estrecha escalera de caracol que al pie de la pobre pupila... Penetró y penetró en el gabinete.

Las horas transcurrían con lentitud, estaba cuando en el silencio. El reloj marcó las diez. Hermann se mantenía en su lugar, como un hombre que se hubiera dado contra el mármol de la chimenea, tranquilo; su corazón latía regular correspondiente a un hombre que adoptara una resolución peligrosa, pero segura.

Por fin dieron las dos y ovó el ruido del carruaje, sintiéndose embargado por la luz entrecortada. Aproximóse el coche

ro por fin; sintió el ruido que produjo el
no al ser bajado. En la casa todo era agi-
tos los criados corrían, escuchábanse voces,
andábanse las luces. Tres viejas doncellas acun-
an al dormitorio; la condesa, casi exánime,
y se dejó caer en la butaca Voltaire...
Hermann lo observaba todo a través de una
reja. Vió pasar por delante de él a Lisaveta
escuchó el ruido de sus presurosos pasos
y salió en la escalera. Sintió en su corazón
así como un remordimiento de conciencia;
pronto logró aclararlo.

La condesa empezó a desnudarse delante del
o. Quitáronle el sombrero guarnecido de
y la peluca que llevaba encima de sus
los cortos y blancos. Los alfileres caían
alrededor como una lluvia. Su traje azul,
de color de oro, cayó, al fin, sobre sus hin-
cadas piés.

Hermann presenciaba, escondido, los terri-
festerios de aquel triste desnudado. Al fin
quedó en la condesa en camisola, con una cofia
blanca; y en este traje, más en armonía
su senección, parecióle menos repugnante
verle.

Como la mayor parte de las personas de su
la condesa padecía de insomnio. Una
desnuda, se sentó junto a la ventana, en la
Voltaire, y despidió a sus doncellas.
Quedó sola y quedó la habitación
arriba tan sólo por la lámpara de los icos.
La condesa aparecía toda azul; moría, sus
sentes labios y se balanceaba de derecha a
izquierda. En sus turbados ojos, revelábase
la absoluta de todo pensamiento. Al
hubiera podido creerse que las oscilacio-
la aterradora vieja eran el resultado, no
voluntad, sino de un galvanismo secreto.
Improvisto, su mortecino rostro cambió
modo extraño. Aviváronse sus ojos y sus
cestraron de moverse: delante de la conde-
guisóse un desconocido.

El nombre de Dios, no temáis — dijo
con voz clara y tranquila —. Mi intención
causaros ningún mal; he venido a im-
por de vos una gracia, una sola.

La anciana le contemplaba en silencio, sin
al pararse. Hermann creyóla sorda,
y se inclinó hacia ella y le repitió al oído la frase.
La condesa permaneció muda.

— ¿Déis labrar mi fortuna — prosiguió él —,
estáros absolutamente nada: sé que podéis
dar tres cartas consecutivas...

Hermann se detuvo. La condesa pareció ha-
comprendido lo que se le pedía y buscar
se para formular su respuesta.

— Se trata de una broma — dijo al fin —; os
que se trata de una broma.

— ¿Qui no hay broma que valga — respon-
dió Hermann enfadado —. Acordados de Tcha-
y, que se desató encima a vos.
La condesa se turbó visiblemente. Sus fac-
se experimentaron una violenta agitación
por, pero pronto volvió a caer en su in-
dignidad precedente.

— ¿Podéis — insistió Hermann — indicarme
tres cartas fatídicas?

— La condesa no despegó sus labios.
— ¿Para quién guardáis el secreto? — prosi-
guió él. — ¿Para vuestros nietos? Son ricos sin
duda de eso; no corran el riesgo de ali-
y en unos tres, cuatro para nada servirían
manifiesto. El que no es capaz de conser-
patrimonio, morirá en la miseria, aunque
las potencias infernales se declaren en
su favor. Pero yo no soy despilfarrador; co-
nó perfectamente el valor del dinero. Vues-
tro no caerá en malas manos. ¿Amos,
contestáis?

— Sí, y esperó temblorosa una respuesta.
— La condesa no hablaba. Hermann se
de rodillas, diciendo:

— ¿Vuestro corazón se ha experimentado algún
sentimiento del amor; si no habéis olvi-
do los éxtasis; si, siquiera una vez, habéis
sido a través de vuestras lágrimas a un
recién nacido; si ha latido en vuestro pe-

cho algo de humano; yo os conjuro por los
sentimientos de esposa, de amante y de madre
y por todo lo que hay de más sagrado en la
vida, que no rechacéis mis súplicas y que me
descubráis el secreto... Decidme, ¿en qué
consiste?... Tal vez lo habéis adquirido a cam-
bio de algún horrible pecado, de la pérdida de
la eterna salvación de un pacto con el dia-
blo... ¿Reflexionad; sois vieja; ya no os queda
de vida mucho tiempo!... Estoy dispuesto a
tomar sobre mí alma vuestro pecado, si me
descubráis el secreto. Pensad que en vuestras
manos tenéis la felicidad de un hombre; que
no solamente yo, sino también mis hijos y mis
nietos y los hijos de mis nietos, bendeciremos
vuestra memoria eternamente, la reverenciemo-
s como a la santidad misma...

La anciana no respondió una palabra. Her-
mann se levantó.

— ¡Vieja braba! — dijo apretando los dientes
— yo te lo obligaré a responder...

Y al decir eso, sacó de su bolsillo una pisto-
la.

Al verla, la condesa dió, por segunda vez,
muestras de una viva emoción. Menó la cabe-
za, levantó los brazos como para protegerse
contra el proyectil... y se desplomó hacia atrás
en la butaca, quedando sin movimiento.

— Dejáis de niños — dijo Hermann, to-
mándola por un brazo —. Os lo pido por últi-
ma vez: ¿Queréis, si o no, indicarme cuáles
son vuestras tres cartas?

VALE MAS...

Un amo que lleva su carga vale más que
un león que devora a los hombres.

MAROMA.



BUEN SERVICIO POSTAL

Proporcionalmente a su población, Suiza
es el país que posee más oficinas de
correos.

La condesa no respondió. Hermann advirtió
que estaba muerta.

IV

7 de mayo de 18...

Hombre depravado y su religión.
(Correspondencia.)

Sentada en su habitación, sin haberse qui-
tado todavía el traje de baile, abismábase Li-
saveta en un mar de reflexiones. Al volver a
casa, habiase apresurado a despedir a la sirvienta
que, medio muerta de sueño, le ofrecía, a re-
gañadientes, sus servicios, diciéndole que se
desnudara sola. Después, toda temblorosa, ha-
bía subido a su cuarto, esperando encontrar en
él a Hermann; pero con el deseo de no ha-
llarle. La primera ojeada le convenció de su
ausencia, y dió gracias al destino que había
impedido la cita.

Sentóse, sin desnudarse, a pensar.
Recordó todas las circunstancias que le habían
llevado tan lejos en tan corto espacio de tiempo.
Hacia apenas tres semanas que había visto por
primera vez a aquel joven, a través de su ven-
tana, y, no sólo se escribían ya, sino que hasta
le había concedido una cita a medianoche.
Si no ignoraba su nombre, era sólo porque
había firmado algunas cartas; pero no habían

cambiado ni una sola palabra, ni había escu-
chado nunca el timbre de su voz, ni aun si-
quiera había oído hablar de él hasta aquella
misma noche... Cosa extraña: aquella noche,
en el baile, Tomsky, despareció contra la prin-
cesita Paulina... que coqueteaba con él, co-
mo de costumbre, y desoso de vengarse, de-
volviéndole indiferencia por indiferencia, in-
vitó a Lisaveta y bailó con ella una interminable
mazurca. Durante todo ese tiempo no cesó de
darle bromas acerca de su parcialidad a favor
de los oficiales ingenieros, asegurándole que
sabía mucho más de lo que ella sospechaba; y
algunas de estas bromas tenían tal exactitud,
que Lisaveta creyó varias veces que estaba en
el secreto de todo.

— ¿Por quién sabéis todo eso? — preguntó
entre risas.

— Por un amigo de alguien a quien vos cono-
céis perfectamente — respondió Tomsky —; «el
hombre notabilísimo».

— ¿Y quién es ese hombre tan notable?

— Le llaman Hermann.

Lisaveta no respondió; pero se le helaron los
brazos y los piés.

— Este Hermann — prosiguió Tomsky — es
un hombre verdaderamente romántico: tiene
el perfil de Napoleón y el alma de Mefistófeles.
Creo que tiene sobre su conciencia por lo me-
nos tres crímenes... ¿Qué páida os habéis
puesto!

— Me duele la cabeza... Pero, ¿qué es lo
que ha dicho ese Hermann... o cómo se llama?

— Hermann está muy irritado contra su ami-
go; dice que, en su lugar, habría obrado de un
modo muy distinto... Creo que Hermann tiene
también sobre vos ciertos proyectos.

— ¿Pero dónde me ha visto?

— En la iglesia, tal vez, o en el pascó. ¡Dios
sabe! Y hasta quizá en vuestro propio cuarto,
durante vuestro sueño: de ese hombre todo se
puede esperar.

En aquel momento, tres jóvenes nobles, avan-
zando hacia ellos, interrumpieron aquella con-
versación que tenía para Lisaveta un interés
capital, con estas palabras: «¿Olvido o repulsa?»

Tomsky eligió precisamente a la princesa
Paulina...

Al cabo de algunas vueltas de baile, había
logrado disculparse con Tomsky, y cuando
éste llegó a su puesto, no pensaba ya en Her-
mann ni en Lisaveta. Esta última hubiera de-
sado reanudar la interrumpida conversación;
pero concluyó la mazurca y la vieja condesa
retiróse al poco rato.

Las palabras de Tomsky sólo habían sido
habladurías de mazurca, pero se grabaron en
el alma de la señorona joven. El retrato esbo-
zado a la ligera por el joven coincidió con la
imagen que ella misma se trazara de Hermann,
y, gracias a las novelas modernas, esta figura
vulgar fasciaba y llenaba de terror su ardiente
imaginación.

Hallábase sentada con los desnudos brazos
cruzados y la cabeza, aun cubierta de flores,
inclinada sobre el pecho descubierto, cuando
abrióse la puerta de improvviso y penetró Her-
mann en el cuarto. La joven echóse a temblar.
— ¿Dónde estabais? — preguntó con voz
quedada y emocionada.

— En el dormitorio de la anciana condesa —
respondióle Hermann —. Hace un momento
conversaba con ella; ahora ha muerto.

— ¿Dios mío! ¿Qué decís?

— Me parece que he sido yo la causa de su
muerte.

Lisaveta le contempló un momento. Las pala-
bras de Tomsky resonaban aún en sus oídos:
«Ese hombre tiene sobre su conciencia tres
crímenes por lo menos!»

Hermann se sentó al lado de ella, sobre la
ventana, y refiriósele todo.

Lisaveta le escuchó con horror. Según esto,
sus cartas apasionadas, sus súplicas ardientes,
sus insistentes y desvergonzadas persecuciones
no eran lijas del amor. ¡El dinero era lo que

perseguía con todas las energías de su alma! ¡No era ella quien podría colmar sus deseos y hacer su felicidad! La pobre pupila no era más que la cómplix elegida del bandido, del asesino de su anciana bienhechora.

Lisaveta rompió a llorar amargamente, vertiendo ardientes lágrimas de dolor y tardío arrepentimiento. Hermann la contemplaba en silencio; también su corazón hallábase desgarrado; pero ni el llanto de la pobre muchacha ni el maravilloso espectáculo de su dolor conmovieron su alma feroz. La idea de la anciana muerta no le inspiraba el menor remordimiento. Lo único que le llenaba de desolación era la pérdida irrevocable del secreto en que cifraba su fortuna.

—¡Sois un monstruo! —le dijo, al fin, Lisaveta.

—Mi intención no era matarla — respondió Hermann con calma —. Mi pistola no está cargada.

Ambos guardaron silencio.

La aurora comenzaba a clarear. Lisaveta apagó la bujía, consumida ya por completo: una pálida luz alumbraó la habitación. Enjuagóse los ojos bañados de lágrimas y los elevó hasta Hermann, que permanecía sentado sobre la ventana, con los brazos cruzados y las cejas severamente fruncidas. En semejante postura, recordaba de un modo chocante la imagen de Napoleón. Esta rara semejanza llamó también la atención de la misma Lisaveta.

—¿Cómo saldréis de la casa? — preguntó, al fin, la joven —. Conté siempre con conductores por la escalera falsa; pero para ello sería necesario atravesar la alcoba, y tengo miedo.

—Explicadme dónde está, que la encontraré yo mismo y saliré solo, sin necesidad de ella. Levantóse Lisaveta, tomó de sobre la cómoda una llave, que entregó a Hermann, dándole al mismo tiempo las más detalladas instrucciones; estrechó el joven su mano fría e inerte, rozó apenas con sus labios sus cabellos y salió.

Descendió por la escalera de caracol y penetró de nuevo en la alcoba de la condesa. La anciana muerta permanecía sentada, ya rígida y fría; en su semblante notábase una seriedad profunda. Hermann se detuvo delante de ella y la contempló largo tiempo desprovisto de escoriarse de la horrible realidad. Entró, al fin, en el gabinete, descubrió una puerta junto al papel pintado y bajó por una oscura escalera, presa de los más extraños sentimientos.

—Por esta misma escalera — pensaba —, es posible que, hace ya muchos años, en el mismo dormitorio, a la misma hora, visitando bordado caftán, peinado a lo pájaro real y oprimiendo sobre su corazón el tricrónico, se deslizase algún joven feliz, que ha mucho pudriose en la tumba; y el corazón de su anciana amante ha dejado de latir hoy.

Al final de la escalera, halló Hermann una puerta, que abrió con la llave que le proporcionara Lisaveta, y encontróse en un corredor iluminado que le condujo a la calle.

V

Esta misma noche opacóse la bromosa de **, toda vestida de blanco, y me dijo: «Buenos días, señor consejero!» (SWEZENBORG.)

Tres días después de la noche fatal, a las nueve de la mañana, partía Hermann para el convento de **, donde debían celebrarse solemnes funerales por la difunta condesa. Aunque no sentía el menor arrepentimiento, no lograba, sin embargo, ahogar en absoluto el crío de su conciencia, que le repetía sin cesar: «Tú has asesinado a la vieja». Sin tener mucha religión verdadera, era supersticioso en extremo. Convencido de que la difunta condesa podía ejercer sobre su vida una nociva influencia, resolvió asistir a sus funerales para implorar su perdón.

La iglesia estaba llena, y costó gran trabajo a Hermann el abrirse camino a través de la multitud. El féretro estaba colocado sobre un

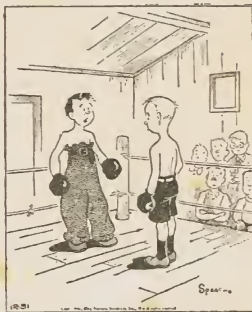
rico catafalco, cubierto por un baldiquino de terciopelo negro. La difunta reposaba en él, con los brazos cruzados sobre el pecho, ostentando rico traje de raso blanco y sombrero guarnecido de encajes, y rodeada de toda su familia y servidumbre: los criados con cafetanes negros, cintas prendidas en el hombro y cirios en las manos; los parientes, de luto riguroso, y, por último, los hijos, los nietos y los biznietos. Nadie lloraba: las lágrimas hubieran sido una afectación. La condesa era tan vieja, que su muerte no podía sorprender a nadie; sus mismos parientes consideraban lúgubre y muchos años terminada la carrera de su vida.

Un buen predicador pronunció la oración fúnebre. Con palabras conmovedoras y sencillas habló del tranquilo sueño de la bienaventurada, cuya existencia no había sido más que una edificante y serena preparación para una muerte cristiana.

—El ángel de la muerte — dijo el orador —, halla hallada sumida en pensamientos felices, esperando al esposo de la medianoche.

El oficio divino terminó con un recogimiento digno y triste. Los parientes fueron los primeros en despedirse del despojo mortal; después los numerosos invitados que habían acu-

Los niños terribles



—Recuerda que no hay que pegar por debajo del cinturón.

dido a rendir un postrer homenaje a la que, por espacio de tanto tiempo, había sido la compañera de sus frívolos placeres, y, por último, la servidumbre de la casa. Finalmente, avanzó una anciana noble, de la misma edad que la difunta. Dos jóvenes doncellas sostenían la por debajo de los brazos. No pudo inclinarse, al saludar, hasta el suelo; pero lloró al besar la helada mano de su amiga.

Después de ella, aproximóse Hermann al sarcófago. Prostrébase y permaneció durante algunos minutos sobre las frías baldosas, cubiertas de ramos de abeto. Levantóse, por fin, tan pálido como la misma muerta, subió los escalones del catafalco y se inclinó. En aquel momento pareció que la difunta le miraba maliciosamente, guiándole un ojo. Hermann retrocedió bruscamente, dió un paso en falso y cayó al suelo. Al mismo tiempo llevábase a Lisaveta desmayada.

Este incidente turbó, por espacio de algunos momentos, la fúnebre ceremonia. Un murmullo sordo elevóse entre la multitud formada por los invitados, y un chambelán escudillo, pariente cercano de la muerta, murmuró al oído de un inglés, que tenía al lado, que el joven oficial era hijo natural de la condesa; a lo que

respondió fríamente el inglés: «No». Hermann pasó todo el día como brado. Comió en un mesón aislado; su costumbre, excedióse en el bello esperanza de acallar su agitación; el vino no hizo otra cosa que inflamar la imaginación más aun. Cuando regresó a arrojóse vestido sobre el lecho y durfundamente.

Durante la noche, despertóse; la naba su habitación. Consultó su reloj tres menos cuatro. Fuele imposible renovar el sueño; sentóse en la cama a recordar los funerales de la anciana.

En aquel instante, alguien miró hacia a través de la ventana, desapareció la guía. Hermann no le dió importancia; minutos después, oyó abrir la puerta. Creyó que sería su ordenanza de costumbre, regresaría borracho; pasos éranle desconocidos: algunos cautelosamente, haciendo crujir su

Abrióse la puerta y penetró una tida de blanco. Hermann tomó la nodriza y extráñose de verla llegar tan intempestivamente. Pero la mujer nueva el sueño; se raptó en hasta Hermann reconoció a la condesa.

—He venido — dijo ésta con contra mi voluntad; pero se me que atienda sus ruegos. El tres, e consecutivamente, te harán ganar; que gues nada más que una carta cada horas, y, después, no vuelvas a tu vida. Te perdono mi muerte en ración de que te cases con mi pu

Ivanovna. Y dichas estas palabras, volvióse, ganó la puerta y desapareció, haciendo zapatillas. Hermann oyó cerrarse la puerta del vestíbulo, y vió de alguien miraba por la ventana.

Mucho tiempo tardó el joven en su seriedad y valor. Salíó al vestíbulo que su ordenanza dormía a pierna el piso. Costóle no poco trabajo el pero, como estaba ebrio, para su costumbre, no consiguió arrancarle puesta categórica. La puerta del vestíbulo cerrada. Hermann volvió a su alcoba, una bujía y anotó su visión.

VI

—¡Esperad!

—¿Cómo oídís decirme?

—He dicho: «Esperad» celenia.

Dos ideas fijas no pueden coexistir solo cerebro, de idéntica manera que los no pueden ocupar el mismo espacio universo físico. El tres, el siete y el diezaron en la arca del espíritu de He idea de la anciana muerta. El tres, al as no se apartaban nunca de su in acudían a cada instante a sus lab una muchacha bonita, exclamaba: «¡Talle! Un verdadero tres de bastos; mentaban qué hora era, respondían: «son cinco minutos». Todos los ventrudos recordábanle el as de oros el siete y el as tampoco le abandon sués, adoptando los más variados el tres; convirtiéndose en una flor gr pléndida; el siete tomaba la forma gótica; el as se le presentaba como sera araña. Todos sus pensamientos en uno solo: sacar provecho de un había pagado tan caro. Proyectaba soluta y trasladarse a París, a las casa para arrebatarle una fortuna a la su cual había dominado. El azar acuc ayuda.

Habíase constituido en Moscú una de jugadores adinerados, bajo la p del famoso Tchekelinsky, que se pacenters con las cartas en la mano am millones que otros perdían en billetes



contante y sonante. Una larga experiencia le había conquistado la confianza de sus señores; y una casa abierta, un buen cocinero y su jovialidad conciliáronle los ánimos de todo el mundo.

Tchekalinsky llegó a San Petersburgo. La ciudad alfluyó a su casa, abandonando los bailes, las cartas, prefiriendo los encantos del teatro y las ilusiones de la galantería. Narumov vino a ella a Hermann.

Desearon una serie de piezas magníficas. Hermann era numeroso y escogido; generales y señores privados jugaban al whist; algunos jóvenes, tendidos sobre divanes, tomaban café y fumaban en pipa. En el gran salón de una amplia mesa, sobre la que se veían unas veinte jugadoras, hallábase sentado el dueño de la casa, que hacía de ban-

quear un hombre de unos sesenta años de edad, aspecto respetable, cabellos de color gris ceniciento, y rostro fresco y lleno que reflejaba la bondad de su corazón. Sus ojos brillaban como dos por una eterna sonrisa. Narumov se sentó a Hermann. Tchekalinsky estrechó cariñosamente la mano del recién venido, rogando que prescindiese de toda etiqueta y volviéndose a ocuparse de su banca. La talla era larga.

La mesa había más de treinta cartas vueltas. Tchekalinsky deteníase después de cada jugada para dar a los jugadores tiempo de ajustes y anotar sus pérdidas; escuchaba atentamente sus preguntas y, con movimiento elegante, enderezaba las esquinas de las cartas dobladas con mano distraída. Por fin terminó la talla. Tchekalinsky barajó las cartas y preparó para otra nueva.

—Permítame que elija una carta— dijo Hermann alargando la mano por encima de una señora que también apuntaba.

Tchekalinsky inclinóse y sonrió, sin responder señal de asentimiento. Narumov felicitó a Hermann por haber roto su juramento y deseó un buen principio.

—Esto— dijo Hermann, escribiendo el importe de su postura sobre su carta, con tiza. —¿Cuánto, señor?— preguntó el banquero, mirando un ojo—. Dispensádmelo, pero no veo

cuarenta y siete mil rublos— respondió el jugador.

—Sin estas palabras, todas las cabezas se volverían hacia él, y todas las miradas fijaríanse en su persona.

—¿Ha vuelto loco!— pensó Narumov. —Permítame que os haga observar— dijo Tchekalinsky, con su eterna sonrisa—, que

vuestro juego es excesivo; nadie ha jugado aquí aun más de doscientos setenta y cinco rublos de un golpe.

—¿Qué importa!— replicó Hermann—. ¿Los admitirán, sí o no?

Tchekalinsky inclinóse con la misma señal de asentimiento.

—Debo sólo recordaros— dijo—, que, honrado con la confianza de mis compañeros, no puedo admitir más posturas que las hechas en dinero contante. Por lo que a mí respecta, me basta vuestra palabra; pero para el buen orden del juego y de las cuentas, os ruego que depositéis la suma sobre vuestra carta.

Hermann se sacó del bolsillo un cheque del Banco y se lo alargó a Tchekalinsky, quien, después de haberlo examinado rápidamente, colocólo sobre la carta de Hermann.

Después comenzó el juego. Echó a la derecha, un nueve, y, a la izquierda, un tres.

—¡He ganado!— dijo Hermann, mostrando su carta.

Entre los jugadores elevóse un fuerte murmullo. Tchekalinsky frunció las cejas; pero pronto reapareció en su semblante su habitual sonrisa.

—¿Queréis el dinero ahora mismo?— preguntó al joven.

—Si me hacéis el favor...— respondió éste.

Tchekalinsky sacó de su bolsillo un fajito de billetes de Banco y contó la suma perdida, entregándosela a Hermann, que se la guardó en la cartera y abandonó la mesa de juego.

Narumov no salía de su asombro. Hermann tomó un vaso de limonada, y se retiró a su casa.

A la noche siguiente, volvió a casa de Tchekalinsky, que ejercía también de banquero. Hermann se aproximó a la mesa y los puntos se apresuraron a hacerle sitio. Tchekalinsky le saludó cordialmente.

Hermann esperó una nueva talla, eligió una carta y colocó sobre ella sus cuarenta y siete mil rublos juntamente con su ganancia de la vispera.

Tchekalinsky inició el juego. Echó, a la derecha, una sota, y, a la izquierda, un siete. Hermann volvió su siete.

Un "¡ah!" de admiración y sorpresa escapóse de todos los pechos. Tchekalinsky turbóse de un modo visible. Contó noventa y cuatro mil rublos y entrególos a Hermann, quien se los guardó impasible y abandonó la casa de juego.

A la noche siguiente, Hermann se presentó de nuevo delante de la mesa. Todos le esperaban ya; los generales y consejeros privados

dejaron el whist para venir a presenciar tan extraordinario juego; los jóvenes oficiales saltaron de sus divanes. Todos rodearon a Hermann. Los otros jugadores cesaron de jugar, impacientes por saber cómo iba a terminar la partida.

Hermann, de pie al lado de la mesa, preparábase a apuntar solo contra Tchekalinsky, pálido, pero siempre sonriente.

Desempaquetaron una baraja nueva cada uno. El banquero barajó, y cortó Hermann, quien tomó en seguida su carta y cubrióla con un fajito de billetes de Banco. Aquello parecía un duelo. Un silencio profundo reinaba en el salón.

Tchekalinsky comenzó el juego con manos temblorosas. Echó, a la derecha, un caballo; a la izquierda, un as.

—El as ha ganado— dijo Hermann.

Y volvió su carta.

—Vuestra reina está muerta— dijo graciosamente Tchekalinsky.

Hermann se estremeció; en vez del as, lo que tenía en realidad era la reina de espadas. No podía dar crédito a sus ojos; no acertaba a comprender cómo, al elegir, había podido equivocarse de carta.

En aquel momento pareció que la reina guiñaba un ojo y sonreía sarcásticamente. Esta extraordinaria analogía llenóle de terror... —¡La vieja— exclamó sobrecogido de espanto.

Tchekalinsky atrajo hacia sí los billetes perdidos por Hermann, que permanecía inmóvil y como paralizado. Cuando se levantó de la mesa, la multitud, formada por curiosos y jugadores, agitóse ruidosamente.

—¡Ha apuntado bien!— decían estos últimos.

Tchekalinsky barajó de nuevo las cartas, y el juego prosiguió como antes.

EPILOGO

Hermann se ha vuelto loco. Encuétrase recluido en el hospital de Obucov, con el número 17; no responde a ninguna pregunta y murmura con extraordinaria volubilidad:

—¡El tres, el siete, el as! ¡El tres, el siete, la reina!...

Lisaveta Ivanovna se ha casado con un joven extraordinariamente amable, que no hace nada y posee una bonita fortuna; es hijo de un antiguo intendente de la anciana condesa. Lisaveta Ivanovna ha tomado a su servicio a una paciente pobre.

En cuanto a Tomsy, ha sido ascendido a capitán de caballería y se ha casado con la princesa Paulina.

AMAR SACAR
NIACI DEAR
VGR DEAR
DOM NILL
MARTIUCO
E HICISRE
E HICISRE

Para matar el tiempo

Problemas de ingenio de lógica, química, matemáticas, mecánicas, físicas y todas cuantas pueda proporcionar agradable distracción.

CHARADA EN ACCION



La solución en el próximo número

PROBLEMA: EL HOMBRE MECANICO

Una vez un hombre muy ingenioso y aficionado a las ciencias inventó un muñeco mecánico, capaz de realizar cosas sorprendentes. El inventor se sangoltriazó tanto que un sindicato se interesó en la explotación del invento, pero antes quiso poner a prueba las aseveraciones de aquél. Para ello decidieron someterlo a la siguiente prueba: Se señaló una determinada superficie en la que había 64 puntos, los que el hombre mecánico tendría que cruzar, pero moviéndose siempre en línea recta y doblando también siempre en línea recta (no en diagonales). El muñeco debía empezar en el ángulo superior izquierdo (según el diagrama), pasar por el punto negro al final del décimo movimiento y completar la vuelta en un total de 21 movimientos, para concluir en el ángulo inferior derecho. ¿Cuál fué el trayecto realizado?



La solución en el próximo número

PROBLEMA: UNA MENTIRA

Un hombre asesino a un medio hermano colono de Africa donde ambos estaban en una empresa explotadora de maderas. La víctima había sido ultimada de revolver, en una noche oscura y muy dudoso de un sendero, que iba desde el alojamiento de emplazamiento de un campamento.

Un inspector fué designado para este y levantar el sumario. El funcionario inmediatamente del medio hermano que se trataba de un desgraciado que, cuando se dirigía con la víctima, después de trabajar hasta altas horas de la noche, sintieron un ruido misterioso. Al volverse ambos, para indagar del ruido, alcanzaron a distinguir el asesino que parecían ser de un animal ferrocarrilero por ello, desenfundó el revólver pero un tiro que, dado su estado de herir a su medio hermano.

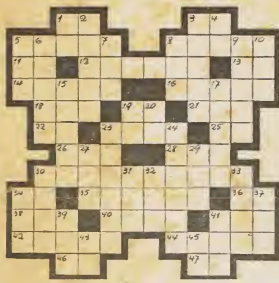
El inspector se dio cuenta inmediatamente que el hombre mentía, y lo hizo detener de homicidio. Como demostró que el acusado mentía?

La solución en el próximo número

PROBLEMA DE PALABRAS CRUZADAS

HORIZONTALES

1. Terminación de verbo.
2. Contracción.
3. Acción.
8. Desmontar de un caballo o cerrajería.
11. Signo matemático.
12. Cardo corredor.
13. Nota de la escala diatónica.
14. Primera novela de Galsworthy, que describe la vida salvaje de América.
16. Cajón grande de municiones.
18. Vestido, a modo de túnica, de los soldados turcos.
19. Forma reflexiva del pronombre personal de tercera persona en dativo y acusativo, de ambos géneros y números.
21. Eugenio D'I. Crítico y filólogo catalán.
22. Intersección que usan los carreteros para hacer detener las caballerías.
23. Recipiente de piedra donde cae el agua o se conserva para diferentes usos.
25. Intersección que sirve para animar o estimular.
26. Navío, embarcación.
28. Expiración brusca, convulsiva y sonora del aire contenido en los pulmones.
30. Caballero de una orden militar que tiene encomienda.
34. Infinitivo.
35. Limpia, curiosa.
37. Promotora personal de segunda persona en ambos géneros y número singular, en dativo o acusativo.
38. (Santia). Madre de la Santísima Virgen.



40. Cuerpo simple de color gris neozuro y brillo metálico.
41. Nombre de una consonante.
42. Trozo que falta de una piedra.
44. Tubo doblado que sirve para trasegar líquidos.
46. Número uno en las barajas.
47. Nota de la escala diatónica.

VERTICALES

1. Iniciales del nombre y apellido de un patriota colombiano, nacido en Leiva (Columbian) en 1775 y muerto en 1814, en San Mateo, al volver un parque de municiones para que no cayese en manos del enemigo.

2. Dicere, en poesía, de algo que brilla trémulamente.
3. Conjunto de instrumentos de cualquier oficio.
4. Forma del pronombre de tercera persona, singular.
5. Altar donde se ofrecen sacrificios.
6. Partícula esférica que se separa de un líquido (plasma).
7. Reza, eleva sus preces.
8. Oficial del ejército turco.
9. Forma una cosa a otra.
10. Licor alcohólico bastante fuerte que se caesa de la melaza.
15. Acción de abonar o abonarse.
17. Último rey de Lidia, célebre por su fortuna.
19. Almiración.
20. Artículo.
22. Arte de hacer versos.
24. Conjunto de cosas aladas.
27. Señora de la casa.
29. Poema del género lírico, dividido en estrofas iguales.
30. Antigua medida catalana de dos varas.
31. Prejizo.
32. Hacedor, cari.
33. Obispo.
34. Oxiado del calcio que forma la base del yeso, la tiza, etc.
37. Arriateo leguminoso parecido a la cascía.
39. Parte saliente de una vasija, por donde puede tomarse.
41. Nombre de una consonante.
43. Iniciales del nombre y apellido de un pintor, nacido en 1745 y muerto en 1825, que utilizó como motivo de muchos de sus obras episodios históricos (1788-1856).
45. Traslado de un lugar a otro.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

De las: "JERÓGLIFICOS COMPRIMIDOS" ME CUESTA DOBLE.

MARIMORENA

DE LAS "CHARADAS" BATURRO

DOROTEA

TEODORICO

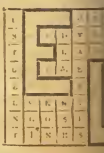
DEL PROBLEMA: "POLICIAS Y PISTOLeros"

En el diagrama, las estrellas indican las casillas que pasaron a ocupar los tres pistoleros, sin quedar ni dos de ellos en línea recta.



DE: "MAXIMA ENIGMATICA"

Recordando los dos trozos de papel con la forma de las letras E y L, y colocados en los sitios indicados, se verá que con las letras que quedan se puede leer: **CONTEND VUESTRA LENGUA, ESTABA EN EL MENTE EN LOS FESTINES.**



Aquí le contestamos

SHENZI HABARI, Capital. — 19 La novela "Cuando muere el día" fué publicada en el número 183 de LEOPLAN; "El conde de Montecristo", en los números 73 y 74; "La mano del muerto", en el 101; "Los tres mosqueteros", en el 44; "Veinte años después", en el 45; "El jorobado o Enrique de Lagardère", en el 40; 29 Lamentamos no poder complacerle. "ATREVIDO", La Plata. — 19 Nadie más indicado que un médico especialista para aconsejarnos cómo debe tratar su tartamudez. A título informativo le recordamos que Demóstenes, famoso orador de la antigüedad, se curó con el singular procedimiento de hablar en voz alta, poniéndose previamente en la boca algunas piedritas. 29 En esta sección tenemos por norma no dar direcciones comerciales.

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulan nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

HIGINIO D. DELVECHIO, Apote. — Los problemas de espacio que plantea actualmente la crisis de la industria papelera, nos impiden, por ahora, incorporar nuevos elementos a nuestro cuadro de colaboradores.

JEAN B. BARBERS, Hughes. — La dirección de la Sociedad Argentina de Escritores es: Santa Fe 1243, Buenos Aires.

D. P. DI M., Monte Grande. — Lea la respuesta que damos a Higinio D. Delvechio.

JUENO CURIOSO. 1) En términos generales, un fresco se pinta en la pared, revocando ésta, mientras se pintan con pinturas. Se hace por secciones, pinta un fresco en un arte sumamente difícil que sólo los artistas logran dominar, por las que ofrece su técnica. 29 Vuelva a aclarando el sentido de su pregunta, y le contestaremos.

PEDRO BUGHIGNANI, Canal Avana. — ha publicado las siguientes obras de "La casa de los cuervos", "La corbata", "Fuente sellada" y "Vale negro". 29 Si tomó nota de su pedido y procura complacerle.